

# POLITICA EXTERIOR



Vol. II - Núm. 5

Invierno 1988

---

El equilibrio de fuerzas en Europa

*General Galvin  
Mariscal Yazov  
General Gallois*

La aportación de España

*Miguel Herrero*

Política española de seguridad

*Carlos Alonso Zaldívar*

El informe «Discriminate Deterrence»

*Darío Valcárcel*

Estados Unidos y su liderazgo

*Helmut Schmidt*

Ratificación del acuerdo INF

*Paul Nitze*

La defensa espacial norteamericana

*Boris Surikov*

La tragedia del siglo XX

*Jacques Guilleme-Brulon*

Sobre el futuro del español

*José María de Areilza  
Ricardo Gullón*

España en los *rankings*

*Amando de Miguel*

---

**800 ptas.**

Bélgica, 322 FB; Francia, 51 FF; Italia, 10.750 L; Reino Unido, 5,50 £; RFA, 15,50 DM; Suiza, 13 FS; EE. UU., 11 \$

# POLITICA EXTERIOR



## PRIMAVERA 1988

Carta a los lectores .....	3
----------------------------	---

### ESTE-OESTE: TENSION Y NEGOCIACIÓN

La desaparición de los SS-20 soviéticos .....	<i>John R. Galvin</i>	5
El equilibrio de fuerzas en Europa y las propuestas soviéticas .....	<i>Dmitri Yazov</i>	28
El acuerdo sobre euromisiles y la indefensión de Europa .....	<i>Pierre M. Gallois</i>	33
Contribución de España a la seguridad europea .....	<i>Miguel Herrero R. de Miñón</i>	51
Política española de paz y seguridad .....	<i>Carlos Alonso Zaldívar</i>	70
El informe «Discriminate Deterrence» .....	<i>Darío Valcárcel</i>	108
La ratificación del acuerdo sobre euromisiles .....	<i>Paul Nitze</i>	123
La tragedia del siglo XX .....	<i>Jacques Guillemé-Brulon</i>	134
La necesaria continuidad en el liderazgo de los Estados Unidos .	<i>Helmut Schmidt</i>	159
La Iniciativa de Defensa Estratégica o la fábula de un imposible sueño americano .....	<i>Boris Surikov</i>	164
España-Estados Unidos: las bases .....	<i>Nicholas Bray</i>	170
Por quién doblan las campanas .....	<i>Vladimir Maximov</i>	176

### ESPAÑA EN EL MUNDO

El porvenir de la lengua española .....	<i>José María de Areilza</i>	186
La cultura española en Estados Unidos .....	<i>Ricardo Gullón</i>	199
El lugar de España .....	<i>Amando de Miguel</i>	213
La política exterior de la Comunidad Autónoma de Cataluña ..	<i>Santiago Petschen</i>	222
Las democracias en la lucha contra el terrorismo .....	<i>William R. Farrell</i>	239

**Notas: 251**  
**Documentación: 294**  
**Libros: 331**

# Carta a los lectores

**E**ntre los hechos determinantes de los últimos tres meses, el proceso de negociación entre los Estados Unidos y la Unión Soviética sigue destacando sobre los demás. Se trata también de una negociación entre los dos bloques. Los aliados europeos de Washington han planteado sus dudas sobre el acuerdo USA-URSS acerca de los euromisiles, aunque finalmente todos los países miembros de la OTAN hayan dado por bueno el tratado. El recelo y el miedo ante una posible desvinculación gradual entre americanos y europeos ha actuado como un revulsivo: los gobiernos de Europa Occidental emprenden ahora un amplio y silencioso proyecto para hacer frente a sus responsabilidades comunes en materia de defensa, sin la cómoda salvaguardia del protectorado americano.

A pesar de todo, no existe hoy por hoy seguridad europea sin acuerdo con Norteamérica. La Alianza Atlántica entra en una fase de remodelación de la que podrá salir más solidaria y más coherente. El conjunto de acuerdos militares París-Bonn, la modernización de las fuerzas nucleares británica y francesa, las nuevas conversaciones defensivas de los tres principales aliados europeos con Roma y Madrid, con el Benelux y con la plataforma estratégica que representa Turquía son, creemos, pasos nuevos en esa dirección. A este conjunto de problemas dedicamos una vez más el cuerpo principal de nuestra revista con los artículos firmados de un lado por el general Galvin, comandante supremo de la OTAN y el general Gallois, antiguo asesor del general De Gaulle en los años en que se diseñó la "forcé de frappe". Del lado soviético el mariscal Yazof, ministro de Defensa de la URSS, y Boris Surikov defienden las tesis sobre desarme mantenidas en la nueva etapa que representa Gorbachov. Paul Nitze, Helmut Schmidt, Jacques Guillemé-Brulon y Vladimir Maximov aportan sus estudios al análisis de este problema central. Tres autores españoles, Miguel Herrero de Miñón, Carlos Alonso Zaldívar y el firmante de esta nota completan con sus artículos la rúbrica principal de nuestro número.

La peligrosa crisis de los territorios ocupados por Israel hubiera merecido un tratamiento más extenso: nos limitamos a reproducir un artículo extremadamente perspicaz de André Fontaine, director de "Le Monde" publicado en ese periódico el 10 de febrero. Otros procesos abiertos al comienzo de este invierno –la crisis de las repúblicas soviéticas de Armenia y Azerbaijan; la situación de Panamá– serán estudiados en nuestro número de primavera.

Otro acontecimiento que hubiéramos deseado destacar es el limitado pero sustancial progreso que parece perfilarse en la Comunidad Europea, con los acuerdos a punto de lograrse en materia de política agrícola y de

fondos estructurales. A este asunto dedicaremos un próximo número de la revista. Hoy nos limitamos a publicar, como primer reflejo de ese proceso en la economía española, la primera reacción de la banca privada ante la liberalización de los mercados financieros que haya de producirse en la Europa de los Doce a partir de 1992. Creemos que el protocolo firmado por los Bancos de Bilbao y Vizcaya para su fusión es un documento de interés no sólo económico: recogemos su texto íntegro en estas páginas.

**L**a desigual preocupación de nuestro país por los problemas de la cultura española en su proyección americana cuenta, en el número que entregamos al lector, con dos colaboraciones de relieve: José María de Areilza y Ricardo Gullón escriben sobre el futuro del castellano, su presencia en Estados Unidos y su porvenir en las próximas tres décadas, en medio de la explosión demográfica del nuevo continente. Otros trabajos sobre terrorismo, de William Farrell; sobre el puesto de España entre las naciones desarrolladas, de Amando de Miguel, y otro de Santiago Petschen sobre la política exterior de Jordi Pujol, completan este número. El capítulo de documentación cuenta con algunos textos que creímos necesario publicar en España: entre ellos el acuerdo sobre los euromisiles suscrito por Reagan y Gorbachov en diciembre último en Washington.

# La desaparición de los SS-20 soviéticos

John R. Galvin

**L**a OTAN es una alianza de carácter defensivo. Sus miembros se hallan comprometidos al empleo de la fuerza militar solamente en respuesta a la agresión. La Alianza, por consiguiente, no mantiene fuerzas capaces de aplastar a sus potenciales adversarios. Dado que nuestro primer objetivo es el de disuadir todo ataque, hemos de tener la posibilidad de transmitir el mensaje de que tenemos como alianza la capacidad y la voluntad de proteger nuestros intereses. En la eventualidad de que la disuasión fallara, las fuerzas de la OTAN deben ser capaces de salvaguardar o restablecer la integridad territorial de las naciones de la Alianza y de poner rápido término a la guerra en condiciones favorables.

## La respuesta flexible

La estrategia de respuesta flexible se adoptó en la OTAN en el año 1967 con la finalidad de mantener el respeto a la disuasión en circunstancias estratégicas variables: En consonancia con los objetivos de la Alianza, esta estrategia es un factor tanto disuasorio como defensivo que tiene por objeto responder a la agresión en cualquiera de las modalidades de conflicto posible. La respuesta flexible incorpora tres respuestas generales a la agresión:

– La defensa directa, con la que se pretende vencer la agresión al nivel en el que el enemigo haya decidido librarla. Esta respuesta consiste en impedir físicamente al enemigo que se haga con los objetivos pretendidos y asimismo pretende hacer recaer sobre él la carga de decidir una escalada.

– La escalada deliberada, con la que se pretende vencer la agresión elevando de forma controlada el alcance y la intensidad del combate, de forma que tanto el coste como el riesgo resulten desproporcionados para

---

El general **John R. Galvin**, comandante supremo de la OTAN, resume en este artículo sus consideraciones sobre el tratado INF suscrito por EEUU y la URSS en diciembre último y los argumentos mantenidos por él ante la Comisión del Senado norteamericano sobre este asunto.

los objetivos del agresor y que la amenaza de respuesta nuclear se haga progresivamente inminente.

– La respuesta nuclear general, que prevé el uso de ataques nucleares estratégicos dirigidos a destruir la capacidad y la voluntad enemiga de proseguir la guerra.

Elemento esencial de la respuesta flexible es el concepto de defensa avanzada. Nos falta la profundidad territorial que permita desarrollar una estrategia más tradicional, en la cual el defensor, enfrentado a una fuerza cuantitativamente superior, intercambia espacio por el tiempo necesario para desgastar al atacante y organizar el contraataque. Nuestra estrategia, en cambio, se funda en la amenaza de escalada en el conflicto mediante el empleo de armas nucleares con miras a incrementar los costes de la agresión más allá de cualquier nivel que los atacantes estuvieran dispuestos a asumir. La defensa anticipada contribuye a esta estrategia de disuasión en la medida en que la URSS percibe que toda agresión suya tendrá inmediata réplica por las fuerzas de la OTAN que defenderán cada centímetro de suelo occidental, y comprende que no podrá atacar a la OTAN sin correr graves riesgos de encontrarse con una represalia nuclear.

Desde su adopción en 1967, la respuesta flexible se ha ido adecuando a múltiples cambios de nuestra estructura de medios y fuerzas y también a cambios de medios y fuerzas de nuestro adversario. Para que la respuesta flexible siga siendo una estrategia viable, empero, debe tener el soporte de una tríada equilibrada de fuerzas nucleares estratégicas, fuerzas nucleares con base en el teatro de operaciones y fuerzas convencionales. En otras palabras, para ejercer su función disuasoria –y la disuasión es mi objetivo primordial–, la OTAN ha de poseer una capacidad fiable de respuesta militar eficaz en toda hipótesis posible de conflicto.

## **La tríada de la OTAN**

### **Las fuerzas nucleares estratégicas:**

A lo largo de la pasada década, Estados Unidos y el Reino Unido han llevado adelante programas intensos de modernización de sus fuerzas estratégicas nucleares. Estos programas han tenido por objeto el mantener un aparato seguro y eficaz de disuasión estratégica nuclear, el cual se considera pieza maestra de nuestra estrategia de respuesta flexible y además base de la capacidad de la OTAN en el nivel último de conflicto. La continuidad de estos programas es esencial e imprescindible para mantener la viabilidad del brazo estratégico de la tríada.

### **Fuerzas nucleares con base en teatro de operaciones:**

Para que la respuesta flexible sea eficaz, la OTAN ha de tener capacidad para efectuar una escalada controlada con fuerzas nucleares tácticas empleadas de forma selectiva. Para que la opción nuclear sea digna de respeto, esas fuerzas deben ofrecer una amplia gama de opciones y ade-

más hallarse desplegadas en todo el territorio del mando aliado de Europa, a fin de cubrir contra toda eventualidad y privar a nuestro adversario de cualquier margen de cálculo que tenga para un ataque preventivo. Hemos de poseer, asimismo, capacidad suficiente para mantener a la URSS en la incertidumbre sobre la naturaleza exacta de cuál vaya a ser la respuesta de la OTAN a la agresión.

El tratado INF, que en estos momentos estudia el Senado para su ratificación, supondrá la eliminación de los proyectiles de crucero lanzados desde tierra y los Pershing II, si bien quedarán en Europa una cifra considerable de armas nucleares adscritas al mando europeo. La OTAN contará aún en Europa con algunos centenares de aviones capaces de lanzar bombas nucleares, con lanzadores del proyectil balístico de corto alcance Lance y con miles de piezas de artillería que pueden disparar munición con carga nuclear. Los proyectiles balísticos norteamericanos y británicos lanzados desde submarinos seguirán a disposición de mi mando, y no hemos de olvidar la contribución que hace a la disuasión la fuerza nuclear independiente de Francia, que, si bien no forma parte de la estructura militar integrada de la OTAN, complica considerablemente la planificación soviética.

La Unión Soviética dismantelará y destruirá proyectiles ya desplegados capaces de una dotación de cabezas nucleares cuatro veces superior numéricamente a la cifra de cabezas que cederá Estados Unidos en la reducción. La Unión Soviética tendrá también que desistir del despliegue de su proyectil de crucero lanzado desde tierra, recientemente ensayado. Y, si bien el tratado INF no va a hacer desaparecer la amenaza nuclear contra la OTAN –pues va a quedar un conjunto de misiles estratégicos soviéticos– sí va a reducir la flexibilidad soviética en la planificación del empleo de armas nucleares. Cuando ya hayan sido eliminados los SS-20, SS-4, SS-5, SS-12 y SS-23, el Pacto de Varsovia no tendrá ya la posibilidad de proponerse como objetivo los puertos del Canal, o muchas instalaciones clave de las regiones meridional y septentrional de la OTAN, con proyectiles nucleares de alcance medio (aunque puede destinar proyectiles de corto alcance o estratégicos a batir dichos blancos). La amenaza de ataque por misiles portadores de cargas convencionales o químicas también se verá aliviada. Y, como consecuencia de ello, la capacidad de la Alianza para reforzar y sostener al mando aliado de Europa se hallará bajo una amenaza más débil.

El tratado encierra también otras características positivas. Además de establecer un principio que sienta precedente como el de las reducciones asimétricas, este acuerdo prevé las medidas de verificación más extensivas jamás aceptadas por la URSS.

Más importante aún, no obstante, es que el tratado INF representa la primera regresión negociada del rearme soviético y, por tanto, ofrece razones para confiar en que podamos conseguir una mayor seguridad y una relación más estable a un nivel más bajo de armamento. Desde la II Guerra Mundial se había venido produciendo una expansión armamentística costosa y prácticamente incesante. Es posible asimismo que las reduccio-

nes negociadas aminoren el ritmo de esta competición y que, a la larga, puedan detenerla. Evidentemente merece la pena intentar conseguir ese objetivo. Pero en nuestra búsqueda de reducciones de armamento hemos de tener siempre presente que nuestro objetivo debe ser el de una mayor seguridad y no el de la reducción por la reducción.

El tratado encierra algunos riesgos, pero que son evitables en la medida que se les preste la debida atención. El tratado podría provocar un sentimiento eufórico que paralizara el proceso, ya en curso de modernización, de nuestras armas y equipos, o que condujera a algunos a abogar por una retirada de todas las armas nucleares de Europa, o que abonara la idea de que la OTAN es de algún modo menos solidaria y menos comprometida en su misión defensiva. Creo que podemos superar y superaremos esas desventajas, y estoy convencido de la necesidad de ratificación del tratado. Por decirlo con otras palabras, si la modernización militar discurre según los planes, la estrategia atlántica de respuesta flexible y de defensa avanzada seguirá siendo viable y yo seguiré pudiendo desempeñar mi misión de disuasión y defensa. Quisiera poner de relieve, no obstante, que la modernización constante del resto de nuestras fuerzas nucleares y no nucleares en Europa es una cuestión enteramente aparte del tratado INF en el mundo de hoy altamente competitivo y tecnológico. Constituiría un error desatender la necesidad de puesta al día de nuestras capacidades de defensa.

#### **Las fuerzas convencionales:**

Entre las fuerzas convencionales merecen especial atención las armas químicas. A fin de disuadir al Pacto de Varsovia de la utilización de armas químicas, la OTAN necesita poseer una capacidad de respuesta moderna y defensas eficaces contra la utilización de armas químicas por nuestro oponente, y en este terreno la Alianza no ha estado a la altura de las necesidades. Más recientemente se ha avanzado hacia una posición defensiva aceptable y Estados Unidos ha acometido un programa para modernizar el arsenal de respuesta de la OTAN.

La persistente superioridad de la URSS y la decreciente utilidad de los arsenales o de las reservas norteamericanas indujeron a los Estados Unidos, con respaldo de la OTAN, a comenzar la fabricación de armas químicas modernas de tipo binario. La producción comenzó en diciembre de 1987 con el montaje de vainas de artillería y se prolongará hasta la fabricación de la bomba Bigeye, de una munición química para el sistema de cohetes de lanzamiento múltiple y de un nuevo sistema de ataque en profundidad desde distancia de seguridad. A fin de asegurar que el arsenal de armas químicas no rebasa el nivel esencial mínimo, se destruirá un proyectil químico de artillería por cada proyectil binario o bomba lanzada desde avión que se produzcan.

La resolución mostrada por la OTAN con el despliegue de los Pershing II y proyectiles de crucero de lanzamiento desde tierra fue la que condujo al acuerdo por el que se eliminan los SS-20; por ello confío en que siguien-

do con el despliegue de las armas químicas binarias podamos estimular el avance de las negociaciones. En vez de un acuerdo sobre eliminación global y efectivamente verificable, la OTAN ha de mantener una capacidad moderna de respuesta. Yo aplaudo su reciente aprobación de la reanudación de la fabricación de armas químicas y les encarezco que sigan prestando apoyo a la producción de armas binarias y sistemas de lanzamiento asociados, así como a la continuidad de la investigación y desarrollo de un sistema de lanzamiento.

El tratado INF atribuye más importancia aún al último brazo de la tríada de la OTAN, que son las fuerzas convencionales. La OTAN nunca ha tenido la suficiente capacidad en medios convencionales; antes bien, ha tendido a depender seriamente de las armas nucleares, aun cuando la URSS llegó a conseguir la paridad con Occidente en armas nucleares y siguió consolidando una hegemonía convencional cada vez más fuerte.

No necesitamos igualarnos al Pacto de Varsovia hombre por hombre o tanque por tanque. Lo que necesitamos es una capacidad de medios convencionales lo bastante fuerte como para frustrar toda agresión y dilatar el plazo previo a la utilización obligada de armas nucleares. Una capacidad tal eximiría de decisiones precipitadas sobre empleo de armas nucleares y haría más profunda la estrategia de respuesta flexible de la OTAN. Así la disuasión sería también más digna de crédito, puesto que los planificadores soviéticos no podrían estar seguros de obtener los objetivos de su agresión con rapidez suficiente como para que la OTAN no pudiera plantearse ni siquiera la utilización de armas nucleares. Un robusto dispositivo de medios convencionales pondría asimismo de manifiesto la voluntad colectiva de los miembros de la Alianza de hacer los sacrificios necesarios para garantizar la seguridad occidental, reforzando con ello la credibilidad de la posición disuasoria general de la OTAN. Por último, unas fuerzas convencionales robustas aumentarían la confianza en sí misma de las naciones de la OTAN y asegurarían que la Unión Soviética seguiría siendo incapaz de intimidar o ejercer coerción sobre Europa occidental con fines de obtención de concesiones políticas, económicas o militares.

### **La medida del equilibrio convencional**

A fin de saber qué medidas procede tomar para mantener un nivel suficiente de fuerza convencional, hemos de poseer una clara comprensión de la fuerza y debilidad relativa de una y otra alianzas. El saldo de fuerzas OTAN/Pacto de Varsovia es la medida de la capacidad relativa de las fuerzas militares que resulta de una combinación compleja de los factores que conjugados forman el poderío militar. Aunque un mando militar no puede limitar su valoración de ese saldo a una comparación de la cantidad de fuerzas que uno y otro lado puedan poner en el campo de batalla, las cifras son importantes a la hora de calcular la capacidad militar relativa. También importan las cifras para la determinación de las reducciones que pudieran hacerse en las fuerzas de ambos lados. A fin de emplear compa-

raciones de fuerzas para facilitar una decisión por nuestra parte en cuanto a qué dirección tomar en la reducción de armas convencionales, hemos de regresar al recuento de cosas físicas presentes, concretas, como equipo, armas, efectivos humanos y unidades, de forma que podamos calibrar cómo conseguir reducciones manteniendo a la vez una situación de seguridad garantizada.

Ni siquiera la comparación cuantitativa es algo sencillo. En el Cuartel General Supremo de las Fuerzas Aliadas de Europa hemos examinado más de ciento cincuenta análisis del saldo Este-Oeste, muy variados en cuanto a la técnica empleada y con una gran pluralidad también de conclusiones.

Es difícil conocer con exactitud qué fuerzas posee el Pacto de Varsovia. Nosotros somos una sociedad abierta, como lo son las de nuestros aliados. Pero lamentablemente no ocurre lo mismo en las naciones del Pacto de Varsovia. Si bien es difícil comparar armas, lo es más aún el comparar capacidades de fuerzas militares. La calidad y la cantidad de unidades y equipo varían de una nación a otra e incluso de una unidad militar a otra. Para complicar el problema, hay grandes cantidades de equipo y personal no adscritos orgánicamente a unidades concretas, pero que contribuyen a la potencia de combate general en calidad de material de reserva y reservas movilizables. Por último, hay fuerzas que se hallan organizadas según líneas militares y que podrían contribuir al esfuerzo bélico, pero cuya misión no es estrictamente militar, como ocurre con los más de 200.000 soldados de frontera pertenecientes al KGB. En muchos casos, hace falta el juicio militar experto para distinguir qué significan las cifras y cómo contribuyen a aquello que importa, es decir, a la potencia de combate.

Aun después de haber cribado toda esa masa de cifras, hemos de determinar cómo se emplearán en un ataque muchas de las fuerzas disponibles. Dado que el atacante posee la ventaja de elegir el momento, el lugar y el medio de ataque, la OTAN ha de estar en condiciones de responder a una serie de posibles desarrollos de un ataque. Hemos de contar con fuerzas suficientes para contrarrestar un ataque por sorpresa, así como para responder a uno que se desarrolle con el pleno refuerzo de una acumulación masiva de fuerzas soviéticas. De ese modo tendremos que comparar sobre el terreno fuerzas y refuerzos. Si solamente nos atenemos a las fuerzas estacionadas en Europa occidental u oriental, el Pacto de Varsovia supera a la OTAN sólo ligeramente en personal, pero en una razón de tres a uno en carros, artillería y aviación de combate. Si nos atenemos a una hipótesis de plena movilización y refuerzo por ambos lados, desciende la ventaja soviética, pero aún dobla nuestras fuerzas de carros y artillería: La ventaja soviética en aviación de combate cae considerablemente a la razón de uno con dos a uno en favor del Pacto de Varsovia. Si bien el valor de estos índices es limitado, es evidente que el Pacto de Varsovia cuenta con una ventaja numérica significativa, tanto en fuerzas ya desplegadas como en niveles de fuerza reforzados, ventaja con la cual tienen que contar nuestras valoraciones.

En lo que se refiere a las fuerzas desplegadas en lugares determinados, las ventajas cuantitativas del Pacto de Varsovia resultan especialmente dignas de mención, en la medida en que la doctrina soviética pone el acento en las operaciones ofensivas rápidas dirigidas a ganar una guerra convencional antes de que la OTAN pueda aprovechar los refuerzos procedentes de fuera del teatro bélico. También digno de mención es el acento que pone la doctrina militar soviética sobre la utilización del engaño y la sorpresa como formas de mejorar sus posibilidades de éxito en un ataque de esa clase.

La actual comparación de fuerzas, así como la tendencia a largo plazo, favorecen al Pacto de Varsovia. Por ejemplo, en el año 1973, la Unión Soviética contaba con una ventaja general de aproximadamente dos con cuatro a uno en carros de combate. Aunque desde entonces la OTAN ha incrementado su propia fuerza de carros en la cifra de casi 2.000 unidades, el total de carros con que cuenta el Pacto de Varsovia ha crecido en más de 15.000 unidades. En general, desde 1973, el tamaño de la maquinaria militar soviética desplegada frente a la OTAN ha crecido casi en un 50 por 100, mientras que las fuerzas de la OTAN apenas han crecido más de un 10 por 100.

Durante los años cincuenta y sesenta la superioridad nuclear estratégica norteamericana cumplió para la OTAN el papel de compensación de las ventajas del Pacto de Varsovia en el orden convencional. Desde entonces la URSS ha anulado las ventajas norteamericanas en el orden nuclear, pero no por ello ha cesado la expansión militar. A pesar de las tribulaciones económicas, la capacidad industrial-militar de la URSS es excelente. Como puede confirmarlo una comparación entre la capacidad potencial de producción de armamento, la URSS cuenta con capacidad para seguir superando en producción a Occidente durante los próximos diez años, aun cuando las economías del Pacto de Varsovia no puedan equipararse a los países de la OTAN en términos de PNB.

Atenerse en exclusiva a las comparaciones de orden cuantitativo resultaría desorientador. Habitualmente la OTAN ha tratado de subsanar sus desventajas cuantitativas manteniendo siempre un adelanto en cuanto a la calidad de sus fuerzas. El despliegue del M-1, del vehículo de combate Bradley, del helicóptero de ataque Apache, de los sistemas de lanzamiento múltiple de cohetes y de los aviones de caza F-15 y F-16 constituyen ejemplos de las armas de excelente calidad que Estados Unidos ha puesto en servicio en estos últimos diez años. El despliegue de tales armas ha ampliado en gran medida la capacidad militar de las fuerzas que tengo a mi mando.

Por desgracia, la Unión Soviética también ha desplegado grandes esfuerzos para la mejora de la calidad de sus fuerzas y está consiguiendo cerrar con rapidez su desfase cualitativo. Los carros de combate soviéticos de los últimos modelos pueden parangonarse con los mejores que nosotros tenemos: el T-80 está dotado de telémetro láser, de protección anti-NBQ (nuclear, bacteriológica, química) —con la que no cuenta nuestro M-1—, de un cañón mayor que el de los modelos comparables de la OTAN

(125 milímetros) y de un blindaje especial que degrada seriamente la eficacia de los misiles y munición contracarro de la OTAN. El despliegue pliegue por parte de la URSS de más de 1.800 carros de esta clase en Europa oriental, junto a la puesta en servicio de blindajes reactivos en varias versiones de vehículos soviéticos blindados de combate, otorgan al Pacto de Varsovia una ventaja sobre la OTAN en el equilibrio que es decisivo entre blindajes y medios contra blindajes.

La Unión Soviética también ha mejorado muy considerablemente la calidad de su artillería en estos últimos diez años. Ha incrementado el número de piezas de artillería autopropulsada y de lanzadores múltiples de cohetes asignados a sus fuerzas, y los últimos modelos de piezas de artillería sobrepasan en alcance a las armas de calibre homólogo con que cuenta la OTAN, además de desarrollar un régimen de fuego superior. Occidente cuenta todavía con una ventaja en el parámetro de control de fuego, pero la URSS ha invertido grandes esfuerzos para integrar la artillería con las fuerzas de maniobra a fin de mejorar el apoyo a operaciones ofensivas rápidas y de profundidad. La URSS cuenta actualmente con capacidad para combinar el fuego de la artillería, de los helicópteros de ataque y de la aviación de apoyo aéreo cercano, como soporte todo ello de un ataque de ruptura de frente, lo cual le permite mejorar su potencia de combate sin necesidad de una acumulación de fuerzas tan importante como la que necesitaba anteriormente.

El Pacto de Varsovia ha mejorado asimismo su capacidad de combate aéreo con la puesta en servicio de los cazas MIG-29 y SU-27, dotados de radar para disparo a cotas inferiores a su vuelo, además de misiles avanzados contra aviación y proyectiles de crucero. Además ha mejorado el mando y control aéreos mediante el despliegue de un avión semejante a nuestro AWACS de alerta temprana. Si bien Occidente sigue manteniendo ciertas ventajas en la relación de fuerzas aéreas, no cabe acomodarse a la situación, pues la Unión Soviética está acortando distancias, ostensiblemente. Por añadidura, las capacidades de la OTAN se ven reducidas más aún por haber construido la URSS uno de los sistemas de defensa aérea más extensivo y bien integrado del mundo, destinado a proteger sus fuerzas de tierra del ataque aéreo de la OTAN.

El estado de preparación de las fuerzas de la OTAN es en general superior al de las del Pacto de Varsovia, y lo hemos mejorado además en toda la OTAN a base de perfeccionar el adiestramiento de las fuerzas, aunque aún hay considerables variaciones en cuanto a nivel de preparación entre las diversas fuerzas militares de la Alianza. Elemento asimismo importante de esta preparación es la interoperabilidad, que la OTAN no tiene aún bien resuelta. Mientras que las fuerzas del Pacto de Varsovia tienen bastantes elementos comunes en su equipamiento, la OTAN tiene seis tipos distintos de carros pesados que emplean cuatro tipos distintos de munición. En el campo de las comunicaciones, la OTAN cuenta con seis sistemas diferentes, ninguno de los cuales es susceptible de interconexión con cualquier otro. Aunque cabe comprender por qué distintas naciones tienen interés en mantener la independencia en materia de con-

cepción y fabricación de medios bélicos, en una era de mayor restricción de recursos como la presente ya no podemos permitirnos las disfunciones creadas por este tipo de planteamiento.

La OTAN tiene gran dependencia de una movilización oportuna y del despliegue rápido de fuerzas hacia posiciones de defensa con miras a ganar las ventajas que asisten a un defensor. Por ejemplo, en la región septentrional el terreno es muy favorable a la posición defensiva, pero la OTAN cuenta con pocas fuerzas activas en despliegue avanzado y depende fuertemente de la movilización. Tales ventajas resultarán de escasa utilidad si no se alcanzan las posiciones defensivas antes de la llegada de las fuerzas atacantes.

En la región central de la OTAN los batallones deben trasladarse a distancias considerables para ocupar posiciones de defensa avanzada. Y, lo que es peor aún, en un sector crítico, como es el Grupo Septentrional de Ejército, la mayoría de los cuerpos holandeses y belgas no están emplazados en Alemania y han de ser trasladados desde su territorio de base. Incluso las unidades activas ya desplegadas en la RFA necesitarían varios días para trasladarse y preparar sus posiciones generales de defensa, una vez tomada la decisión de movilización.

El Pacto de Varsovia, en cambio, podría movilizarse con rapidez. La Unión Soviética ha impuesto a sus aliados rigurosas normas sobre movilización, lo cual le permite hacer movilizarse a las fuerzas de las naciones del Este sin consulta previa con los respectivos Gobiernos. Los acuerdos de Estocolmo dificultan la movilización encubierta y representan un importante paso adelante en la reducción del peligro de ataque por sorpresa.

Una mirada al mapa explica la medida en que la geografía favorece a las operaciones de refuerzo soviéticas más que a las de la OTAN. Estados Unidos debe desplazar sus refuerzos al otro lado del Atlántico, es decir, 6.000 kilómetros, y tiene que defender el reducido número de puertos marítimos y bases aéreas que se prestan al desembarco de refuerzos. El Pacto de Varsovia sólo debe enviar sus refuerzos a 800 kilómetros de distancia por tierra, donde es más fácil organizar la defensa de fuerzas en movimiento. Si, por nuestro lado, la pérdida de un número relativamente pequeño de puertos y aeródromos limitaría nuestra capacidad de refuerzo en plazos adecuados, la capacidad del sistema de transporte por Europa oriental es, en cambio, considerablemente mayor que la necesitada por las operaciones de refuerzo soviéticas. Además, la URSS ha tomado una serie de medidas para reducir aún más su vulnerabilidad, entre ellas la creación de depósitos logísticos de combustible y municiones en posiciones avanzadas y la creación de nuevas líneas férreas, además de un transbordador de vía férrea en el mar Báltico. Ni siquiera una retirada de las fuerzas soviéticas a zonas situadas al este de los Urales eliminaría esta ventaja intrínseca de la URSS, porque sus fuerzas seguirían unos 2.700 kilómetros más próximas del frente central que las fuerzas retiradas a Estados Unidos, y naturalmente estarían mucho más próximas a los flancos septentrional y meridional de la OTAN.

Toda comparación de fuerzas será incompleta mientras no tenga en cuenta qué fines pretenden cumplir tales fuerzas. La doctrina estratégica de una y otra alianzas presentan agudas diferencias. La estrategia de la OTAN es íntegra y exclusivamente defensiva y prescinde de las ventajas que la iniciativa proporciona a un atacante, esto es, de la posibilidad de decidir el momento, lugar y naturaleza de un ataque. Las fuerzas militares OTAN no contemplan la posibilidad de un ataque contra el Pacto de Varsovia, ni hay doctrinas, ni planes, ni ejercicios de la OTAN que sirvan de preparación para ese tipo de operaciones. No puede decirse lo mismo del Pacto de Varsovia. Todo aspecto del aparato militar de la URSS, ya sean armas, estructura de fuerzas, formación y doctrina, tienen por designio el hacer óptimo el potencial de operaciones ofensivas veloces a larga distancia.

Si bien los analistas pueden discutir sobre los diversos aspectos del equilibrio convencional, para mí es obvio, como comandante militar, que la situación actual en el terreno militar convencional en Europa es desfavorable para nosotros. En esta valoración coinciden todos mis subordinados en el mando, esto es, los militares que conllevan la responsabilidad de defender la OTAN en caso de que fallase la disuasión. No quiero decir con esto que la disuasión se halle en peligro de derrumbamiento inminente, pero no podemos permitir que un equilibrio convencional se deteriore aún más si no queremos ver un debilitamiento consiguiente de nuestra estrategia de respuesta flexible.

## **Horizontes de actuación**

Situados en la perspectiva de futuro, hemos de fijar unos planes de acción por los cuales guiemos nuestros esfuerzos para mantener la disuasión y la capacidad defensiva. Como mínimo, un plan de acción debe incorporar los siguientes elementos:

- **Ratificar el Tratado**

El primer objetivo que hemos de cumplir es el de ratificar el Tratado. Como ya he señalado anteriormente, el acuerdo tiene algunas características positivas y encierra algunos riesgos, riesgos que podrán reducirse al mínimo si adoptamos las medidas necesarias. La no ratificación del Tratado tendría graves consecuencias negativas sobre la cohesión de nuestra alianza.

- **Tomar conciencia de la naturaleza de la amenaza soviética**

Se ha registrado últimamente mucha retórica sobre la “perestroika” y el “glasnost”. Si por un lado hemos de celebrar todo destello reformador en la Unión Soviética, no tenemos que confundir lo que son palabras con los hechos. Y, efectivamente, las propias manifestaciones del señor Gorba-

chov demuestran que la meta soviética de escindir la Alianza Atlántica y de empujar a Estados Unidos al distanciamiento de Europa permanece inalterable. Hasta la fecha no ha habido "glasnost" ni "perestroika" en el Ejército soviético. Su potencial militar sigue creciendo y su posición militar sigue orientada a la operación del tipo ofensivo contra Europa occidental. A menos que ejerzamos sobre la URSS presión para que cambie, podremos contar con que persista la amenaza que crea su superioridad convencional. La URSS no ha correspondido a las reducciones unilaterales de fuerzas de la OTAN ni a la autocontención en los campos nuclear y químico. No hemos de esperar que la URSS haga lo propio en el futuro, a menos que acometamos actuaciones decisivas que induzcan a las autoridades soviéticas a hacerlo. El despliegue de los proyectiles de crucero de lanzamiento desde tierra y Pershing II nos deparó la clara enseñanza de que la URSS convendrá en reducir sus capacidades militares solamente cuando tenga frente a sí una actitud resuelta por parte de los aliados de la OTAN.

- **Conservar la capacidad de disuasión nuclear**

Si bien el tratado INF reduce la cifra de armas nucleares en Europa, no hemos de permitir a la URSS que conquiste su meta de desnuclearizar la Europa de la OTAN. Ningún nivel realista de fuerzas convencionales podría ser sustitutivo cabal del factor disuasorio constituido por las fuerzas nucleares de teatro. Necesitamos también seguir haciendo que haya un reparto de la carga nuclear entre los miembros de la Alianza. Y ello es tanto más importante cuanto que demuestra a cualquier agresor un alto nivel de cohesión y voluntad.

- **Mantener la estrategia de respuesta flexible**

La respuesta flexible sigue siendo la piedra angular de nuestra Alianza. Con una tríada equilibrada de fuerzas podemos seguir disuadiendo la agresión. No podemos permitir que el equilibrio entre las capacidades militares de la OTAN y del Pacto de Varsovia se deteriore hasta el punto de que los miembros de la OTAN se vuelvan susceptibles a las presiones favorables a una conciliación con los intereses soviéticos o hasta el punto en que quede hipotecado el crédito de la disuasión.

En nuestra estrategia tendría que ser elemento de primer orden la búsqueda de un planteamiento de doble vía sobre nuestras relaciones con la Unión Soviética. Combinando la voluntad de encontrar soluciones negociadas a problemas de seguridad con la demostración de una voluntad de proveer a nuestra seguridad en ausencia de soluciones negociadas, podremos inducir a la URSS a que convenga en reducciones de armamentos que permitan profundizar en la seguridad por uno y otro lado. Fue la determinación de la OTAN de desplegar los proyectiles de crucero de lanzamiento desde tierra y los Pershing II frente a la intensa presión soviética la que hizo a la URSS reanudar las negociaciones sobre reducción de

armas y convenir en la eliminación de los proyectiles SS-20. Demostrando nuestra resolución de corregir el desequilibrio convencional en Europa podremos hacer ver a la URSS que negociar un acuerdo que reduzca la amenaza contra Occidente resulta preferible a una competición armamentística de la que no podrá salir vencedora.

Para que pueda tener éxito ese planteamiento de doble vía, no obstante, es esencial tener clara comprensión de cuáles son los resultados que pretendemos conseguir. Esa comprensión ha de fundarse en una idea nítida sobre el saldo militar y sobre cómo tendría que ser alterado éste en bien de una seguridad más profunda. De esta valoración debería formar parte un análisis de las capacidades con que cada lado cuenta para aplicar su potencia militar en la consecución de sus objetivos.

- **Continuar la modernización**

La modernización es un proceso constante, factor importante de competición en nuestro mundo tecnificado. Una empresa que no moderniza su equipo cuando aparecen nuevas tecnologías pierde en seguida su cuota de mercado. En nuestra competición militar con la Unión Soviética la modernización es todavía más importante, y si permitimos que la URSS obtenga una ventaja tecnológica además de cuantitativa, estaremos condenados a perder algo más que un mercado. La URSS sigue ejecutando programas intensos de modernización de sus fuerzas tanto nucleares como convencionales, por ejemplo mediante el desarrollo intenso de versiones mejoradas de proyectiles nucleares de corto alcance y, según noticias, mediante el despliegue de un carro sucesor del T-80.

A fin de obtener máximo partido de nuestros programas de modernización, necesitamos concebir y desarrollar aquellos sistemas que hagan óptimas las ventajas relativas de que goza la OTAN. Para ayudar a las distintas naciones a concentrar sus esfuerzos de investigación y desarrollo ya se redactó el llamado Marco Conceptual Militar (MCM) de SACEUR. En este documento se examinan las misiones que el Mando Aliado de Europa ha de ejecutar, y asimismo se identifican capacidades decisivas que actúan como importantes multiplicadores de fuerza. Además, el MCM se proyecta más allá de los ciclos de investigación y desarrollo nacionales, con el fin de obtener el máximo provecho de las tecnologías que van haciendo aparición.

- **Fuerzas nucleares**

La modernización del resto de las fuerzas nucleares con que contamos ha de continuar para evitar un aumento de los riesgos posteriores a la aplicación del Tratado INF. En el año 1983 –bastante antes de que resultara plausible el logro de un Tratado INF– la OTAN convino en unos niveles de modernización que estimó necesarios para mantener su posición disuasoria. Va a ser, pues, especialmente decisivo que Estados Unidos –primera potencia nuclear de la Alianza– lleve a cabo los planes de modernización

de sus fuerzas nucleares con base en Europa. El más destacado de dichos planes es el de un proyectil nuclear aire-tierra lanzable desde distancia de seguridad. También es importante la potenciación de nuestros aviones capaces de lanzamiento de armas nucleares. Es esencial que mejoremos la capacidad de esos aviones para el traspaso de las defensas antiaéreas del Pacto de Varsovia y también que reduzcamos su vulnerabilidad a los ataques contra sus bases. Y eso podemos hacerlo por medio de mejoras en los equipos de aviónica y de guerra electrónica y asimismo por medio de otras medidas de defensa activa y pasiva de nuestras bases aéreas.

A fin de impedir que nuestros adversarios puedan concentrarse en la intercepción de nuestros aviones, también necesitamos encontrar un sustitutivo del ya envejecido proyectil balístico de alcance corto, Lance, así como mejorar nuestra artillería de capacidad nuclear. Pero para que Estados Unidos pueda llevar a la práctica esos programas, el Congreso norteamericano tendrá que levantar las restricciones impuestas sobre el volumen total de munición de artillería modernizada y sobre la utilización del Sistema de Misil Táctico del Ejército como arma de doble capacidad sucesora del misil Lance. Nuestras actuales municiones de artillería de 8 pulgadas y 155 milímetros se desplegaron entre finales de los años cincuenta y los primeros sesenta. Es importante que no nos demoremos más en su sustitución por municiones más modernas.

#### • **Fuerzas convencionales**

Todas las fuerzas en servicio en el teatro europeo se han visto robustecidas por las incorporaciones efectuadas en los años ochenta. Nuestras fuerzas de tierra, por ejemplo, se han beneficiado de la entrada en servicio de nuevos carros de combate, de vehículos blindados de combate, de piezas de artillería y de helicópteros de ataque. El M1A1, dotado de un cañón principal de ánima lisa de 120 milímetros comenzó a desplegarse en 1987 y para finales del año 1989 deberá formar parte de toda unidad del Ejército norteamericano destacada en Europa. El despliegue del Bradley tiene ya su calendario y deberá concluirse para 1991. El helicóptero de ataque AH-64 Apache también es una satisfactoria incorporación a nuestras fuerzas en Europa, en la medida en que es un aparato más veloz, robusto y mortífero que el Cobra, al cual sustituye. El despliegue de los AH-64 en Europa comenzó en el año 1987 y deberá estar concluido en 1992. El sistema de defensa aérea Patriot, que ahora está poniéndose en servicio en Europa, será elemento central de la red de defensa aérea de teatro. La instalación de ese sistema en Europa comenzó en 1985 y se prevé que para este mismo año estará ya concluido, si bien la asignación de fondos para misiles y puesta en servicio de unidades de refuerzo proseguirá hasta mediados de los años noventa.

Las comunicaciones para los mandos tácticos se verán mejoradas asimismo por el Dispositivo de Comunicaciones Tácticas por Satélite de las Fuerzas Móviles de Tierra y por el Equipo Móvil, que a partir de 1989 constituirán unidades capaces de prestar en campaña funciones equiva-

lentes a las de una red telefónica comercial segura, mientras que los Sistemas de Radio Terrestre-Aerotransportada de Canal Único (SINCGARS) aportará pronto radios para redes de combate seguras, de muy alta frecuencia, que sustituirán al instrumental ya atrasado hoy en servicio. La puesta en servicio de los SINCGARS comenzará en 1988.

También se ha avanzado en la modernización de nuestra capacidad aérea táctica en Europa. Nuestros modelos más nuevos de avión (F-14, F-16, F-16E y F/A-1B) tienen mayor capacidad de maniobra y están equipados con sensores y sistemas de armas más avanzados que sus predecesores. El despliegue futuro de medios, como las versiones mejoradas de los aviones F-16 y F-16E polivalentes, permitirá explotar las ventajas que tenemos sobre nuestro adversario en el campo de la tecnología de aviación. También estamos capitalizando nuevas tecnologías en la capacidad de disparo a blancos situados más allá del alcance visual, tecnologías ya incorporadas a buena parte de nuestra aviación de teatro a través del proyectil Phoenix (de la Armada) y el proyectil de medio alcance AIM-7M Sparrow (Armada/Ejército). El Phoenix estará desplegado en número suficiente para 1989 y en cuanto al Sparrow tendremos las necesidades cubiertas en su mayor parte para 1992. En los años inmediatos será importante hacer extensiva esta capacidad a toda la aviación mediante la puesta en servicio, a partir de 1989, del misil avanzado de alcance medio aire-aire AIM-20 (AMRAAM). Otra prioridad de los próximos años será la del desarrollo de instrumental integrado navegacional para localización e identificación de blancos, como el LANTIRN, y contamos con que llegue a Europa en el año ,1988. A fin de reducir la actual escasez de transporte aéreo en el interior del teatro de operaciones y entre distintos teatros deberá seguir teniendo alta prioridad el avión de transporte C-17. Esperamos que se fije el año 1992 como fecha de su entrada en servicio.

Hay otros programas navales que también considero importantes para nuestra capacidad de teatro. La conclusión en 1987 del programa del buque SL-7 de embarque y desembarque directo de vehículos ha incrementado nuestra capacidad .de refuerzo en Europa por transporte naval rápido. La construcción de los buques de transporte de ataque LHD-1 proporcionará el aumento de capacidad necesario para las fuerzas de Infantería de Marina que pudieran ser destinadas a Europa. Confiamos en que para 1991 se halle concluida la construcción de cinco unidades de este tipo de buque. El programa ya iniciado de creación de un: Buque de Efecto de Superficie (SES) para finales de los años noventa ampliará aún más la capacidad de transporte naval rápido y acortará el tiempo de tránsito entre la costa Este de Estados Unidos y Europa de los diez-diecinueve días de ahora a solamente tres días.

• **Incorporar el concepto de Ataque a Fuerzas de Escalón (FOFA)**

Las fuerzas y la doctrina soviéticas están hechas a la medida de la operación ofensiva. A fin de conseguir una penetración rápida por las líneas de defensa de la OTAN y explotar la misma, las fuerzas atacantes se hallan

estructuradas por escalones. Si bien son las del primer escalón las que comienzan el ataque contra el anillo defensivo principal de la OTAN, hay otros escalones de fuerzas de "seguimiento" que al mismo tiempo avanzan o se hallan en espera para explotar todo avance que las de primer escalón puedan conseguir. El ataque a las fuerzas de escalón es una operación dirigida a la destrucción de esas formaciones de seguimiento.

El FOFA encierra tres ventajas. La primera, que permite reducir el volumen de las fuerzas del Pacto de Varsovia que lleguen a las principales posiciones defensivas, gracias a lo cual ayudamos a resolver en parte el problema derivado de la falta de densidad de la OTAN. La segunda es que podemos robar parte de la iniciativa del agresor atacando su flanco "vertical", que probablemente sea el más vulnerable al fuego de largo alcance. La última es que podemos atacar a los nudos de mando, y control del Pacto de Varsovia y entorpecer con ello el control de sus fuerzas por las autoridades del Pacto de Varsovia.

Hay una serie de programas que van más allá de los de aviación a que ya me he referido y que resultarán claves para convertir en realidad el FOFA. El sistema de lanzamiento múltiple de cohetes (MLRS) es un elemento esencial para el FOFA. Su puesta en servicio está ya prevista y se proyecta su conclusión para 1997. Y, dentro de un programa multinacional en el que participan Alemania, Francia y Gran Bretaña, el Ejército trabaja en una carga para ese sistema de cohetes que sea capaz de liberar submuniciones guiadas en su trayectoria terminal y con precisión suficiente para hacer blanco en objetivos concentrados o zonales. El MLRS se verá complementado por la creación de un sistema de proyectil táctico del Ejército (ATACMS), que también resulta decisivo para que podamos alcanzar áreas : situadas mucho más allá de las líneas enemigas y atacar formaciones en avance.

Además de la mejora de los sistemas de armas, la de nuestros sistemas de mando, control, comunicaciones e información de apoyo de nuestras fuerzas operativas nos permitirá obtener el mejor partido de nuestras capacidades bélicas conjunta y combinada, y además aportará los dispositivos claves necesarios para la identificación y localización de las fuerzas de escalón del adversario. El JETIDS, o Sistema Táctica Conjunto de Distribución de Información posibilitará a nuestras unidades de combate el intercambio de información sobre el escenario bélico por medio de comunicaciones digitales entre unidades tácticas. Confiamos en que este sistema esté ya instalado en Europa para los primeros años noventa. Hay que atribuir también especial consideración a la continuidad en el esfuerzo de desarrollo de una capacidad sólida de información en teatro de operaciones, que es otra vertiente en la que podemos aplicar la tecnología occidental para compensar de algún modo la ventaja cuantitativa soviética y del Pacto de Varsovia. A este respecto, es esencial seguir sosteniendo programas decisivos como el Sistema de Automatización de la Información (JTF-LOCE), el Sistema de Evaluación de Información en Campaña (BICES), con recepción de toda clase de fuentes, el Programa de Fusión Táctica Conjunto en Europa y nuestro Programa de Arquitectura de

Información en Teatro de Operaciones, más el Centro Conjunto de Información asociado al mismo.

Conjugadamente, esos sistemas mejoraran el acopio, refundición y propagación de datos de información militar a los mandos desplegados en campaña. Y, una vez que se articulen con los sistemas de ataque y mando y control de los que ya he hablado, esos programas de información aportarán la capacidad necesaria para convertir en realidad el concepto FOFA. Como ya he señalado antes, nuestros aliados en la OTAN también avanzan en busca de su dotación de capacidades de ataque a fuerzas de escalón, pero también siguen muy de cerca nuestros avances.

Como ocurre en todas las vertientes de la labor aliada, la magnitud de nuestro esfuerzo servirá en gran medida para influir en el grado de contribución que finalmente presten nuestros aliados.

• **Buscar un control integrado de armamentos**

Elemento clave de nuestra estrategia ha de ser un control eficaz de armamentos. Debidamente planteadas, las reducciones de armamentos encierran la posibilidad de afianzar nuestra seguridad y de promover una mayor estabilidad a niveles más bajos de fuerzas. Hemos de asegurarnos, con todo, de que el control de armamentos que persigamos sea un medio de profundizar en la seguridad, y no una finalidad en sí mismo.

Una vez convenidas en el Tratado INF reducciones significativas de las fuerzas nucleares tácticas, y antes de acometer nuevas negociaciones sobre fuerzas nucleares en Europa, necesitamos hacer una pausa y volver nuestra atención al problema de la corrección del desequilibrio de la relación de fuerzas convencionales. El control de éstas puede tener porvenir en la medida en que el señor Gorbachov haya sido veraz cuando ha hablado de su voluntad de aceptar profundas reducciones asimétricas de dichas fuerzas, a fin de alcanzar la igualdad entre la OTAN y el Pacto de Varsovia. Y esa igualdad, que toma en cuenta las asimetrías existentes entre una y otra alianza, ha de constituir nuestra meta. Hemos de tener cautela con las propuestas que no cumplan ese criterio: las pequeñas reducciones, por ejemplo, resultarían simbólicas en gran medida y tendrían poca incidencia en el desequilibrio convencional existente en Europa. El proponernos ese tipo de reducciones menores no haría más que distraer a nuestros negociadores del verdadero objetivo que hemos de pretender, es decir, el de establecer unos techos comunes sobre los sistemas armamentísticos más preocupantes para nosotros, como son los carros de combate, la artillería y, posiblemente, los vehículos de combate de infantería. Es momento de averiguar si el señor Gorbachov habla o no en serio. Un acuerdo por el que se consiga la paridad en medios convencionales entre OTAN y Pacto de Varsovia sería un gran paso adelante en la consecución por Occidente de un grado más alto de seguridad.

- **Mantener la disponibilidad y sostenibilidad de nuestras fuerzas**

Además de procurar la modernización de nuestras fuerzas para que respondan cabalmente a las exigencias del futuro, la otra tarea que nos reclama de forma primordial es la de obtener el mejor rendimiento de las fuerzas con que hoy contamos, a base de conseguir los mejores niveles de dotación de personal, equipamiento, formación, mantenimiento, sostenimiento y refuerzo. En particular, no podemos degradar la disponibilidad y sostenibilidad de las fuerzas que ocupan posiciones defensivas adelantadas y que quizá tengan que librar pesados combates en situación de inferioridad numérica contra el escalón atacante de las fuerzas del Pacto de Varsovia. Con su apoyo, los programas de disponibilidad y sostenibilidad preparados conjuntamente por nuestros servicios y por los comandantes en jefe permitirán a las fuerzas norteamericanas contar con unos niveles de apoyo aceptables, pero no más. Yo preferiría que esos niveles fueran más elevados. Hemos conseguido algunos progresos apreciables en los últimos años, como el aumento del nivel de aprovisionamiento de nuestros centros logísticos en posición avanzada (POMCUS). Hemos recibido –con el apoyo de esta Comisión– asignaciones presupuestarias para hacer las ampliaciones imprescindibles y mejorar la gestión de nuestros aprovisionamientos en posición avanzada, y para la recepción y continuidad en el avance de los refuerzos norteamericanos. Y nos hemos acercado a la entrega del avión de transporte C-17. Nuestra preparación para el refuerzo en suelo europeo también ha mejorado substancialmente, gracias en gran medida a los aumentos recientes de los niveles de Apoyo de Nación Huésped en Tiempo de Guerra que nos serán proporcionados por nuestros aliados, así como por los acuerdos recientes sobre Base de Operación Preconvenida (COB), que pondrán aeródromos europeos a disposición de las unidades aéreas norteamericanas de refuerzo en tiempo de guerra, lo que podrá reducir apreciablemente las concentraciones de aviones en cualquier base.

No obstante, todo ello, seguimos sin poder satisfacer plenamente nuestro compromiso de refuerzo de la OTAN, y ello es consecuencia de insuficiencias persistentes en una serie de órdenes interrelacionados: preparación para el combate y disponibilidad de unidades de apoyo, nivel de aprovisionamiento de centros logísticos avanzados, transporte estratégico, existencias de reserva en teatro o municiones, equipo, recambios y suministros médicos preferidos, disponibilidad de espacio de almacenamiento complementario del aprovisionamiento en posición avanzada y otros factores logísticos de teatro, más el apoyo de nación huésped. Son cuestiones que deben todas ser abordadas. Dado que tienen tan estrecha relación entre sí, los esfuerzos de mejora en cualquiera de esas áreas a menudo sólo rinden auténtico resultado cuando hay un esfuerzo paralelo en otras. Los aumentos del nivel de existencias en los POMCUS, por ejemplo, deben verse acompañados de otros incrementos en el espacio de almacenamiento necesario para guardar esos suministros. Por otro lado, un mayor nivel de aprovisionamiento de los POMCUS podría hacer disminuir nuestra necesidad de transporte estratégico, que de otro modo necesita-

ríamos para llevar equipos desde Estados Unidos. En suma, que hemos de tener siempre presentes las interrelaciones existentes entre esas capacidades cuando trabajamos por la mejora de nuestra posición defensiva general.

Confío en que el Congreso salvaguardará el progreso conseguido durante este último periodo de especial esfuerzo en programas de preparación para el combate y sostenibilidad. Las fuerzas del Pacto de Varsovia desplegadas frente a la región central de la OTAN tienen predesplegados suministros y recambios operativos para sesenta-noventa días, medida que la OTAN no alcanza en estos momentos. Seguimos padeciendo graves escaseces en determinadas municiones tierra-aire, misiles superficie-superficie de alta tecnología, misiles antirradiación, y también en cuanto a preparación para la entrada en acción de las fuerzas de apoyo, insuficiencias todas ellas que vienen a complicar las persistentes carencias en transporte estratégico por mar y aire. Por ello resulta crucial que mejoremos los niveles que ya tenemos de preparación y sostenibilidad.

• **Profundizar en la cooperación entre aliados**

Los esfuerzos de mejora de la posición disuasoria de la OTAN requieren la cooperación entre sus miembros, y en esta vertiente se han producido progresos. Nos han prestado gran ayuda los nuevos acuerdos de la Alianza sobre preparación para la recepción, movimiento de avance y otros apoyos logísticos que necesitarán recibir las fuerzas norteamericanas en fase de despliegue. Hemos progresado también en la obtención de la ayuda de las naciones huéspedes. Está en fase de ejecución un programa por el cual 93.000 reservistas de la RFA cumplirán funciones de apoyo.

También ha constituido un paso adelante la decisión tomada por la OTAN en 1984 de duplicar el presupuesto del programa de infraestructura financiado en común, lo que ha situado su monto en 10.000 millones de dólares para el periodo 1986-1990. Ese incremento está sirviendo para la financiación de instalaciones que se necesitaban con urgencia, como, por ejemplo, refugios de alta resistencia situados en bases aéreas de refuerzo, almacenes de aprovisionamientos de reserva en teatro de operaciones, polvorines y obras de mejora de bases aéreas y navales. El compromiso de los ministros de Defensa de la OTAN de elevar el nivel de existencias de munición deberá mejorar también en los próximos años la preparación para el combate, y constituye una novedad prometedora la aceptación por la Alianza de las directrices para la planificación a largo plazo del FOFA. La financiación por varias naciones de la OTAN del Tornado y del sistema de lanzamiento múltiple de cohetes, además de la compra de instrumentos para el enlace con el sistema norteamericano BICES, el JTIDS y el avión TR-1 de reconocimiento a gran altitud son todos ellos factores que ayudarán a la localización y ataque convencional contra los grupos operativos de maniobra, escalones de refuerzo y reservas del Pacto de Varsovia antes de que puedan alcanzar nuestras posiciones defensivas. Por último, las naciones de la OTAN llevan adelante una serie de esfuerzos en coopera-

ción que se han visto estimulados por la enmienda Nunn-Warner, esfuerzos entre los cuales figura el programa de sustitución de la fragata de la OTAN, el sistema de misiles antitáclicos, una familia de proyectiles superficie-aire y una variedad de sistemas antiblindaje perfeccionados.

• **Mantener la función dirigente norteamericana**

Es interés norteamericano el seguir ejerciendo en la OTAN la misma función sólidamente dirigente que ha contribuido a mantener la paz en Europa occidental durante casi cuatro decenios. Medidas tales como la reducción unilateral de las tropas norteamericanas serían entendidas por nuestros aliados, bien como indicación de que Estados Unidos percibía un debilitamiento de la amenaza soviética —que no es el caso—, o bien como expresión de una disminución del interés norteamericano en Europa. Ninguno de esos mensajes sería favorable a los objetivos de Estados Unidos. Y, más allá de ello, cualquier retirada unilateral sería erosiva para la resolución de ánimo de la Alianza y minaría los esfuerzos desplegados para conseguir reducciones negociadas de las fuerzas convencionales soviéticas. El signo más tangible del compromiso de Estados Unidos con la defensa colectiva de Europa siguen siendo esos 326.000 soldados norteamericanos de las distintas armas que permanecen hombro con hombro con sus homólogos de la OTAN. Su presencia será todavía más importante con la retirada de los proyectiles de crucero y Pershing II y el comienzo de una nueva ronda de negociaciones sobre armas convencionales.

## Conclusión

El imperativo a que habrá de responder la OTAN tras el Tratado INF es el mismo que la ha reclamado durante sus casi cuarenta años de existencia, esto es mantener una disuasión efectiva con unos costes permisibles. A esta exigencia no puede dársele ninguna respuesta que suponga un aumento de riesgo para la seguridad occidental y un debilitamiento de nuestros compromisos con nuestros aliados y amigos. Las fuerzas norteamericanas se hallan desplegadas en Europa porque ello es en el interés nacional norteamericano. Esas fuerzas han de ser mantenidas y sostenidas de manera tal que tengan capacidad cierta de hacer frente a las fuerzas del Pacto de Varsovia desplegadas ante las fronteras de la OTAN.

No se satisfacen con soluciones simples las exigencias de disuasión de la agresión e intimidación soviéticas en Europa y que nos obligan tanto a nosotros como a nuestros aliados europeos. Pero sigo convencido de lo acertado del planteamiento estratégico mantenido hasta hoy con tanto éxito. El imperativo colectivo que nos ocupa es el de asegurar que la Alianza tenga suficientes capacidades militares como para desarrollar la estrategia de la OTAN. A fin de cumplir esa tarea con eficacia óptima necesitamos aprovechar al máximo nuestras ventajas relativas en tecnología para anular las ventajas cuantitativas de la URSS.

No podemos esperar que la competición Este-Oeste se disipe; lo que necesitamos hacer es garantizar que ésta no devenga en conflicto bélico. Si el mando aliado de Europa tuviera que luchar alguna vez en defensa de Occidente, se hallaría preparado para ello, pero mi misión principal es la disuasión de la guerra. La potencia de las fuerzas militares de la OTAN y la unidad de la Alianza van a seguir constituyendo los ingredientes básicos e indispensables para que Occidente disfrute de paz y seguridad en libertad.

# El equilibrio de fuerzas en Europa y las propuestas soviéticas

Dmitri Yazov

Un importante resultado de las negociaciones en la “cumbre” de Washington (diciembre de 1987) fue un considerable avance en el entendimiento de la necesidad de reducir drásticamente las armas estratégicas ofensivas de ambas partes, manteniendo el Tratado sobre Defensa Antimisil (DAM) en los términos en que fue firmado entre la URSS y los Estados Unidos en 1972. También se han registrado progresos en algunas otras cuestiones: prohibición y liquidación del arma química y cese de los ensayos nucleares.

Pero los enemigos de la distensión siguen oponiéndose al proceso de desarme. El pretexto es que los países del Pacto de Varsovia tienen supuestamente una aplastante superioridad en armas convencionales y que el Tratado INF modifica el equilibrio estratégico en favor de la URSS. Por eso –dicen– urgen medidas para remontar el “atraso militar” de Occidente.

En realidad, el equilibrio militar, tanto a escala global como en el ámbito europeo, permanece intacto. Un análisis objetivo de la correlación de fuerzas armadas de ambas alianzas es factible. Ello implica la necesaria atención a todo el conjunto de factores políticos, económicos, físicos, geográficos, psicológicos y mera mente militares. Utilizando esta visión de conjunto en el análisis de dichos factores, dirigentes políticos y militares, así como centros de investigación de algunos países de primera fila (por ejemplo, algunos ex secretarios de Defensa de los Estados Unidos y el Instituto de Estudios Estratégicos de Londres) han llegado a la conclusión de que, actualmente, cabe hablar de una aproximada igualdad de fuerzas estratégicas entre el Pacto de Varsovia y la OTAN.

Ese equilibrio estratégico se ha comprobado más de una vez en el proceso de elaboración del Tratado SALT-2 y durante negociaciones posteriores. Queda reflejado en los datos de la siguiente tabla, referida al 1 de enero de 1988.

---

El mariscal **Dmitri Yazov** es ministro de Defensa de la URSS.

	URSS	EE. UU.
Lanzadores de ICBM incluidos	1.390	1.000
Lanzadores de ICBM con cabezas MIRV	812	550
Lanzadores de SLBM incluidos	942	672
Lanzadores de SBLM con cabezas MIRV	388	640
<hr/>		
Total de lanzadores de ICBM y SLBM incluidos	2.332	1.672
Lanzadores de ICBM y SLBM con cabezas MIRV	1.200	1.190
<hr/>		
Bombarderos pesados incluidos	162	588
Bombarderos pesados equipados con misiles de crucero	72	161
<hr/>		
Total de lanzadores de ICBM, SLBM y bombarderos pesados incluidos	2.494	2.260
Lanzadores de los ICBM y SLBM con cabezas MIRV y bombarderos pesados equipados con misiles de crucero	1.272	1.351
<hr/>		
Total de las cargas en los vehiculos estratégicos (aproximadamente)	10.000	14.000-16.000

Como puede verse, la URSS tiene más vectores (2.494 contra 2.260), pero en cambio los Estados Unidos siguen teniendo más cargas en dichos vectores, siendo de notar que son precisamente ellas las que tienen poder destructivo. En conjunto existe un aproximado equilibrio.

La "cumbre de Washington significó, entre otras cosas, un acercamiento a la solución del problema central de las relaciones soviético-norteamericanas: reducción radical de armas estratégicas ofensivas en el contexto de la observancia del Tratado DAM. Ya se han elaborado los principales parámetros del futuro acuerdo para reducir en el 50 por ciento dichas fuerzas.

¿Cuál será el alcance de la reducción que se pretende acordar? Como se sabe, en Reykjavik hubo acuerdo en reducir las armas estratégicas ofensivas de la URSS y los Estados Unidos a un nivel tope de 1.600 unidades en el caso de los vectores estratégicos (vehículos de transporte) y de 6.000 unidades en el de las *ojivas* de combate. Asimismo, se acordaron las normas de *recuento* de bombarderos pesados y algunas otras cuestiones.

En Washington a estos acuerdos se les añadieron no pocos elementos nuevos. En primer lugar, las partes convinieron limitar a 4.900 unidades el número global de ojivas instaladas en los ICBM y SLBM dentro del límite global de 6.000 ojivas de combate. En aquella misma ocasión se acordaron los subniveles para misiles pesados (1.540 ojivas en 154 misiles pesados). En segundo lugar se reconoció la necesidad de elaborar un acuerdo que comprometa por igual a las dos partes a observar el Tratado DAM en los términos en que fue firmado en 1972 y a no abandonarlo durante un plazo previamente acordado; igualmente se fijó que si la URSS y Estados Unidos no consiguen acordar las condiciones del no despliegue de la defensa antimisil de ámbito nacional antes de que termine el plazo de no abandono del Tratado DAM, cada una de las partes podrá decidir su actitud hacia dicho Tratado y, por supuesto, hacia el Tratado sobre las armas estratégicas ofensivas. Tercero: se avanzó en la discusión de los problemas relacionados con la limitación del despliegue de misiles de crucero de largo alcance, dotados de cabezas nucleares y con bases en mar; las partes han acordado un tope de 6.000 cargas de combate para dichos misiles

y buscar unos eficaces métodos de control sobre la realización de medidas limitativas.

Después del acuerdo para eliminar los misiles de medio y corto alcance, y a la luz del enfoque esperanzador al problema de la reducción radical de arsenales estratégicos, comienza a perfilarse con mayor claridad la importancia de la problemática de la reducción de las fuerzas armadas, armas nucleares tácticas y armas convencionales en Europa.

El estado de las fuerzas armadas y armamentos de la OTAN y del Pacto de Varsovia permite reducir el nivel de confrontación militar en Europa. ¿Cómo podría hacerse? En la Declaración adoptada en Budapest por los dirigentes de los Estados del Pacto se propone; como primer paso, reducir en 100.000-150.000 efectivos las tropas de ambas alianzas, en uno o dos años; a comienzos de los años noventa, reducir en el 25 por 100 por ambos lados las tropas terrestres y la aviación táctica de asalto (en total más del millón de efectivos); continuar en lo sucesivo la reducción de tropas y armas convencionales de los países europeos, los Estados Unidos y Canadá.

En Occidente se habla mucho de la presunta "superioridad aplastante" del Pacto de Varsovia en armas convencionales, y afirman que los países del mismo deben aceptar reducciones unilaterales. Los expertos de la OTAN tratan de resaltar la superioridad del Pacto de Varsovia en determinados componentes del armamento convencional, por ejemplo en tanques. Pero se niegan a considerar en su conjunto la cantidad y calidad del armamento de cada parte, a hacer un análisis comparativo de las doctrinas militares. Tampoco aceptan analizar a fondo las posibilidades reales de las fuerzas armadas de cada parte ni comparar entre sí los potenciales bélicos en su conjunto, limitándose a hacerlo por determinados tipos de armamento. Pero es bien sabido que sólo un análisis de conjunto puede ofrecer un cuadro objetivo, puesto que las fuerzas armadas de las dos alianzas son polivalentes y heterogéneas, diferenciándose entre sí por su estructura y organización;

los países de la OTAN tienen superioridad en unos ámbitos, y los del Pacto la tienen en otros.

Pongamos por caso las fuerzas navales. La OTAN supera considerablemente al Pacto de Varsovia: en buques de superficie la diferencia es de 3 a 1; en aviones embarcados, 2,5 a 1; en tonelaje global de los buques de guerra, 2 a 1. En el informe de la Casa Blanca de 28 de enero de 1987 se decía: "La superioridad naval nos permite aprovechar la vulnerabilidad geográfica de la URSS y amenazar globalmente los intereses soviéticos."

Asimismo, los miembros de la OTAN tienen supremacía, numérica y cualitativa, en aviones de combate. Según datos del folleto "El poderío militar soviético", editado por el Pentágono en 1986, la ventaja es de 1.150 aviones, sin contar las fuerzas aéreas de Francia y España. Según estimaciones soviéticas, la OTAN tiene en Europa 1.400 aviones de asalto más que el Pacto.

Cabe, pues, preguntar: ¿por qué los Estados Unidos y la OTAN no plantean el problema del desequilibrio en las fuerzas navales y aéreas?

Llevamos veinte años negociando sobre el desarme, y durante todo ese tiempo se han venido negando a examinar el problema de reducción y limitación de dichas fuerzas. En la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa (que se celebra en Viena) han concentrado sus esfuerzos en demostrar que el Pacto de Varsovia tiene una gran superioridad en armas convencionales terrestres y amenaza a Europa occidental. Por eso, dicen, hay que insistir en que reduzca unilateralmente sus fuerzas terrestres sin relación alguna con su componente nuclear ni con la aviación táctica de asalto. Es incorrecto y deshonesto plantear así la cuestión. ¿Cómo se puede hablar de superioridad si en los cálculos de la OTAN no entran las fuerzas armadas de Francia y España (un millón de hombres armados, 20 divisiones)? ¿Por qué razón en el balance global no se incluye la parte de las fuerzas armadas supeditada al mando nacional? ¿Por qué no se incluyen las formaciones de reserva, las armas y el material almacenados? ¿Por qué los datos relativos a las fuerzas armadas de la OTAN son rebajados intencionadamente, mientras que los concernientes al Pacto de Varsovia son continuamente sobrevaluados (por ejemplo, se contabilizan las unidades de construcción, las tropas guardafronteras, la Policía, la Sociedad de Ayuda Voluntaria al Ejército y la Marina)?

¿Cuál es la correlación real de fuerzas? Numéricamente, las fuerzas armadas de la OTAN son aproximadamente iguales a las del Pacto: dos ejércitos de tres millones de efectivos cada uno se hallan opuestos entre sí en Europa. El Pacto tiene más tanques, pero la OTAN le supera en número de unidades operativas y cazabombarderos. Existe un aproximado equilibrio en armamentos convencionales. Según datos del Instituto de Estudios Estratégicos de Londres, "el balance global de fuerzas es tal... que ninguna de las partes posee el potencial suficiente para garantizar la victoria."

Respecto a los desequilibrios y asimetría en armamento convencional, la URSS está dispuesta a examinar las vías para eliminar dichos desequilibrios a nivel de alianzas militares. Las futuras negociaciones europeas tendrán éxito siempre que se trate de reducciones recíprocas y simultáneas. Al éxito de estas negociaciones contribuirían las medidas para fortalecer la confianza, en particular la disminución del riesgo de ataque por sorpresa. La Unión Soviética y otros países del Pacto, de Varsovia proponen medidas concretas: reducir a un nivel mínimo la concentración de tropas y armas en la zona de contacto de las dos alianzas; retirar de dicha zona las armas ofensivas más peligrosas; establecer un corredor desnuclearizado a lo largo de la línea de contacto (300 kilómetros de anchura, 150 kilómetros por cada lado); crear en Europa una zona libre de armas nucleares y químicas, así como zonas de reducida-concentración de armas y de elevada confianza; hacer un análisis comparativo de las doctrinas militares y examinar los desequilibrios.

# El acuerdo sobre euromisiles y la indefensión de Europa

Pierre M. Gallois

**H**a hecho falta casi un año para que algunos políticos, responsables de la independencia y la seguridad de los países occidentales de Europa, empiecen a comprender el significado de los encuentros de Reikjavik. Sin embargo, tanto el discurso del señor Reagan sobre la Iniciativa de Defensa Estratégica (23 de marzo de 1983) como sus declaraciones relativas a la eliminación total del explosivo nuclear hubieran debido alertarles.

La Administración republicana acelera así el proceso de desvinculación iniciado a principio de los años sesenta, cuando los Estados Unidos se encontraron frente a los primeros cohetes soviéticos capaces de operar a gran distancia. Se trataba de reducir los riesgos –considerados exorbitantes– que implicaba la defensa atómica de los aliados europeos. Hoy piden a estos últimos que atiendan a su propia seguridad; la contribución americana, en lugar de ser determinante, representará en lo sucesivo sólo un apoyo eventual.

La transformación política, económica y social del mundo y el poderío creciente de la Unión Soviética inducen a muchos responsables americanos a pensar en las ventajas de la doctrina de Monroe. Llegará un día, una vez materializada la IDE, en que los territorios de Estados Unidos gozarán de inmunidad en tanto que, reforzando los lazos con el Norte (Canadá) y con el Sur (Centro y Sudamérica), podrán asegurarse influencia y mercados. Continuando su secular marcha hacia el Oeste se instalarán más ampliamente en la zona del Pacífico. El “continentalismo” y la apertura al más vasto océano y la zona más poblada del planeta, ¡cuántas nuevas perspectivas ofrece a la emprendedora América del Norte, al tiempo que le ahorra los peligros implícitos en la defensa de una Europa demasiado anhelada!

Los primeros resultados del encuentro de Reikjavik hubieran debido sorprender a los políticos europeos iniciados en cuestiones de estrategia (pero ¿existe ésta en el Oeste?). En efecto, en buena lógica cabía esperar que los señores Gorbachov y Reagan se pusieran de acuerdo para tratar

---

**Pierre Gallois**, general en reserva del Ejército francés, fue uno de los asesores más significados del general De Gaulle en los años de creación de la Fuerza nuclear francesa.

prioritariamente de la reducción numérica de su panoplia de cohetes de largo alcance. ¿No habían declarado, tanto uno como otro, que la mitad por lo menos de esos cohetes podía ser destruida sin comprometer en nada la seguridad de ambas potencias? (Es lamentable que tal afirmación no se hubiera expuesto veinte años antes y que los Estados Unidos y la URSS se hayan embarcado, por consiguiente, en una estéril y costosa escalada vertical para admitir tardíamente que se habían equivocado.)

El acuerdo sobre los cohetes de largo alcance parecía tanto más fácil de concluir cuanto que había sido alcanzada una cierta paridad, por lo que Gorbachov y Reagan podrían debatir sobre su progresiva reducción hasta llegar a su total eliminación. La verificación de las cláusulas de tal acuerdo no parecía imposible y, sobre todo, se trataba, en definitiva, de la seguridad de las dos partes contratantes, no ya de los países aliados, apartados de la negociación de Reikjavik.

Sin embargo, lo que se acordó fue el desarme nuclear de Europa occidental; donde el desequilibrio de las Fuerzas Armadas es más ostensible y orgánico, debido a la situación de los países que la integran; donde las dos sociedades antagonistas tienen mayor contacto y donde el *statu quo* territorial se mantiene de forma más artificial; en definitiva, donde es el más precario.

Se invocó la vinculación del señor Reagan al escudo espacial americano. El señor Gorbachov exigió que los Estados Unidos redujesen sus esfuerzos de investigación y renunciasen a ensayos más o menos prohibidos por el Tratado sobre la DCM (Defensa Contra Misiles) de mayo de 1972, lo que Reagan evidentemente no podía aceptar, puesto que había hecho de la IDE tanto objetivo de la estrategia americana como demostración del sentido moral con que su país se resignaría –eventualmente– a usar de la fuerzas (“destruir las armas antes que la vida humana”).

Es dudoso, por otra parte, que los soviéticos, engolosinados por las importantísimas concesiones que Reagan se disponía a hacerles, hubiesen seguido manteniéndose intransigentes en cuanto a la continuación de los trabajos relativos a la IDE. Saben bien –aunque no sea más que por lo que hasta ahora se conoce sobre esa investigación– que harán falta muchos años de esfuerzos antes de que una defensa antimisiles desde, el espacio tenga cierta eficacia. No tienen ninguna intención de caer sobre el territorio americano, ni siquiera de amenazarle, y no ignoran que los Estados Unidos tendrían gran dificultad en montar una operación que contemplase la destrucción de la Unión Soviética a golpe de cohetes nucleares. Lo que más temen es que tomando como pretexto la construcción de un escudo espacial, los Estados Unidos inviertan sumas considerables en la puesta a punto de técnicas de armamento muy avanzadas; tan avanzadas que incluso no pasen a la fase de producción; es decir, que no aporten dividendos más que a muy largo plazo (lo cual, en una economía liberal, no es nada estimulante para las empresas privadas que buscan beneficios más inmediatos). A menos que el Estado no suplante a los banqueros y a los inversionistas particulares, que es lo que ha hecho el señor Reagan desde que pronunció su famoso discurso de 23 de marzo de 1983. Lo que desa-

zona, de verdad, a Gorbachov es menos el escudo espacial que la rivalidad científica que América podría continuar con gran ventaja gracias a los créditos obtenidos para la defensa a partir del espacio.

Al renunciar a discutir la reducción de un arsenal ridículamente superfluo, que además era suyo, los dos estadistas se pusieron fácilmente de acuerdo sobre la supresión de un armamento que a sus ojos presentaba un doble inconveniente: obligaba a los Estados Unidos a defender a sus aliados europeos y, si se utilizaba, podría alcanzar el territorio de los soviéticos sin que éstos pudieran protegerse.

### **Desarmados y satisfechos de estarlo**

Ha habido políticos occidentales que, poco familiarizados con cuestiones estratégicas, han expresado su satisfacción por el anuncio de este acuerdo. En Francia, ese ha sido el caso del presidente de la República, que ha manifestado “su interés por la negociación” y, sobre todo, lo ha sido la adhesión –subrayada– de su predecesor en el Elíseo frente a los cambalaches de las dos grandes potencias.

Ninguno de los dos hombres de Estado se da cuenta de que el interés que para la seguridad de los aliados europeos de los Estados Unidos representan los Pershing II –y en menor medida los misiles de crucero– reside en la difícilísima alternativa ante la que sitúan a su eventual adversario: si se lanza al ataque olvidando la existencia de estas armas americanas, corre el riesgo de recibir sobre su suelo, como respuesta, los imparables proyectiles; destruyéndolas preventivamente provoca a los especialistas de los Estados Unidos que los accionan, lo cual no dejará de crear ciertas reacciones al otro lado del Atlántico. En resumen, además de objetivos obligados, los Pershing II constituyen igualmente una obligación para Washington: la de intervenir forzosamente en Europa. Con la retirada de estos ingenios, dicha obligación es ambigua. Los americanos explican a sus aliados, no sin cierto embarazo, que sus bombarderos reemplazarán a los misiles que ahora retiran de Europa y que a aquéllos podrían incluso agregarse los que se encuentran estacionados en Gran Bretaña. Lo cual es olvidar que hoy los aviones son vulnerables en pleno vuelo y que ya no es necesario destruirlos en sus aeródromos, puesto que la potente DCA soviética puede interceptarlos antes de que alcancen sus objetivos.

Aunque el Gobierno francés no cesa de insistir en la seguridad colectiva y se esfuerza en solidarizarse con el destino de sus vecinos, Francia no se ha opuesto abiertamente a la retirada de los euromisiles. El presidente de la República, incluso, ha declarado que el acuerdo americano-soviético sobre supresión de cohetes de alcance medio no modificará la situación de la Alianza, ya que simplemente ésta se retrotraería a las condiciones existentes antes de la implantación de los, euromisiles. Nuevo error.

En efecto, hace doce años, cuando se instalaron las primeras baterías de SS-20 soviéticos, la precisión de tiro de estos ingenios balísticos –muy

mejorada en comparación con la de los SS-4 y los SS-5, a los que debían reemplazar— necesitaba aún recurrir a cargas explosivas de gran energía (unos 150 kilotonnes por cada una de las tres ojivas que pueden lanzar). Es decir, que una importante descarga de esos euromisiles soviéticos hubiera destruido no solamente vastas porciones de territorios occidentales, sino también —habida cuenta del sentido de rotación de la Tierra— proyectado partículas radiactivas sobre el Este europeo y la Rusia europea. De hecho, los SS-20 no eran militarmente utilizables más que en proporción muy reducida. Eran, tal vez, armas de intimidación, pero probablemente no los instrumentos adecuados para un ataque contra objetivos militares de los países europeos de la OTAN. En este lado del Atlántico, los políticos, sin duda mal aconsejados, no se dieron cuenta de la significación real de los euromisiles soviéticos, principalmente Helmut Schmidt, en su discurso de Londres de 1977.

Por el contrario, los euromisiles americanos, los Pershing II y los misiles de crucero, incorporan las técnicas más avanzadas. Su precisión es diez veces más elevada que la que la OTAN atribuye a los SS-20. Además, en concordancia con la naturaleza de los objetivos que deban alcanzar, estos euromisiles pueden ser indiferentemente equipados con cargas explosivas nucleares de baja energía o con cargas explosivas clásicas, como el TNT, y hasta con proyectiles que inflamen una vaporización detonante (Fuel air explosive). Por ello, la implantación en la Europa del Oeste de unas armas tan modernas constituyó una inesperada fortuna para los aliados. Al proponer estos euromisiles, Carter estableció una solución de continuidad en la curva de la desvinculación progresiva de los Estados Unidos. De repente, la Casa Blanca reforzó sus lazos transatlánticos. Ni Helmut Schmidt ni Giscard d'Estaing comprendieron el alcance de la decisión americana. Estropeando las cosas, mal aconsejado por un Estado Mayor poco competente, Giscard d'Estaing —aunque Francia no estaba directamente afectada por los euromisiles americanos— creyó conveniente convocar una Conferencia cuatripartita en Guadalupe (Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania federal y Francia), en donde, apoyado por el señor Schmidt, insistió en que, en caso de retirada de los SS-20, los futuros euromisiles americanos fueran igualmente trasladados a los Estados Unidos. En ese comportamiento, funesta manifestación de una ligereza política increíble, está el origen de la “opción cero”. Si Breznev y sus sucesores inmediatos no llegaron a explotar el fallo de los políticos franceses y alemanes, el señor Gorbachov sí ha sacado de ello inmediato partido. Ha podido hacerlo con tanta mayor ventaja cuanto que se trataba de cambiar armas ya viejas, relativamente imprecisas y de hecho inutilizables, sin daño para la misma Rusia, por máquinas americanas recientes, de gran precisión, con débil energía de destrucción —por tanto, militar y políticamente utilizables— y, en consecuencia, eminentemente disuasivas. Y, por último, ¿cómo podrían los dirigentes occidentales rechazar una retirada que, por su ignorancia en cuestiones estratégicas, ellos mismos habían sugerido? Correspondiendo al planteamiento de Reagan, Schmidt y Giscard d'Estaing, Gorbachov estaba seguro de su éxito.

Pero dejando aparte el singular comportamiento de los dos dirigentes europeos, la cuestión que se plantea es saber cuál es, en este asunto, el origen de la connivencia americano-soviética:

- En 1966, cuando los americanos comenzaban a ensayar los primeros cohetes de ojivas múltiples, el Comité central del PC de la Unión Soviética, en Moscú, emprendió el estudio de las consecuencias estratégicas que se derivarían de la inevitable escalada vertical resultante de la puesta a punto de ese temible armamento. Como es natural, se decidió que debía darse prioridad a la salvaguardia del territorio nacional. Era necesario conjurar para siempre las destrucciones sufridas por Rusia a lo largo de la segunda guerra mundial y, forzosamente, las que le serían infligidas por un intercambio de ataques nucleares. Los Pershing II –cuando no los mucho más lentos misiles de crucero– eran armas imparables que tenían bajo su amenaza a Rusia occidental, hasta las proximidades de Moscú, y a los que era imperativo eliminar. Al proponer los mismos occidentales el sacrificio de su armamento más disuasivo, Gorbachov no encontró dificultades en lograr su propósito.

- Al otro lado del Atlántico se desea evitar, a cualquier precio, que por culpa de Europa occidental los Estados Unidos se vean envueltos en un conflicto que les obligase a recurrir a las armas nucleares. Después de haber alimentado muchas ilusiones vanas, se conoce ya la esencia misma de este armamento: no tiene sentido más que al servicio exclusivo del que lo posee y para su propia protección; no para la de un tercero, aunque sea un aliado. Parece como si en el curso de sus largas negociaciones bilaterales (sobre todo después de 1969), los americanos y los soviéticos hubiesen acabado por ponerse de acuerdo sobre la significación política y militar de las armas de destrucción masiva: el átomo sólo es utilizable para asegurar la inviolabilidad de sus territorios nacionales respectivos; en ningún caso para regular los contenciosos que tengan como teatro el resto del mundo, incluyendo a Europa occidental. Es esa convergencia estratégica la que ha inducido a la Casa Blanca a emprender el proceso de desnuclearización de la Europa del Oeste y a suscribir la voluntad del Kremlin en las condiciones, más desventajosas para sus aliados de la OTAN.

En realidad no es que América quiera abandonar Europa a su suerte. Lo que ocurre es que en lo que se refiere a sus aliados razona sobre bases completamente falsas. Al otro lado del Atlántico se considera a Europa del Oeste como una entidad política. Se acepta ciegamente la frase lapidaria, pero desprovista de sentido, que Genscher, ministro de Asuntos Exteriores de la República federal, pronunció en Davos delante de un auditorio de notables personalidades: “No es aceptable que unos trescientos millones de europeos dependan para su seguridad de doscientos veinte millones de americanos para hacer frente a doscientos sesenta y cinco millones de soviéticos.” Eso equivale a asimilar a los 300 millones de habitantes de los numerosos países en plena soberanía de la Europa occidental a los 265 millones de soviéticos que dependen de un solo Gobierno, por añadidura autocrático, o incluso a 220 millones de americanos que se unificaron hace mucho tiempo dentro del marco de un pujante Estado federal.

Desgraciadamente para esa Europa occidental hay demasiados responsables políticos y periodistas –creadores de opinión– que tratan a esos doce principales países de la Europa del Oeste como si dependiesen de una misma autoridad; esas gentes se convencen a sí mismas y convencen a las del otro lado del Atlántico de que la expresión “defensa europea” corresponde a una realidad, siendo así que –tal como demostraremos después– es, y lo será por mucho tiempo, una pura entelequia. Al confundirse sobre lo que es en realidad Europa occidental, mantienen las ilusiones –por otra parte interesadas– de los americanos, ansiosos de creer que los europeos “pueden defenderse por sí mismos”.

### **Reagan adopta una opción equivocada**

América hubiera debido negociar sobre bases completamente distintas si se hubiera preocupado realmente de la seguridad de sus aliados. No se podían intercambiar los misiles americanos ultramodernos por las baterías de los anticuados SS-20, que de todas formas estaban próximos a su desmantelamiento, sino más bien trocar los Pershing IA y los Lance americanos, al fin de su carrera, por los nuevos ingenios balísticos con que los soviéticos equipan a sus grandes unidades terrestres: los SS-21, a escala de división; los SS-23, a nivel de ejército, y los SS-22, de “primera línea”. Esas son las armas que con una sola descarga podrían neutralizar todas las fuerzas clásicas de la OTAN, sorprendiéndolas en el mismo punto en que se estacionan, desarmando a Europa occidental, rompiendo toda resistencia organizada e imponiendo una negociación sobre la derrota definitiva de la organización militar del Tratado del Atlántico Norte.

Es cierto que Gorbachov ha propuesto igualmente que después de regular –con ventaja propia– el destino de las armas nucleares de alcance medio seguiría con la liquidación de todos los otros ingenios balísticos desplegados en Europa; por supuesto los SS-21 y los SS-23 de un lado y los Lance de otro (y más tarde los Pluton y los Hades franceses, que Mitterrand había ya sacrificado al anunciar, un poco prematuramente, que la disuasión francesa no dependía de esas armas de alcance corto y medio).

Esta segunda opción también se conforma a los intereses de los soviéticos. La desnuclearización del teatro europeo se habría consumado así y ya no quedarían –sin duda provisionalmente– más que las armas nucleares establecidas fuera de Europa continental, en Gran Bretaña y en el mar; con la salvedad de que en caso de que los contingentes clásicos del Pacto de Varsovia avanzasen hacia el Oeste serían los americanos quienes deberían tomar la iniciativa de recurrir al átomo, aunque las unidades clásicas que despliegan en Europa –sobre todo en el sector central de Europa– no hubieran sufrido los efectos de las armas nucleares soviéticas. Esta iniciativa es poco probable por lo muy numerosos y atendidos que son los partidarios americanos del *no first use* cuando se trata de un teatro de operaciones situado al exterior de su país.

¡Cuántas ventajas tendría la URSS en un mundo desnuclearizado! El átomo militar por sí mismo neutraliza la mayor parte de los triunfos que tiene en su poder la Unión Soviética. Si las armas de destrucción masiva se eliminasen totalmente, Moscú se beneficiaría de todos los privilegios que le confiere la fuerza de sus armas clásicas. Esto se funda sobre los seis criterios que a continuación enumeramos:

- Una población numerosa en la que es posible reclutar muchos batallones que le conferirían la superioridad numérica, tan habitualmente decisiva en las guerras clásicas.

- Masas armadas más aptas para el combate que los magros contingentes que el mosaico de Estados occidentales de Europa podrían reunir en un mismo escenario y al servicio de una misma causa. Por añadidura, la evolución de las dos sociedades antagonistas no se puede comparar. En el Oeste reina el bienestar y se tiene todavía sobre el valor de la vida un concepto muy diferente del de los pueblos del interior, del corazón de Eurasia.

- Una potente industria pesada, capaz de proporcionar gran cantidad de armamentos clásicos (cañones, tanques, aviones, máquinas de guerra) necesarios para equipar a las masas soviéticas reunidas bajo la misma bandera.

- Un vastísimo territorio difícilmente accesible al adversario, que ofrece al mando soviético posibilidades de maniobra inagotables.

- Posesión de todos los materiales estratégicos precisos para alimentar una industria pesada de armamento movilizadora para operaciones de larga duración.

- Condiciones climatológicas favorables; por dos veces (1812 y 1941) el “general invierno” ha aportado su apoyo a las altas cualidades del mando ruso y de sus combatientes.

A estos criterios de fuerza se agregan, evidentemente, el designio político, el mando político y militar único, la elección del momento y el terreno de enfrentamiento. Frente a estas ventajas decisivas, el oeste europeo, incluso el conjunto atlántico, carece de importancia.

No es, pues, sorprendente que la propaganda soviética se haya esforzado desde hace cuarenta años en identificar el arma nuclear con la destrucción de la Humanidad. Para solucionar los conflictos graves no puede esperar salvación más que en el retorno a los armamentos clásicos. Para ello precisaba convencer de la necesidad de rechazar lo nuclear a aquellos mismos que iban a sacar provecho de ello, a aquellos a los que ni la demografía, ni la potencia industrial, ni la geografía, ni los recursos naturales, ni el clima ni las estructuras políticas y sociales proporcionaban poder disuasivo suficiente para imponer, al menos, un *statu quo* territorial. Por medio de los partidos políticos que le eran afines, pero también con la inconsciente complicidad de elites intelectuales y eclesiásticas, de los medios de comunicación, del montaje de pánicos injustificados (por ejemplo, de la turbadora campaña sobre un pretendido “invierno nuclear”, que de hecho sería tan perjudicial para el asaltante como para su víctima), la Unión Soviética ha conseguido que reclamen la eliminación del armamen-

to nuclear aquellos mismos a quienes protege y que no tienen otra manera de velar por su seguridad y por su independencia. Hoy es forzoso reconocer que la propaganda soviética ha alcanzado todos sus objetivos., Las democracias occidentales se han sumado progresivamente a todas las tesis soviéticas. Al declarar que pondría cuanto estuviera de su parte para proscribir definitivamente el arma atómica, el señor Reagan ha bendecido los esfuerzos del Kremlin. El presidente de los Estados Unidos ha sido la víctima más decisiva de la propaganda. Al no comprender la naturaleza real de la posición política y social de las democracias frente a la autocracia soviética, y de forma más general frente a los vastos agrupamientos humanos de Eurasia, Reagan ha abatido las murallas que, a pesar del completo desequilibrio político, social y numérico, mantenían el equilibrio de las fuerzas enfrentadas.

### **La ilusión europea**

¿Qué otra cosa cabía hacer?, se preguntan los dirigentes de los países del Oeste europeo. En efecto, la nueva política soviética ha sido recibida con complacencia por la opinión, tanto al otro lado del Atlántico como en Europa. Todos están de acuerdo en decir que no es en el momento en que Gorbachov propone que sean adoptadas sorprendentes medidas de desarme, y que está dispuesto a abrir su país a una cierta penetración económica por parte de Occidente, cuando la URSS podría tomar la iniciativa de nuevas operaciones militares. Por tanto, en buena lógica, se puede bajar la guardia y limitar los gastos dedicados a las Fuerzas Armadas.

Tal como están acostumbrados a hacer desde hace cuarenta años, los Gobiernos de los países europeos de la OTAN, inquietos al principio, se han adherido a las tesis de Washington. Francia se mostró algo más reticente, por más que sea difícil no suscribir medidas de desarme, aunque a largo plazo pudiesen ser fuente de peligro. El ministro francés de Defensa, Giraud, no dudó en condenar los acuerdos americano-soviéticos sobre armas de alcance medio. Disconforme con las declaraciones del presidente de la República, Giraud sostiene que estas armas son indispensables para la estrategia defensiva de los países del Oeste europeo.

Como ocurre cada vez que el aliado americano reduce su participación en la defensa de Europa occidental, ésta trata de encontrar en sí misma los medios de paliar las deficiencias de su gran protector. En esta ocasión, la nueva iniciativa de los Estados Unidos ha repercutido con más viveza de lo que lo hicieran en otro tiempo las enmiendas que contemplaban la retirada parcial de tropas americanas o las advertencias de Henry Kissinger.

Por eso es por lo que, sin demasiada reflexión, apresuradamente, los Gobiernos del Oeste europeo se esfuerzan en tranquilizar a su opinión pública mediante discursos, corrientemente alejados de toda realidad, adoptando irrisorias medidas militares como la de la puesta a punto de una brigada franco-alemana o las consiguientes maniobras modelo 1939.

Una vez más, y de forma totalmente natural, se ha presentado la imagen de Europa, de una Europa mítica, una Europa de la defensa, capaz de una “defensa europea”: doce naciones, 300 millones de habitantes, un PNB consolidado y considerable, un puzzle industrial que podría ser muy potente, ¡he ahí con lo que se puede construir una defensa europea temible!

Sin embargo, ocurre que la expresión “defensa europea” –que con tanta frecuencia utilizan los políticos, los hombres de la comunicación y los “expertos” que, de coloquio en seminario, sueñan en voz alta– esa expresión tan manida no significa nada. Para que tuviera un sentido –y aún así– sería necesario que los dirigentes de la Unión Soviética –puesto que es de sus eventuales iniciativas de las que desconfía Occidente– estuvieran tan poco al corriente de los asuntos de política internacional y de estrategia, que se decidiesen un día a atacar, simultáneamente, y con la misma violencia y determinación, al conjunto de pueblos que forman esa Europa, desde Noruega a Turquía, pasando por, las Islas Británicas, la Península Ibérica y la bota italiana... Con esa condición (incluso con esa condición la hipótesis sería muy arriesgada) podría encontrarse una cierta resistencia colectiva, a no ser que el pánico y el terror incitasen a doblar la cerviz colectivamente. Pero tal comportamiento por parte del Kremlin es tan inverosímil que no lo debemos tener en cuenta como una de las amenazas de las que el Oeste europeo deba defenderse.

No se debería confundir la expresión geográfica Europa con un teatro de operaciones. Nadie habla de una defensa africana o asiática o de las Américas, ¿por qué invocar una “defensa europea”? Los americanos se complacen en utilizar analogías simples. Sus políticos y su Prensa equiparan con frecuencia a Europa occidental con los Estados Unidos, sosteniendo que los aliados del Viejo Mundo, numerosos y ricos, podrían –y deberían– atender por sí mismos a su seguridad, de la misma manera que un ciudadano de Florida es totalmente solidario con un americano de Montana. Pero un griego permanece indiferente a las desgracias que puedan sobrevenirle a un danés y viceversa. Esta lamentable actitud es un hecho. Europa occidental está constituida por Estados soberanos, entrados hace muchos años en la Historia, con frecuencia antagonistas, con intereses todavía divergentes, condicionados por siglos de lucha y un sólido egoísmo nacional. Por añadidura; la Europa geográfica está, política y socialmente, dividida. Alemania, potencia esencial, está repartida, por lo que a los Estados europeos “acabados” se agrega la “inacabada” Alemania, con las esperanzas, los compromisos y las tensiones que tal situación crea. No hay nada en común con el Estado americano que se instaló sobre terrenos vacíos, sin historia. Es el maniqueísmo simplista el que induce a los Estados Unidos a dar por sentadas –conforme a sus intereses inmediatos– analogías tan poco fundadas.

¿Y cómo se comportarían los protagonistas de esta “defensa europea” si, dentro del marco de la prudente estrategia de expansión que les corresponde, los dirigentes soviéticos aislasen, política y diplomáticamente, cualquier sector de Europa que juzgasen necesario para la seguridad de la

Unión Soviética, dando al mismo tiempo garantías políticas y económicas al resto del mosaico europeo?

La península de Kola es uno de los grandes bastiones militares que defienden Rusia. La frontera noruega está muy cerca de las bases, los cuarteles y los aeródromos que constituyen el aparato militar e industrial más importante de la URSS. Si un día el Kremlin decidiese dotar de más espacio a una de las zonas en que reside lo esencial de la potencia soviética, y en una noche las fuerzas aerotransportadas del Norte ocupasen algunos millares de kilómetros cuadrados del territorio noruego y tomasen posesión de algunos centenares de kilómetros de litoral, ¿qué haría la “defensa europea”? ¿Creemos que Portugal, España, Italia, Grecia o Turquía, por no citar más que a los aliados específicamente mediterráneos, reunirían sus fuerzas y las enviarían al Cabo Norte para enfrentarse con el Ejército soviético que ya dominaría el terreno y poseería la fuerza del hecho consumado?

Y si en lugar de apuntar al sector norte, Moscú intentase explotar la inestabilidad de Turquía oriental y las disputas que oponen a los armenios, los turcos y los kurdos, reproduciendo en el Este su acción en Adzerbeidjan, ¿es imaginable que los Gobiernos de Oslo, Copenhague, de Bruselas o de la Haya –por no citar más que los aliados septentrionales– enviaran contingentes armados a proteger a los turcos? Tanto más cuanto que Atenas, otro Gobierno miembro de la “defensa europea”, se apresuraría a facilitar ayuda a los soviéticos contra el vecino turco.

Por lo que se refiere al destino de Yugoslavia, admitiendo que ella misma no lo asegure, ya ha sido revelado por una declaración de Henry Kissinger: “fuera de la OTAN no hay ayudas”. La unidad de este país es la sola garantía de su independencia. Pero bastaría con que una de las etnias yugoslavas llamase en su ayuda a la potente vecina del Este y la “defensa europea” asistiría inmóvil a la marcha de las unidades soviéticas hacia el Adriático. (Lo que permitiría a una parte de la flota soviética librarse del cerrojo de los Dardanelos y cruzar más libremente por la proximidad de las costas italianas.)

Cualquiera que sea la amplitud de reducción de armamentos – nucleares y clásicos– que pudiera conseguir el señor Gorbachov, la Unión Soviética será siempre, por sí sola, más potente que cada uno de los países del mosaico europeo occidental. Más fuerte militarmente que los grupos de naciones que podrían constituirse frente a sus iniciativas, tanto más cuanto que no es seguro que, ante esa experiencia, aquellos grupos permaneciesen resueltos y unidos. No se trata de oponer 280 millones de soviéticos a 300 millones de europeos, sino más bien el peso militar de 200 millones de soviéticos al que podrían materializar cinco millones de daneses, cuatro millones de noruegos, hasta 50 millones de turcos, e incluso 60 millones de alemanes del Oeste. Sin armamento nuclear, ninguno de los pueblos de Europa representa, frente al Este, una fuerza militar capaz de intimidación.

## **Europa, bajo amenaza de las armas soviéticas de largo alcance**

Es cierto que la URSS estaría dispuesta, también, a reducir la importancia numérica de sus fuerzas clásicas, sus armas terrestres, y tal vez, su aviación militar y su Marina de guerra. Pero en modestas proporciones. En Moscú no faltan argumentos para justificar un aparato militar de gran envergadura: la dimensión del territorio soviético y los millares de kilómetros de fronteras que defender, las masas chinas del sudeste, el arsenal aéreo y balístico de los Estados Unidos en el norte, el mosaico europeo al oeste... Y es precisamente esa porción occidental de Eurasia la que paga los vidrios rotos de un entorno que los soviéticos tienen por potencialmente hostil. Con el fin de mantener su capacidad defensiva en la frontera chino-soviética es preciso disponer de importantes fuerzas aeroterrestres, con el fin de disputar el dominio de los mares a la US Navy, la flota soviética de alta mar debe permanecer potente, y para disuadir a los Estados Unidos de un ataque nuclear a la URSS –suponiendo que esa hipótesis merezca ser tenida en cuenta en los planes de los Estados Mayores– conviene conservar millares de ojivas atómicas que lanzarían centenares de cohetes móviles y fijos desplegados desde la zona de Moscú hasta los confines del imperio.

Desgraciadamente, parece que los políticos occidentales que han suscrito los acuerdos relativos a las armas de alcance intermedio han ignorado completamente el potencial de intimidación. –y de destrucción– que podrían materializar contra la Europa del Oeste esas armas soviéticas de largo alcance. Hoy son estas tan precisas –incluso más precisas– entre los 6.000 y los 8.000 kilómetros de distancia que los SS-20 que tenían bajo su amenaza, a objetivos situados a 2.000 kilómetros de su lugar de emplazamiento. De hecho, para destruir las fuerzas clásicas de la OTAN, sorprendiéndolas en el sitio donde se encuentren, la URSS no tiene necesidad de los SS-20 ni de los SS-22 a los cuales renuncia; los SS-24 y SS-25 y los SS-18 y SS-19 pueden reemplazarlos. Con el intercambio, Moscú se ha apuntado el beneficio de haber propuesto importantes medidas de desarme y, sobre todo, logrado la eliminación de ingenios americanos imparables cuya instalación en Europa occidental testimoniaba la vinculación nuclear de los Estados Unidos hacia sus aliados. Y en el Oeste se han lanzado las campanas a vuelo satisfechos por haber sido engañados, mientras se permanece totalmente vulnerable a los disparos de los cohetes rusos.

### **La heterogénea “pareja franco-alemana”**

Si la “defensa europea” es una quimera, al menos en el centro mismo de Europa existe un “núcleo duro”, el constituido por la “pareja militar franco-alemana”. En período de paz los dos países mantienen bajo las armas a

más de un millón de hombres, sus industrias de armamento son potentes y dominan las técnicas más avanzadas. Francia, además, posee una fuerza nuclear respetable capaz de atacar y destruir varios centenares de objetivos civiles y militares y extiende esa amenaza a toda la Rusia europea. La “pareja franco-alemana” es objeto de la solicitud de todos los Gobiernos, especialmente del de París. Se le ofrecen sacrificios –verbales–, así como la doctrina estratégica francesa, la organización y el despliegue de las fuerzas armadas clásicas y nucleares de la nación.

Desgraciadamente, esa “pareja” es heterogénea. Existe un pueblo alemán y dos Estados alemanes (y, a juicio de Gorbachov, por mucho tiempo, si es que no definitivamente). Francia no tiene ninguna reivindicación territorial que formular. Alemania tiene una y de gran magnitud. Aunque sus dirigentes no se hagan ilusiones, no pueden renunciar oficialmente a la reunificación de las dos Alemanias. No pueden hacer nada que consagre para siempre la división del pueblo alemán. Por otra parte, la Constitución les obliga a trabajar incansablemente por la unificación. Por todo ello no es en absoluto concebible que se pueda constituir con la República federal un sistema militar de cierta eficacia –contra el potente vecino del Este– sin comprometer una lejanísima reunificación. Por ejemplo, cuando los americanos instalaron sus euromisiles sobre suelo alemán, se propuso al Gobierno de Bonn el dispositivo de la doble llave. Aquel rehusó. Aceptaba bien que el suelo federal fuera defendido por armas americanas, pero no se consideraba implicado en tal forma de defensa. Hubiera sido golpear atómicamente una Rusia que ya había sufrido bastante con ocasión de la invasión de 1941 y acentuar más aún en el espíritu de los dirigentes de la RFA el divorcio entre las dos Alemanias. Que los Estados Unidos defendiesen a Alemania del Oeste a partir de ella misma era un imperativo de la estrategia, pero no con la participación de las Alemanias.

Teniendo en cuenta tal actitud, no será fácil levantar una defensa franco-alemana. Francia es una potencia nuclear; Alemania no lo es. En caso de conflicto los riesgos serán muy desiguales. Al otro lado del Rhin se produciría la ocupación del territorio por las fuerzas clásicas soviéticas pero, por su parte, Francia pagaría su intervención al lado de Alemania con la destrucción de su territorio por las armas nucleares soviéticas. Entre los dos castigos la diferencia es apreciable e induce a la prudencia.

En un artículo publicado el 20 de abril de 1987 en el “Herald Tribune”, el ex canciller Helmut Schmidt, antiguo ministro de Defensa de la Alemania federal, decía que si dos proyectiles explotasen encima del territorio de la RFA, la Bundeswehr cesaría inmediatamente el combate. El mando soviético quedó con ello muy bien informado de buena fuente. Desde entonces sabe como neutralizar a bajo precio –y sin riesgos– al más potente de los Ejércitos clásicos de que dispone la OTAN. La declaración de Helmut Schmidt significa que Alemania federal no se considera defendida por el átomo; es decir, por las armas atómicas francesas, aunque haya soportado largo tiempo, a falta de nada mejor, las de la muy potente América.

En Alemania se aceptaría el apoyo de las fuerzas clásicas francesas, implicando a Francia en una guerra cuya terminación –la derrota– no ofrece

ninguna duda. Nadie puede imaginar a la Unión Soviética enredándose en una prueba de fuerza tan azarosa y tan decisiva, en la que las fuerzas armadas aceptasen ser derrotadas por una veintena de divisiones francesas y alemanas, cuando el Estado podía doblar y hasta triplicar la apuesta inicial e incluso recurrir a la receta revelada por Helmut Schmidt: dos explosiones nucleares y las fuerzas alemanas dejarían de combatir.

Queda otra hipótesis que ni los políticos ni los Estados Mayores parecen notar –sin duda porque es desazonadora y no se conoce ningún medio para hacerle frente si llegase a ser verificada–. Se trata del desarme a distancia, selectivo, de las fuerzas alemanas en el mismo punto en que se estacionan, en el sitio donde pueden ser sorprendidas antes de movilizarse, por los cohetes de largo alcance que en cualquier caso conservarán los soviéticos. Ya lo hemos mencionado: esos cohetes lanzan sus ojivas a varios millares de kilómetros con la misma precisión con que las baterías de ingenios convencionales intervienen sobre unos centenares de kilómetros. Esa precisión permite reducir la energía de las cargas explosivas y adaptarlas a la naturaleza y dimensión del objetivo, con lo que los daños colaterales podrían ser débiles y hasta nulos. Pero después de una sola salva de esta nueva artillería de largo alcance –bien con ojivas nucleares, bien con clásicas, según el objetivo apuntado– la Bundeswehr habría dejado de existir como fuerza capaz de llevar a efecto un combate organizado. ¿Qué haría entonces Francia? ¿Volaría en auxilio de un aliado neutralizado militarmente en unos pocos minutos, cuya población, por añadidura, reclamaría inmediatamente la negociación? ¿A santo de qué emprender tal aventura, si ella misma no ha sido víctima de tal género de ataque? (El único que hoy podría tener efectos militares decisivos limitando las pérdidas en vidas humanas y sorprendiendo por su rapidez toda reacción colectiva.)

Por lo demás, una intervención significativa de Francia al lado de Alemania federal escapa a las concepciones –enteramente comprensibles– de los alemanes del Oeste. Protestaban contra los misiles franceses Plutón (120 kilómetros de alcance), cuyos proyectiles hubieran detonado encima de su territorio. Los Hade, de alcance triple –que deben suceder a los Plutón–, lanzarían sus ojivas sobre Alemania del Este, perspectiva igualmente desagradable para Bonn, pues serían también alemanas las víctimas de esos ingenios. Estas reservas, aparentemente legítimas, conducen a transformar a Alemania del Este en un santuario al que bajo ningún concepto se puede atacar. Partiendo de esta Alemania del Este, las fuerzas del Pacto de Varsovia podrían montar tranquilamente operaciones agresivas, pero el aliado francés no podría intervenir contra ellas. La posición alemana es, pues, de las más ambiguas. Sabe que el apoyo clásico francés sería irrisorio, pero rehúsa aceptar una intervención nuclear y además se supone que ningún Gobierno francés sería tan ligero como para ofrecérsela a ninguno de sus vecinos, aunque sea aliado, amigo e indispensable compañero para construir una Europa política que se gesta muy lentamente.

## **Peso decisivo de la opinión pública**

Pero todas las consideraciones militares estratégicas que anteceden se desvanecen ante la intervención de las opiniones públicas. Es ese un fenómeno relativamente nuevo, resultante del advenimiento del átomo y de la campaña de intoxicación llevada desde hace cuatro decenios por la Unión Soviética (con la inconsciente complicidad de algunos políticos y de los medios de comunicación occidentales). Si un día Gorbachov cambiase su rostro sonriente y bonachón y ofreciese a nuestras miradas una máscara más dura, o si él o su sucesor explotasen las manifiestas debilidades del mosaico de Estados europeos y pusiesen en marcha las fuerzas soviéticas hacia cualquier territorio que se considerase esencial para la seguridad de la Unión Soviética, no sólo la Bundeswehr depondría sus armas, sino que centenares de miles de manifestantes asediarían los palacios gubernamentales para imponer la negociación, la negociación a cualquier precio. Hoy, en Europa occidental ningún país puede soportar la idea de resistir por las armas a las iniciativas bélicas de una Unión Soviética militarmente potente y políticamente decidida. Si los ejércitos estuviesen dispuestos a combatir, las masas se lo impedirían, aterrorizadas por la perspectiva de un conflicto con un Ejército soviético capaz de usar todas las armas de que dispone –incluyendo las más terribles– para dominarles.

Por eso, en Occidente se debería renunciar totalmente a la idea de un “compromiso” para el combate y concentrar todos los medios disponibles para estar en posesión de armas para la intimidación, para la no-lucha. En Occidente, el combate ya no es concebible.

Por consiguiente, no queda más que una solución para el problema de la seguridad de los países del oeste europeo, una solución mixta. Aquellos que no puedan –o no quieran– disponer de medios militares de intimidación –hoy, el armamento nuclear; mañana, cualquier otro armamento basado en principios físicos diferentes, pero igualmente temible– debieran esforzarse en mantener sobre su suelo fuerzas americanas en tan gran número como fuera posible. Y para descargar el presupuesto americano, participar financieramente en los costes de ese cuerpo expedicionario. Los demás (Francia, Gran Bretaña) no tienen otra salida que la de perfeccionar incansablemente las armas de intimidación que ya poseen. Pueden economizar gran parte de sus fuerzas clásicas, por lo menos frente al Este. Esas fuerzas clásicas son, por lo demás, demasiado vulnerables a los efectos de un ataque sorpresa presa para que puedan representar papel disuasivo alguno. Sólo el explosivo nuclear –ahora de débil energía gracias a la precisión de su disparo– puede emplazarse en movimiento permanente o cuasi permanente y conjurar así una agresión a distancia que quisiera beneficiarse de la sorpresa.

¿Y la “pareja franco-británica”? Esta tendría a su favor, al menos, nos, la homogeneidad de sus armas y de sus estrategias. Reuniría, a dos viejos Estados que, lo mismo que España, se han formado hace muchos siglos y son celosos de su independencia. Pero si Alemania federal está atraída por el Este, la reunificación y el mercado que ofrece una URSS en “rees-

tructuración”, Gran Bretaña no renuncia a los lazos especiales y sólidos que la unen con los Estados Unidos. Lo cual no debería impedir una cooperación estrecha para generar armamentos modernos que podrían ser seguidamente utilizados por los dos países cooperantes.

¿Quiere ello decir que las fuerzas clásicas –no nucleares– han perdido su significado? Frente al Este, por supuesto. Por contra, allí donde el Ejército soviético no esté directamente implicado vuelve a corresponder a esas fuerzas clásicas el montar la guardia en tierra, en el mar y en el aire para demostrar que quien quisiera cambiar el statu quo por la fuerza de las armas se vería obligado a aceptar riesgos desproporcionados en relación con el objetivo a alcanzar. A su manera, y para zonas geográficas no directamente interesantes para Moscú, las fuerzas clásicas, nacionalmente utilizadas o reunidas en una empresa colectiva de defensa, pueden ser también disuasivas. Pero cualquiera que sea la evolución de la situación política y las mutaciones que experimenten las técnicas de armamento, la seguridad y la independencia de los pueblos dependerá siempre, en primer lugar –y casi únicamente–, de sus propios esfuerzos.

# Contribución de España a la seguridad europea

Miguel Herrero R. de Miñón

“En el futuro, aún más que en los últimos cuarenta años, los Estados Unidos necesitarán que sus aliados participen en los riesgos y en los gastos de la defensa común.” (Discriminate Deterrence, p. 3).

**E**spaña ha vivido paralelamente a la transición democrática una modificación de su situación internacional. Del aislacionismo propio del antiguo régimen, apenas paliado por la relación bilateral con los Estados Unidos, España ha accedido a la condición de miembro de las Comunidades Europeas y de la Alianza Atlántica. A través de las contradicciones y los espasmos propios de toda catarsis, la pertenencia a ambas instituciones es hoy objeto de un amplio consenso político. Incluso, en lo que a la seguridad se refiere, a excepción de fuerzas marginales de izquierda y del propio Partido Comunista, todos los partidos políticos apoyan la participación de España en la OTAN, cualesquiera que sean las razones de su posición y las matizaciones más o menos retóricas de la misma.

El Acuerdo de principio con los Estados Unidos, que garantiza el mantenimiento de la presencia norteamericana en España durante los próximos ocho años, permite avanzar en la definición operativa de nuestra posición en la OTAN y nuestra aproximación a otros foros europeos de seguridad. En una palabra, a la definición de una política española de seguridad.

Ha sido el azar, o tal vez la necesidad, lo que ha hecho coincidir esta fase de la política exterior española con una nueva era de las relaciones internacionales determinada por el acuerdo soviético-norteamericano de Washington del pasado mes de diciembre.

Ante tal situación, los principales Estados de Europa se hallan en trance de redefinir su política de seguridad. Gran Bretaña, europeizándola, pese a haber reactivado sus capacidades de intervención fuera de área;

---

**Miguel Herrero** es diputado en el Parlamento español, en representación de Alianza Popular. Letrado del Consejo de Estado, es autor, entre otras publicaciones, de “Nato as a Weapon in Domestic Politics” (1985) y “España y la Comunidad Económica Europea” (1986).

Francia, normalizando progresivamente sus relaciones con los aliados, pese a mantenerse fuera de la estructura militar integrada de la OTAN; Alemania, una vez más, dudando entre el eje París-Bonn, médula de un espacio europeo de seguridad, y una "seguridad compartida" con la URSS que lleva, en su caso, a la neutralización.

Por eso, España ha de definir también su actitud y eventual contribución a la seguridad europea, que es el horizonte de su propia seguridad.

Empresa tal sólo puede realizarse con un amplio consenso de fuerzas políticas, y ello por dos razones: la política de seguridad, como la más comprometida dimensión de la política exterior es, de suyo, una política de Estado. Es decir, caracterizada por las notas de generalidad y permanencia que al Estado son propias y, por ello, exceden a la parcialidad de un punto de vista de partido y a la temporalidad de cualquier mayoría, por democrática, siempre transitoria. De otro lado, la posible evolución de la situación política española hacia un sistema de mayorías relativas, en que cualquier Gobierno deberá basarse en una coalición o pacto de legislatura, aconseja iniciar desde ya una vía de .consenso tan deseable por las razones antedichas como inevitable en un futuro no lejano.

La alternativa al consenso desde ya no es sólo el disenso de hoy o las oscilaciones de mañana, sino la posibilidad de chantaje por quienes desde la minoría puedan apoyar un futuro Gobierno de coalición o dejar subsistir un Gobierno minoritario.

Las presentes páginas pretenden contribuir a una reflexión intelectual que puede y debe preparar semejante consenso político.

## **La crisis de la seguridad europea**

El Tratado soviético-norteamericano de Washington del pasado mes de diciembre de 1987 es hito inaugural de una nueva fase de las relaciones internacionales, con especial incidencia en la seguridad europea. Cuando Europa depende más que nunca de la capacidad norteamericana de disuasión nuclear, ésta es más y más incierta.

Argumentar pormenorizadamente tal situación exigiría reconstruir la historia de las relaciones internacionales desde el fin de la segunda guerra mundial a nuestros días. Pero baste señalar que, tras comprobar en Praga, en 1948, la voracidad del expansionismo soviético, el Tratado de Bruselas primero (1948), y el de Washington después (1949), ponen en pie un sistema de seguridad cuya pretensión inicial fue la cooperación europea, a la que los británicos supieron sumar la garantía de los Estados Unidos, para construir unas fuerzas convencionales occidentales, capaces de contrarrestar la superioridad del Ejército rojo. Tal es el sistema al que responden las directrices aprobadas por el Consejo Atlántico de Lisboa de 1952, y los planes aliados de la época en caso de guerra con la Unión Soviética, a desarrollar en Europa occidental y África del Norte y del Noroeste.

Sin embargo, las dificultades presupuestarias de los países de Europa occidental, su implicación en guerras coloniales, la reluctancia ante un

rearme alemán, y la entonces abrumadora superioridad norteamericana en materia nuclear, llevaron a sustituir un sistema de equilibrio convencional como el descrito por la garantía de seguridad euro-occidental, merced a la doctrina de las represalias nucleares masivas a cargo de los Estados Unidos. Cuando, a partir del Informe Harmel de 1967, se sustituye la represalia masiva por la respuesta flexible, en realidad Europa sigue dependiendo de la capacidad norteamericana de respuesta nuclear, ahora graduada. En ambos casos, el eslabón que vincula la seguridad de Europa y la intervención estratégica americana consiste en los 300.000 soldados norteamericanos desplegados en Europa central, apoyados por un armamento nuclear de teatro y una capacidad de bombardeo estratégico situada en el Reino Unido y, después, por los cohetes de alcance intermedio a que dio lugar la doble decisión de 1979. Sin la presencia de las tropas, la garantía es más incierta; pero sin el apoyo de una cobertura nuclear, los EEUU reconsiderarán la totalidad de su presencia militar en Europa.

Esta situación ha cambiado en la medida en que los Estados Unidos han apuntado la posibilidad de una retirada de Europa, y la han iniciado incluso en términos nucleares en el citado Acuerdo de Washington sobre los INF. Tres son los factores principales que han conducido a ello:

En primer lugar, la *fatiga histórica de la política de disuasión nuclear* a la que no son ajenos, desde luego, los reproches y dubitaciones europeos, y evidente en sectores americanos, tanto liberales como conservadores. Baste recordar la insistencia del presidente Reagan al lanzar su Iniciativa de Defensa Estratégica (1983), en las excelencias de un mundo desnuclearizado. La paridad estratégica alcanzada por la URSS en armas nucleares no ha sido ajena a la devaluación de la disuasión nuclear.

En segundo término, lo que ha venido en denominarse *unilateralismo global*, de acuerdo con el cual los intereses de los Estados Unidos, si bien no son ajenos a la defensa de Europa occidental, no encuentran en ella su primer teatro de acción ni han de ser necesariamente determinados desde, la Alianza. Se trata del desarrollo lógico de un viejo ingrediente del sueño americano. En 1912, el ex secretario de Estado Root da con la doctrina del destino manifiesto, una versión dinámica de la doctrina Monroe. En 1947, el ilustre diplomático Kennan publica en el *Foreign Affairs*<sup>1</sup> un magistral artículo, en el que señala cómo las circunstancias históricas han llevado a proyectar este destino manifiesto de los Estados Unidos a este lado del Atlántico. La tesis de Kissinger según la cual los Estados Unidos son el único poder occidental con intereses globales, mientras las potencias europeas, "a consultar cuando sea posible"<sup>2</sup>, sólo tienen intereses regionales, es la consecuencia lógica de ello y también lo es, cualquiera que pueda ser el juicio de Kissinger sobre la posición de las fuerzas norteamericanas en Europa, la tesis de aquellos estrategas que consideran conveniente para los Estados Unidos el construir, a costa de las grandes unidades desplegadas en Europa, fuerzas mucho más ligeras, situadas en los Estados Unidos y susceptibles de despliegue en cualquier escenario, especialmente en Asia sudoriental y sudoccidental. Tal es la tesis expuesta, entre otros, por Z. Brzezinski en su magna síntesis *The game plan* (New

York, 1986). Los extremos coinciden: de la “pax americana” es fácil pasar al neoislacionismo, según el acento se ponga en el sustantivo o en el adjetivo.

Por último, *los problemas del déficit presupuestario norteamericano* llevan también a forzar una reducción de los compromisos militares. Al contribuyente, que según todos los pronósticos va a ver aumentar sus impuestos y disminuir su capacidad de consumo, y, en consecuencia, a su representante en el Capitolio, le es imposible comprender por qué los Estados Unidos tienen que mantener unos gastos militares del 6 por 100 de su PIB, cuyo 50 por 100 se destina a la defensa de una Europa tanto o más rica que los propios Estados Unidos, y que sólo invierte en su propia defensa el 3,7 por 100 de su PIB. En conjunto, los Estados Unidos contribuyen con el 60 por 100 al gasto total de la OTAN.

En paralelo a esta voluntad norteamericana de retirada, es preciso destacar el permanente interés soviético en dominar Europa central y “finlandizar” Europa occidental. Para ello, la diplomacia soviética se ha dirigido permanentemente a obtener un desarme tanto nuclear como convencional de las democracias europeas y una retirada norteamericana al otro lado del Atlántico.

Se trata, en una palabra, de culminar la con razón llamada “Guerra de sucesión alemana”. Como señalara mi viejo maestro George Schwarzenberger, el Reich hipertrofió su poder hasta destruir el concierto europeo y, a continuación, lo que Meinecke denominó “catástrofe alemana”, creó un gran vacío de poder, a llenar por un orden no ya europeo, sino mundial, en el que se discute precisamente el dominio de Europa y lo que ello supone de potencial tecnológico, económico y geográfico<sup>3</sup>.

Es en esta perspectiva donde cobra sentido hablar de un espacio europeo de seguridad, de cuyos múltiples sentidos posibles sólo me interesa ahora destacar uno: el de pilar europeo de la Alianza Atlántica.

Como pilar europeo, debe tratarse de algo activo y no simplemente de un protectorado americano, hoy tan indeseable como imposible en términos políticos, estratégicos y económicos. Como elemento de la Alianza, no se trata de sustituir ésta, sino de fortalecerla, tanto al aumentar la participación europea como al garantizar la permanencia americana, es decir, evitar toda fisura en la solidaridad atlántica.

## **La contribución española a las opciones de la seguridad europea**

Tres son las cuestiones sobre las cuales hoy se plantea la construcción de un espacio europeo de seguridad: la *opción política*, la *opción estratégica* y la *opción institucional*, y en torno a ellas es preciso articular la eventual contribución española.

1. En cuanto al *problema político* se refiere, el espacio europeo de seguridad sólo puede ser efectivo como pilar europeo de la Alianza. La tensión entre dos bloques no es ni epígono de un conflicto histórico de

poder estrictamente geopolítico (Brzezinski) ni fruto de una carrera de armamentos, sino de la tensión entre dos modelos de sociedad, uno de los cuales ha hecho de la coexistencia primero, de la distensión después, elementos de expansión tan efectivos como la ocupación militar o la presión. ¿Es acaso la Perestroika, y su consecuencia, la “seguridad compartida”, una continuación de la misma política por otros medios? De una u otra forma, mientras no se respete el Acta de Helsinki y no se obtenga el equilibrio militar, seguirá en vigor “la elección entre los antípodas”<sup>4</sup>.

El espacio europeo de seguridad carece de posibilidades técnicas, pero también de razones políticas para disociarse o, lo que es lo mismo, permitir la disociación del aliado norteamericano. La amenaza no procede del oeste del Atlántico, sino del este del Elba. Ello exige eliminar cualquier *síndrome de equidistancia* política y moral entre las dos superpotencias.

Es de esta raíz política de donde proceden las consideraciones ulteriores, tanto estratégicas como institucionales.

¿Cuál puede ser, en esta perspectiva, la contribución española? A mi juicio es preciso superar en las palabras y en los hechos todo síndrome de equidistancia, una vez que el presidente González ha reconocido que la principal amenaza potencial que en términos militares gravita sobre España: procede, ya directa, ya indirectamente, de la Unión Soviética.

Una actitud tal de la que no escasean testimonios verbales, especialmente los que se producen más allá de nuestras fronteras, supone implicaciones concretas de orden estratégico a las que más adelante haré referencia. Pero baste ahora destacar la necesidad de impulsar definitivamente la normalización de las relaciones españolas con la Alianza Atlántica y afianzar las relaciones de seguridad con los Estados Unidos. La meta es hacer, de una vez, realidad “la contribución militar efectiva fuera de la estructura militar integrada”<sup>5</sup>.

Si el acento ha de ponerse en las misiones de España en la OTAN, éstas se circunscriben a “la defensa del territorio nacional..., la defensa aérea y control del espacio aéreo..., al control del estrecho de Gibraltar y sus accesos..., las operaciones navales y aéreas en el Atlántico oriental..., las operaciones navales y aéreas en el Mediterráneo occidental... y la utilización del territorio español como área de tránsito o de apoyo, o de logística de retaguardia en el planeamiento aliado”<sup>6</sup>. Ello exige ultimar con la mayor rapidez posible los seis Acuerdos de Coordinación, facilitar al máximo las condiciones que pueden hacer, mediante la integración de los sistemas de alerta y comunicación, realmente operativas nuestra aviación y nuestra marina en misiones oceánicas, y la utilización del territorio español como verdadera plataforma pluridireccional.

En esta perspectiva cobran especial relieve las relaciones de seguridad con los Estados Unidos, a insertar en una firme alianza política, y en el incremento de la cooperación bilateral cultural, técnica y económica, pero que, además, ha de tener una neta dimensión de seguridad. La elaboración de los nuevos convenios puede y debe ser el marco adecuado para que, una vez conseguida por el Gobierno la misteriosa meta de retirar los

F-16 de Torrejón, las fuerzas de los Estados Unidos encuentren en España cuantas facilidades sean necesarias para garantizar esa presencia norteamericana en Europa que el presidente González consideraba imprescindible, al menos, en el horizonte de treinta o cuarenta años (*Le Figaro*, 10 de marzo de 1987).

2. La *opción estratégica* requerida por el pilar europeo de la Alianza se integra, cuando menos, por tres componentes en torno a los cuales puede articularse una importante contribución española.

El primero de ellos es el mantenimiento, al más bajo nivel posible, pero con plena capacidad operativa, de una *disuasión nuclear creíble*. No creo necesario insistir en la imposibilidad de “desinventar” la utilización bélica de unas técnicas, el recurso a las cuales es ya la más prometedor fuente de energía del futuro inmediato; esto es, de eliminar las armas nucleares del mundo nuclearizado. Ni tampoco en la ineludibilidad de la disuasión nuclear en tanto subsistan los actuales desequilibrios en favor de la URSS en armas químicas y convencionales. Parafraseando a Kissinger, cabe decir que las propuestas soviéticas en tal sentido, parcialmente satisfechas en el reciente tratado INF, son las de un Goliath al joven David sobre la eliminación de las hondas, con el agravante de que los filisteos incrementan sus huestes de honderos de más largo alcance.

Por ello, los europeos harían bien en facilitar cuanto fuera posible la presencia nuclear norteamericana en Europa, v. gr.: con nuevos destacamentos de F-111 como los establecidos en Gran Bretaña, o el acceso de naves con armamento nuclear a las aguas europeas. Y, simultáneamente, en fortalecer los medios nucleares propios, británicos y franceses, para construir una fuerza de disuasión nuclear europea. Tal ha sido el tenor, en la letra y el espíritu, de la reciente Plataforma de Seguridad, formulada por la UEO el pasado mes de octubre de 1987.

¿Cuál puede ser, en esta cuestión, la contribución de un país desnuclearizado como España?

Tres son las dimensiones a considerar en cuanto a la desnuclearización hace. En primer lugar, la eliminación del territorio español de eventuales armas nucleares propias, cuestión ya resuelta por el Tratado de No Proliferación, ratificado por España en 1987, y en virtud del cual España renuncia tanto a fabricar armas atómicas como a adquirirlas de terceros. España se suma, así, a la no proliferación denominada “horizontal”. Y creo acertado este paso<sup>7</sup>.

En segundo lugar, la eliminación del territorio y de las aguas territoriales españolas de eventuales armas nucleares extranjeras, para cuya admisión la resolución parlamentaria que, en 1981, autorizó la adhesión a la OTAN exigía la previa autorización de las Cortes; que el Acuerdo hispanoamericano de 1983 sometió tan sólo a autorización gubernamental; que el Gobierno declaró en 1984 en el Congreso de los Diputados y reiteró en 1987, sólo procedería previa habilitación parlamentaria; que, en fin, el referéndum de 1986, pese a sus rotundas afirmaciones, no ha resuelto de manera definitiva, puesto que el problema está en saber a qué régimen se

someten los tránsitos, especialmente en el mar territorial y, sobre todo, cuál es el sistema a seguir en caso de crisis.

En efecto, el Memorándum del Gobierno a la OTAN<sup>8</sup> de mayo de 1986 afirma la participación española en el Grupo de Planes Nucleares y, además, la asunción de un estatuto semejante al de otros miembros de la Alianza también desnuclearizados, a saber: Islandia, Dinamarca, Noruega y Canadá. Pero el presidente del Gobierno y el ministro de Asuntos Exteriores han puesto reiteradamente el ejemplo de Noruega, y Noruega contempla el supuesto de crisis para su nuclearización por el solo acuerdo del Gobierno, sin intervención del Parlamento, lo cual, por cierto, recuerda el sistema del convenio con los Estados Unidos de 1983, frente al más restrictivo sistema establecido en 1981, y al modelo danés, esto es, la intervención de las Cortes. Sin embargo, y precisamente a preguntas mías, el ministro de Asuntos Exteriores en abril de 1987 reconoció ante la Comisión correspondiente del Congreso de los Diputados que la nuclearización sólo podía tener lugar previa autorización parlamentaria, lo cual supone dos correctivos importantes<sup>9</sup>. Primero, la opción por el sistema danés de autorización parlamentaria, frente al sistema noruego de mera decisión gubernamental, por el que parecía inclinarse el Gobierno, tanto por los hechos –convenio de 1983– como por las palabras –permanente cita del modelo noruego–. Segundo, supone también el abandono de los principios aparentemente rígidos y en realidad vacíos, a que parecía responder la decisión del referéndum: la desnuclearización absoluta.

No basta afirmar, retóricamente la desnuclearización porque puede equivaler a una invitación a la nuclearización clandestina o, incluso, por vía de hecho en el supuesto de crisis. Es preciso saber que, en un mundo nuclearizado, las garantías frente a la amenaza nuclear se obtienen no negando, sino controlando los supuestos de nuclearización en el tiempo y en el espacio.

El Grupo de Planes Nucleares y el Comité de Planes de Defensa no son seminarios académicos ni círculos informativos. En ellos se acuña una doctrina enunciada desde 1962 y reafirmada en 1968 sobre el empleo de la fuerza nuclear en caso de conflicto. Doctrina que, sin reserva alguna, el Gobierno viene asumiendo desde 1986 y, en consecuencia, el principio de la desnuclearización, para ser eficaz y, a su vez, compatible con las exigencias de la seguridad española que, para ser tal, ha de ser una seguridad colectiva, exige concretarse en un sistema de nuclearización controlada en supuestos de crisis.

El segundo de los componentes más atrás enunciados es el *fortalecimiento de las armas convencionales*, tanto en cuanto a tecnología se refiere como en lo que hace al potencial humano<sup>10</sup>.

Los problemas que una opción semejante plantea son diversos. Las armas convencionales, especialmente las de nueva tecnología, son extraordinariamente costosas y la opción en pro de las mismas es difícilmente compatible con el desarrollo de componentes nucleares. Así lo está experimentando Gran Bretaña y la propia Francia. Ello debería llevar a la división del trabajo interaliada, de modo que los países no nucleares de la

Alianza incrementaran su esfuerzo en la vertiente convencional y, en tal sentido, es encomiable el esfuerzo presupuestario que viene desarrollando España en los últimos años.

Ahora bien, el principal de los Estados no nucleares de la Alianza, la República Federal Alemana, cuyo Ejército de tierra es el más poderoso de Occidente, después de los Estados Unidos, se encuentra abocado a reducir, en un plazo de diez años, los efectivos de la Bundeswehr en cerca de la mitad, a causa del drástico declive de su natalidad. Ningún Estado europeo se encuentra, a la larga, en situación demográfica capaz de remediar esta carencia, y cualesquiera que sea el grado de tecnificación de los Ejércitos convencionales, el elemento humano es un factor absolutamente insustituible. La URSS, por otra parte, se enfrenta con el mismo problema<sup>11</sup>, pero su peso demográfico es tal, que no afecta al volumen humano movilizable frente a Europa.

En consecuencia, la economía y la demografía militan en contra de un fortalecimiento convencional de la defensa europea, por otro lado irrenunciable en función de dos razones: el desequilibrio ya existente con el bloque soviético y la emergencia de nuevas amenazas. De la fortaleza de estas fuerzas pende la elevación del umbral de la temida respuesta nuclear.

En cuanto a lo primero, cualquier análisis solvente arroja tal diferencia cuantitativa en hombres y armas convencionales de todo tipo en favor de la URSS y sus aliados, que resulta inocua cualquier consideración de orden cualitativo. Ya señalaba Hegel que las magnitudes cuantitativas son, a partir de ciertas diferencias, de suyo cualitativas, y las últimas propuestas soviéticas en materia de control de armamentos parten de reconocer implícitamente que, más allá de la muy discutible diferencia de calidad técnica de las armas, la superioridad es manifiesta por su parte.

Cabe plantearse la cuestión de si el equilibrio convencional podría buscarse en un nivel mínimo, reduciendo los Ejércitos soviéticos en lugar de aumentar los occidentales. Tal es, sin duda alguna, una orientación deseable cuya viabilidad pende de las próximas propuestas soviéticas en las conversaciones a celebrar en el marco de la CSCE en Viena. Sin embargo, aparte de otras consideraciones como la distinta dimensión geográfica y capacidad de movilización de una y otra forma de organización social –el socialismo es la forma de organización de la sociedad industrial para la guerra–, la diferencia cuantitativa existente entre las fuerzas convencionales de uno y otro bloque hace difícilmente concebible el equilibrio sin un incremento del potencial occidental, aun dando por buenas importantes y próximas reducciones por parte de la URSS y sus aliados. Si, además, como es probable, los Estados Unidos retiran un tercio de sus tropas de Europa central, el desequilibrio a corregir sería aún mayor.

Por otro lado, la seguridad europea no sólo ha de garantizarse frente a la, URSS, sino de cara a otros escenarios ajenos a la propia Europa y donde sus intereses vitales pueden encontrarse amenazados. Tal es la magna cuestión de los desafíos fuera de área, esbozada más adelante. Por ello, los principales Estados europeos han fortalecido su capacidad de acción

militar convencional fuera del teatro europeo. Tal es el caso de Gran Bretaña, Francia e Italia<sup>12</sup>.

¿Cuál puede ser, en este campo, la aportación española?

En primer lugar, continuar la modernización de las Fuerzas Armadas españolas, incluyendo la creación de una fuerza de intervención rápida susceptible de ser desplegada, ya en el flanco sur de la OTAN, ya, como sugería la UEO en 1985, en el flanco central<sup>13</sup>, y también en operaciones fuera de área, fundamentalmente en el Magreb. Tal parece ser, por otra parte, los planes que elabora el propio Ministerio de Defensa.

En segundo lugar, sería interesante considerar el despliegue permanente de tropas españolas en Alemania. En efecto, la crisis demográfica española es aún más profunda que la de la República Federal, pero habiendo empezado más tarde el declive de la natalidad, sus efectos se harán notar años después, en cuanto al cupo de reclutas se refiere. El Plan Estratégico Conjunto prevé una reducción de efectivos que el contingente de 1987 adelantó en cinco años sobre las previsiones hechas en 1986, de manera que el excedente de cupo, muy importante hoy, irá disminuyendo sensiblemente a partir del contingente de 1989. Habría, sin embargo, que considerar un incremento en las previsiones de fuerzas del Plan Estratégico Conjunto para destinar efectivos voluntarios a Alemania. Sin duda, la solución deseable no es el incremento de las tropas estacionadas en Europa central, sino una reducción equilibrada por ambas partes. Pero en tanto no se llegue a esta solución, es preciso conseguir fórmulas de recambio, tanto al declive demográfico alemán, como a la eventual disminución de efectivos norteamericanos, y no falta en España un paro juvenil que puede encontrar alivio en los alicientes profesionales y económicos de un servicio militar cualificado a realizar en Europa central.

Una solución semejante plantea dos graves problemas: económico y jurídico. Respecto. del primero, es claro que España no puede afrontar el coste de un despliegue permanente en Alemania, pero la República Federal sí, y hay suficientes precedentes para ello en el Ejército británico del Rin.

En cuanto a la cuestión jurídica, la no integración española en la estructura militar de la OTAN imposibilita que estas tropas estuvieran en Alemania como Fuerzas afectadas a los mandos OTAN. Pero nada impide que se encuentren allí situadas sobre la base de un acuerdo hispano-germano y calificadas como "otras fuerzas". Tal es la situación de los 49.000 hombres del Ejército francés desplegados en la República Federal, sobre la base de un cambio de notas franco-alemán de 1966 y que, ni en tiempo de paz ni en tiempo de guerra, se encontrarían bajo mandos OTAN, pero sí bajo *control operativo* de los mismos, si en caso de crisis o conflicto así lo decidiera soberanamente el propio Gobierno francés. Esta diferencia plenamente aplicable a España garantizaría la plena salvaguardia del principio español de no integración en la estructura de mandos, a la vez que no impediría que las Fuerzas españolas "constituyeran un elemento de reserva extremadamente útil para la defensa aliada en caso de tensión, alerta u hostilidades"<sup>14</sup>.

El tercer componente de la opción estratégica europea es la asunción del hecho de que Europa no se defiende dentro de sus propias fronteras, sino también haciendo frente a las *amenazas y conflictos que puedan surgir fuera de área*, susceptibles de amenazar sus intereses económicos (vg.: fuentes energéticas) o estratégicos (vg.: líneas de comunicación) vitales<sup>15</sup>.

Tanto las pretensiones soviéticas a convertirse en potencia hegemónica mundial como la inestabilidad de los países en vías de desarrollo de los que Europa pende por las razones económicas y estratégicas indicadas, constituyen una importante amenaza potencial. Hasta ahora ha sido paliada por acciones unilaterales de los Estados Unidos de las que los países europeos son los primeros en beneficiarse, sin perjuicio también de haber sido los primeros en condenarlas. Los ejemplos son múltiples, y basta citar la eficacia en la disuasión de acciones terroristas libias, del bombardeo norteamericano de Libia en 1986 o el despliegue naval norteamericano en el Golfo, por sólo citar dos casos en los que si el interés norteamericano a salvaguardar es grande, es aún mayor el beneficio directo que obtienen los propios Estados europeos.

Europa no puede seguir gozando de tales beneficios, esto es, de la seguridad extraeuropea que garantiza sus aprovisionamientos energéticos y su eventual sostén estratégico, a la vez que se desentiende de las exigencias de esta globalización, de una seguridad, por definición, unitaria. La presión norteamericana para que los aliados europeos participen en el despliegue naval en el Golfo, y el Japón contribuya a su coste económico y la eventual reducción de la presencia naval norteamericana en aquella zona, son pruebas manifiestas de que en la nueva fase de las relaciones internacionales la participación de Europa en las cargas de la seguridad común ha de ser más proporcional a los beneficios de dicha seguridad.

¿Cuál puede ser la aportación de España a la hora de hacer frente a los desafíos fuera de zona?

Para empezar, es preciso tener en cuenta que España, más que ningún otro país de Europa, es dependiente, e incluso vulnerable, a este tipo de amenazas. Si su seguridad se inserta en la del pilar europeo y contribuye a ella como plataforma pluridireccional, susceptible de recibir a refuerzos norteamericanos en caso de crisis o conflicto, es evidente su vinculación a las líneas estratégicas de comunicación marítima que unen a los Estados Unidos con Europa, que pasan a través del Canal de Panamá y de la cuenca del Caribe. Su situación geográfica y la dispersión de su territorio la hacen especialmente vulnerable a cuanto en el Magreb ocurra, hasta el punto de que gran parte de lo que, con razón, se ha llamado "espacio estratégico español" se proyecta en el norte de África fuera del área de la OTAN<sup>16</sup>. En fin, es preciso recordar que España es el país de Europa occidental más dependiente del petróleo como fuente de energía (53,8 por 100) del cual el 30 por 100 procede del Oriente Medio y, en consecuencia, no puede desentenderse de las medidas necesarias para garantizar la afluencia de dichos recursos energéticos.

Es claro que, probablemente, no es España el país más idóneo para asumir el coste económico de operaciones fuera de área realizadas por terceros, como hacen en Europa, Luxemburgo y muy especialmente Japón. Pero es claro que puede y debe desempeñar una importante función tanto política como militar. Políticamente, prestando su solidaridad a acciones fuera de área. Precisamente cuando esté dispuesta a prestar su apoyo político; le puede ser dado también intervenir políticamente. De la misma manera le será difícil alzar ninguna voz cuando ésta sea siempre de mera e indiscriminada condena, aunque, como en el caso del terrorismo o de la libertad de navegación, España puede ser una de las principales beneficiarias de dichas acciones.

Desde el punto de vista militar, España puede y debe también cooperar directa e indirectamente a hacer frente a los desafíos fuera de zona. Directamente, a través de la Fuerza de Intervención Rápida, que podría colaborar (vg.: en el Magreb) con Fuerzas francesas e italianas y con las propias Fuerzas de los Estados aliados que, en la zona, pudieran, de concierto con Occidente, reclamar su intervención. Indirectamente, unas Fuerzas navales españolas más poderosas podrían realizar misiones de compensación de Fuerzas aliadas (vg.: americanas) desplegadas fuera del área, en interés común, por ejemplo, en el Golfo o en el Atlántico Sur. Y Fuerzas terrestres españolas podrían también compensar el redespliegue de otras Fuerzas norteamericanas siempre al margen, con la fórmula antes indicada, de los mandos OTAN. La compensación naval francesa del despliegue británico en Las Malvinas en 1982 demuestra la viabilidad de esta opción.

Indirectamente, la situación geográfica de España la sitúa en condiciones óptimas para proporcionar los convenientes apoyos logísticos a acciones aliadas fuera de área. Sería conveniente que las previsiones del reciente Acuerdo marco hispano-norteamericano para la utilización del territorio y del espacio aéreo español en caso de crisis se entendieran con suficiente amplitud y flexibilidad para facilitar no sólo la ejecución de planes OTAN dentro de zona, sino también de planes de los países de la OTAN fuera de zona.

3. En cuanto a la *cooperación institucional* se refiere, el fortalecimiento del pilar europeo de la Alianza requiere, a la vez, intensificar y hacer más eficaz la cooperación de los Estados europeos, sin que pueda entenderse, por parte de los Estados Unidos, como una fisura de solidaridad atlántica. El cumplimiento de ambos objetivos lleva a distinguir entre las materias idóneas para una cooperación institucional y las formas a adoptar por dicha cooperación.

En cuanto a las primeras, cabe distinguir tres niveles: cooperación logística, cooperación militar y elaboración de una política de seguridad.

La primera es una necesidad siempre aplazada a la que el Gobierno español ha dado reiteradamente su apoyo, pero que, ni para España, ni en otros países europeos excede los niveles especulativos. La industria militar europea sigue balcanizada por prejuicios nacionalistas, resulta in com-

petitiva frente a la de los Estados Unidos (5 a 10 en cuanto a exportaciones, 1 a 6 en cuanto a inversiones), y disfuncional para la propia cooperación de los Ejércitos europeos. Y si se han dado pasos en el campo de la infraestructura, cuyas deficiencias suscitaron, y con razón, la famosa enmienda Nunn, deberían incrementarse los esfuerzos de estandarización de instalaciones y distribución de las mismas.

En este sentido, sería fundamental que España proporcionara a todos los miembros del pilar europeo de la Alianza un campo de tiro y entrenamiento, cuyo establecimiento más idóneo es a todas luces La Mancha. El propio Ejército español del Aire lo necesita para sí, de manera que la aportación española, aparte de ser beneficiosa para la seguridad colectiva, podría redundar en una disminución del coste a soportar por el propio presupuesto español.

Por ello, también sería importante la participación española en el Fondo de Infraestructura que el propio Gobierno consideraba y considera perfectamente compatible con la específica posición de nuestro país en la OTAN<sup>17</sup>.

Si nada impide el incremento de la cooperación europea en materias logísticas, la cooperación militar y, más aún, la elaboración de una política de seguridad, no puede hacerse sin contar con los Estados Unidos, so pena de fomentar las peligrosas veleidades del neoislacionismo norteamericano. De ahí la explicable suspicacia que junto con su gran atractivo ha podido suscitar el carácter paraatlántico del eje París-Bonn y las dificultades de un eventual eje nuclear Londres-París, incompatible hoy con las transferencias tecnológicas que en materia nuclear obtiene Gran Bretaña de los Estados Unidos, con gran ventaja para su propia fuerza de disuasión atómica. De ahí también la necesidad de establecer fórmulas flexibles para la necesaria cooperación institucional de los europeos entre sí y con los aliados de Ultramar.

De los diversos marcos ya existentes para una posible cooperación institucional en los que debería insertarse la aportación española, todos y cada uno ofrecen dificultades.

El proceso de Cooperación Política Europea, que en principio podía parecer el cauce adecuado para instrumentar una política de seguridad común, no sólo resulta excesivamente competitivo con los Estados Unidos, sino que, además, es asimétrico respecto a la OTAN. Dos miembros capitales, en el flanco Sur (Turquía) y en el flanco Norte (Noruega) de la Alianza, son ajenos a dicho proceso, y un miembro de las Comunidades (Irlanda) mantiene una actitud ajena a toda cooperación militar. Tal vez el futuro de la seguridad y de la política europea corresponda a las Comunidades, pero claramente el presente no. Si resulta difícil concordar los intereses europeos sobre los precios agrarios, no parece muy realista encomendar a las mismas instituciones la integración militar. Por eso, las propuestas de los eurodiputados, españoles o no, en torno a la unidad política, pasando por los Asuntos Exteriores y la Defensa, no deja de ser retórica vacía.

La Unión Europea Occidental, en trance de revitalización, es, sin duda, un marco más adecuado, y resultan encomiables los intentos españoles de aproximación a la misma. El rigor de los compromisos militares de la UEO (artículo 5, reformado por los Protocolos de 1954) son una garantía de la seguridad europea, especialmente atractiva para Alemania, y la transferencia de responsabilidades militares de la UEO a la OTAN, realizadas en los Protocolos de 1954, serviría, una vez que España perteneciera a la misma, para obviar muchas dificultades de la desintegración militar española respecto de la Alianza Atlántica.

Sin embargo, la UEO adolece de una grave asimetría, estratégica y política, respecto a los elementos fundamentales del pilar europeo de la Alianza. Tal es el caso de la ausencia de Dinamarca, Noruega, Turquía, Grecia, España y Portugal; esto es, precisamente todo el flanco Norte y elementos esenciales del flanco Sur, y las dificultades políticas que supondría aceptar a algunos de estos países y no a otros. Si la admisión de Turquía en una organización netamente europea, por muy deseable que resultara desde el punto de vista militar, plantearía graves problemas de cara a la futura relación turco-comunitaria, en otros casos las dificultades de la aproximación de terceros países a la UEO se debe a que esta organización, si ha de revitalizarse, no quiere debilitar su solidaridad inicial. Por eso existen en la misma importantes resistencias a la admisión de una Grecia siempre ambivalente respecto a Estados Unidos y la Alianza Atlántica, y ante España, en tanto no se aclaren las relaciones de la misma con la OTAN y con los Estados Unidos.

El acceso de España a la UEO debe contemplarse ahora a la luz de la Plataforma de Seguridad Común de La Haya del pasado octubre de 1987, que si en sí misma prevé una ampliación de la propia organización, la sujeta fundamentalmente a tres condiciones: Primero, la aceptación de los términos del Tratado de Bruselas de 1948, tal como fue modificado en 1954 (III, A.1), punto respecto al cual la posición española hasta ahora formulada por el Gobierno podría plantear dos dificultades: la relación con la estructura de los Mandos OTAN y la automaticidad de las obligaciones militares de defensa mutua. Segundo, la aceptación de la Plataforma y sus principios de "defensa adelantada" (III, A.4), participación en las cargas de la defensa nuclear (III, A.3) y concertación de políticas de seguridad fuera de área que literalmente chocan con la retórica hasta ahora seguida por el Gobierno. Tercero, la inexistencia de problemas del país candidato con relación a la Alianza Atlántica, aspecto éste que para España quedará resuelto una vez se hayan ultimado las negociaciones en curso.

Sin embargo, trascendiendo la retórica, las graves objeciones que en principio parecen levantarse ante los dos primeros puntos no son insuperables. Francia, ajena a la estructura militar de la OTAN, no tiene inconveniente en aceptar e insistir en el nuevo artículo 4 que los Protocolos de 1954 introdujeron en el Tratado de 1948, y otro tanto podría hacer España, asumiendo la distinción más atrás mencionada entre *mandos y control operativo*. En este mismo sentido, la "defensa adelantada" en la que, a mi juicio, España debería participar, tanto por la contribución de su Fuerza

de Intervención Rápida como por el despliegue permanente de tropas voluntarias en Centroeuropa, podría hacerse en el caso español, como se hace en el caso francés, mediante “los arreglos oportunos” de índole incluso bilateral y formalmente ajenos a la estructura de la Alianza. Las dificultades no son, en consecuencia, jurídicas, sino de presencia o carencia de una voluntad política. Otro tanto puede decirse, como más atrás quedó expuesto, en lo que a la nuclearización o a la concertación fuera de área se refiere.

El problema mayor sigue siendo, sin embargo, la articulación del pilar europeo reforzado, de una u otra manera, con el conjunto de la Alianza Atlántica para salvaguardar su solidaridad y, en consecuencia, mantener su eficacia. Sin duda, España no puede hacer a ello mejor contribución que instrumentar cuanto antes la más intensa colaboración militar con la OTAN y ahuyentar todo fantasma de tensión con los Estados Unidos. Pero una vez superados ambos obstáculos podría y debería contribuir a una seria reflexión sobre la reforma de la propia OTAN.

Son sobradamente conocidos los reiterados proyectos que se han hecho para actualizar la Alianza, adaptándola a nuevas situaciones y equilibrios. Baste, de todos ellos, retener ahora la necesidad de *incrementar la participación europea en las cargas* de la misma, a la vez que facilita la *normalización de las relaciones de Francia y España* con la estructura integrada. Como elementos de reflexión para ello, creo podría considerarse la separación del SACEUR respecto al Mando de las fuerzas norteamericanas en Europa. Si éstas van a disminuir y “otras fuerzas” españolas y francesas, aun sin estar afectas a mando alguno, como las metropolitanas británicas o portuguesas, pueden, en su momento, colocarse bajo el control, no el mando, operativo de la Alianza, incrementando con ello el volumen de fuerzas europeas a disposición de la misma, sería lógico que el SACEUR lo ejerciera un general europeo, preferentemente francés.

Una vez aceptada la interpretación española de que el Comité Militar no forma parte de la estructura integrada de Mandos, nada impediría a Francia participar en el mismo, y ello permitiría la desaparición del Comité de Planes de Defensa, a la vez que sus funciones podrían ser asumidas por el Consejo Atlántico a nivel de ministros de Defensa.

La experiencia española pasaría de esta manera a ser, en vez de un elemento de perturbación como ahora es, un fermento de innovación, si no por vía de la integración formal sí de la cohesión efectiva.

## Conclusiones

De todo lo dicho se deduce que el fortalecimiento del pilar europeo de la Alianza sólo depende de los propios europeos, pero que en su interés está el hacerlo solidariamente con los Estados Unidos, aminorando las cargas y atenuando las responsabilidades de éstos, pero sin introducir elemento antagónico alguno. No se trata de discutir un liderazgo, sino de coparticipar en una responsabilidad, más con acciones que con reticencias primero

y protestas después. El único antagonismo que de lo expuesto pudiera resultar con las industrias militares norteamericanas estaría de sobra compensado por la mayor solidaridad política y militar resultante.

En cuanto a la participación española se refiere, está claro que puede ser importante a todos los niveles. De esa mayor participación resultaría necesariamente un mayor protagonismo de España a la hora de la decisión y de la acción, y en consecuencia no sólo una mejor defensa de los intereses españoles en el marco de la seguridad occidental, sino de los propios intereses españoles estrictamente nacionales.

Más atrás quedan esbozadas fórmulas y diseñados cauces para, sin quiebra de los compromisos políticos internos del partido mayoritario y de la mayoría de los minoritarios, hacer posible esta participación.

Pero queda claro también, y la frialdad franco-alemana a las aproximaciones españolas al eje París-Bonn y las reticencias de la UEO ante España son pruebas de ello, que los europeos, preocupados por su seguridad, desconfían del caballo de Troya. Se teme a los griegos, y la referencia puede ser tanto literaria como actual, incluso cuando hacen regalos. Por eso ya, cumplidos en España todos los ritos que exige el exorcismo de fantasmas familiares, ha llegado la hora de pasar a la acción efectiva, en cuanto a nuestra política de seguridad se refiere. Europa y los espacios a ella conexos son nuestro mejor horizonte de posibilidad. Pero para actualizarlo es preciso que la política española abandone definitivamente las reticencias antiatlánticas, las reticencias antiamericanas y las reticencias antinucleares.

Es evidente que todas las medidas aquí sugeridas no serían viables más que previo consenso de una gran mayoría de fuerzas políticas y amplio apoyo de la opinión pública. Los estadistas se miden por su capacidad de conseguir la última y contribuir a la primera.

## NOTAS

1. "The sources of Soviet conduct", *Foreign Affairs* XXV, 4, pp. 566-82, recogido por Kennan, *American Diplomacy*, Chicago, 1984, pp. 107 y ss. Cf. p. 128.

2. *Years of upheaval*, Londres, 1982, p. 713: "But emergencies are sure to arise again; and it *will* not in anyone's interest if the *chief* protector of free world security is strung by bureaucratic procedures".

3. *La política del poder. Estudios de la sociedad internacional, México, 1960.*

4. *Ib.* p. 108.

5. Serra, en *Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados*. Comisiones, "Defensa", número 175, 20 de octubre de 1987, p. 6397, b.

6. *Ib.* p. 6398, a.

7. Cf. *Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados*, Pleno número 54, 16 de junio de 1987, pp. 3202 a 3204, y Pleno número 34, 4 de marzo de 1987, pp. 1949 y 1950.

8. Este memorándum no ha sido publicado nunca de manera oficial. Fue leído en la sesión secreta del *Congreso de los Diputados* el 8 de octubre de 1986, y el Acta se conserva con carácter reservado.

9. *Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados*, Comisión de Asuntos Exteriores 1987 III, 21 de abril de 1987, pp. 4382 y 4408. Sobre lo que antecede, Cf. Remiro

Brotons en esta misma revista, "Armas nucleares y territorio español" I, 3 (1987) pp. 112 y ss.

10. Cf. Pierre (Ed.) *The conventional defense of Europe: New technologies and new strategies*, New York, 1986, en especial las contribuciones de Delauer, pp. 40 y ss. y Heisbourg pp. 71 y ss.

11. Cf. Kasser "Soviet economic and social change under Gorbachov" en *Gobarchov and Glasnost. Implication for Atlantic area nations*. The Chicago Council on Foreign Relations, Chicago, 1987, p. 118. Es preciso tener en cuenta, además, las implicaciones que supone la diferente tasa de natalidad de los rusos, otras nacionalidades eslavas, y de la población musulmana (Carrere d'Encausse, *L'empire éclaté*, París, 1978, especialmente pp. 86 y ss.).

12. Datos en Bentinck, *Nato's out of area problems*, Londres, 1986, Adelphi papers número 211.

13. *Project de recommandation sur l'état de la sécurité européenne-La région centrale*. Asamblea de la UEO XXXI sesión, mayo 1985. Cf. doc. 1018 p. 9.

14. UEO *Informe Miller*. Asamblea, Doc. 1018, p. 78. El control operativo ha sido aceptado formalmente por el Gobierno (*Diario de Sesiones de la Comisión de Asuntos Exteriores* citado, de 20 de octubre de 1987, p. 6397).

15. Cf. en esta misma Revista I, 1, pp. 77 y ss.

16. Cf. Uxo, "El espacio estratégico español hoy" en esta Revista 1, 2, pp. 208 y SS.

17. *Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados*, Pleno 1986 II, número 274, pp. 12340-41.

# Política española de paz y seguridad

Carlos Alonso Zaldívar

**C**rear seguridad es reducir amenazas. El alcance de una amenaza es igual al producto de la probabilidad de sufrir una agresión por los daños previsibles en caso de que la agresión se produzca. Así pues, se pueden reducir las amenazas, es decir crear seguridad, mediante todo tipo de medidas tendentes a disminuir la probabilidad de una agresión y/o el alcance de los daños en caso de que la agresión se produzca.

Estas medidas pueden ser tanto de naturaleza militar como política y, repasando la experiencia reciente de las relaciones internacionales, cabe agruparlas en cuatro categorías: medidas de disuasión, medidas de defensa, medidas de desarme y medidas de distensión/cooperación. Todas estas medidas tienen implicaciones económicas para el país que las promueve y su aplicación efectiva requiere que cuenten con un respaldo suficiente de la sociedad.

Partiendo de todo lo anterior, podemos decir que la política de seguridad es el conjunto de medidas de disuasión, defensa, desarme y distensión/cooperación que lleva adelante un gobierno, asumiendo sus implicaciones económicas y de opinión pública, con el fin de mantener bajo control las amenazas potenciales a la integridad territorial y/o a la independencia política de la nación. Creo que esta definición puede resultar útil como guía de trabajo.

## Los intereses nacionales de seguridad

Establecida a efectos de discusión esta relación de nuestros escenarios de conflicto, debemos proceder ahora a una tarea todavía más delicada. Perfilar en qué consisten el interés y los objetivos nacionales de seguridad ante cada escenario.

---

**Carlos Alonso Zaldívar**, diplomático, es asesor del ministro de Asuntos Exteriores. En este trabajo reproduce en sus aspectos fundamentales la ponencia que presentó en el debate sobre *“Política española de paz y seguridad”*, celebrado en noviembre pasado en el Centro de Estudios Constitucionales, de Madrid.

**Conflicto Este-Oeste**

La visión gubernamental de este escenario de conflicto creo que podría enmarcarse con los siguientes puntos:

1) El interés de España reside en impedir que se produzca una guerra de este tipo, tanto si fuera por agresión de la URSS como si resultara consecuencia del descontrol de una crisis entre los EEUU y la URSS. Ahora bien, es este un objetivo que trasciende ampliamente las posibilidades de acción españolas, por lo que la manera práctica de perseguirlo consiste en tratar de situarnos en condiciones de ejercer la influencia más efectiva posible para evitar ambas posibilidades.

2) Por otra parte, esta influencia debe ejercerse de tal modo que:

a) No contribuya a generar situaciones que pudieran facilitar a la URSS el ejercicio de medidas de intimidación militar sobre España, y que:

b) no nos conduzca a adoptar posiciones de las que pudiera derivarse una subordinación automática de ciertos intereses nacionales a los intereses de los EE UU.

3) Finalmente, como pese a todo puede llegar a producirse una guerra Este-Oeste, también es necesario contemplar una acción dirigida a tratar de minimizar los daños que pudieran derivarse para España en caso de una guerra así.

**Conflictos en el Mediterráneo**

Ante el complejo escenario mediterráneo, la visión gubernamental creo que podría resumirse de la siguiente forma:

1) El interés de España reside en evitar que los conflictos existentes en la zona se planteen y extiendan en términos bélicos. Como en el caso anterior, este objetivo trasciende ampliamente nuestras posibilidades de acción, y en la práctica lo que puede hacerse en este sentido es favorecer la solución negociada de los conflictos abiertos y la estabilidad de los Estados de la ribera Sur.

2) Si pese a todo llegara a producirse una situación bélica, el interés de España reside en estar en condiciones de:

a) Disponer de una mayor capacidad nacional de control naval y aéreo en el Mediterráneo occidental, y

b) estar en condiciones de poder evitar implicaciones militares indirectas que pudieran resultar nocivas para otros intereses nacionales.

**Conflicto sobre Ceuta y Melilla**

La posición del Gobierno ante este escenario de conflicto parece basarse en lo siguiente:

1) Mantener el "status quo" de estas dos ciudades, y con este fin:

a) No asumir propuestas diplomáticas de las que pudiera derivarse un cuestionamiento del mismo, y

b) disponer de un dispositivo militar que disuada los intentos de alterarlo por la fuerza y lo defienda llegado el caso.

2) Promover la mejora de las condiciones de vida de los habitantes de estas ciudades, evitando discriminaciones y enfrentamientos entre las comunidades que en ellas conviven.

3) Sostener con Marruecos unas relaciones constructivas en todo lo que resulte compatible con los puntos anteriores.

### **Conflicto sobre Canarias**

El interés nacional en este caso reclama:

1) Fortalecer el "statu quo" de las islas Canarias mediante:

a) Una acción diplomática dirigida a hacer patente su fundamentación étnica, cultural y económica y que evite iniciativas innecesarias que pudieran alentar el hipotético interés de otros países en cuestionarlo, y

b) dotarse de los medios necesarios para garantizar en las mejores condiciones posibles el control nacional sobre las líneas de comunicación marítimas y aéreas entre la Península y las islas, así como la defensa de éstas.

2) Mantener una posición sobre el conflicto del Sahara que facilite el desarrollo de buenas relaciones con la Administración que, en su día, se haga cargo definitivamente del territorio y de su banco pesquero.

### **Implicación de Gibraltar en conflictos bélicos**

Los objetivos nacionales ante este escenario podrían formularse, de menor a mayor, como sigue:

1) No facilitar la capacidad operativa de la base militar de Gibraltar, ya que existe el riesgo de que el Reino Unido la comprometa en acciones bélicas de las que pudieran derivarse efectos negativos para nuestro país.

2) Desarrollar la capacidad nacional de control militar sobre el Estrecho con el fin de reducir la importancia militar de la presencia británica en Gibraltar.

3) Recuperar la soberanía sobre Gibraltar.

### **Desarrollo bélico de la crisis centroamericana**

El interés nacional reside en evitar un desarrollo bélico de la crisis, pues, dada la existencia de percepciones diferentes respecto a este conflicto entre España y los Estados Unidos, una intervención militar norteamericana situaría a España ante la inexorabilidad de adoptar opciones que afectarían muy negativamente a nuestras relaciones con los EEUU, o comprometerían de manera grave nuestros especiales vínculos con los pueblos latinoamericanos.

**Escenarios de conflicto**

Amenazas a	Procedentes de	En caso de
Integridad territorial	URSS	Guerra E/O por agresión URSS
	EE. UU. y URSS	Guerra E/O por descontrol
	Israel, países árabes (EE. UU., URSS)	Conflicto bélico generalizado en el Mediterráneo
	Marruecos (otros países árabes)	Conflicto sobre Ceuta y Melilla
	(P. africanos?)	Conflicto sobre Canarias
Independencia Política	Reino Unido	Utilización bélica de Gibraltar
	URSS	Incapacidad de contrarrestar intimidación militar
	EE. UU.	Posición de subordinación automática y conflicto de intereses (Centroamérica, Mediterráneo)
	(Sin identificar)	Apoyos o facilidades a la acción terrorista de ETA
	Grupos del Oriente Medio	Acciones terroristas
(Vía desarrollo económico)	EE. UU., RFA., Francia	Dependencia tecnológica vital e irreversible
	Países árabes	Interrupción suministros energéticos
	URSS	Interrupción comercio marítimo (caso de guerra E/O)

**Las grandes opciones**

Los intereses nacionales definidos para cada caso en el apartado anterior no son independientes entre sí y bien puede ocurrir que en su desarrollo surjan contradicciones entre unos y otros. Ahora bien, la labor de gobierno no permite una reflexión especulativa permanente y, a partir de un cierto grado de comprensión de los diversos problemas, conlleva la necesidad de realizar opciones básicas.

Entiendo por opciones básicas aquellas que por su alcance introducen implícita o explícitamente elementos de jerarquización y delimitan grados de compatibilidad entre los diversos intereses y objetivos nacionales en materia de seguridad exterior. Resulta obvio decir que durante los últimos años España ha realizado algunas opciones de esta naturaleza.

Desde los años cincuenta hasta muy recientemente España actuó en materia de seguridad exterior en base a un esquema en el que destacaban los siguientes rasgos: a) nuestra ausencia de foros como la Comunidad Europea y la Alianza Atlántica; b) el mantenimiento de una relación de-

fensiva bilateral con los Estados Unidos, que no implicaba para éstos ningún compromiso con la seguridad de España, y c) una desatención notoria a la modernización del material y la organización de las Fuerzas Armadas. No es difícil argumentar en términos generales que este esquema resultó contraproducente para la defensa de los intereses nacionales, pero no considero necesario entrar aquí en la crítica histórica. Ocasión habrá, al hilo de los problemas del presente, de comprobar el peso negativo de ciertas herencias del pasado.

Como he dicho, en los últimos años España ha realizado ciertas opciones básicas que han trastocado el esquema anterior y en buena medida han establecido un nuevo marco y una nueva orientación de nuestra política de seguridad. No todas estas opciones son de la misma naturaleza ni tienen los mismos progenitores. Su grado de aceptación por la opinión pública es también variable. Y cada una de ellas ofrece posibilidades, pero también encierra riesgos. Veamos esquemáticamente de qué opciones se trata.

#### **Acometer la modernización de las Fuerzas Armadas**

Fue este un compromiso asumido al inicio de la transición por todas las fuerzas parlamentarias y sostenido hasta el presente. Ha supuesto la creación del Ministerio de Defensa, reformas en la organización y despliegue de las Fuerzas Armadas y un aumento de los gastos militares respecto a la etapa anterior. Esto último, aunque se vea acompañado de un esfuerzo para rentabilizar las inversiones militares, siempre resulta delicado en un país con los déficit sociales que padece el nuestro.

#### **Participar en la Comunidad Europea**

Esta opción ha contado con el respaldo de todo el país. En términos generales se espera que contribuya a promover nuestra modernización económica y social y también que nos permita, a través de la cooperación política europea, ejercer influencia, en un sentido afín de nuestros intereses nacionales, sobre la acción exterior de los países comunitarios.

Paralelamente asumimos el reto de contrastar nuestra política exterior con la de los restantes socios comunitarios entre los que hoy en algunos aspectos, prevalecen tesis que no coinciden con las nuestras. Por otra parte, si la economía española no resultara capaz de desenvolverse adecuadamente en el marco de la Comunidad, esta opción conlleva el riesgo de agravar nuestras vulnerabilidades económicas.

#### **Participar en la Alianza Atlántica**

Decisión polémica que se consolidó en referéndum popular. Ha significado la equiparación de España con nuestros socios comunitarios, también en el plano de la seguridad, dándonos voz en centros de decisión fundamentales a este respecto. Con esta opción nos hemos situado en un "status"

que puede facilitar la cooperación con países avanzados en materia de armamentos y tecnología, la capacitación de nuestras Fuerzas Armadas y que nos da acceso a valiosas fuentes de información

Al mismo tiempo asumimos el riesgo de que los requerimientos de la solidaridad aliada nos reclamen compromisos que no sean del todo congruentes con nuestra percepción de las amenazas o que puedan distorsionar los perfiles nacionales de nuestra política de seguridad. La opinión pública aceptó la opción atlántica como asociada a la opción europea, pero con fuertes reservas que siguen vigentes.

Las opciones anteriores han establecido el marco en que se desenvuelve nuestra política de seguridad. El Gobierno ha realizado además otras opciones relativas a la manera en que se propone actuar en este marco.

#### **Promover una política de distensión**

Entendida ésta como el desarrollo del diálogo y de los intercambios entre Estados con sistemas políticos y sociales diferentes con el fin de desmilitarizar las relaciones Este-Oeste y promover soluciones pacíficas a conflictos regionales. Esta orientación cuenta con el apoyo genérico de la opinión pública.

#### **Realizar una contribución militar a la Alianza Atlántica desde fuera de su estructura militar integrada**

La manera en que el Gobierno entiende que debe traducirse en la práctica el acuerdo refrendado de permanecer en la Alianza sin participar en su estructura militar integrada es percibida como insuficiente por unos, como abusiva por otros y suscita recelos en la opinión pública.

#### **Proceder a la reducción progresiva de la presencia militar norteamericana en España**

Acordada igualmente en el referéndum, esta opción cuenta con un apoyo ampliamente mayoritario de la opinión pública, aunque quizá mediatizado por un cierto sentido de impotencia. Las propuestas que sostiene el Gobierno a este respecto, igual que en el caso anterior, son consideradas superficiales por unos y demasiado comprometidas para otros.

#### **Mantener el “status” del país nuclear y no nuclearizable**

La nuclearización de España suscita un rechazo generalizado en la opinión pública. La negativa a aceptar la presencia de armas nucleares ajenas en el territorio español siempre ha contado con el consenso de todas las fuerzas parlamentarias y se vio ratificada en el referéndum. Por otra parte, nadie ha planteado nunca expresamente la conveniencia de que España se dotase de armas nucleares propias.

**Actuar en favor del control y reducción de armamentos**

Esta opción también cuenta con el favor de la opinión pública, aunque pueda parecer algo alejado de nuestros intereses nacionales concretos. A medida que va dando pie a decisiones y pronunciamientos específicos parece merecer una mayor atención de los grupos parlamentarios.

**Contribuir a la definición de una identidad europea en materia de seguridad**

Opción que hay que entender como una componente central del proceso de integración europea y como un elemento de reforma del funcionamiento tradicional de la Alianza Atlántica. Como idea genérica goza de una recepción positiva por la opinión pública. Pero hasta el momento se ha debatido muy escasamente en términos concretos.

**Una tesis general**

Enunciadas estas opciones básicas, formularé la tesis que pretendo sostener. Consiste en lo siguiente: creo que a partir de las citadas opciones básicas resulta posible llevar a cabo una defensa seria de los intereses nacionales, entendidos tal y como fueron formulados anteriormente.

Formulo lo anterior consciente de dos hechos. Por un lado, la circunstancia de que las opciones básicas de la actual política de seguridad de España han sido adoptadas en buena medida a través de un referéndum, lo que les concede una gran solidez.

A partir de este punto entraré más en concreto en el análisis de la política gubernamental. Analizaremos estas medidas en los campos de la disuasión y la defensa convencional y nuclear, en lo que se refiere al desarme y también a la distensión/cooperación.

**Disuasión y defensa convencional****La opinión pública y la contribución militar de España a la Alianza Atlántica**

Una interpretación muy generalizada que se ha dado a la no participación en la estructura militar integrada de la Alianza consiste en entender que España estará presente en las actividades políticas de la Alianza, pero no tendrá nada que ver con sus actividades militares.

Sin embargo, el Gobierno ha concebido un modelo de participación de España en la Alianza sin formar parte de su estructura militar integrada, que contempla un margen de posibilidades de participación española en actividades militares aliadas.

El Gobierno ha dado pasos en este sentido, comenzando por formular sin ambigüedad lo que no va a hacer. España no asignará fuerzas naciona-

les a un mando no nacional para que estas fuerzas lleven a cabo misiones a las órdenes de este mando en sus áreas de jurisdicción.

Ha explicado también lo que se propone hacer. Adoptar un ciclo de planteamiento de la defensa similar al que siguen los países aliados, si bien –y como consecuencia de lo anterior– se separará de éste en algunos aspectos. Ha hecho saber que la participación española en ejercicios militares se desarrollará preferentemente en zonas de interés estratégico español y sin cesión del mando operativo de las fuerzas españolas a autoridades aliadas.

Finalmente ha expuesto su voluntad de establecer acuerdos de coordinación entre los mandos nacionales y los mandos aliados con el fin de que las fuerzas españolas, bajo mando nacional, desarrollen determinadas misiones específicas conjuntamente con las fuerzas aliadas.

### **La percepción aliada de la no participación en la estructura militar integrada**

Los restantes aliados han conocido, sin manifestar desacuerdos o reservas, estos criterios sobre los que se va a basar la participación de España en la Alianza.

La Alianza ha aceptado los principios de la participación española porque es pragmática. Pero sabido es que el escenario que merece una atención privilegiada a la Alianza es el frente central y tras él los flancos norte y sur. España no está en ninguna de estas áreas; la geografía nos sitúa en la retaguardia del territorio aliado. En caso de conflicto, desde esta posición se puede hacer una contribución a la defensa de las zonas de contacto, pero nuestra amenaza inmediata procedería de los espacios marítimos y aéreos en torno a la Península.

Por otra parte, hemos visto que el control de estos espacios; es decir, del Mediterráneo occidental, de la zona del Estrecho y de las líneas de comunicación con Canarias, así como, obviamente, la defensa de nuestro suelo, son claros objetivos militares de interés nacional. Pero además estos espacios dotan de profundidad a la defensa de Europa e incluyen un corredor aéreo y naval vital para el refuerzo y suministro del flanco sur.

Cabe pensar, pues, en unos acuerdos de coordinación que siendo útiles para atender a estas necesidades de la Alianza refuercen el dispositivo de defensa en áreas de interés estratégico para España. Pero también cabe pensar que entre los aliados y entre nosotros pueden existir ideas muy distintas.

### **La reducción de la presencia militar norteamericana**

Cuando escribo, este es el tema estrella de la política de seguridad del Gobierno. ¿Se trata realmente de algo trascendental? En mi opinión, sí, pero con una trascendencia que no se sitúa, como habitualmente suele suponerse, ni en el plano político electoral ni el terreno político militar. A mi juicio se trata de otra cosa.

La opinión pública española tiene la percepción extendida y profunda de que las relaciones entre España y los Estados Unidos son insatisfactorias y este hecho no se comprende muy bien desde los Estados Unidos. Siendo esto así, creo que estamos atravesando una coyuntura que puede marcar el futuro a largo plazo de las relaciones hispano-norteamericanas. Tanto por el riesgo que encierra la posibilidad de que el pueblo español salga de ella resentido y frustrado como por la oportunidad que ofrece para que los españoles adquiramos un sentido más ponderado y más estimulante de las posibilidades y limitaciones que hoy por hoy tiene España en el mundo. Estas afirmaciones reclaman alguna explicación.

Nuestra percepción de los Estados Unidos resulta distinta de la de nuestros socios europeos por el hecho de que la política norteamericana en Iberoamérica influye en la formación de nuestros juicios sobre la política norteamericana, con mucha más fuerza que en el caso de cualquier otro país de Europa.

Por otra parte, la distancia y la ausencia de conflictos históricos entre España y la Unión Soviética permiten comprender que, a diferencia de lo que puede ocurrir en otros países de Europa, desde Madrid no se percibe a la URSS como una amenaza inmediata. De aquí que una política exterior de los Estados Unidos centrada en la denuncia de la URSS como imperio del mal produzca en gran parte de los españoles escepticismo, cuando no abierta preocupación.

Pero sin duda lo que mejor da cuenta del distinto significado que adquiere en España y en otros países europeos la presencia militar norteamericana es que para ellos tal presencia está asociada históricamente con la derrota del nazismo y del fascismo y con la recuperación de la libertad, mientras que para nosotros se asocia con la consolidación del franquismo.

### **La cuestión de las bases**

En 1982 España ingresó en la OTAN y ese mismo año se firmaba el Convenio actualmente vigente. Su negociación se produjo en condiciones complejas y en el texto final no se reflejó el cambio de circunstancias que se había producido en España. Persiste en él la relación bases/ayuda, se acentúa el control español, pero se mantiene intocada la presencia militar norteamericana heredada del franquismo.

¿Testimonia la continuidad de esta presencia la existencia de algún derecho adquirido de los Estados Unidos para la utilización del territorio español? La respuesta es no. Pero estamos hablando de algo más delicado que la virtud de la mujer del César. Hablamos de la soberanía nacional. Así que no basta que la respuesta sea negativa si puede parecer lo contrario. Por ello, concluida la vigencia del actual Convenio, hay que plantearse en qué reside el interés nacional ante esta cuestión.

Creo interpretar que para el Gobierno el interés nacional reside en garantizar en el futuro unas relaciones normalizadas con los Estados Unidos en beneficio mutuo y del resto de los países aliados. Ahora bien, unas relaciones así no pueden basarse en el "statu quo" vigente desde

1953, que merece el rechazo de una gran mayoría de la población española y exigen que se altere para poner de manifiesto que treinta años de relaciones anómalas no han creado ningún derecho de presencia militar de los Estados Unidos en España. En otras palabras, que se proceda a una reducción substancial de la presencia militar norteamericana heredada del franquismo.

Cualquier acuerdo futuro que no contemple esto corre el riesgo de acentuar la percepción de que determinados intereses de los Estados Unidos prevalecen sobre la soberanía española; es decir, de ser entendido como una imposición. Ningún acuerdo sobre el que gravite esta sombra permitirá asentar en el futuro unas relaciones positivas que sólo pueden basarse en la expresión libremente pactada entre voluntades soberanas de unos intereses comunes.

Asumiendo este aspecto de la cuestión, la propuesta que presentó y mantiene el Gobierno se centra en la reducción de aquellos elementos de la presencia militar norteamericana en nuestro país que –como el Ala 401– son susceptibles de una reubicación fuera del territorio nacional, sin detrimento de las misiones que tienen asignadas, y no pretende que se eliminen instalaciones, fuerzas o autorizaciones de uso que en las circunstancias actuales resultarían de imposible sustitución o relocalización. Por ejemplo, la base de Rota o el entrenamiento de pilotos en las Bárdenas Reales.

### **La modernización de las Fuerzas Armadas**

Hasta el momento me he referido a lo que podríamos llamar la dimensión “soft” de la defensa. Recapitulemos para entrar después en los aspectos “hard” de la cuestión.

Es posible proceder a una reducción de la presencia militar norteamericana en España como la planteada por el Gobierno sin dañar la seguridad aliada. Esta reducción resulta además necesaria para mantener en el futuro unas relaciones normales y positivas con los Estados Unidos en beneficio mutuo y de todos los aliados. También lo es para dar un cumplimiento adecuado a los términos de nuestra participación en la Alianza.

Despejado el futuro de las, relaciones entre Madrid y Washington y concretadas las modalidades de esta participación, España, además de garantizar la defensa de su territorio nacional y continuar ofreciendo determinadas facilidades aeronavales a fuerzas aliadas, contribuirá a asegurar las líneas de refuerzo del flanco sur de la Alianza. Las capacidades operativas que se necesitan para esto resultan congruentes con las que requieren nuestros escenarios de conflicto: capacidad de control del Mediterráneo occidental, del área del Estrecho y de las líneas de comunicación con Canarias.

¿Qué medios se necesitan para esto? Se trata prioritariamente de medios aéreos y navales. La Península es una isla desde el punto de vista de su defensa, ya que en nuestras fronteras terrestres no existen amenazas verosímiles y antes de que llegara un carro del Pacto de Varsovia a los

Pirineos habrían llegado volando por los cuatro puntos cardinales aviones y misiles o habríamos volado todos. También son medios aeronavales los que se necesitan para controlar el corredor Baleares-Estrecho-Canarias.

En los últimos años se han hecho importantes adquisiciones. Los F-18 sustituirán a los F-4 y F-5. Hay programas en marcha para modernizar el armamento (MODAR) y los sistemas electrónicos de combate de los aviones (PROAGE). A más largo plazo, España –junto a la RFA, Gran Bretaña e Italia– producirá y adquirirá el avión de combate europeo (EFA). Finalmente están los programas dirigidos a modernizar la red de vigilancia aérea (COMBAT).

Por lo que se refiere a la Armada, el programa naval contempla la creación del Grupo de Combate con un nuevo portaaviones, desde el que podrán operar aviones Harrier y helicópteros Lamps, y cuatro fragatas clase Santa María. Prevé además la renovación de los transportes del Grupo Anfibio, la construcción de un buque mixto de apoyo logístico, de unidades para la guerra de minas y de patrulleros de altura. Recientemente han entrado en servicio cuatro nuevos submarinos y se han modernizado otros. También se ha dotado de misiles Harpoon mar-mar y de mejores misiles mar-aire a las fragatas clase Baleares, las corbetas clase Descubierta y los patrulleros clase Lazaga.

El Ejército de Tierra tiene programas para adquirir lanzadores de misiles antiaéreos Roland y Aspid y helicópteros Superpuma. Parece en suspenso, sin embargo, la decisión sobre el carro de combate del futuro.

Sin embargo se pueden destacar algunas cosas. En primer lugar puede apreciarse una clara orientación a mejorar la aviación, las fuerzas navales y la defensa aérea. En segundo lugar, las cifras indican que entre el Ejército del Aire y la Armada se gasta aproximadamente la mitad del presupuesto de Defensa y se absorbe una cuarta parte de los efectivos de las Fuerzas Armadas. En tercer lugar parece existir una cierta indefinición sobre el tipo de modernización que debe acometer el Ejército de Tierra, que supone el 40 por 100 del gasto de defensa y tres cuartas partes de los efectivos militares. Finalmente somos un país con gastos de defensa bajos si se miden en términos per cápita o en porcentaje del PIB, pero medianamente altos si los medimos en porcentaje del presupuesto estatal (siempre en comparación con los países aliados).

Sobre el significado de, estos hechos se puede discutir extensamente. Por mi parte apuntaré lo que me parece significativo de cara a nuestra política de seguridad.

1) El tipo de medios militares de que se está dotando España es el que más claramente requieren sus escenarios de conflicto y la contribución que se propone realizar en los escenarios aliados. Es posible que todavía estos medios resulten insuficientes y es discutible si todos ellos están bien elegidos.

2) Ahora bien, no cabe pensar en dedicar un mayor porcentaje del presupuesto nacional a gastos de defensa, sino en disminuir su peso dentro de éste.

3) Lograrlo pasa necesariamente por reducir los gastos del Ejército de Tierra. Esto es pensable, ya que se trata de un Ejército sobredimensionado para las misiones que de manera verosímil cabe atribuirle a la vista de los escenarios de conflicto anteriormente contemplados.

4) Finalmente, España, sin dejar de atender a los requerimientos militares de su defensa, debe promover y aprovechar todas las posibilidades de mejorar su seguridad por vías que permitan limitar las inversiones en medios de disuasión y defensa; es decir, a través de medidas adecuadas de reducción de armamentos y de fomento de la distensión.

## **Disuasión y defensa nuclear**

En los apartados anteriores me he referido a cómo las opciones básicas que se han realizado en materia de disuasión y defensa convencional pueden servir a nuestros intereses de seguridad, tanto a los que son específicamente españoles como a otros que compartimos con nuestros aliados.

Cabe preguntarse ahora si ocurre lo mismo con las opciones que se han realizado en materia de disuasión y defensa nucleares. Básicamente estas opciones son tres:

- a) asumir la doctrina militar de la Alianza, que tiene un fuerte componente nuclear;
- b) mantener el "status" de España como país no nuclear y no nuclearizable, y
- c) promover una política de control y reducción de armamentos.

### **Doctrina nuclear y "status" desnuclearizado**

Veamos el problema en concreto. Creo que de entrada se debe plantear la siguiente cuestión: ¿los intereses de seguridad españoles reclaman algún tipo de medidas en materia de disuasión y defensa nuclear? Partiendo de la definición que se ha realizado de estos intereses, solamente uno de los escenarios contemplados podría requerir en principio medidas de este tipo. Obviamente se trata del escenario "Guerra Este-Oeste". Respecto a él hemos dicho que nos interesaba situarnos en condiciones de poder ejercer influencia para evitar las posibilidades de que una guerra así llegara a ocurrir. También se ha dicho que deberíamos hacerlo sin facilitar que la URSS nos pudiera someter a intimidación y sin caer en subordinaciones automáticas a los EEUU.

La probabilidad de que llegue a producirse una guerra Este-Oeste es muy incierta. En todo caso la posibilidad existe y España no puede ignorar este escenario. Al contemplarlo con seriedad surgen preguntas delicadas: ¿conviene contar con armas nucleares propias?, ¿debemos facilitar la instalación en España de armas nucleares ajenas?, ¿podemos desentendernos de este riesgo amparándonos en el dispositivo de disuasión nuclear aliado?, ¿conviene participar en él aportando nuestras propias ideas sobre su mejor funcionamiento? Está claro que a todas estas preguntas se ha ido

contestando negativamente, salvo la última. ¿Por qué? He aquí un esbozo de respuesta posible.

Para cumplir con su objetivo primordial, de acuerdo con su propia doctrina, la Alianza debe desarrollar tanto medidas militares como políticas. El armamento nuclear es una parte fundamental del dispositivo militar de la Alianza y presenta una doble faceta. Dada la capacidad de represalia que encierra, funciona como pieza básica del dispositivo de disuasión; pero por esta misma razón plantea el riesgo de que una crisis pueda escalar hasta grados de destrucción inaceptables desde luego para los países europeos.

La disuasión nuclear para ser efectiva requiere credibilidad, y la credibilidad reclama efectividad militar de los sistemas de armas desplegados. Ahora bien, la tendencia a dotar a las armas nucleares de mayor efectividad militar puede llevar a acometer programas y despliegues de armamentos que sean percibidos por el adversario como señal de intenciones ofensivas, lo que alimentaría en éste las tendencias a un ataque preventivo. Si se entra en esta dinámica, la disuasión no resulta reforzada, sino desestabilizada.

Parece lógico, pues, que la presencia de armas nucleares en el dispositivo militar de la Alianza debe regirse por el criterio de lograr una disuasión estable y que, de surgir contradicciones entre este criterio y otros, como los que atienden a la mejor utilización de las armas nucleares en combate o a su empleo para ejercer intimidación, debe prevalecer el primero.

Juzgando, desde las consideraciones anteriores, la actual relación de fuerzas entre la Alianza Atlántica y el Pacto de Varsovia, aparece como posible no sólo mantener la disuasión sin recurrir a nuevos despliegues de sistemas de armas nucleares; sino mejorar la estabilidad en caso de crisis, procediendo por ambas partes a reducir diversos tipos de armamentos.

Vistas las cosas de este modo, nada tiene de extraño que un país adopte las decisiones de participar en el Consejo Atlántico (CAN) y en otros órganos de la Alianza, como el Comité de Planes de la Defensa (DPC) y el Grupo de Planes Nucleares (NPG), donde se discute sobre su doctrina militar; que manifieste en ellos su opinión sobre programas de armamento y sobre medidas de desarme, que firme el TNP y que decida mantenerse libre de armas nucleares.

### **Solidaridad y diversidad en la Alianza**

Preguntémonos ahora cómo pueden verse las decisiones anteriores desde el punto de vista de la Alianza. Con toda seguridad, en su seno existen y existirán opiniones distintas al respecto. Siempre cabe esperar que entre países nucleares y no nucleares, entre países nuclearizados y países que no admiten armas nucleares, entre países del arco central y países de la retaguardia, existan diferencias sobre la mejor manera de entender y aplicar la doctrina de la Alianza.

La participación española no introduce ninguna novedad radical a este respecto. Posiciones como las anteriormente señaladas vienen teniendo cierto eco en la Alianza, incluso en tiempos como los actuales, en que los principales países miembros están representados por gobiernos conservadores. No es menos cierto que ese eco encuentra límites claros, pues en materia nuclear las opiniones que a la postre cuentan son las de los países nucleares. En esencia lo que se plantea es el ejercicio de una regla no escrita pero que resulta clave para la existencia de la Alianza. Se trata de saber mantener la solidaridad aliada sin que ello signifique sofocar las diversidades que existen entre los países aliados. Esta regla hay que aplicarla también en materia nuclear.

No cabe esperar que España, desde su "status" de país no nuclear, no nuclearizado y no integrado, influya de modo significativo en los aspectos militares y operativos de la doctrina nuclear de la Alianza. Pero tampoco hay que olvidar que muchas de las decisiones sobre armas nucleares responden a motivaciones básicamente políticas y que hacerse oír en estos procesos de decisión puede ser muy importante.

Esto resulta especialmente cierto cuando las superpotencias empiezan a mostrar cambios de actitud en temas que han considerado dogmas durante, decenios. Todo el mundo siente entonces la necesidad de poner sobre la mesa sus puntos de vista y, por así decirlo, el debate interaliado se flexibiliza.

Esto es lo que está ocurriendo hoy día. Y, así vemos que ideas presentes en nuestra política de seguridad, como reducir la nuclearización del actual dispositivo militar, buscar la estabilización de las fuerzas convencionales a niveles inferiores, dar un mayor peso a las dimensiones políticas de la seguridad, situar las consultas interaliadas en un nivel más riguroso o esforzarse en lograr una actitud más unitaria de los aliados europeos, están ganando peso y encontrando vientos favorables.

Lo que ha puesto en marcha este debate han sido las nuevas perspectivas de control y reducción de armamentos abiertas en la reunión de Reikjavik entre Reagan y Gorbachov a finales de 1986, y los pasos posteriores que se han dado en esta dirección. Veamos, pues, cómo viene actuando el gobierno en esta materia.

## **Control y reducción de armamentos**

La política del gobierno favorece las reducciones de armamentos a niveles más bajos que los actuales que resulten compatibles con los siguientes criterios generales: a) mantenimiento de la disuasión, y b) fortalecimiento de la estabilidad estratégica; a los que, desde una perspectiva nacional, habría que añadir: c) un mayor interés en la reducción o eliminación de sistemas de armas que representen una amenaza potencial para España, y d) una mayor prudencia respecto a medidas de desarme que afecten a medios considerados imprescindibles para la defensa nacional. Por lo de-

más, cualquier medida de rearme contradictoria con estos criterios resultaría rechazable.

Estos criterios permiten formar una opinión sobre iniciativas concretas de desarme o de rearme. Pero no debe contar sólo la propia opinión si se quiere atender al requisito de promoverla con eficacia. Ejercicios de testimonialismo que prescindan de otros puntos de vista pueden llevar a un aislamiento estéril. Transacciones que permitan la concertación de diversos países en la dirección adecuada pueden ayudar a mover las cosas.

Creo que siguiendo pautas de este tipo el gobierno ha fijado posición ante los grandes temas de desarme que hoy están planteados. Ejemplo de ello ha sido la opción doble cero. Dada su actualidad y la posibilidad que ofrece de ilustrar lo anterior, me detendré en este punto.

### **España y la opción doble cero**

La posición del gobierno español respecto a la opción doble cero ha sido ampliamente difundida. Fue explicada por el portavoz del gobierno diciendo que el presidente González se había dirigido por escrito a Reagan y Gorbachov manifestando que España considera esencial que este año se firme un acuerdo INF entre los Estados Unidos y la Unión Soviética; que ello redundaría en beneficio de la seguridad aliada y serviría para consolidar, con un hecho concreto, el proceso de distensión.

Sobre el posible contenido del acuerdo, el presidente se manifestó favorable a la eliminación de todos los misiles intermedios de más largo alcance (LRINF) desplegados en Europa y asimismo a la eliminación de los misiles intermedios de corto alcance (SRINF). En cuanto a los misiles de alcance inferior a los 500 kilómetros, expuso el criterio de que una negociación sobre estos sistemas debería contemplarse ulteriormente a la luz de la aplicación de los acuerdos INF y de las negociaciones sobre armas químicas y armas convencionales.

Analicemos esta posición, primero desde un punto de vista nacional. Un acuerdo de eliminación de todos los LRINF desplegados en Europa significa la desaparición de los SS-20, que son unos misiles cuyo radio de acción les permite alcanzar territorio español, así como el establecimiento de una prohibición de desplegar nuevos misiles con esta capacidad. Supone, pues, la eliminación de una amenaza potencial para España.

También políticamente el acuerdo es interesante. España no podía manifestarse indiferente ante el hecho de que las negociaciones en curso concluyan con o sin acuerdo. En la primera hipótesis cabe contemplar un futuro de distensión, por el que aboga la política exterior española. Mientras que en caso de fracaso el clima sería de alta confrontación y se prolongaría por lo menos hasta el asentamiento de una nueva Administración norteamericana.

Por supuesto, una decisión como la que estamos analizando no puede valorarse sólo desde un punto de vista nacional. Requiere que las consideraciones nacionales se encuadren en el marco aliado en que la decisión va a ser tomada. ¿Qué decir en este sentido? Por primera vez se procedería a

la destrucción de armamento nuclear existente y desplegado. Adoptando un acuerdo así, la Alianza pondría de manifiesto que su actividad también abarca la aplicación de medidas de distensión y de desarme. Esto mejoraría la imagen y la credibilidad de la Alianza ante la opinión pública de los países aliados. Y hoy son muchos los que piensan que de lo que anda más escasa la Alianza para ser efectiva no es de armas nucleares, sino de credibilidad popular.

Pero ¿qué pasaría militarmente? La opción doble cero implica que el número de cabezas nucleares que debe destruir la URSS es unas cuatro veces superior al que deben destruir los Estados Unidos. No parece, pues, un mal acuerdo desde esta estimación militar. Se trata de un acuerdo que no se basa en la paridad de lo que se reduce, sino en la igualdad de lo que resulta de su aplicación, y esto podría constituir un interesante precedente a la hora de negociar con el Pacto de Varsovia sobre armamento convencional. Pero ¿qué pasa con la disuasión? La disuasión persiste y la estabilidad en caso de crisis mejora, con lo que la seguridad de todos se ve beneficiada. ¡Hay quien dice lo contrario! Claro que lo hay y se puede discutir mucho al respecto. Pero quienes tenían que decidir fueron claros.

El Comunicado del Consejo Atlántico celebrado en junio en Reikjavik asumió la eliminación de los LRINF desplegados en Europa e hizo un llamamiento a la URSS para que renunciase a mantener una parte de sus SS-20 en Asia, lo que permitiría eliminar todos los LRINF. Se trata de una propuesta razonable y deseable porque simplifica notablemente los problemas de verificación. España la suscribió. La propuesta fue finalmente aceptada por Gorbachov en julio pasado.

En Reikjavik, la Alianza asumió también la eliminación efectiva y verificable de todos los misiles soviéticos y norteamericanos SRINF con base en tierra y alcance entre 1.000 y 500 kilómetros. España suscribió esta formulación, que atendía a la posición del gobierno de la RFA respecto a los Pershing-1a. Si es delicado decirle a un país que ponga un misil que no quiere, no lo es menos decirle que quite uno que no quiere. España mantiene que no aceptaría lo primero y malamente puede entonces hacer lo segundo. La formulación de Reikjavik se ha revelado constructiva. La RFA ofreció ulteriormente no modernizar los Pershing-1a y retirarlos al final de su vida útil. La URSS ha aceptado una solución en este sentido.

En resumen, España mantuvo y defendió la posición que había anunciado. Asumió propuestas compatibles con ella atendiendo a intereses de otros aliados. Por primera vez España está participando en estas discusiones.

### **Armas espaciales, nucleares y convencionales**

Volveremos sobre ello al referirnos al futuro de la seguridad europea. Futuro que no está influido exclusivamente por la opción doble cero, sino también por el desarrollo de otras negociaciones sobre control y reducción de armamentos, respecto a las que el gobierno también ha definido su actitud básica partiendo de los criterios anteriormente expresados.

Así, respecto a la Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE), y en general a las armas espaciales, ha manifestado el temor que alberga de que con este tipo de sistemas se inicie una nueva carrera de armamentos en el espacio y se debilite la estabilidad estratégica. El gobierno ha expuesto su opinión favorable a que los Estados Unidos y la Unión Soviética acuerden una interpretación común del Tratado ABM y entretanto respeten la que ha venido siendo aceptada hasta el momento.

La preocupación por evitar una carrera de armamentos espaciales que pudiera debilitar la estabilidad estratégica también le ha llevado al gobierno a manifestarse sobre los sistemas de armas antisatélites (ASAT). Partiendo de la decisión del Congreso norteamericano de prohibir las pruebas ASAT contra blancos reales y de la suspensión de pruebas en este campo que mantiene la URSS desde 1982, el gobierno ha insistido en la necesidad de un acuerdo que someta a control este tipo de armas.

En relación con las armas nucleares intercontinentales, el gobierno alienta las posibilidades de lograr una reducción del 50 por 100 de estos sistema, de manera que el número de cabezas descienda a 6.000, situadas en 1.600 lanzadores por cada parte, en el plazo de cinco años. Al mismo tiempo, España viene sosteniendo la necesidad de celebrar un Tratado de Prohibición Completa de Pruebas Nucleares.

Todo lo anterior conforma una actitud política expresa respecto al contenido de las negociaciones de Ginebra entre los EEUU y la URSS sobre armas espaciales y nucleares. Las posiciones citadas pueden compararse o no, pero son coherentes con los criterios de mantenimiento de la disuasión y fortalecimiento de la estabilidad estratégica. Una actitud así puede considerarse demasiado genérica y pasiva, o excesivamente minuciosa e inoportuna. Lo que guía al gobierno es el criterio, ya enunciado, de buscar el progreso efectivo de estas posiciones y en favor de ellas actúa en sus relaciones bilaterales, dentro de la Alianza y en foros como las Naciones Unidas, que consagran una gran atención a estos temas.

Otro gran capítulo del control y la reducción es el referido a los armamentos convencionales. Nuestro país ha jugado y está jugando en él un papel más directo. Ya lo desempeñamos . al contribuir a los acuerdos de la CSCE de Madrid, que hicieron posible la convocatoria de la Conferencia de Estocolmo. Actuamos en esta Conferencia para lograr que estableciera medidas de fomento de la confianza (CBM) política y militarmente significativas. Estas medidas, que quizá no dieron satisfacción completa a nadie, están hoy en vigor y se celebra unánimemente el buen desarrollo de su aplicación.

Idéntica actitud preside la actual actividad española en la preparación de las futuras negociaciones entre 23 países sobre estabilidad convencional, que se enmarcarán en el proceso CSCE, y para la negociación de ulteriores medidas de confianza entre los 35 miembros de la CSCE. Estos trabajos se encuentran todavía en una fase que hace prematuro someterlos a escrutinio. Diré, sin embargo, que el gobierno pone el acento en que estas negociaciones terminen estableciendo una mayor estabilidad convencional a niveles más bajos de armamento.

## **Distensión y cooperación**

### **España ante el conflicto Este-Oeste**

Caractericé la actitud gubernamental ante el conflicto Este-Oeste diciendo que trataba de ejercer la influencia más eficaz posible para que este conflicto no llegue a desencadenar una guerra, y que procuraba hacerlo evitando que, como consecuencia de este conflicto, nos podamos llegar a ver sometidos a intimidación militar por parte soviética u obligados a subordinar otros intereses nacionales a los de los EEUU.

Esta actitud ha ido dando lugar a una política que tiene como punto de partida el convencimiento de que, por reducida que pueda resultar nuestra influencia sobre la evolución del conflicto Este-Oeste, España no debe desentenderse de él limitándose a vivir al amparo del dispositivo de disuasión y defensa aliado. Por el contrario, debe esforzarse por influir sobre la evolución del mismo, en el sentido antes señalado, y para ello, el gobierno ha juzgado conveniente participar en la actividad de la Alianza Atlántica. De aquí decisiones como las siguientes:

1) Esta participación, para tener entidad propia, reclama la presencia de España en los órganos que deciden sobre el presente y futuro de la doctrina aliada (NAC, DPC, NPG).

2) Debe suponer también una aportación militar española a la defensa convencional aliada, realizada desde fuera de la estructura militar integrada de la misma, que incluya la defensa del territorio peninsular, la autorización a fuerzas aliadas para utilizar ciertas instalaciones en España y la participación de fuerzas españolas en el control aéreo y naval del corredor Canarias-Estrecho-Baleares.

3) En materia nuclear, no contempla la nuclearización del territorio español, sin que ello signifique que España renuncie a sostener en los órganos de la Alianza, que se ocupan de los aspectos nucleares de la doctrina aliada, criterios propios respecto a la misma, como la necesidad de que la estabilidad estratégica no se vea debilitada por requerimientos para una mejor utilización de las armas nucleares en combate.

4) En particular, el gobierno considera que es posible realizar importantes reducciones de armamentos sin cuestionar la disuasión ni el derecho a la defensa de nadie, y que medidas adecuadas en este sentido resultan necesarias para el mejor tratamiento del conflicto Este-Oeste. Las Fuerzas Armadas españolas pueden verse incluidas en estas medidas.

5) Finalmente, el gobierno entiende que no basta con desarrollar medidas dirigidas a impedir que el conflicto Este-Oeste llegue a plantearse en términos bélicos, y subraya la necesidad de promover una acción orientada a desmilitarizar este conflicto regulando y superando, dentro de lo posible, las diferencias que lo alimentan. Es decir, la necesidad de una política de distensión. En este sentido actúa en el seno de la Alianza, en la CSCE, en la ONU y en las relaciones bilaterales.

La CSCE es un proceso de actividad diplomática permanente concebido para buscar y establecer acuerdos en materia de seguridad, de derechos humanos y de intercambios sociales, culturales y económicos, así como para someter a contraste su cumplimiento. En la CSCE se dan condiciones más favorables que en ningún otro marco para que los países que no son grandes potencias militares hagan presentes sus puntos de vista específicos sobre el conflicto Este-Oeste.

La participación de España en la CSCE no representa una novedad, es conocida y no necesita ser pormenorizada. No obstante, no quisiera dar la impresión de que se trata de una línea de actuación menor. Muy al contrario, hay que destacar que, tras la Conferencia de Estocolmo, el proceso CSCE ha ganado peso e importancia. Por otra parte, los futuros trabajos de la CSCE darán una medida práctica del alcance real del proceso de cambios que está en curso en la Unión Soviética y, con ello, de la existencia de nuevas posibilidades de entendimiento Este-Oeste en materia de derechos humanos, de intercambios sociales y de cooperación en diversos ámbitos. Lo que puede resultar decisivo para el futuro de la distensión.

Las Naciones Unidas constituyen una institución universal dedicada a garantizar la paz y la seguridad promoviendo la resolución pacífica de los conflictos, el respeto a los derechos humanos y de los pueblos, y la cooperación entre las naciones. Por ligereza o premeditación, suele depreciarse su eficacia. Sin embargo, el gobierno considera que este foro es el marco supremo al que debe remitirse una política de distensión.

Muchos temas relativos a la seguridad, el desarme y a conflictos regionales que inciden sobre las relaciones Este-Oeste han encontrado, encuentran y podrán encontrar en las Naciones Unidas un tratamiento basado en la distensión y la cooperación. España actúa en este sentido en todos los órganos de la ONU, se esfuerza por mejorar su trabajo y contribuye destacadamente a su sostenimiento económico.

La actividad multilateral, incluso cuando experimenta progresos, no reduce la importancia de las relaciones bilaterales entre países. Así pues, estas relaciones son también un instrumento imprescindible para llevar adelante una política de distensión ante el conflicto Este-Oeste.

Las relaciones de España con los países del Este tienen una historia muy corta. Como consecuencia de ello se encuentran, en todos los terrenos, a un nivel de desarrollo inferior al de las relaciones que mantienen nuestros socios y aliados. Nuestros intercambios comerciales con la Europa del Este representan un tercio de la media de los que realizan los restantes países comunitarios. Los intercambios políticos también se desarrollan todavía a un nivel inferior a los que sostienen nuestros principales aliados. Como contrapunto está la inexistencia de contenciosos bilaterales significativos entre España y los países de la Europa del Este. La conclusión que se desprende de todo ello es la posibilidad clara de intensificar nuestras relaciones bilaterales con los países del Este. Tal es la política que se viene practicando en los últimos años y a la que la "perestroika" y la "glasnost" pueden abrir posibilidades nuevas.

**Mediterráneo: pluralidad de conflictos y de enfoques**

La cuenca mediterránea, y sus áreas adyacentes, constituyen una región en la que todos los problemas de seguridad se dan cita conjuntamente: desde el terrorismo hasta los despliegues nucleares de las superpotencias. Esta diversidad de problemas, que se entrelazan, afecta además a un amplio número de países que poseen una variedad no menor de intereses en la zona.

A la postre, un escenario tan complejo como éste plantea la cuestión de la existencia de una política de seguridad aliada en el área del Mediterráneo. Los hechos ponen de manifiesto que por un lado los Estados Unidos y por otro los diversos países europeos desarrollamos políticas diversas que no resultan fáciles de coordinar en conjunto. Es más, en el fondo parecen darse dos maneras muy distintas de enfocar los problemas de la región mediterránea.

Por un lado existe un punto de vista que, explícita o implícitamente, parte de considerar el Mediterráneo Sur como una región tan propensa a la crisis que resulta prácticamente inútil tratar de influir en su evolución desde fuera de ella. Siempre habrá crisis, y lo importante es estar en condiciones de impedir que los acontecimientos en el Sur lleguen a tomar una dirección no deseable. Para ello resulta central disponer de instrumentos de fuerza que permitan, en un momento dado, imponer a los poderes locales la voluntad exterior. En otras palabras, hay que establecer un “cinturón de seguridad militar” para aislarse de un Sur impredecible y poder imponerle la voluntad del Norte si llega a ser necesario.

Un segundo enfoque asume como punto de partida que la profunda inestabilidad del Mediterráneo Sur puede ser superada dando paso a un futuro de estabilidad basado en la existencia de importantes intereses comunes entre los países del Mediterráneo Sur y los países desarrollados. En otras palabras, para que el Mediterráneo deje de ser un foco de violencia hay que promover “la estabilidad de los países del Sur”. Quienes así opinan consideran que en la región existe o puede generarse suficiente voluntad política para avanzar en este sentido. Los instrumentos adecuados para hacerlo son, lógicamente, de naturaleza mucho más política y económica que militar.

¿Resultan irreconciliables las dos visiones anteriores? En primera aproximación, cabe esperar que los países más alejados de la región y con mayor capacidad militar tiendan a asumir prioritariamente el primer punto de vista. Por el contrario, los países ribereños que no son potencias militares encontrarán más razones para inclinarse por el segundo. Más o menos, esto es lo que ocurre. Pero afinando el análisis se puede apreciar que cada país practica una política que resulta ser una mezcla ponderada, de acuerdo con sus intereses nacionales, de ambos enfoques. Salvaguardando estos intereses, todo el mundo plantea la conveniencia de coordinar las diversas políticas.

Tratemos de ponderar, pues, nuestros propios intereses en el Mediterráneo.

**España ante los conflictos del Mediterráneo**

En primer lugar está el hecho de que España está presente en la ribera sur del Mediterráneo, en Ceuta y Melilla. Esta presencia es contestada por Marruecos, que reivindica la soberanía sobre ambas ciudades y da existencia con ello a un escenario de conflicto específicamente español.

En segundo lugar, España cubre la fachada occidental del Mediterráneo. La Península, las Baleares y el Estrecho constituyen una plataforma estratégica importante en cualquier escenario de conflicto bélico generalizado, y aun local, en el Mediterráneo. Canarias lo es respecto al Sahara. Así pues, nuestra posición geográfica nos hace susceptibles tanto de ser objeto de agresiones militares en caso de conflicto en la zona como de recibir requerimientos para llevar a cabo desde nuestro territorio intervenciones militares en la misma.

Estos dos hechos no pueden dejar de reflejarse en nuestra política de seguridad en el Mediterráneo, lo que comporta que ésta incluya necesariamente ciertas dimensiones militares. Ya se ha hecho referencia a las mismas y podrían resumirse así:

1) Actuamos para mejorar nuestros medios de disuasión y defensa en el corredor Baleares-Estrecho-Canarias y mantenemos fuerzas específicamente dedicadas a la defensa de Ceuta y Melilla.

2) Nos conviene estar en condiciones de poder intervenir militarmente, de manera autónoma o junto a otros países aliados, ante un conflicto bélico en el Mediterráneo, si así se estima conveniente. Esto requiere disponer de medios como los citados en el punto anterior y también mantener una política de cooperación en materia de defensa con otros países ribereños. Hemos iniciado, una actividad en este sentido con Francia e Italia.

3) También debemos estar en condiciones de evitar implicaciones militares no deseadas en los conflictos del área. Situaciones de este tipo pueden plantearse como consecuencia de la utilización por parte de los EEUU de las facilidades militares de que disponen en España. De aquí que la reglamentación de uso de las mismas debe preservar la capacidad del gobierno español de tomar la decisión última al respecto.

Ahora bien, ni los dos datos geopolíticos que antes se han señalado definen suficientemente nuestra presencia en el área mediterránea ni las correspondientes medidas de naturaleza militar bastan para desarrollar una adecuada política de seguridad en la misma.

La presencia de España en el Mediterráneo tiene también otras importantes dimensiones. Mantenemos unas relaciones económicas con los países de la ribera Sur que vienen representando el 20 por 100 de nuestras exportaciones y más del cincuenta por ciento de nuestras importaciones energéticas. Pescamos intensamente en caladeros de Marruecos y del Sahara Occidental. Somos copartícipes de la política comercial mediterránea de la Comunidad Europea, que constituye un factor económico vital para algunos países del área.

Tampoco la economía agota el tema. No cabe olvidar el pasado común que tiene España con el mundo árabe. En principio, esta circunstan-

cia histórica facilita nuestra proyección cultural, económica y política en los países del Mediterráneo Sur y nos sitúa en una posición favorable para promover el diálogo euroárabe. También hay que tener presente nuestro carácter de ex potencia colonial en parte de Marruecos y en el Sahara Occidental. De ello se derivan posibilidades diversas, así como la imposibilidad política de desentendernos del conflicto del Sahara.

Todos estos factores explican que en la política de seguridad española en el Mediterráneo, más allá de ciertas previsiones militares a las que ya se ha hecho referencia, tengan que contemplarse otras dimensiones orientadas a trabajar por la desmilitarización de los conflictos de la zona, a favorecer la estabilidad de los países de la ribera Sur; y a desarrollar la cooperación con ellos. De hecho, estos aspectos de distensión y cooperación son los que dan su perfil característico a la política del gobierno en este área. Una política mucho más orientada a promover la “estabilidad global del Mediterráneo Sur” que a levantar un “cinturón de seguridad militar” entre el norte y el sur del Mediterráneo. Sus principales rasgos se podrían resumir así:

4) Favorecemos la estabilidad política y económica de los países del Magreb y la cooperación con ellos. Esta actitud requiere un esfuerzo sostenido y, por lo tanto, debe realizarse desde posiciones políticamente claras respecto a temas conflictivos como el Sahara o Ceuta y Melilla. Igualmente reclama importantes medios económicos que, hasta el momento, sólo en medida limitada estamos invirtiendo.

5) Promovemos la celebración de una Conferencia Internacional de Paz sobre Oriente Medio, como único camino para encontrar una solución estable al conflicto árabe-israelí. Sostenemos que tal solución debe basarse en el reconocimiento de los derechos del pueblo palestino, incluido el derecho a la autodeterminación, así como en el respeto a la existencia del Estado de Israel.

6) Mantenemos una posición neutral ante la guerra Irán-Iraq, considerando que un esfuerzo sostenido para encontrar vías de aplicación de la resolución 598 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas constituye en estos momentos el mejor camino para lograr un alto el fuego, garantizar la libre navegación en el Golfo y evitar una mayor internacionalización del conflicto.

7) Buscamos la cooperación en la lucha antiterrorista, también por parte de los países árabes. Esta cooperación resulta imprescindible para reducir las posibilidades de la acción terrorista y en algunos casos para eliminarla. No es una cooperación imposible de obtener por los países occidentales, al menos si estos actúan en base a posiciones políticas como las señaladas en los puntos anteriores.

8) Cultivamos los vínculos culturales que nos unen a los países árabes y promovemos el diálogo entre la cultura islámica y el mundo occidental. Para esto no hay que acallar la presencia judía en nuestra tradición, sino todo lo contrario, pues esta tradición habla en favor de la coexistencia entre lo musulmán y lo judío. El mundo islámico está viviendo un proceso de reafirmación cultural que no debe ser minusvalorado ni medido exclu-

sivamente por las manifestaciones antioccidentales, que conlleva. Hay y habrá que mantener un diálogo con unos países reafirmados en sus valores musulmanes.

### **Ceuta y Melilla**

Dentro del complejo panorama de problemas de seguridad que ofrece el área mediterránea, España debe atender algunos escenarios de conflicto específicamente nacionales. Tal es el caso de Ceuta y Melilla, el de Gibraltar y el de Canarias, aunque cada uno por motivos diferentes. Esta circunstancia está tomada en consideración en la exposición que se ha hecho en el apartado anterior de las líneas que guían la acción del gobierno en materia de seguridad en el área mediterránea. De todas formas, estos escenarios merecen unas consideraciones particulares.

Como se dijo al definir los intereses nacionales de seguridad, el gobierno considera que debe mantener el actual "status" de Ceuta y Melilla. Por otra parte, hemos visto que una de las líneas de la política de seguridad en el Mediterráneo consiste en sostener fuerzas dedicadas a la defensa de estas ciudades, y otra consiste en favorecer la estabilidad política y la cooperación con los países del Magreb. Ambas líneas de actuación resultan coherentes con el interés señalado, si bien conviene precisar la manera en que se jerarquizan.

A juicio del gobierno, es la dimensión de la cooperación con países como Marruecos, Argelia y Mauritania el factor que más y mejor puede contribuir a que a las reivindicaciones marroquíes no susciten un conflicto bélico sobre Ceuta y Melilla. Esta cooperación se lleva a cabo y debe potenciarse, tanto en marcos bilaterales como desde la Comunidad Europea.

El desarrollo de una tupida red de cooperación con Marruecos en todos los campos no hará desaparecer las reivindicaciones marroquíes, pero contribuirá a que el tema de Ceuta y Melilla no ocupe una posición central y condicionante en las relaciones bilaterales, así como a poner de manifiesto que carece de sentido cuestionar la soberanía española sobre estas ciudades en base a acusaciones de colonialismo que carecen de realidad histórica y actual.

Por otra parte, Marruecos y Argelia mantienen entre sí contenciosos y rivalidades, y tratan de utilizar la posición de España en favor de sus intereses respectivos. Así ocurre destacadamente por lo que se refiere al conflicto del Sahara Occidental. Por nuestra parte, consideramos que estas rivalidades, y este conflicto en particular, son uno de los factores que amenazan la estabilidad del conjunto del Magreb, lo que puede afectar a nuestros propios intereses de seguridad. No está, pues, en el interés de España jugar con estas rivalidades, sino, dentro de lo posible, favorecer su superación.

De aquí que la política de cooperación debe desarrollarse no sólo con Marruecos, sino también con Argelia y los restantes países mogrebíes, y que la posición española respecto al Sahara Occidental no pueda ser una moneda de intercambio político, sino una posición de principio y orientada

a hacer posible un arreglo pacífico del conflicto y a mantener el día de mañana buenas relaciones con la administración que se haga cargo definitivamente del territorio y de su banco pesquero.

Como es sabido, España considera el conflicto del Sahara como un problema de descolonización no concluido y que, de acuerdo con las Resoluciones de la Organización de Estados Africanos y de las Naciones Unidas, debe encontrar solución definitiva a través de un referéndum de autodeterminación celebrado con las necesarias garantías internacionales. En este sentido viene actuando España en los foros internacionales y seguirá haciéndolo para potenciar todas las iniciativas de resolución pacífica del conflicto, como las que actualmente desarrolla el secretario general de las Naciones Unidas.

El enfoque que viene dando el gobierno al escenario de conflicto sobre Ceuta y Melilla está, pues, centralmente basado en la cooperación. Esto no se ve negado ni cuestionado por el hecho de que España mantenga fuerzas dedicadas a la defensa de Ceuta y Melilla. No podría ser de otra forma, ya que no existen garantías por parte de Marruecos de renunciar a hacer valer sus reivindicaciones sobre estas ciudades mediante alguna modalidad de empleo de la fuerza.

### **Gibraltar**

Por lo que se refiere a Gibraltar, desde el punto de vista de seguridad, citamos como interés nacional más inmediato no facilitar la capacidad operativa de la base militar británica del Peñón, pues existe el riesgo de que el Reino Unido pueda comprometerla en acciones bélicas y que de ello pudieran derivarse riesgos no sólo para Gibraltar, sino para todo el sur de España. Un atisbo de esta posibilidad llegó a plantearse con motivo de la guerra de las Malvinas y la planificación de ciertas operaciones de comando por parte de la Junta argentina contra Gibraltar. La utilización del Peñón como base para unidades nucleares británicas es un ejemplo latente de este riesgo.

En este sentido se inscriben decisiones como el no reconocimiento a cualquier efecto del mando atlántico GIBMED y la negativa española a participar en ejercicios en los que pueda existir en algún momento control operativo o táctico desde este mando.

Hablamos también de desarrollar la capacidad nacional de control militar sobre el Estrecho con el fin de reducir la importancia de la presencia militar británica en el mismo. Ya hemos visto que, por razones más amplias, la política de defensa del gobierno contempla prioritariamente el reforzamiento del control aéreo y naval del espacio que va de las islas Baleares a las Canarias, y por tanto del Estrecho, cuyos accesos se pueden controlar desde el espacio comprendido entre Cartagena y Rota.

Respeto a la recuperación de la soberanía sobre Gibraltar, España ha optado por la vía de la negociación para lograrla renunciando al recurso de la fuerza. En este sentido nos respaldan las Resoluciones de las Naciones Unidas. Hemos logrado, además, un compromiso del Reino Unido para

negociar sobre todos los problemas relativos a Gibraltar, incluida la cuestión de la soberanía. El gobierno se esfuerza por que estas negociaciones avancen paralelamente en lo que se refiere a la soberanía y a la cooperación. Los resultados hasta el momento son escasos, dadas las resistencias británicas a abordar todo lo que tenga relación con la soberanía. Mientras estas resistencias persistan, persistirá una sombra sobre las relaciones hispano-británicas, que puede proyectarse, como ya ha ocurrido, sobre los trabajos de la Comunidad Europea y de la Alianza Atlántica.

### **Canarias**

En cuanto al escenario de conflicto que se puede concebir en las Canarias, resulta muy diferente a los anteriores, en los que, en un sentido u otro, están planteadas reivindicaciones territoriales. Ningún Estado cuestiona el carácter español de las islas Canarias. En algún momento se han presentado en la OUA propuestas para discutir sobre Canarias, pero nunca han progresado.

Ahora bien, la seguridad de las islas Canarias plantea especificaciones derivadas de su gran alejamiento de la Península. Las Canarias están cubiertas por la garantía de seguridad de la Alianza Atlántica. Esto no es óbice para que resulte necesario adoptar medidas que garanticen mejor las líneas de comunicaciones entre las islas y la Península, pues ello constituye un requerimiento obvio de la integridad territorial.

Asumiendo esta necesidad, la política de seguridad del gobierno respecto a Canarias se proyecta fundamentalmente en actividades de cooperación con los países vecinos de las islas y en el mantenimiento de la anteriormente citada posición respecto al conflicto del Sahara con el fin de poder garantizar el día de mañana unas buenas relaciones con la Administración que se haga cargo definitivamente del territorio y de su banco pesquero.

### **España y la crisis centroamericana**

Quizás haya podido sorprender el hecho de contemplar la hipótesis de un desarrollo bélico de la crisis centroamericana como un escenario del que pueden derivarse riesgos para la seguridad de España. No es verosímil, desde luego, que en Centroamérica se susciten acontecimientos que amenacen nuestra integridad territorial. Pero esto no agota el tema de la seguridad.

Entre España y los Estados Unidos existe una seria diferencia de percepciones sobre la naturaleza de la crisis que vive Centroamérica. Para el gobierno español se trata de una crisis de carácter regional cuyas raíces hay que buscar en las profundas "justicias sociales y económicas que existen en la región. En consecuencia, la solución a la crisis debe buscarse también en un marco regional y a través de la negociación entre los países de la zona. Desde fuera de ella sólo cabe alentar las iniciativas que vayan en este sentido y favorecer el desarrollo económico y social del

área. Para la Administración Reagan, sin embargo, el gobierno sandinista de Nicaragua plantea a los EEUU un problema de seguridad nacional que debe inscribirse en el conflicto Este-Oeste. Vistas así las cosas, ejerce sobre Nicaragua una presión militar indirecta y no excluye la posibilidad de llegar a ejercerla directamente.

Hasta el presente, esta divergencia de apreciaciones entre España y los Estados Unidos, aunque se ha manifestado en numerosas ocasiones y foros, como por ejemplo las Naciones Unidas, se mantiene controlada. Pero podrían llegar a producirse circunstancias en que esto resultara mucho más difícil de lograr.

En caso de una intervención militar directa de los EEUU en la crisis centroamericana, España se vería abocada a una actuación que afectaría grave y negativamente, o bien a nuestras relaciones con los EEUU, o bien a nuestros vínculos con los países iberoamericanos en general.

El gobierno viene siguiendo una política consistente en:

1) Alentar las iniciativas pacificadoras que surgen en la región y cuentan con el respaldo iberoamericano.

2) Estimular el apoyo político europeo a estas iniciativas y la cooperación económica de la Comunidad con las mismas.

y 3) Actuar como valedor de ellas ante los EEUU.

Si la crisis centroamericana termina encontrando solución a través de iniciativas como el Acuerdo de Guatemala recientemente firmado por los cinco países centroamericanos, España puede ver mejoradas sus relaciones tanto con Iberoamérica como con los Estados Unidos. Pero si los acontecimientos toman un sesgo contrario, es posible que nuestro país se vea obligado a practicar una política de "limitación de daños". Daños que podrían llegar a afectar a nuestra independencia política o a una dimensión fundamental de nuestra proyección exterior.

### **España y el terrorismo**

El terrorismo que afecta a España es fundamentalmente de origen interior. Es el terrorismo de ETA. Esporádicamente somos víctimas también de acciones terroristas de origen extranjero. Por lo que se refiere a la política de seguridad exterior, la existencia de esta amenaza ha dado lugar a iniciativas como las siguientes:

1) La búsqueda de cooperación internacional para eliminar los apoyos y facilidades que pueden encontrar las acciones de ETA fuera de nuestras fronteras. La cooperación de Francia a este respecto es especialmente valiosa y está siendo muy importante. También existe una cooperación directa e indirecta con otros países, de gran utilidad.

2) Respecto a amenazas terroristas de origen extranjero, el gobierno no renuncia a contar también con la cooperación de países árabes cuya acción puede resultar decisiva, en algunos casos, para reducir y eliminar la actividad de grupos terroristas surgidos en torno al conflicto palestino o libanés.

3) Paralelamente, España está ofreciendo su cooperación a otros países para hacer frente al terrorismo que sufren o que podría amenazarles, y actúa en este sentido a través de fórmulas bilaterales y en el marco comunitario.

### **España y el futuro de la defensa europea**

La última opción básica de la política de seguridad gubernamental a que se ha hecho referencia al comienzo de este trabajo era contribuir a la definición de una identidad europea en materia de seguridad. ¿A qué obedece esta opción? Creo que se puede responder lo siguiente:

1) Al analizar varios aspectos de nuestros problemas de seguridad se ha puesto de manifiesto que su naturaleza desborda, en muchos casos, las capacidades de acción de España en solitario y que una cooperación con nuestros socios comunitarios puede resultar muy necesaria para hacerles frente. Algo similar, aunque lógicamente con variantes, ocurre a diferentes socios comunitarios.

2) En principio, la Alianza Atlántica ofrece un marco para concertar los intereses de seguridad de los aliados europeos y de los de los Estados Unidos y Canadá. Ahora bien, la experiencia pone de manifiesto que son frecuentes las discrepancias entre ambos lados del Atlántico y que esto no obedece sólo a razones coyunturales, sino a realidades sociales y económicas profundas. Por otra parte, el ámbito de la Alianza no cubre todos los escenarios que interesan a la seguridad de los países europeos y, en no pocos casos, las políticas de los Estados Unidos y de los países europeos difieren respecto a diversas áreas del mundo.

3) Finalmente, si la Comunidad Europea quiere avanzar hacia su unidad política, y este es su principal objetivo, antes o después tendrá que abordar unitariamente y como tal las cuestiones relativas a su seguridad, incluidos los aspectos militares de la misma.

Para un país como España, que ha hecho una opción en favor de Europa como su ámbito de desarrollo político, social y económico, todo lo anterior significa la necesidad de hacer también una opción en favor del desarrollo de una identidad europea en materia de seguridad.

### **Hechos**

No se trata sólo de una opción declarativa. Hace ya tiempo que España está promoviendo algunos de sus intereses de seguridad por vías europeas. El ejemplo más claro es la utilización de la Comunidad y del sistema de Cooperación Política Europea para impulsar iniciativas que atienden a nuestros intereses de seguridad. Por ejemplo, las siguientes:

1) Una política de cooperación con el Magreb que vaya más allá de las concesiones comerciales y contemple la necesidad de contribuir a la estabilidad del área. Este tema se plantea con gran actualidad a la hora de renegociar el acuerdo de pesca con Marruecos.

2) El desarrollo de un diálogo político y de una cooperación económica más intensa entre la Comunidad y los países iberoamericanos. Posición que últimamente ha producido resultados importantes como el apoyo europeo al Plan Arias para Centroamérica y el documento de junio pasado sobre las relaciones entre la Comunidad y América Latina.

3) El respaldo por parte de la Comunidad a la convocatoria de una Conferencia de Paz en Oriente Medio.

4) El patrocinio por la Comunidad de ciertas propuestas en la CSCE y en la ONU.

5) El mantenimiento de relaciones conjuntas de la Comunidad con los países del este europeo.

Hay otros ámbitos europeos en los que también venimos desarrollando fórmulas de cooperación sobre aspectos militares de la Seguridad.

6) Uno de ellos es el Grupo Europeo Independiente de Programas (GEIP), en el que España participa junto a otras naciones que tienen necesidades semejantes en la coproducción y desarrollo de sistemas de armas (misiles aire-aire ASRAAM, misiles aire-tierra MAVERICK y MSAM, misiles tierra-aire MISTRAL, misil contra carro TRIGAT). Esto nos permite atender, en mejores condiciones de precio y de transferencias de tecnología, a los requerimientos de nuestra defensa.

7) En este mismo campo de la cooperación industrial para la defensa, participamos en un importante acuerdo con la RFA, el Reino Unido e Italia para la producción del futuro Avión de Combate Europeo (EFA) y mantenemos acuerdos bilaterales con numerosos países como la RFA (83), Bélgica (85), Francia (83), Grecia (85), Holanda (85), Italia (80), Noruega (85), Reino Unido (85) y Suecia (85).

8) Finalmente y también por vía bilateral, España está comenzando a desarrollar una cooperación en materia de seguridad con Francia e Italia. Existe un Grupo de Reflexión Estratégica hispano-francés y otro hispano-italiano concebidos para abordar todos los aspectos de la seguridad, y que dedican especial importancia al estudio de las posibilidades de cooperación en el Mediterráneo, área que por claras razones geográficas, y económicas y por su alto grado de conflictividad reviste un interés especial para la seguridad de los tres países.

En teoría existe un ámbito europeo que por sus funciones podría jugar un papel central en este complejo mundo de la cooperación entre países europeos en materia de seguridad. Se trata de la Unión Europea Occidental (UEO). Pero sólo en teoría, porque su trayectoria histórica demuestra que no es así. El hecho de que tenga subrogadas sus competencias directamente militares en la Alianza Atlántica y su composición, que deja fuera miembros de la Comunidad Europea Y miembros europeos de la Alianza, sin duda está entre las causas de ello.

En los últimos tiempos se ha hablado mucho de la revitalización y ampliación de la UEO. España ha manifestado su disposición favorable a participar en una UEO revitalizada y dispuesta a promover una identidad europea en materia de seguridad. Pero no hay indicios definitivos de revitalización de la UEO.

Lo que sí puede apreciarse en los últimos años es una sensibilidad, cada día más aguda y extendida entre los países europeos, de que Europa debe reflexionar sobre el futuro de su seguridad. En esta reflexión la suerte de la UEO es un aspecto más, porque el tema remite a cuestiones de fondo. Ante la perspectiva de europeizar más la seguridad europea se alzan dificultades no pequeñas.

Aun compartiendo importantes elementos comunes, los distintos países europeos tenemos percepciones de nuestros intereses nacionales de seguridad que también encierran diferencias. Con mayor o menor peso, en el seno de cada país europeo existen concepciones diversas sobre el futuro más deseable para la seguridad de Europa. Los Estados Unidos tienen sus propios intereses de seguridad en Europa Occidental, que no en vano representa su primer mercado de inversión y exportación y la primera línea defensiva en caso de que la disuasión falle. Finalmente, cualquier consideración sobre el futuro de la seguridad en Europa no puede ignorar que un elemento decisivo de la política de seguridad de la URSS es el "status" de Europa Central.

Por lo que se refiere a la actitud del gobierno ante el futuro de la seguridad de Europa, de las declaraciones y de los hechos, pueden deducirse algunos elementos que parecen claramente establecidos y que expondré sencillamente:

1) Los países comunitarios debemos asumir un mayor protagonismo en la concepción y gestión de nuestra seguridad.

2) A tal efecto debemos promover iniciativas más completas y amplias que las actualmente existentes, para impulsar la cooperación europea en todos los aspectos de la política de seguridad, incluidos los militares.

3) Esto puede y debe hacerse preservando el marco de relaciones y de solidaridad establecido en la Alianza Atlántica. De hecho, la definición concreta del interés aliado debe ser el resultado de una concertación entre los intereses de seguridad específicos de los Estados Unidos, por un lado, y los intereses de seguridad propios de los aliados europeos, por otro. Y esta concertación se verá facilitada en la medida en que los países europeos miembros de la Alianza actuemos en el seno de la misma de manera unitaria.

4) Igualmente es deseable una acción lo más unitaria posible de los aliados europeos en favor de la completa aplicación de las previsiones del Acta Final de Helsinki y de la continuación del proceso de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa.

5) El gobierno español ve positivamente todas las iniciativas que hasta el momento vienen desarrollándose de acuerdo con los planteamientos anteriores y manifiesta su disposición a participar en un proceso de reflexión con el fin de valorar los problemas y las posibilidades que aparecen en su desarrollo, sin determinar de antemano los procedimientos más adecuados para hacerlo.

Se trata, sin duda, de unas disposiciones muy generales. Pero no como consecuencia de la voluntad de no ser más explícito. De hecho, España

es, en estos momentos, uno de los países que más claramente manifiestan una voluntad política de trabajar en favor de la europeización de la seguridad europea, incluidos sus aspectos militares. Por otra parte, cada vez que se produce algún hecho significativo en este sentido, el gobierno no ha dejado de interesarse y ofrecer su opinión al respecto. Por ejemplo, con motivo de las recientes maniobras "Gorrión Audaz" entre el II Cuerpo del Ejército alemán y la Fuerza de Intervención Rápida francesa, o ante las nuevas ideas sobre una Brigada Mixta y un Consejo de Defensa franco-alemán.

Pero si se está verdaderamente interesado en promover un mayor grado de cooperación europea en materia de seguridad, no parece aconsejable que un país como España adopte una posición de partida más cerrada que la señalada en los puntos anteriores. La razón de ello estriba en que mientras esos puntos son susceptibles de merecer un amplio consenso europeo, su concreción exige afrontar numerosos aspectos sobre los que no existe todavía un consenso semejante y más bien reina la incertidumbre.

### **Necesidad de una política nacional de paz y seguridad**

Llegamos al final de este trabajo. En sucesivos apartados he ido analizando las medidas que en materia de disuasión, defensa, desarme y distensión-cooperación está tomando el gobierno con el fin de mantener bajo control las amenazas potenciales a la integridad territorial y/o la independencia política de la nación.

En mi opinión este análisis permite sostener que a partir de las opciones básicas que ha realizado España en materia de seguridad durante los últimos años, resulta posible llevar a cabo una defensa seria de los intereses nacionales y que así se está haciendo hasta el presente. Estamos desarrollando, pues, una política de seguridad nacional.

Creo además que a esta política se le puede denominar, con corrección, política de paz, ya que está claramente orientada a preservar las condiciones de paz en que venimos desarrollando nuestras relaciones exteriores y a contribuir a que esas mismas condiciones de paz se asienten y progresen en la vida internacional.

Estamos, pues, ante una política de paz y seguridad, lo que resulta concorde con nuestro texto constitucional. No debemos olvidar que éste impone a los gobiernos de España el deber de garantizar la soberanía, la integridad territorial y la independencia política, y al mismo tiempo les reclama que actúen promoviendo las relaciones pacíficas y de cooperación entre todas las naciones.

Ahora bien, dicho esto no olvido que estamos tratando de una materia en la que resultaría ridículo escribir la cláusula "quod erat demonstrandum" y dar por terminado el trabajo. Se que, incluso aceptando el sentido general del punto de vista que he sostenido, se pueden cuestionar muchos aspectos de la política analizada. Y, por supuesto, también tengo presente

que nada de lo que he dicho obliga a nadie a compartir la política de paz y seguridad expuesta.

Haberla expuesto únicamente me autoriza para pedir a quien la rechace de plano que, paralelamente a lo que aquí se ha hecho, sostenga sus puntos de vista enunciando los escenarios de conflicto que contempla; definiendo los intereses nacionales ante estos escenarios; formulando las opciones básicas que considera adecuadas para mejor atenderlos; especificando las actuaciones fundamentales que en materia política y militar comportan estas opciones; explicitando sus implicaciones económicas y sociales, y evaluando el grado de consenso social de que pueden gozar aquí y ahora.

Pero para cerrar estas páginas me gustaría, más que invitar a la polémica, promover una reflexión básica que arranque de las consideraciones siguientes:

1) Ya he señalado que nuestro país no cuenta con una fuerte tradición de pensamiento autónomo en materia de seguridad exterior. Realmente, los países que cuentan con ella son unos pocos (EEUU, URSS, Francia...).

2) Sin embargo, España, por su historia, posición geográfica y características económicas, tiene la necesidad de contemplar escenarios de conflicto que no contempla ningún otro país de nuestro entorno o que sólo unos pocos contemplan de modo similar al nuestro.

3) También estamos afectados por la evolución de un conflicto más global, que es el determinante para la mayoría de nuestros aliados, y estamos interesados en que nuestros criterios sean tenidos en cuenta en la actuación conjunta ante este conflicto.

4) Esto nos ha llevado a adquirir compromisos multilaterales en la Alianza Atlántica y a promover la cooperación europea en materia de seguridad. Dado el alcance de los ámbitos comunitario y aliado, y lo que en ellos se juega, hay que contar con que estos compromisos pesen seriamente sobre nuestra política de seguridad exterior.

5) Ahora bien, si los compromisos multilaterales llegan a adquirir una preeminencia desmedida, nuestra política de seguridad sólo contemplará los aspectos atlánticos y será la política de seguridad atlántica la que terminará determinando toda la política exterior (no sólo la de seguridad) española.

Creo que aquí puede venir a cuento algo que dijo Sun Tzu en "El arte de la guerra", cuatrocientos años antes de Cristo: Lo que más contribuye a la fortaleza de un país es tener sus propias ideas, su propia visión del mundo, y después, encontrar alianzas que le den estabilidad y apoyo moral para sostener su esfuerzo.

Tenemos nuestras alianzas, pero también necesitamos tener y sostener una política de seguridad exterior propia, nacional. ¿Significa esto jugar al nacionalismo? No. Significa definir y desarrollar una política de paz y seguridad que contemple nuestros intereses y nuestros compromisos bilaterales, europeos y atlánticos, desde una óptica propia. Una política nacional trata de crear consensos "en favor de algo que se siente como propio"; las políticas nacionalistas intentan aglutinar insatisfacciones "en

contra de lo que se presenta como ajeno". Hay una gran diferencia entre ambas cosas.

Sin contar con un amplio consenso interior no se puede hacer una política nacional de seguridad exterior. Y sin política nacional de seguridad exterior se termina practicando las políticas de otros. Esta reflexión reza igualmente para quienes creen que por estar en Europa y en la Alianza Atlántica no necesitamos desarrollar una política nacional de seguridad propia como para los que piensen que basta aglutinar antiamericanismos para establecer una política nacional de seguridad exterior.

Creo, pues, que nuestro país necesita dotarse de una política nacional de paz y seguridad exterior, que hemos empezado a hacerlo y que debemos proseguir e intensificar este trabajo. No otra es la intención de estas páginas.

# El informe “Discriminate Deterrence”

Darío Valcárcel

Un mes después de firmado el acuerdo entre Estados Unidos y la Unión Soviética, se hace público en Washington el informe “Discriminate Deterrence”, un documento que aspira a diseñar la estrategia de Norteamérica y de sus aliados para los próximos veinte años. Una comisión de trece sabios ha trabajado durante un año por encargo de la Presidencia y del Pentágono para proponer una *estrategia integrada a largo plazo*. No se trata de un informe más entre los que produce, en su creatividad constante, la sociedad norteamericana; es un documento de gran densidad en el que han colaborado, por primera vez juntos, responsables de dos Administraciones como Kissinger y Brzezinsky; científicos como Albert Wholstetter o la señora Anne L. Armstrong; profesionales de la defensa como el general Goodpaster o el anterior subsecretario del Pentágono Fred Iklé.

En este artículo tratamos de resumir para el lector español las líneas fundamentales del informe, analizar algunos puntos esenciales relacionados con Europa y comentar la repercusión que un documento como este pueda tener en la política española de defensa.

Antes de entrar en materia conviene observar una coincidencia de calendario: es notable que el informe se publique cinco semanas después de concluido el acuerdo entre las dos superpotencias sobre los euromisiles.

La cuestión esencial planteada podría, creemos, resumirse así: Estados Unidos se apoya en su superioridad científica y tecnológica sobre la Unión Soviética para imprimir un nuevo espíritu a las relaciones internacionales en general y a la futura estrategia americana en particular. Ese giro se basa en la lenta pero continua ascensión de las llamadas *armas inteligentes*. Estamos ante un horizonte militar enteramente distinto. La defensa occidental tiende a abandonar la capacidad de devastación extensiva de las grandes armas atómicas y abre paso a una nueva generación de armas de precisión capaces de alcanzar objetivos con mínimos márgenes de error. En ese principio de precisión frente a la aniquilación masiva podría alentar una de las transformaciones más profundas del siglo. Los pueblos podrían volver a una situación en la que el chantaje nuclear descendiera de intensidad, puesto que hoy no cabe pensar en su desaparición.

Ese mundo futuro basado en las *armas inteligentes* es todavía, en buena parte, una aspiración, entreverada a veces de frases que parecen heredadas de Julio Verne. Hay, además, las dificultades presupuestarias, el alto coste de estos proyectos, los años necesarios para pasar del papel a la realidad y de la realidad a la vida cotidiana de los ejércitos. Pero el proceso ha empezado y las primeras armas comienzan a operar.

Otra vertiente a considerar en el informe: los autores se refieren a la Unión Soviética como el único gran enemigo potencial existente hoy, pero se cuidan de mantener los principios de la coexistencia. No hay, sin embargo, retorno al lenguaje de la *distensión*. La URSS es una gran potencia con la que es necesario convivir, pero la paz armada es indispensable mientras el sistema no cambie.

Europa occidental es, en el informe, el gran aliado tradicional, pero en modo alguno se habla de las naciones atlánticas como un *todo integrado por* un mismo espíritu. Hay reservas latentes, no explícitas, a lo largo de las setenta páginas del documento. Estamos ante una prueba más del giro que aborda en estos meses la política americana profunda (no *politics*, sino *policy*): la que no se ve, la que apenas aparece en los titulares de los periódicos o en las pantallas de televisión.

Europa occidental, podríamos deducir, no tiene posibilidades de independencia efectiva si no logra articular antes del final del siglo una comunidad de defensa como la que fracasó en 1953. Pero cuando la seguridad militar ha pasado a ser en buena parte un problema de innovación científica, capacidad organizativa y estrategia industrial, no existe posibilidad de abordar la renovación de la defensa europea sin acordar previamente el tejido de acuerdos industriales que permita unificar los esfuerzos de investigación, desarrollo y fabricación.

España tiene en este campo un papel a jugar. Sería el momento de volver –va siendo hora– a la mesa donde se toman las decisiones. Pero eso exige una política exterior a largo plazo, poco variable, basada en intereses permanente! España puede, por ejemplo, tomar una parte de responsabilidad en el desarrollo de la nueva generación de armas ópticas, neutrónicas o misilísticas, que contribuyan a proteger el suelo europeo en las próximas décadas.

Tienen razón los estudiosos que dan por acabada la era abierta en 1945. La segunda posguerra mundial se ha cerrado con el Tratado de Washington. Un capítulo distinto empieza ahora. El cambio principal no ha de operarse, sin embargo, en los sistemas de armas sino en las cabezas de quienes estudian o adoptan las decisiones.

El informe se propone trazar las grandes líneas de la defensa a largo plazo. Los autores sostienen que la política de armamento, de desarrollo de fuerzas, de negociación y desarme no puede diseñarse en horizontes inferiores a los veinte años. Se intenta analizar así, en estas páginas, las posibilidades de conflictos y las alternativas de, defensa hasta el año 2010.

Una importante advertencia preliminar se formula contra los departamentos estancos y el riesgo de desorganización que pueden origi-

nar. La estrategia norteamericana, sostiene el informe, ha de ser necesariamente integrada. No cabe decidir aisladamente sobre nuevas tecnologías, estructura de fuerzas, bases militares, problemas de movilidad... Es indispensable encajar unos planes en otros, trazar un diseño de conjunto, prever distintas posibilidades de conflicto, desde los de más baja intensidad (y más alta probabilidad) hasta los más devastadores (pero menos probables).

En los próximos veinte años la escena actual, dominada por dos superpotencias, podrá contar con otros grandes poderes militares: China, quizá Japón. Otras naciones de menor dimensión y poderío podrán, sin embargo, adquirir armas avanzadas, reduciendo la distancia que hoy les separa de Estados Unidos y de la URSS.

Por su condición de continente aislado entre dos océanos, Norteamérica mantendrá sus dependencias estratégicas. La geografía no puede cambiar: Estados Unidos estará casi siempre más lejos que sus adversarios de aquellos escenarios de conflicto donde se juegue su destino. De ahí el peso permanente de la diplomacia en el diseño de la política militar americana: Estados Unidos sigue dependiendo para su seguridad de un vasto y complejo tejido de alianzas, de bases, de derechos de uso y sobrevuelo. Las dificultades de acceso desde el continente americano a los frentes de Europa, de Oriente Medio, de Asia y aun de África son muy superiores, por razones de distancia, a las de la Unión Soviética, con su posición céntrica entre dos continentes.

El cambio que anuncia el siglo próximo depende de las sorpresas que puede deparar la nueva tecnología militar. Los autores del informe piensan que la dependencia de lo nuclear disminuirá a medida que avanzan las atinas de precisión. La URSS ha alcanzado a Estados Unidos en potencia nuclear, pero su capacidad

tecnológica permanece todavía hoy por debajo del promedio occidental. El informe estudia el esfuerzo económico y de toda índole que los soviéticos dedican a la, investigación militar, con inversiones actualmente superiores a las de Norteamérica. Esa carrera constituye otra amenaza para la superioridad científica del Oeste sobre el Este.

Es necesario ampliar el número de posibles escenarios de conflicto. Norteamérica, dice el informe, ha estado excesivamente atenta a dos posibilidades preferentes y casi únicas de guerra: de un lado, la invasión de Europa occidental por fuerzas del Pacto de Varsovia; de otro, un ataque generalizado de la Unión Soviética contra la totalidad de la alianza occidental. Los autores creen que no es bueno concentrar la reflexión y las previsiones en estos dos casos extremos; temen que se olviden otros riesgos que reclamarían respuestas. militares selectivas. Sin olvidar la posibilidad de que uno o más aliados pongan entre paréntesis su solidaridad con Norteamérica ante cualesquiera de estos conflictos locales. En este primer punto hay que ver una advertencia sobre los distanciamientos de ciertos miembros de la OTAN respecto a Estados Unidos. Tampoco conviene desconocer los subrayados a posibles conflictos no europeos.

El segundo principio se refiere a la solidaridad entre aliados. Conviene releer textualmente la frase en cuestión: “Para ayudar a los aliados en su defensa y para defender nuestros intereses en el exterior no podemos fundarnos en amenazas .que, de llevarse a cabo, provocarían nuestro propio aniquilamiento. En tiempo de paz, una estrategia basada en esas amenazas minaría el apoyo popular a las necesidades de la defensa. En tiempo de crisis, la dependencia de esas amenazas podría desembocar catastróficamente en una falta de soporte público a la defensa. Necesitamos respuestas militares efectivas que puedan limitar la destrucción si no queremos invitar a que se destruya aquello que estamos defendiendo.”

El tercer principio es resultado del anterior. Los autores del informe defienden la diversificación y fortalecimiento de las capacidades militares para dar una respuesta discriminada, es decir selectiva, a ser posible no nuclear, allí donde sea necesario responder y dejar fuera de combate al agresor. Y este es, a nuestro juicio, el punto central del informe. Los autores hacen un llamamiento al Gobierno norteamericano y a los Gobiernos aliados para ampliar el esfuerzo en las llamadas “tecnologías emergentes de precisión, control e inteligencia”, capaces de proporcionar a las fuerzas convencionales una mejor capacidad de alcanzar y destruir objetivos militares del adversario.

La necesidad de mantener –mientras no se produzcan cambios sustanciales– la fuerza nuclear se repite a lo largo del informe. El cuarto principio, derivado de esto último, se refiere al mantenimiento de la defensa estratégica entendida no sólo como el sistema tradicional de misiles intercontinentales (ICBM) sino en su acepción última (SDI), lanzada por la Administración Reagan con el propósito de desarrollar las tecnologías que puedan mantener sobre América del Norte una coraza electrónica.

Al establecer esta primera tabla de principios, el informe subraya un concepto clave de la defensa convencional: capacidad de contraatacar en profundidad dentro del territorio enemigo:

El control del espacio en tiempo de guerra –quinto principio– es cada vez más necesario para la seguridad occidental. Y no sólo en caso de conflicto nuclear: en toda guerra convencional, grande o pequeña, las disponibilidades de acción desde el espacio extraatmosférico resultan indispensables: tanto para las telecomunicaciones como para las operaciones de información, inteligencia y control de las propias fuerzas. El sistema de satélites, se añade, ha de ser *mantenible o reemplazable*. Consiguientemente, el adversario no debe considerar que el espacio es un terreno libre para localizar objetivos y disparar con precisión. Vuelve a hablarse aquí de ataques posibles “a Estados Unidos y a sus aliados”, locución que se repite una y otra vez en el informe. En este punto encontramos, en contraste con otras reticencias, una inclinación claramente europea: la fuerza nuclear limitada o selectiva puede resultar necesaria y utilizable para detener una *invasión masiva*. Se reitera así la posibilidad de contestar con la fuerza nuclear limitada a un desproporcionado ataque convencional. Y se añade: “La mejora de las fuerzas nucleares británica y francesa puede contribuir a la defensa común”.

El sexto principio se refiere a la protección de intereses norteamericanos y aliados en el Tercer Mundo. El informe, que en líneas generales defiende el fortalecimiento de la Alianza Atlántica, sostiene sin embargo que pueden aumentar los riesgos fuera del área de la OTAN. Una observación a tener en cuenta: para defender esos intereses en el Tercer Mundo – Centroamérica, Libia, Filipinas– será necesario alcanzar un grado de consenso mayor entre las fuerzas políticas y la opinión pública americana, tanto por lo que respecta a los medios como a los fines. Esos medios deben incluir, se dice, el menor número de restricciones parlamentarias y legislativas si se quiere que la defensa sea efectiva y no se multipliquen los obstáculos cada vez que la realidad reclama acciones inmediatas.

Es necesario, asimismo, disponer de tropas con amplia capacidad de movimiento, versátiles, poco dependientes de bases extranjeras, preparadas para atacar selectiva y controladamente objetivos militares muy distantes. Los aliados (europeos, se entiende) deben colaborar en la defensa de intereses comunes más allá, de las fronteras de la Alianza. La presencia de buques de guerra británicos, franceses, alemanes, holandeses y belgas en el golfo Pérsico es, en este sentido, un ejemplo alentador para los defensores de la cohesión atlántica.

Otra interesante toma de posición: en ciertos casos será necesario el apoyo de Estados Unidos a movimientos de resistencia anticomunista que surjan frente a regímenes hostiles impuestos desde el exterior, así como a regímenes que amenacen a sus vecinos. Y se añade lo siguiente: “El mundo libre no permanecerá libre si sus opciones se limitan a mantener sus fronteras actuales o retroceder.”

Séptimo principio: la política de desarme debe centrarse más en las reducciones convencionales que nucleares. Aquí es preciso descubrir una firme actitud frente a la política de imagen y la gesticulación trivial. Parece claro que una prudente reducción de los arsenales nucleares puede conducir –escriben los autores– a un mundo más seguro y a un equilibrio de fuerzas más racional. Pero desde este lado del Atlántico se sabe que el poder devastador de las armas convencionales es en ciertos aspectos no muy distante del de las armas atómicas. El peligro para Europa y para una buena parte del Tercer Mundo radica precisamente en la superioridad cuantitativa del bloque del Este en armas clásicas: carros de combate, artillería, divisiones de infantería, aviación convencional. La primera negociación radica precisamente en la búsqueda de ese equilibrio: las naciones de la Alianza Atlántica estarían más seguras y la economía soviética podría encontrar un espacio de maniobra y de recuperación.

Existe además el problema permanente de los sistemas de verificación. Escriben los autores: “A fin de impedir violaciones de los acuerdos de desarme, es necesario combinar el apoyo a esos acuerdos con posibilidades de verificación; ello debe ser respaldado con la capacidad de movilización industrial y de voluntad política para responder de modo efectivo en caso de ruptura de tales acuerdos.”

El octavo y último de los principios en que se basa el informe entra en el grave asunto de los presupuestos: en estos años de incertidumbre las

inversiones y gastos de defensa deben crecer al menos al ritmo de las economías nacionales. El presupuesto norteamericano de defensa debe guiarse en los años venideros por las prioridades estratégicas que el informe propone: es posible ahorrar dinero en algunas áreas, pero será necesario invertir más en otras. En los períodos en los que el presupuesto de defensa no crezca será necesario mantener el crecimiento de aquellas *plataformas* norteamericanas que se basan en los buques, la fuerza aérea y otros elementos menos dependientes de la diplomacia y las alianzas. Se subraya en este punto la importancia de las armas avanzadas no nucleares, los misiles tácticos convencionales, los sistemas de sensores y las telecomunicaciones.

Antes de surgir la esperanza de las armas inteligentes, el concepto de seguridad conllevaba frecuentemente el de devastación total del enemigo. Las armas inteligentes permiten dejar fuera del campo de destrucción aquello que no es necesario destruir... y no se desea destruir. Y abren así un panorama nuevo a partir de la suma de la información y la capacidad de precisión.

Las grandes operaciones de la segunda guerra mundial se hicieron sobre el principio de arrasar áreas enteras; ahí quedan –ciudades virtualmente desaparecidas– los casos de Dresde o de Hamburgo como testimonio. La imprecisión quedaba compensada con el aniquilamiento de amplias superficies convertidas de la noche a la mañana en paisaje lunar. Se sumaba así a la guerra la inmoralidad superpuesta de una destrucción inútil en términos militares. Frente a ese pasado, el futuro podría abrirse hacia *armas sutiles*, capaces de actuar con una mínima acumulación de fuerza gracias a un máximo de información: evitando el aniquilamiento de quienes son inocentes, ajenos al objetivo que se trata de alcanzar.

Los teóricos de las armas inteligentes sostienen que es posible alcanzar pronto esa nueva etapa pequeñas cargas explosivas capaces de localizar *únicamente* el objetivo buscado, en contraste con el sistema actual (destruir un gran conjunto en el que se encuentra, entre otras muchas cosas, el objetivo). La combinación de las nuevas redes de sensores, de comunicaciones; de centros de mando y control y de operadores analíticos de la información aplicados a las nuevas generaciones de misiles de crucero viene a constituir la esencia de las nuevas armas: los nuevos instrumentos inteligentes pueden ser conducidos por caminos igualmente inteligentes. Los diseñadores de las nuevas armas insisten en su baza principal, la posibilidad de desescalar la intensidad del eventual conflicto: el ataque limitado tiende a recibir respuestas limitadas, mientras que una ofensiva devastadora reclama inevitablemente una respuesta equivalente. La segunda guerra mundial fue el peor de los precedentes para quienes aspiran a dejar fuera del área de destrucción lo que militarmente no necesita ser destruido.

Las reacciones europeas al documento no se han hecho esperar. Una de ellas ha sido suscrita por tres especialistas de prestigio, en un artículo común donde surgen algunas reservas de fondo. Los firmantes de esta primera réplica son el profesor Michael Howard, catedrático de Historia

Moderna en Oxford; Karl Kaiser, director del Instituto Alemán de Estudios Internacionales, y François de Rose, antiguo embajador de Francia en la OTAN.

En el informe al Pentágono de los trece sabios, hay un párrafo polémico donde se sostiene lo siguiente: “La Alianza no debería utilizar la amenaza de las armas nucleares como un eslabón en la cadena hacia una guerra más amplia y devastadora; aunque el riesgo de una escalada nuclear deba persistir, la amenaza de utilizar esas armas debe ejercerse como un medio de cerrar el paso a las fuerzas de invasión soviéticas.” En esta primera réplica europea se considera que ese párrafo puede poner en duda la esencia misma de la Alianza: el compromiso de compartir los riesgos de una guerra. Claro está que es necesario hacer todos los esfuerzos para evitar la escalada nuclear en una confrontación. Pero –añaden los tres firmantes europeos del artículo– si el miedo a la respuesta nuclear no existe en la conciencia del adversario, Europa corre el riesgo de convertirse en una zona de guerra nuclear *limitada*.

Una cosa es prepararse, como propone el informe norteamericano, para resistir una agresión localizada y otra distinta –añaden los tres europeos– es definir una estrategia que proporcione al agresor la seguridad de que su ataque no supondrá más que la destrucción de objetivos militares que no afecten a sus intereses vitales.

Llegamos así a una cuestión que ha mantenido una duda latente entre los aliados de ambos lados del Atlántico: los soviéticos no creen que Norteamérica se arriesgue a la destrucción nuclear de Boston o Nueva York por defender Bruselas o Madrid. Desde que la Unión Soviética alcanzó en los años setenta la paridad cuantitativa en armas atómicas, Europa occidental ha empezado a dudar de la solidaridad *total* de los Estados Unidos con sus aliados de este lado del océano. Hay lealtades de distinto grado, y sin duda es muy profunda la que vincula hoy a europeos y norteamericanos. No sólo por razones de civilización común; también por razones de equilibrio e intereses vitales. Pero en la era nuclear es difícil hablar de solidaridades totales. Muchos estadistas de esta era, desde Giscard d’Estaing hasta Gromyko, sostienen que las armas nucleares existen para no ser utilizadas. Hay demasiados estudios solventes que coinciden en lo esencial: una guerra nuclear USA-URSS con disparo de los grandes misiles ICBM produciría, además de centenares de millones de muertos, daños climatológicos de tal calibre (calor liberado, perforaciones en la biosfera, reducción de la capa de ozono, nubes contaminantes) que la vida animal y vegetal correría el riesgo de hacerse inviable. Nadie, en principio, se declara dispuesto a desencadenar esa clase de confrontación (*all-out nuclear attack*). Tal imposibilidad supuesta constituye hoy la primera interrogante de todos los planes estratégicos.

Y es en este punto tan equívoco y difuso donde reaparece periódicamente la preocupación europea. Si la Unión Soviética sabe que no puede darse una respuesta apocalíptica a un ataque convencional contra Europa occidental –insisten Howard, Kaiser y De Rose–, el peligro para los europeos crece de modo inevitable. Los europeos saben que la opinión pública

norteamericana apoyaría difícilmente la destrucción nuclear de una parte de los Estados Unidos por defender, digamos, Baviera o el Piamonte. Pero sostienen que la ausencia de una disuasión más amplia conduce a Europa a un alto riesgo de guerra nuclear limitada en su propio territorio, es decir, a la devastación nuclear limitada al oeste de Europa. Si la URSS no teme una respuesta más amplia capaz de golpear su propio territorio, Europa se convierte en el mejor de los objetivos. Pero el informe norteamericano ofrece también una contrarréplica a los temores expuestos por los señores Howard, Kaiser y De Rose: tienen que ser las propias naciones europeas las que dispongan de la fuerza convencional y nuclear necesaria para responder a un ataque soviético, alcanzando en profundidad el territorio ruso (reléase a este respecto la invitación norteamericana a Gran Bretaña y Francia para modernizar y reforzar sus propios arsenales nucleares).

Pero además, el Informe de los Trece insiste en un principio: las nuevas generaciones de armas han de permitir la paralización del invasor por medio de la destrucción precisa y limitada de sus puntos nodales. Quiere decirse: sin necesidad de escalada nuclear ni recurso a la devastación masiva. En el Informe de los Trece se habla de las nuevas armas de precisión con el lenguaje de los neurólogos ante la nueva microcirugía: capacidad de alcanzar el punto buscado con instrumentos muy reducidos. Ese es el planteamiento nuevo que Europa occidental no ha adoptado todavía.

Pero los europeos vuelven sobre sus temores: la proposición contenida en el Informe de los Trece (“que la Alianza pueda derrotar al Ejército soviético, o por lo menos combatir hasta detener enteramente su avance, sin necesidad de recurrir a armas nucleares”) no sólo es imposible de alcanzar, sino que resulta inaceptable porque convertiría a Europa en ruinas. Es sabido que la OTAN padece hoy ante el Pacto de Varsovia una situación de neta inferioridad en fuerzas convencionales. Pero aunque este no fuera el caso, la derrota de los soviéticos sobre territorio europeo equivaldría a la destrucción de Europa. Las armas convencionales de hoy tienen capacidad sobrada para destruir muchas Hiroshimas. Por otra parte, se preguntan Howard, Kaiser y De Rose, ¿cómo pensar que la URSS no utilizará sus recursos atómicos en caso de derrota de sus fuerzas clásicas?

Europa no es mencionada en el Informe de los Trece como una gran protagonista: no parece contar en el futuro con poderío económico y militar suficiente: no podrá, por tanto, adoptar decisiones a escala mundial. El informe menciona a China y Japón como grandes potencias militares hacia el año 2010. La melancolía de los europeos está justificada, pero no lo están ciertos reproches. El Informe de los Trece se refiere a Europa como una parte del conjunto occidental integrado en la Alianza Atlántica. Los trece autores del informe tienen presente a Europa en cada página cuando tratan de la Alianza: porque esa alianza sigue considerándose como la primera plataforma defensiva del mundo.

Los problemas de opinión pública también reaparecen periódicamente: Europa occidental es a veces poco respetada en la conciencia popular norteamericana; muchos sectores rechazan la comodidad europea. La seguridad de Europa occidental no existiría hoy sin el enorme esfuerzo

presupuestario de los Estados Unidos, sin sus 325.000 soldados desplegados en suelo europeo, con sus 110.000 millones de dólares de presupuesto anual. La inversión norteamericana en defensa roza el 7 por 100 del PIB; el presupuesto soviético sobrepasa el 16 por 100; el promedio de los presupuestos de defensa de los aliados europeos apenas llega al 4 por 100 (en el caso de España poco más del 2 por 100). Si Europa no afronta el esfuerzo de su propia defensa, si pretende que Estados Unidos corra con su seguridad, ¿cómo puede aspirar a una posición de independencia en el conjunto occidental? Sólo los ejemplos británico y francés pueden devolver hoy a Europa su dignidad y situarla ante sus responsabilidades. Cuando Europa disponga, como Gran Bretaña o Francia, de su propia fuerza de disuasión, podrá hablar alto en la mesa de las negociaciones. El diálogo trasatlántico que proponen los profesores Howard y Kaiser y el embajador De Rose es necesario y urgente si se trata “de aclarar las grandes dudas pendientes y de evitar una crisis de confianza entre aliados”.

La selectividad y la sutileza de las armas futuras es una proposición general válida para las armas clásicas pero también para las nucleares. En ciertas ocasiones será posible sustituir las cabezas atómicas por cabezas convencionales las, nuevas armas inteligentes podrán reducir pero no eliminar, sin embargo, la presencia de las armas nucleares. Tal es el criterio del profesor Wohlstetter cuando expone la posibilidad de reducir sustancialmente la capacidad mortífera de los nuevos misiles atómicos de precisión.

Convendría empezar –insiste este autor– por traducir adecuadamente a todas las lenguas europeas el concepto “Discriminate Deterrance” que encabeza el informe en cuestión. Al pasar por la cultura anglosajona, algunos vocablos de origen latino modifican o amplían su significado original. Cuando regresan a las lenguas románicas deben ser prudentemente matizados. “Discriminate Deterrance” podría traducirse al español como “disuasión con discernimiento” (todavía mejor que disuasión selectiva) o incluso “disuasión justa”: esto es, el nivel de disuasión apropiado; el nivel exacto que se quiere aplicar, pero no más allá.

No estamos ante un proyecto sino en medio de un largo proceso. El “stock” de explosivos ya ha descendido en Estados Unidos en espectaculares proporciones: 1.500 por 100 la reducción desde 1957, es decir quince veces inferior en cantidad al de hace treinta años. Y todavía se reducirá más.

La posibilidad de suprimir en territorio europeo las armas nucleares es sobre todo un problema de prudencia política y de conocimiento de la mentalidad soviética. Porque no existe fuera del bloque soviético otra amenaza potencial considerable para los aliados de Europa occidental. En algunos Estados Mayores predomina el criterio de que, en caso de ataque, los soviéticos no buscarían la destrucción sino la posesión del territorio europeo. Ese posible ataque, aunque implicara el máximo despliegue de fuerzas clásicas, se apoyaría en armas convencionales y sistemas de pequeña carga explosiva. Un ataque no nuclear dificultaría una respuesta nuclear por parte de los aliados occidentales. La decisión política trataría

siempre de frenar la escalada y evitar una contrarréplica nuclear total contra Europa o Norteamérica. Y aquí es donde cobra todo su valor la inteligencia de las nuevas armas, capaces de inferir daños decisivos al adversario y de paralizarle en la profundidad de su territorio sin recurrir a la devastación y sin provocar una escalada absoluta.

El profesor Wohlstetter ha respondido con claridad y contundencia a los temores europeos reflejados en Howard, Kaiser y De Rose. Europa no debe entender este documento norteamericano en sentido inverso al que ha inspirado a sus autores: es necesario mantener hoy por hoy las fuerzas nucleares basadas en Europa. La desnuclearización pactada entre Reagan y Gorbachov sobre los misiles intermedios no debe confundirse con la supresión de las armas nucleares desplegadas en suelo europeo. Esas armas –repiten los autores del informe– siguen siendo hoy necesarias. Estados Unidos mantiene su solidaridad plena con el pilar europeo de la Alianza: en ningún momento hemos sostenido, señala desde Washington Albert Wohlstetter, que nuestro arsenal estratégico intercontinental permanezca ahí como mera amenaza sin que pueda ser utilizado nunca. Los centros vitales soviéticos de mando y de control no están en otros países de Europa del Este, sino que se encuentran en territorio de la URSS. Y esos puntos deben ser alcanzados en caso de conflicto. En el informe “Discriminate Deterrence” no hay un capítulo explícito que justifique la reticencia europea sobre la ambigüedad norteamericana a la hora de usar sus ICBM en defensa de una Europa invadida. Lo que el informe al Pentágono sostiene es que esa respuesta sería (incluso a través de los ICBM), selectiva, adecuada, proporcionada y, en la medida posible, justa. La respuesta de la OTAN en caso de ataque no debe fundarse en una perspectiva de suicidio mundial. La réplica occidental, para ser creíble debe mostrarse capaz de detener la invasión, destruyendo selectivamente a los invasores. No olvidemos que el arma atómica intercontinental también puede aplicarse selectivamente esto es limitando a lo necesario su capacidad devastadora.

El despliegue de sistemas de control en el espacio es esencial para la seguridad occidental. La red de satélites debe ser completada por nuevos sistemas microelectrónicos transportados por aviones de “baja observabilidad”, sistema Stealth. Sin esa red, desarrollada a partir de nuevos sistemas ópticos de sensores basados en el espacio, no puede asegurarse hoy la defensa ni desarrollar los nuevos sistemas de armas sutiles.

En la Prensa norteamericana se han publicado a lo largo de estos meses páginas enteras de publicidad con este mensaje u otros parecidos: “Dejen que los europeos y los japoneses defiendan por sí solos el golfo Pérsico”. Esa sensación de que Europa necesita ser defendida y financiada como si fuera una amante de lujo, empieza a resultar fatigosa para muchos sectores de la opinión pública norteamericana.

El caso de los aviones F-16 que habrán de retirarse de la base española de Torrejón se plantea así como un problema que ha de resolver la OTAN: están ahí para defender el Mediterráneo; para la defensa de Turquía, Grecia e Italia. También para la defensa del golfo Pérsico en caso de invasión. Que no se acierte a entender esto por parte de la opinión pública

española es, a juicio de los aliados atlánticos, más bien desconcertante. No puede existir una alianza sin el sentimiento del riesgo compartido.

Tal como hoy están las cosas, no existen muchas posibilidades de una guerra en Europa a corto o medio plazo. Pero hay síntomas que se repiten con precisión matemática. Los centros de análisis estratégicos encargados de evaluar estas oscilaciones perciben un aumento de la tensión y del riesgo en la frontera del Elba cada vez que, por una razón u otra, se produce en la zona de la Alianza una nueva muestra de insolidaridad. Dicho de otro modo, todo aumento de incoherencia en el seno de la Alianza agrava sus dificultades defensivas y éstas hacen crecer de modo automático los riesgos de guerra.

El "all-out" nuclear y el suicidio colectivo pueden considerarse harto improbables: a condición de recordar que nada es imposible. Al contemplar la evolución de Europa occidental, los especialistas consideran hoy relativamente remotas las posibilidades de un enfrentamiento en toda regla con las fuerzas del Pacto de Varsovia: creen más bien en la eventualidad de un conflicto local, en principio imprevisible, derivado quizá de un litigio con la iglesia de un país del Este, de un proceso de desestabilización en Turquía, de una sorpresa en la sucesión de Jomeini...

La polémica abierta por el informe "Discriminate Deterrence" es trasunto de las diferencias que existen entre los aliados. Viejas diferencias, propias de un organismo vivo y plural, distinto en su espíritu y en su realidad diaria del Pacto de Varsovia. A uno y otro lado del telón de acero existe un diálogo interno de tono muy diferente. En la OTAN hay un aliado mayor, pero todos los otros juntos son superiores en peso económico a Estados Unidos. En el Este de Europa las cosas no son así el tono que utiliza la Unión Soviética ante los otros seis miembros del Pacto de Varsovia resulta escasamente apelable. Mientras tanto, las discrepancias o los vetos de la OTAN responden a otras pautas de conducta. En las sociedades liberales de Occidente, los Gobiernos, y no sólo las personas, conservan lo que los civilistas llaman "la autonomía de la libertad". En nombre de esa autonomía, por ejemplo, Francia hizo salir al mando integrado de la OTAN de su territorio en 1966. Y España ha obtenido este mismo año de su poderoso aliado una modificación sustancial, que Washington se negaba en principio a aceptar.

## **Conclusiones provisionales**

"Discriminate Deterrence" no es un informe más. Pero nadie puede garantizar, que este documento vaya a influir decisivamente en los criterios defensivos de la próxima Administración. Una victoria republicana, no descartable, en las elecciones presidenciales de noviembre permitiría, es obvio, un mayor grado de continuidad respecto de la política militar norteamericana de estos ocho años. Pero es dudoso que las grandes líneas varíen sustancialmente en caso de victoria demócrata. Los criterios del senador Sam Nunn condicionarían en ese caso la nueva estrategia, no

muy distante de la de Reagan en asuntos capitales como, por ejemplo, la defensa espacial.

De la lectura del informe podrían extraerse, creemos, tres conclusiones provisionales.

Primero: se abren para España posibilidades inéditas en el diseño de la nueva defensa europea. También en el área de la cooperación industrial y concretamente en la de las nuevas armas de precisión. Nuestra política de defensa –contradictoria a veces en los doce años de transición– tiende a estabilizarse, más bien inclinada hacia el sentido común. Ciertos condicionamientos defensivos, más motivados por una política de relaciones públicas que por criterios rigurosos de seguridad, desaparecen paulatinamente para dejar paso a las realidades de cada día. La próxima cumbre de la OTAN de primeros de marzo permitirá ver quizá la evolución del actual Gobierno español en ciertas cuestiones capitales: coherencia de la Alianza, disuasión nuclear, ampliación de los acuerdos París-Bonn...

La segunda conclusión es repetida hoy, sin excepción, por todos los Gobiernos de la OTAN: es necesario abrir una negociación profunda y sin límites previos para reorganizar la Alianza. No es prudente caer en el catastrofismo, como si se hubiera roto la solidaridad americano-europea. Esa solidaridad permanece intacta en su núcleo y mantiene muchas y grandes discrepancias en la superficie: la última tras el acuerdo de supresión de los euromisiles.

Si se reafirma la cohesión de la Alianza –tercera conclusión provisional–, Gorbachov se verá en la necesidad de negociar a fondo la reducción de fuerzas convencionales. Si ésta se produce de modo equilibrado no habrá expansionismo militar del Este ni presión política insostenible de los soviéticos sobre Europa occidental. Si Gorbachov permanece, los mejores expertos esperan de aquí a fin de siglo pocas sorpresas de orden militar en la escena europea; es decir, prolongación del “status” actual. Las dos grandes bazas de las democracias occidentales para garantizar la paz en Europa siguen siendo hoy, por este orden, la disuasión nuclear y la capacidad tecnológica para desarrollar mejores armas, más precisas y menos devastadoras.

# La ratificación del acuerdo sobre euromisiles

Paul Nitze

**C**uando fui nombrado jefe de la delegación de mi país en las negociaciones INF, tomé de inmediato dos decisiones. La primera, preparar un proyecto de tratado “opción cero” que queríamos tener antes del comienzo de las negociaciones. La segunda, abrir un libro en el que consignaríamos a diario todo lo que se fuera diciendo por uno u otro lado sobre cada cuestión que surgiera en las conversaciones. Al final del primer año teníamos ya registrados 35 asuntos en el libro, de los cuales cinco se destacaban por sí mismos, por lo cual nos concentramos en ellos. A lo largo de los años siguientes, y sobre todo en Reikiavik, conseguimos finalmente eliminar aquellas cuestiones problemáticas. Pero a pesar de habernos deshecho de los impedimentos al acuerdo, todavía nos esperaban muchos otros.

Este pasado mes de octubre, después del encuentro de dos días entre los señores Shultz y Shevardnadze y en la cual se resolvieron los problemas de ámbito INF más comprometedores, se nos pasó al embajador soviético, Víctor Karpov, y a mí la tarea de resolver los problemas restantes al día siguiente. Yo pregunté a Karpov cuántos tenía para tratar; eran 35, de los cuales había cinco principales.

Llegué a la conclusión de que es característica intrínseca del entendimiento humano el que, cuando afronta una situación muy compleja, la simplifique en 35 consideraciones, que reduce luego a cinco.

## Las etapas siguientes

En el curso de las reuniones de la semana pasada, el presidente Reagan y el señor Gorbachov hicieron mucho. Firmaron el tratado INF, que habíamos perseguido durante cinco años. Emitieron un comunicado que denotaba un acercamiento notable hacia un tratado START. Y convinieron en un lenguaje sobre defensa y espacio que atenúa dificultades y promete hacerlas mejor tratables.

---

**Paul Nitze** es consejero del presidente y del secretario de Estado de Estados Unidos en asuntos de control de armamentos.

¿Hacia dónde nos dirigimos desde este punto? Inmediatamente se nos ocurren muchas tareas, unas 35 según un cálculo muy aproximado. Pero me referiré con preferencia a las cinco más importantes, que son: ratificar el tratado INF; proseguir las tareas de un tratado START; abordar los problemas de defensa y espacio; proseguir los esfuerzos sobre control de armas no nucleares, y mantener la atención fijada en el contexto más amplio de las relaciones norteamericano-soviéticas.

## Ratificar el tratado INF

Nuestra tarea más inmediata e importante es, indudablemente, obtener el consejo y el asenso del Senado en favor de la ratificación del tratado INF. De lo que resulte de ello dependen todos los demás esfuerzos que hagamos.

¿Por qué razón debe el Senado proporcionar su consejo al presidente? Porque este tratado hace más profunda la seguridad de los Estados Unidos y de sus aliados y prevé las medidas de verificación necesarias para vigilar con seguridad el cumplimiento por parte soviética y para detectar todo incumplimiento significativo desde el punto de vista militar en plazos que nos permitan responder debidamente.

Para determinar cómo afianza el tratado nuestros intereses de seguridad hay que recordar, en primer lugar, cómo surgió la cuestión de los proyectiles nucleares de alcance medio y las negociaciones que siguieron.

A finales de los años setenta la Unión Soviética comenzó a desplegar proyectiles SS-20 de alcance medio, con lo que se acrecentaba muy considerablemente la amenaza nuclear sobre nuestros amigos y aliados de Europa y Asia. Ello agudizó la inquietud, en especial entre los europeos, por la existencia de un notable desequilibrio en el espectro de las capacidades nucleares que afectaban directamente no sólo a la OTAN, a la Europa de la OTAN, sino también a otros países de la periferia de la URSS.

Con su *doble decisión* de 1979 la Alianza decidió corregir este desequilibrio. En primer lugar decidió desplegar proyectiles comparables, por un lado, y por otro, buscar por medio de negociaciones reducir al mínimo la cifra de los misiles de este tipo que desplegara uno u otro lado.

En 1981 el presidente Reagan propuso la solución que era preferible para la OTAN, a saber la eliminación completa de todos los proyectiles norteamericanos y soviéticos de esta clase, esto es, la desde entonces llamada "opción cero", y en una reunión tras otra, los aliados de la OTAN, así como nuestros aliados de Asia, reiteraron su preferencia por esta solución global.

Y esto es, naturalmente, lo que ahora hemos logrado. Con la eliminación de los SS-20 y de otros proyectiles soviéticos de esa clase, la Unión Soviética dejará de poseer proyectiles INF capaces de amenazar desde su suelo objetivos situados en Europa. Se ha eliminado, pues, esta debilidad que se percibía en la estructura disuasoria occidental.

En suma, pues, se identificó una amenaza contra la seguridad, se concibió una estrategia para corregirla y se puso en práctica, y así se logró una solución que eliminaba la amenaza. Es un éxito que hay que anotar en el haber de la OTAN y que se ve reforzado por el hecho de que las reducciones son, decididamente, asimétricas en favor de la OTAN y de que conducen a un punto final de igualdad. Ello sienta un buen precedente para futuros empeños en materia de reducción de armamentos.

Parece ahora que el debate sobre la ratificación va a centrarse, en buena parte, sobre las cuestiones de verificación. Pero a la hora de desarrollar dicho debate importa entender cuál es la finalidad de la verificación.

Negociamos tratados sobre control de armamentos con la finalidad de limitar las capacidades militares de nuestro adversario. La finalidad de la verificación es garantizar que los tratados sirvan a los fines que pretenden. Queremos, en otras palabras, asegurarnos de que el otro lado no va más allá de lo autorizado por las limitaciones establecidas, que no lo hace de ninguna forma significativa desde el punto de vista militar y que, si lo hace, tengamos la posibilidad de detectar tales violaciones a tiempo para responder como proceda.

Naturalmente, el tener capacidad para detectar y responder a violaciones sirve para disuadir al otro lado de cometerlas.

Ese régimen de verificación que acabo de caracterizar es el mismo en el que el presidente piensa cuando propugna una verificación efectiva y es el mismo régimen que hemos incorporado en el tratado INF.

Indudablemente es mucho lo que se ha hablado del régimen de verificación en materia INF. Dicho de forma sencilla, estamos facultados para realizar inspecciones sobre el terreno, a fin de contar los sistemas y estructuras soviéticos de proyectiles de alcance medio, para observar su destrucción, para determinar que no queda ninguno una vez concluido el proceso de eliminación y, en fin, para inspeccionar con corto plazo de preaviso los antiguos emplazamientos de los proyectiles, a fin de asegurarnos que no han vuelto a instalarse allí en secreto. Asimismo podremos fiscalizar la destrucción de las instalaciones donde se efectuó el montaje de los SS-20 y donde podrían con mayor facilidad volver a montarse de nuevo.

¿Significa esto que tenemos la garantía de que la Unión Soviética no puede ya esconder un proyectil INF en algún lugar de su territorio? No. Sólo las inspecciones efectuadas en cualquier momento y lugar sin posibilidad de que se rechacen ofrecerían confianza en la existencia de esa garantía.

Pero si la Unión Soviética consiguiera conservar en secreto algunos proyectiles, entonces no podría experimentar con ellos ni entrenar al personal destinado a manejarlos, como tampoco mantener la infraestructura básica necesaria de tales fuerzas, porque todo ello podríamos detectarlo. Sin esas posibilidades, la Unión Soviética no podría mantener una capacidad militar significativa.

Por eso este régimen satisface el criterio de verificación efectiva. Finalmente queda una precisión por hacer sobre la cuestión de la ratificación. Desde ambos lados del Senado hemos oído estos últimos días expresiones relacionadas con la posibilidad de añadir reservas al tratado, y una de las que más se han insinuado es la de aplazar la puesta en vigor definitiva del mandato de eliminación de los proyectiles INF hasta que se haya corregido el desequilibrio en fuerzas convencionales. Alternativamente, hay quienes proponen utilizar el acuerdo START como condición del cumplimiento del tratado INF.

Creo que ambas líneas de acción serían desacertadas en grado sumo. Hemos firmado el tratado INF porque va a, favor de nuestros intereses en materia de seguridad, como ya he explicado. Análogamente, el acuerdo START que pretendemos lograr iría en nuestro interés en materia de seguridad. Si conseguimos alcanzar tales acuerdos, no hemos luego de vedarnos su puesta en práctica.

El desequilibrio en el ámbito de las fuerzas convencionales es un asunto muy serio, pero no un problema que venga causado o exacerbado por la existencia de un acuerdo INF. En efecto, uno de los hechos olvidados sobre las fuerzas nucleares de alcance medio es que antes de 1977, cuando en la OTAN no se percibía la necesidad de proyectiles de este tipo, existía ya un desequilibrio convencional y una gran fuerza de proyectiles de alcance medio soviéticos, como los SS-4 y SS-5, frente a los cuales la OTAN no contaba con medios equivalentes. Después del acuerdo INF no vamos a volver a la situación anterior a 1977, salvo en que incluso los SS-4 y SS-5 también habrán desaparecido.

El tratamiento del problema de las fuerzas convencionales ha de abordarse con programas unilaterales de la OTAN y en la mesa de negociación, y en ambas cosas trabajamos en estos momentos. Junto con nuestros aliados trabajamos actualmente en la formulación de un mandato sobre negociaciones para la estabilidad en fuerzas convencionales entre la OTAN y el Pacto de Varsovia, y además estamos tratando con ellos la cuestión de la mejora de la capacidad convencional.

Pero toda valoración realista de perspectivas en este orden de cosas tendría que conducirnos a la conclusión de que va a transcurrir al menos un año o dos antes de que pueda haberse resuelto el problema. Entretanto, ¿por qué tendríamos que permitir que persista la amenaza de los SS-20 sobre Europa y Asia y asimismo que se disipara el prometedor impulso que han cobrado las negociaciones START?

Pero mientras avanzamos en las áreas INF y START tiene que estar perfectamente claro que vamos a ,mantener las capacidades necesarias para disuadir toda agresión soviética. En Europa esto supone el mantenimiento, una vez eliminadas las INF, de aproximadamente 4.000 cargas nucleares adscritas a una diversidad de medios de lanzamiento, algunos de los cuales son capaces de penetrar en profundidad en territorio soviético.

El tratar de resolver todas nuestras preocupaciones en materia de seguridad de un solo golpe es una tarea sencillamente demasiado difícil. A

medida que vayan resolviéndose elementos del problema deberán ir poniéndose en práctica esas soluciones, siempre que no agudicen otros problemas. Tanto el acuerdo INF como el que pretendemos conseguir sobre armas estratégicas resolverían críticos problemas de seguridad sin agravar otros; hemos de avanzar en ellos ahora.

## START

Pasemos ahora a la esfera START. En las conversaciones de la semana pasada con los expertos soviéticos en control de armamentos insistimos en tres grupos de cuestiones en este ámbito, a saber: las reglas de cómputo, los sublímites y la verificación. En los tres capítulos se despejó el camino de forma considerable.

Las reglas de cómputo, es decir, las normas convenidas con arreglo a las cuales uno y otro lado determinan cómo los sistemas y elementos de los mismos que han de someterse a limitación se computarán a efectos de cumplir las limitaciones, tienden a pasarse por alto al considerarse parte de los detalles técnicos del control de armamento; sin embargo, esas reglas pueden tener consecuencias muy profundas sobre los efectos de un acuerdo.

No es asunto fácil el ponerse de acuerdo sobre las reglas con arreglo a las cuales ha de computarse el número de cabezas que llevan los proyectiles y los bombarderos; un acuerdo que pareciera equitativo podría ser cualquier cosa menos eso si subestimara las cantidades de un lado y sobreestimara las del otro.

La semana pasada conseguimos avanzar realmente en el cómputo de cabezas nucleares de proyectiles balísticos y de proyectiles de crucero lanzados desde bombarderos pesados. En cuanto a los primeros, cada lado ha declarado el número de cabezas desplegadas en cada tipo de proyectil existente, dato que cada lado, a su vez, verificará por la vía de procedimientos convenidos, entre ellos la inspección sobre el terreno de los proyectiles desplegados.

En cuanto a los segundos, el problema es algo distinto, porque, a diferencia de lo que ocurre con los proyectiles balísticos, el número de las cargas de proyectiles de crucero lanzados desde el aire es normalmente menor que la capacidad teórica, y además pueden cambiarse con toda rapidez. La URSS convino en nuestra idea de atribuir, a efectos de cómputo, un cierto número de proyectiles de crucero lanzados desde aire a cada tipo de bombardero pesado, con independencia del número máximo de proyectiles que sea capaz de transportar el bombardero de que se trate y del número concreto que pueda llevar en un momento dado. Ese planteamiento reduce problemas de verificación y además toma en cuenta las realidades operativas.

El de los sublímites es un capítulo en el que nos hemos concentrado durante cierto tiempo. Hemos puesto de relieve que las reducciones de un 50 por 100 no son estabilizadoras por sí mismas; es necesario asegurar

mediante sublímites que un lado no pueda conservar preponderancia en los sistemas de mayor capacidad desestabilizadora.

Anteriormente, la Unión Soviética había convenido en un sublímite relativo a proyectiles balísticos pesados –que, de todos los sistemas, son los más desestabilizadores– situado en 1.500 cabezas adscritas a 154 proyectiles, lo que equivale a un 50 por 100 del nivel soviético actual. La semana pasada convino en otro sublímite, éste relativo a cabezas de proyectiles balísticos y situado en el nivel de 4.900. Este sublímite obligaría a efectuar una reducción de algo más del 50 por 100 en las cabezas de la fuerza de proyectiles balísticos de vuelo rápido soviéticos. En 1982, el presidente Reagan propuso situar en 5.000 esta cifra, de modo que otra vez hemos conseguido un objetivo norteamericano bien establecido.

En el capítulo de la verificación, pudimos desarrollar la negociación sobre los fundamentos aportados por la negociación sobre INF. La parte soviética convino en que las negociaciones START incluyeran todos los tipos de inspecciones a los que me he referido antes sobre las fuerzas INF, así como, al menos en principio, inspecciones sobre emplazamientos sospechosos y un seguimiento más amplio sobre las instalaciones de producción. Esto es necesario en materia START, porque en este caso, más que una prohibición, lo que vamos a hacer es establecer limitaciones numéricas sobre los sistemas.

Entonces ¿a dónde nos dirigimos a continuación? Nuestros negociadores han creado en Ginebra un texto conjunto de tratado en el que figuran pasajes entre paréntesis, igual que el que se preparó el verano pasado en las negociaciones INF. Cuando ambos lados están en desacuerdo sobre una cuestión, se añaden al texto sus posiciones entre paréntesis. El hecho de que ya tengamos ese texto avanzado resulta prometedor, y el documento ayuda a centrar los esfuerzos de negociación, aunque en estos momentos todavía aparecen en él muchos paréntesis que afectan a los tres capítulos a los que acabo de referirme.

Todavía es preciso que nos pongamos de acuerdo sobre el número de misiles de crucero lanzados desde aire que podamos atribuir a cada tipo de bombardero pesado y asimismo establecer procedimientos para verificar el número de cabezas desplegadas en cada tipo de proyectil balístico existente. Necesitamos tratar la propuesta norteamericana de un sublímite numérico de 3.000 relativo a las cabezas de proyectiles balísticos. Y queda mucha labor por desarrollar para conseguir establecer los detalles de los procedimientos de verificación.

Más allá de estas cuestiones quedan otras muchas, como por ejemplo el deseo norteamericano de prohibir los proyectiles balísticos intercontinentales, la cifra de proyectiles de crucero lanzados desde submarino que pueden permitirse por encima del techo global de 6.000 cabezas, y también la forma de verificar esa limitación y la cuestión de una posible vinculación entre defensa y espacio y START.

A pesar de todo el progreso conseguido en materia START, la lista de cuestiones pendientes resulta imponente, y se nos plantea el problema de si es posible concluir un tratado antes de que finalice el mandato de esta

Administración. A mi juicio, resultará muy difícil, pero no imposible. Vamos a impulsar el proceso de la manera más intensa y vamos a hacer todo lo que esté en nuestra mano para concluir la tarea.

## **Defensa y Espacio**

Desde Reikiavik, el área de Defensa y Espacio ha comprendido tres cuestiones primordiales: el plazo de tiempo durante el cual uno y otro lado convendrían en no desentenderse del Tratado ABM con la intención de desplegar medios de carácter defensivo, y también qué ocurriría después de ese período y qué ocurriría durante el mismo. Las tres cuestiones fueron tratadas con detalle la semana pasada; persisten las diferencias, pero en los tres órdenes se han hecho progresos.

Sobre la cuestión de lo que deba ocurrir después del período de no desentendimiento del tratado, la Unión Soviética convino en que, de no mediar acuerdo en distinto sentido, “cada lado tendría libertad de decisión”. Y así se salvaguarda el derecho de despliegue que nosotros pretendemos.

Sobre la cuestión de qué ocurre durante el período de no desentendimiento se introdujo un lenguaje por el que se especificaba, por una parte, que ambos lados observarían el Tratado ABM “tal y como fuera firmado en 1972” y, por otra, que ambos lados “realizarían su investigación, desarrollo y experimentación de la forma requerida, como autoriza el Tratado ABM”. Esto debería servir para limar aristas en el debate ABM, a la vez que a proteger el avance en la investigación, prueba y desarrollo de la SDI, como cuestión de necesidad de nuestra seguridad nacional.

A lo largo de los próximos meses, a la vez que impulsamos las negociaciones START, pretendemos también seguir tratando las tres cuestiones principales en materia de defensa y espacio.

## **Control de armas no nucleares**

Los esfuerzos que desplegamos en materia de control de armas no nucleares comprenden en principio las fuerzas convencionales y las armas químicas. Como ya he dicho antes, estamos en medio de unas conversaciones dirigidas a fijar un mandato para la apertura de nuevas negociaciones sobre estabilidad en el ámbito convencional.

En estas negociaciones participarían los 23 países de la OTAN y del Pacto de Varsovia y se abordarían las fuerzas convencionales situadas en Europa desde el Atlántico hasta los Urales. Nuestro objetivo en materia de estabilidad convencional es un acuerdo verificable que conduzca a un equilibrio estable de fuerzas convencionales a niveles inferiores a los actuales. Ello exige reducciones mucho mayores en carros de combate, arti-

llería y otros medios por el lado soviético, a fin de eliminar la capacidad con que cuenta el Pacto de Varsovia para desencadenar ataques por sorpresa y desarrollar operaciones ofensivas sostenidas, y asimismo a fin de restablecer la igualdad y la estabilidad en el plano convencional.

Esperemos que las referidas conversaciones conduzcan a negociaciones reales muy pronto, quizás el mismo año entrante. Entretanto, vamos a persistir en nuestros actuales esfuerzos con los aliados de la OTAN para elaborar una posición cabal que podamos plantear desde el principio en tales negociaciones.

En cuanto a las armas químicas, Estados Unidos sigue empeñado en conseguir una prohibición integral a escala mundial que abarque a todas las naciones con capacidad de armamento químico. En la Conferencia de Desarme de las 40 Naciones, celebrada en Ginebra en 1984, propusimos un proyecto de tratado que prevenía esa prohibición. Desde entonces hemos puesto todo el empeño en negociar su consecución.

La clave de todo está en obtener un tratado que a la vez sea eficaz y verificable. Nos ha dado ánimos el reciente acuerdo de principio por parte soviética sobre inspección obligatoria a iniciativa de parte sin derecho de rechazo por la otra y sobre un intercambio de datos bilateral en corto plazo.

No obstante, hay una serie de cuestiones decisivas pendientes de mayor elaboración. Hemos convenido con la URSS en concentrar nuestras conversaciones bilaterales en el mantenimiento de la seguridad durante el período de destrucción de los arsenales de armas químicas, protegiendo a la vez, en el curso de las inspecciones, la información delicada y no relacionada con éstas, y sobre la necesidad de fortalecer la verificación en razón de la existencia de nuevas tecnologías, de la aceleración de la proliferación y de la existencia de una industria química de doble capacidad.

## **El marco general**

Conquistar el progreso en los diversos órdenes de control de armamento es tan sólo una parte de la compleja ecuación de las difíciles relaciones norteamericano-soviéticas. La mejora a largo plazo y sostenida en esas relaciones va a depender en gran medida de la resolución de diferencias en otros órdenes decisivos.

Ya son dos años los que llevamos trabajando intensamente por establecer con la URSS un proceso que aborde un importante conjunto de materias, que es lo que llamamos el temario de cuatro capítulos que abarca la reducción de armamentos, los derechos humanos, los conflictos de orden regional y las relaciones bilaterales. En todos esos capítulos se han acumulado serias diferencias a lo largo de los últimos cuarenta años, que son la fuente de la profunda desconfianza y ánimo sospechoso que caracterizan hoy las relaciones Este-Oeste.

Últimamente hemos apreciado la existencia de una mayor voluntad por parte soviética de plantear estas cuestiones con detalle, y ello ha lle-

vado a lograr progresos en ciertos órdenes. Por ejemplo, los acuerdos alcanzados en estos últimos dos años han aumentado considerablemente las posibilidades de contacto entre ciudadanos norteamericanos y soviéticos. El presidente Reagan y el secretario general soviético, señor Gorbachov, han convenido en que ha de mantenerse el esfuerzo desplegado por impulsar una mayor cooperación y contacto sobre la base de la auténtica ventaja mutua.

En otros dos capítulos, como son los derechos humanos y cuestiones de orden regional, aún queda largo camino por recorrer. Hemos apreciado y acogido con satisfacción las medidas más recientes soviéticas en materia de derechos humanos, pero hemos advertido que esta cuestión va a seguir siendo fuente de tensiones en las relaciones Este-Oeste hasta que la Unión Soviética cumpla plenamente con sus obligaciones internacionales en la materia. Análogamente, hemos puesto de manifiesto que la participación soviética en conflictos regionales, sea directa como en Afganistán o por la vía del apoyo a regímenes tales como los de Vietnam o Nicaragua, afectará inevitablemente a las ideas que se tengan en Occidente sobre las intenciones últimas de la Unión Soviética.

Estados Unidos está dispuesto a abordar todos los problemas con franqueza y ánimo constructivo. Al final, no obstante, será la Unión Soviética la que haya de mostrar que está dispuesta a tratar con su propio pueblo y con sus vecinos por medio del diálogo y no de la intimidación. La carga que ambos lados van a soportar durante el futuro previsible es la de desarrollar pacíficamente nuestra competición y asimismo una relación más estable y constructiva.

## **Conclusión**

Así pues, tenemos una agenda muy repleta para ir tratando de ahora en adelante. No tenemos intención de dormirnos en los laureles; muy al contrario, lo que queremos es que el éxito en el área INF sirva de trampolín para hacer progresos en otras áreas.

Si hemos de alcanzar nuevos éxitos será porque habremos conseguido volver a poner en juego los elementos que nos llevaron hasta el Tratado INF: fortaleza, coherencia en el plano nacional y unidad con nuestros aliados. Con estos activos y con paciencia podremos dar nuevos pasos adelante en el camino que conduce a un mundo más seguro y estable, con menos niveles de agresión y con mayor dependencia de sistemas de carácter defensivo, en caso de que resulten factibles, y con un riesgo menor de guerra; tal es nuestra meta última.

# La tragedia del siglo XX

Jacques Guillemé-Burlon

**L**a firma, en diciembre último, del acuerdo americano-soviético sobre cohetes nucleares de alcance medio se corresponde con la dinámica y con la lógica del desarrollo de las relaciones normales entre Washington y Moscú iniciadas en el octubre rojo de 1917. En efecto, a despecho de altibajos motivados por la presión de determinados círculos comerciales y políticos, bajo el impulso también de circunstancias coyunturales que más les aproximaban que les alejaban, americanos y soviéticos han atravesado, en el curso de los setenta años transcurridos, las etapas precisas para poder alcanzar compromisos positivos. Conviene además añadir que su recíproco sobrearmamento atómico, alcanzado en el presente decenio y que asegura su mutua destrucción en caso de conflicto grave, ha facilitado, paradójicamente, muchos de sus contactos, y ha justificado muchas de las concesiones que, de una y otra parte, se presentaban todavía ayer como imposibles, sobre todo del lado soviético.

No debe sorprender que Europa haya estado ausente de una negociación en la que estaba interesada en primer término, ya que eso no es sino la consecuencia de un lento pero constante debilitamiento de su potencia real sobre el tablero internacional. La Europa de las patrias se suicidó literalmente a lo largo del siglo XX desgarrándose, entre otras ocasiones, con motivo de los dos terribles conflictos de 1914-1918 y 1939-1945. Ese suicidio colectivo, del que son manifiestamente corresponsales el conjunto de las naciones europeas, ha restado credibilidad a un continente que, a pesar de la existencia del Mercado Común, aún hoy es incapaz de hablar con una sola voz. En tanto no exista una sola Europa política y militar, su peso específico no representará nada desde el punto de vista internacional. Más aún, la profecía de “una Europa desde el Atlántico a los Urales”, lanzada a principio de los años ochenta por el general De Gaulle, corre el riesgo de transformarse, por el contrario, en la fórmula fatal que sería “una Europa desde los Urales al Atlántico”, a la que sin duda apunta el señor Gorbachov. Así se presenta uno de los aspectos de una cuestión multifacética en el momento en que la insertemos debidamente en el riguroso marco de un examen global de la situación mundial puesta al día;

---

**Jacques Guillemé-Brullon**, especialista en las relaciones Este-Oeste, ha sido corresponsal de “Le Figaro” en la Unión Soviética y en otros países de Europa oriental. Ha dirigido el diario parisiense “L’Aurore”

situación que vamos a tratar de analizar a continuación, tan esquemática y objetivamente como nos sea posible.

### **1900-1947: cuarenta y siete años de malhadadas decisiones**

Si es cierto que el conjunto de la Historia semeja a una larga cadena cuyos eslabones se entrelazan según sutiles y complejas combinaciones, del mismo modo los acontecimientos mundiales de nuestro fin de siglo se encuentran ya contenidos por completo en su propia génesis, que se sitúa entre los años 1900 y 1919. Los años comprendidos entre 1919 y 1947 no representan más que el desarrollo previsible de los primeros. Estos dos períodos aparecen ya marcados por la falta de imaginación de los hombres de Estado occidentales, por las ideas falsas y las realidades testarudas, por una cierta tendencia al lugar común, por los prolegómenos de la desinformación (ver principalmente los verdaderos orígenes de la guerra 1914-1918) y del terrorismo sanguinario (véase el atentado de Sarajevo) o intelectual (ver la respuesta de Malraux a Souvarine en 1935 a propósito de su libro sobre Stalin<sup>1</sup>).

En vísperas del primer conflicto mundial, dos hombres hubieran podido forzar un transcurso más armonioso de la política europea: Joseph Cailaux<sup>2</sup>, en Francia, y Stolypine<sup>3</sup>, en Rusia. El primero sería políticamente asesinado entre 1913 y 1914; el segundo lo fue físicamente en 1911, en Kiev.

El examen de las responsabilidades compartidas en el desencadenamiento de la guerra 1914-1918 resulta fulgurante. Pues es entonces cuando se pone en movimiento la inexorable mecanicidad que aún rige nuestros destinos. La voluntad de revancha del Estado Mayor zarista, obsesionado por la humillación del desastroso conflicto con el Japón en 1909. La voluntad de los círculos militares y políticos franceses de reconquistar Alsacia-Lorena. La difusa voluntad de poder de la Alemania imperial. La voluntad del Almirantazgo británico de terminar con “la intolerable provocación” que constituía para él la existencia de una flota de guerra alemana en plena expansión. La voluntad del gobierno de Viena de no hacer frente a los acontecimientos que la asediaban.

El Tratado de Versalles (1919) crea las condiciones ideales para la repetición del conflicto, pero esta vez a nivel planetario. La excesiva humillación de Alemania y su inevitable corolario: la exacerbación de un nacionalismo delirante. La destrucción de Austria-Hungría y el nacimiento artificial de una mezcolanza de pequeños Estados destinados, por definición, a caer en las garras del pangermanismo, primero, y, seguidamente, del paneslavismo soviético.

El examen de los fatídicos datos, equivalentes a otras tantas etapas decisivas, que conducirían hacia la II Guerra Mundial, está pletórico de enseñanzas. Abril de 1917: salida de Lenin, Radek y Cía., de Zurich hacia Petrogrado. Primavera de 1918: acuerdo germano-ruso de Brest-Litovsk.

16 de abril de 1922: firma del acuerdo soviético-alemán de Rapallo. 1929: el general Von Seeckt estimula el “flirt” germano-soviético. 14 de abril de 1931: proclamación de la II República española. Enero de 1933: Adolf Hitler se apodera del poder en Berlín. 1935: firma de un tratado naval germano-británico, restablecimiento del servicio militar obligatorio en Alemania. Febrero de 1936: victoria del Frente Popular en Madrid. Marzo: las tropas alemanas reocupan Renania. Mayo-junio: victoria del Frente Popular en París. 18 de julio: se desencadena la guerra civil en España. Noviembre: reelección de Roosevelt para la Casa Blanca. Abril de 1938: entrada de las tropas alemanas en Viena. Septiembre: Munich y la anexión de los Sudetes por parte del III Reich; Adolf Hitler improvisa y gana. Marzo de 1939: acuerdos en Londres-París-Varsovia, que garantizan las fronteras polacas. Marzo, de nuevo: los alemanes entran en Praga. Agosto: firma del pacto germano-soviético en Moscú. Invasión de Polonia por parte de Alemania. 2 de septiembre: Gran Bretaña y Francia declaran la guerra al III Reich.

Toda una serie de acontecimientos lógicos dentro de su falta de lógica. Dominados por la estrecha colaboración americano-soviética (desde 1917), por una parte, y germano-soviética (desde 1918, en Brest-Litovsk), por otra. Una guerra emprendida en 1939 cuando la Armada alemana no se encontraba aún en situación de poder sostener un conflicto mundial. La Wehrmacht no hubiera estado preparada hasta 1943. En 1939-40, los franco-británicos eran superiores tanto en el mar como en el aire; tenían por lo menos igualdad, en lo que se refiere al Ejército de Tierra, con respecto a los alemanes<sup>4</sup>. La campaña de Francia la ganan unos ciento cincuenta mil hombres de las diez divisiones Panzer, gracias a la estrategia *y* a la táctica del general Von Manstein *y a* un Estado Mayor fuera de serie.

1941-42: años decisivos de la última guerra mundial. La locura de la campaña del Este. 22 de junio de 1941: la URSS, con 22.500.000 kilómetros cuadrados y 250 millones de habitantes. Un segundo frente abierto en el Oeste. Diciembre de 1941: Pearl Harbour, los Estados Unidos entran en la guerra. Las cartas están echadas. Noviembre de 1942: nacimiento del “homo sovieticus”. El pueblo ruso está condenado a convertirse en tal a causa de las exacciones de los nacional-socialistas en territorio soviético. Enero de 1943: Stalingrado, la Wehrmacht emprende la retirada. Los cálculos equivocados de Londres y Washington estropean la partida.

1945: Yalta; Stalin se convierte en el gran vencedor del conflicto en el Oeste; un Stalin que, por otra parte, se reserva la parte del león en el Este al intervenir a última hora contra el Japón. El error de exigir a Alemania una capitulación sin condiciones rompe definitivamente a Europa. El error de dividir en dos a Alemania la conduce por fuerza a dominar la escena europea, principalmente a causa de la creación de una “Prusia roja” en estado puro. El error de abandonar, sin condiciones, a la URSS la totalidad del Este obliga a Europa occidental a ponerse bajo la tutela de los Estados Unidos.

En 1947, Churchill, en su célebre discurso de Fulton, afirma: “Nos hemos equivocado de enemigo.” El mismo año se propone el plan Marshall

a toda Europa, pero Europa del Este lo rehúsa por orden del Kremlin, en tanto que Praga, entre otras, estaba dispuesta a aceptarlo.

### **“La pareja maldita”, Estados Unidos-URSS**

En la práctica, los orígenes de la colusión americano-soviética se remonta, de hecho, al otoño de 1917. En esa época, bajo la cobertura de una misión de la Cruz Roja americana, William B. Thompson, director de la Banca Federal de New York, y su adjunto Raymond Robbins, se presentan en Petrogrado y toman contacto con el novísimo poder soviético con intención de establecer fructuosas relaciones comerciales con él. A su regreso a Washington, a fin de año, W. B. Thompson se entrevista con el presidente Wilson y el coronel House. Se esfuerza por convencerles de que únicamente los soviéticos serían capaces de restablecer el orden en el inmenso caos ruso y que, por tanto, convenía reconocer cuanto antes al régimen bolchevique. Si bien ese reconocimiento oficial no tuvo lugar hasta fines de 1933, después de la elección triunfal de Roosevelt en noviembre de 1932, los lazos comerciales e industriales entre Estados Unidos y la URSS no cesaron de intensificarse a lo largo de esos dieciséis años, sobre todo por la influencia de Armand Hammer. Uno de sus triunfos será, por ejemplo, convencer a Henry Ford, a pesar de sus iniciales reticencias, a emprender, en 1939, la construcción de una fábrica en la URSS, capaz de fabricar 100.000 vehículos por año.

A mediados de los años veinte, el financiero Bernard Baruch, todopoderoso en Wall Street, lanzará una fórmula, cuyas premisas serán utilizadas desde entonces por la finanza internacional, en numerosas ocasiones, para justificar la intensificación de los lazos comerciales y el suministro de materiales tecnológicos a la URSS: “Si algún día es restaurado el capitalismo en este país será por la influencia sesgada de una estrecha cooperación con Occidente”. La II Guerra Mundial llevará a su cenit tal colaboración.

Entre 1950 y el final de los años sesenta, en el momento de la guerra fría que sucedió al conflicto entre las dos Coreas, ciertos políticos se esforzaron en frenar el movimiento, sin resultados notables. Y desde el comienzo de los años setenta, en el momento de la distensión y los acuerdos SALT, que permitieron a la URSS llegar a la paridad nuclear militar con los Estados Unidos, los intercambios se reemprendieron a más y, mejor. La Harvard Business School llegó hasta multiplicar sus escuelas de “management” en el Este y a propiciar la formación de cuadros marxistas.

Como continuación de las famosas “mesas redondas” de industriales americanos y tecnócratas soviéticos, que se constituyeron entre las dos guerras, nacen, entre 1972 y 1973, dos organizaciones de intercambio: la Comisión Trilateral y la USA-USSR Trade and Economic Council. La primera, patrocinada por el grupo Rockefeller, creó una verdadera plataforma político-industrial, agrupando a los Estados Unidos, mayoritarios, con Eu-

ropa y el Japón, con vistas a alinear sus políticas de venta en dirección a la Europa del Este y preferiblemente a la URSS.

La segunda, compuesta de 52 personalidades –mitad soviéticas, mitad americanas–, estaba destinada a convertir en tan fluido como fuera posible el comercio entre Estados Unidos y la URSS. La lista del grupo americano contenía las más importantes firmas, y con su sola presencia atestiguan claramente la voluntad del poder multinacional de alcanzar relaciones privilegiadas con la URSS, bajo el pretexto, naturalmente, de conducir al Gobierno soviético por la senda de la “liberalización”.

En plena distensión, Erik Laurent, en su libro “La sogá para ahorcarles”<sup>5</sup>, revela que las firmas implantadas en territorios comunistas representaban en el Oeste el 75 por 100 de la actividad industrial y el 85 por 100 de las exportaciones (desde entonces nada se ha modificado en esa materia, antes bien al contrario). Los Bancos que facilitaron créditos a los países del Este controlaban las quinientas mayores firmas americanas y empleaban el 75 por 100 de todos los trabajadores de la industria. El conjunto de esos Bancos gerenciaba el 80 por 100 de todos los activos del mundo financiero occidental. Cifras elocuentes a más no poder, que de una u otra forma permiten al Estado tener en su mano al Estado vendedor, transmutando la famosa fórmula: “quién guía a quién”.

Ciertamente, todo ello no constituye más que una reposición de los niveles alcanzados entre 1917 y 1941 por los hombres de negocios americanos. En junio de 1944, Stalin recordó a Harriman, consejero de Roosevelt y mucho tiempo embajador en la URSS: “Los dos tercios de nuestras industrias de base se deben a vuestra ayuda y a vuestra asistencia técnica.” El padrecito de los pueblos omitía añadir que el tercio restante había sido realizado por industriales de la República de Weimar y del III Reich. Nos preguntamos cuáles serían hoy las cifras si, en un alarde de franqueza, el señor Gorbachov nos diera la extensión de la ayuda y de la asistencia oficiales de Estados Unidos y del conjunto de Occidente, sin tener en cuenta, por supuesto, los suministros de informaciones especiales que se procura la sección T de la primera dirección principal del KGB, que se interesa, entre otros asuntos, en la investigación nuclear, en los misiles, en la investigación espacial, en la cibernética y en la tecnología industrial en general.

Desde 1941 hemos asistido a una competición entre el mundo de los negocios y el poder político en Estados Unidos; el primero modificando, a decir verdad, generalmente, las decisiones del segundo, por medio de las más diversas presiones que se pueden imaginar, a fin de mantener el más alto nivel de relaciones comerciales, diplomáticas y estratégicas con la URSS. Y a cualquier precio. Piénsese solamente en el trayecto recorrido por Ronald Reagan desde su denuncia de “el imperio del Mal”, en 1981, al principio de su mandato –lo cual hizo correr mucha tinta entre los aliados de los Estados Unidos– y su voluntad última de lograr a cualquier precio y costase lo que costase un acuerdo sobre los euromisiles con Gorbachov... esperando algo mejor.

Y es que no nos hemos dado jamás cuenta de hasta qué punto los intereses objetivos de Washington y de Moscú convergen a escala planetaria, al menos a medio plazo. Ambos utilizan un lenguaje y manejan posibilidades que no están al alcance de los europeos. Las relaciones entre las dos superpotencias podrían resumirse de manera expresiva en cuatro frases, de las cuales estamos viviendo actualmente la tercera.

1. 1917-1945: desde la libre cooperación a la ayuda masiva.
2. 1945-1987: desde la ayuda masiva al entendimiento objetivo surgido de una ayuda selectiva.
3. 1987-...: desde el entendimiento objetivo a la libre alianza surgida de un súper-Yalta planetario y de una ayuda significativa.
4. Desde la libre alianza a un posible conflicto, en algún momento del siglo XXI.

\*\*\*

Dicho lo anterior, la balanza diplomático-estratégica entre las dos superpotencias se inclina, desde 1945, furiosamente a favor de la URSS. Recordemos: Yalta (1945), explosión de la primera bomba A soviética (1949)<sup>6</sup>, conflicto coreano (1950-1953), revueltas obreras en Berlín Este (1953), entrada de los tanques soviéticos en Budapest (1956), toma del poder de Castro en Cuba (1959), crisis de los misiles en Cuba (1962), separación de Francia de la OTAN (1966), el Ejército soviético entra en Praga (1968), fracaso americano en el Vietnam (1969-1973), creación de una República Popular en Yemen del Sur (1970), nacimiento de la Trilateral (1972), obtención del control de Angola por parte de los cubano-soviéticos (1975), reconocimiento *de jure* del imperio soviético al este de Europa por medio de la Conferencia de Helsinki (1975), instalación de un poder marxista en Etiopía (1976), toma de Camboya por las tropas vietnamitas (1977), caída del Sha y ascensión de Jomeini en Irán (1979), triunfo de una República Popular en Nicaragua (1979) e invasión de Afganistán (1979). El balance aparece pesadamente volcado del lado soviético; los americanos sólo pueden vanagloriarse de dos éxitos patentes: el fracaso de Stalin en su tentativa de aislar Berlín (1948) y la toma de la isla de Granada por las fuerzas especiales de los "marines" (1983). Y aún así esta última operación suscitó críticas, a veces muy violentas, por parte de los "aliados" atlánticos de Washington.

## La Europa del Oeste en el punto de mira

Ya es tiempo más que sobrado de decir y repetir que la suerte de Europa se librará en Alemania y no en ninguna otra parte. De decir y repetir que esa suerte se librará muy verosímelmente sin conflicto, e incluso con suavidad. En este asunto hay un cierto número de elementos precisos que contribuyen a debilitar seriamente la posición de la RFA y consecuentemente la de la Europa continental.

1. La división de Alemania en dos campos, uno de los cuales se encuentra sólidamente arrimado a la URSS y el otro en posición inestable, a causa de las inconsecuencias de la política llevada durante cuarenta años hacia el pueblo alemán occidental, por parte de los “aliados de boquilla” en el seno de la comunidad europea, ha perturbado gravemente y perturbará, de forma durable, el juego oeste-europeo, suponiendo que éste exista.

2. La doble fascinación secular que ejerce el Este sobre el conjunto de Alemania, y esta última sobre Rusia, con las consecuencias fácilmente previsibles que tal fascinación recíproca puede provocar en las futuras relaciones germano-soviéticas.

3. La conclusión del acuerdo americano-soviético sobre la opción doble cero corre el riesgo de forzar aquellas tendencias hacia el paroxismo. Es interesante subrayar a estos efectos que un reciente sondeo efectuado en la RFA por parte de institutos muy serios –el Instituto Wickert y el Instituto Infratest– han revelado que el 78 por 100 de los alemanes del Oeste desean la eliminación total de los misiles nucleares en Europa; y que el 85 por 100 de ellos son favorables a la opción doble cero. Pensamos que, en esas condiciones, la desnuclearización del centro de Europa puede ser considerada ya como un hecho. Tanto más cuanto que está claro que el señor Gorbachov no dejará que el asunto se enfríe, y que practicando la política del “salami”, de la que son maestros los soviéticos, el amo del Kremlin, una vez firmado el acuerdo con Reagan sobre la opción doble cero, cuestionará, a corto plazo, para su mejor provecho, las fuerzas nucleares; si no las británicas, al menos las francesas. En este contexto, no olvidemos el género de presiones a las que podría estar sometida Francia, en un momento dado, por parte de los soviéticos, y tal vez por parte de los americanos. En noviembre de 1956, bajo esta doble presión debió ser abandonada la expedición de Suez, primero por los británicos y después por los franceses. Los Estados son monstruos fríos.

4. El señor Gorbachov, cuya capacidad de maniobra nos ha sido ya dado apreciar, no tendrá necesidad de forzar su talento para conducir a nuestros vecinos de Alemania occidental al camino de la desnuclearización total de Europa, la cual ya hemos visto que reclaman, desde ahora, con sus votos. El señor Gorbachov dispondría, en cualquier momento, de argumentos difícilmente contestables por parte de cualquier Gobierno alemán-occidental. Con el tiempo ¿no estaría la RFA condenada a estrechar más aún sus lazos con los países del Este, y sobre todo con la RDA y la URSS, para sobrevivir industrial y financieramente? Una confederación –y no una reunificación– de los Estados alemanes –que, de hecho, ya existe prácticamente en el plano económico– no parece inconcebible. La llave de tal confederación, que no pondría en cuestión el estatuto de la RDA, se encuentra, por otra parte, en Moscú.

Bajo esta óptica ¿no debemos considerar que un nuevo dato, esta vez estratégico-económico, aparece poco a poco en el horizonte europeo? Frente a la caída de los mercados del Tercer Mundo y a la absoluta imposibilidad de reequilibrarlos; frente a la difícil penetración en los mercados

americanos y asiáticos, naciones como Francia, Italia y España, siguiendo a la RFA ¿no estarían tentadas u obligadas a vender masivamente a una URSS acogedora y pagando al contado, con el fin de tratar de resolver sus problemas económicos e industriales, generadores de profundos desequilibrios sociales, en cabeza de los cuales se encuentra un paro cada vez más insoportable, susceptible de provocar movimientos de esencia revolucionaria? Tales resultados, unidos a la terrible lógica de los hechos, ¿no significarían, de una manera más o menos directa, la instalación de una especie de “pax soviética” sobre el conjunto de Europa?

Corolario a esa eventualidad: ¿no deberíamos interrogarnos desde ahora sobre el carácter pretendidamente insoslayable de la presencia americana en Europa continental en relación con la estrategia planetaria de los Estados Unidos? La posibilidad de una desvinculación americana debería haber sido contemplada desde 1984 por los dirigentes europeos responsables cuando –en un discurso que ha resultado célebre– Henry Kissinger declaró en Bruselas que la protección del paraguas nuclear americano “no será eterna”. Por otra parte, el mantenimiento de importantes efectivos americanos en Europa grava de manera excesiva el presupuesto militar de los Estados Unidos. Inevitablemente vendrá un día en que el Congreso americano votará una enmienda por la que exija el retorno de los “boys” a los Estados Unidos, tanto más cuanto que la riqueza europea debería hoy permitirle asegurar la defensa del Continente por sus propios medios.

Ese razonamiento es de tal manera evidente que en la revista “Kultura”, editada en lengua polaca en París (número 5, mayo, 1987), el profesor neoyorquino Irving Kristol –que sin embargo es republicano de la tendencia de Reagan– declara: “La OTAN en su forma actual nos ata las manos de forma absoluta... Los Estados del oeste europeo impiden a los Estados Unidos llevar una política independiente. Europa nos moviliza y nos impide a nosotros, americanos, llevar una política internacional global y coherente.”

La argumentación de Irving Kristol es la siguiente: la OTAN es “una alianza enferma” que debilita la voluntad de los europeos occidentales de resistir a los soviéticos. Los Estados Unidos no sacan ningún provecho de dicha alianza, pues los Gobiernos europeos no se preocupan en absoluto de sus propios intereses y no pretenden participar en la política mundial. Los Estados Unidos ya no pueden soportar la carga europea. Los americanos ya no pueden mantener en el centro de Europa un Ejército que se ha convertido en un rehén. Tanto más cuanto que “¿quién sabe si el conflicto entre América y la URSS no tendrá lugar en cualquier otro continente distinto de Europa!”. La OTAN debe transformarse en “una alianza puramente europea” con una, retirada de las divisiones americanas planificada para cinco años.

En realidad, hubiera habido en el pasado una oportunidad real de salvar la OTAN si los europeos, en lugar de criticar sistemáticamente a los Estados Unidos, hubieran ellos mismos propuesto a los americanos concluir una alianza planetaria que les hubiera permitido, ocasionalmente,

facilitar aquí y allá ayudas a sus aliados del otro lado del Atlántico, en lugar de beneficiarse de una alianza en sentido único. La gota que ha hecho desbordar el vaso ha sido la negativa de Europa a emplearse a fondo en la zona del Golfo Pérsico, de donde depende, después de todo, la parte principal de su avituallamiento en petróleo y no el de los Estados Unidos.

Dicho esto no es menos cierto que en las relaciones Este-Oeste hace mucho tiempo que las iniciativas ya no vienen del campo occidental. Tanto en el plano diplomático como en el estratégico. Esta realidad nos muestra, con una regularidad de metrónomo, que los dirigentes de la Comunidad Europea se presentan casi siempre en orden disperso, frente a las iniciativas continuamente renovadas y fraccionadas de Gorbachov, aportando la prueba definitiva de que la imaginación, el espíritu de solidaridad y hasta el instinto de conservación han desertado de sus cerebros.

En este marco no debería ser descartado un súper-Yalta entre Washington y Moscú, esta vez a nivel planetario, abarcando todos los continentes con excepción de Asia.

Tal perspectiva aparece tanto menos inverosímil cuanto que, repitámoslo, los europeos, y sobre todo los franceses no han realizado ningún esfuerzo serio con vistas a presentar un frente unido de oposición a la amenaza soviética. Sin duda, vendrá un tiempo en que sea necesario cuestionar el testamento gaullista que lastra de manera dramática los destinos de nuestro continente. No hay que olvidar que en diciembre de 1944 —la guerra no había concluido aún—, De Gaulle se dirigió a Moscú con el fin de concluir “une belle et bonne alliance” con Stalin. Desde ese momento el general entendió que mantenía la balanza equilibrada entre Washington y Moscú. Pero para conseguirlo tenía que haber tenido medios suficientes. Sólo una Europa unida políticamente desde el principio hubiera podido hacer frente a la amenaza soviética y adquirir un peso específico de ámbito mundial, pero en 1954 la colusión entre gaullistas, socialistas y comunistas permitió la separación de Francia de la Comunidad Europea de Defensa (CED). Una CED que seguidamente hubiera hecho aproximarse a la RFA a Europa occidental. Esa oportunidad no se presentaría nunca más.

En 1966, y siempre bajo el impulso del general De Gaulle, Francia abandonó la OTAN, y con ello destruyó las virtudes fundamentales de una Alianza Atlántica que jamás ha vuelto a rehacerse. La “force de frappe” francesa que, construida a escala europea, hubiera sido perfectamente disuasiva, se convirtió en un instrumento mediocre, apropiado a la *France seule*<sup>7</sup> de antaño. Desde ese momento era el equivalente a una línea Maginot con capacidades ilusorias. De esa manera puede explicarse la advertencia lanzada por el Papa Juan Pablo II cuando, dirigiéndose el 4 de mayo de 1987 a un auditorio germano-occidental, mostraba su inquietud por “el fracaso, preparatorio del caos, que se aproxima a nuestra Europa occidental”.

## **Los desastrosos datos económicos**

La crisis que conoce actualmente el mundo afecta paralelamente a las economías del Este y a las del Oeste. Sus causas son, por el contrario, divergentes. Las deficiencias de las primeras surgen de su burocracia y de la esclerosis provocada por el sistema marxista. Los fallos de la segunda nacen de una interpretación perversa de las leyes de la concurrencia y del liberalismo. Para ser creadoras y viables, estas últimas deberían tener en cuenta más los deberes que los derechos que supone una concurrencia honestamente administrada. Por otra parte, las naciones occidentales no tienen definiciones idénticas para lo que llaman pomposamente "el liberalismo". Si bien el embalaje puede ser con frecuencia comparable, el contenido varía hasta el punto de llegar a ser irreconocible; no solamente de acuerdo con las latitudes en las que se aplica, sino también con el modelo interior de cualquier zona concreta que se estudie a título de ejemplo. El liberalismo se convierte entonces en lo que se quiera o en lo que se desee imponer e incluso en lo contrario. Tal comportamiento conduce a un liberalismo salvaje, generador de enfrentamientos sin cuartel. Primero, en el seno de una misma nación; luego, entre naciones europeas; por último se desdoblará en un choque entre Europa del Oeste y los Estados Unidos, los Estados Unidos y Japón, Japón y la Europa del Oeste, llevando al límite la anarquía y los desajustes en los sectores industriales, financieros y monetarios.

La deuda fabulosa del Tercer Mundo –que nadie ignora que no será en ningún caso reembolsada– se superpone a la anarquía y a esos desajustes, haciendo, aparentemente, insoluble la solución del problema global. ¿Será el fracaso del capitalismo desmelenado, incontrolado, enfrentado a sus peores contradicciones desde el fin de la segunda guerra mundial? Vale la pena preguntárselo. Porque lo que caracteriza a la situación presente es la ausencia de una dirección coherente y responsable en el interior de una zona de economía de mercado que ha caído en la trampa de la improvisación. El ejemplo de los Estados Unidos está ahí para hacernos reflexionar. Efectivamente, asistimos, al otro lado del Atlántico, a uno de los más espectaculares fracasos de la política preconizada por Mr. Ronald Reagan. La nación reputada como la más potente del mundo vive, manifiestamente, por encima de sus posibilidades. Y su presupuesto presenta un pasivo que crece de manera vertiginosa con el tiempo. Su deuda exterior roza los 300.000 millones de dólares, arrastrando en una verdadera danza macabra al conjunto de los países occidentales. ¿Quién y cómo podrá interrumpir esa galopada fantástica?

Del lado de Moscú, la separación entre la realidad de los precios y lo que pagan por ellos los consumidores soviéticos, en el caso de los productos alimenticios, varía, lo más corrientemente, de uno a cinco o de uno a siete. El Estado cubre, año tras año, ese prodigioso déficit que a la larga acabará por hacerse insoportable. Los pretendidos esfuerzos del señor Gorbachov para alcanzar un mínimo de equilibrio no parecen, para nada, dar resultado de momento. Hace falta que el dogal político-militar e ideo-

lógico-policíaco disponga de los medios necesarios para impedir cualquier explosión de esa caldera económica puesta al rojo. Por otra parte –a diferencia de los países occidentales, con direcciones multipolares y divididas (sólo las multinacionales disponen de una relativa coherencia y, por tanto, de una relativa política a plazo medio)–, el aparato soviético de dirección se beneficia de la continuidad y de la unidad de mando. No deberíamos subestimar las capacidades de los hombres que asumen responsabilidades económicas en la URSS. Tal como escribe Eric Laurent en “La soga para ahorcarles”<sup>8</sup>: “En el interior de ese gran cuerpo burocrático, que imaginamos afectado de una torpeza mortal, las organizaciones comerciales que negocian con Occidente son otras tantas células autónomas de talla reducida que disponen de los más sofisticados instrumentos de análisis y de acción. No más de una docena de hombres, por ejemplo, indica a un banquero americano que dispone de plenos poderes para la compra de trigo a lo largo de todo el mundo. Todos los hombres de negocios que han comerciado con ellos comparan a los responsables soviéticos a jugadores de ajedrez, que preparan cuidadosamente cada uno de sus movimientos buscando la compleja combinación más apta para sorprender y desarmar. La mayor parte de ellos se han formado en el Instituto de Relaciones Internacionales o en la prestigiosa Academia para el Comercio con el Extranjero, equivalente real de la Harvard Business School americana.”

Así, pues, dos economías antagónicas se debaten entre terribles dificultades, enfrentándose o dándose la espalda –paradoja o prefiguración de un cierto porvenir– en un combate tan impreciso como desigual. Nadie podría en nuestro tiempo tener la pretensión de profetizar cuál de las dos sociedades morderá primero el polvo. Pero, por contra, está muy claro que la que goza de continuidad y de tiempo tiene mejores posibilidades de sobrevivir.

### **Explosión demográfica del Tercer Mundo. África en primer lugar**

Esta explosión demográfica domina y completa el tablero de datos económicos inquietantes que caracterizan la evolución del mundo contemporáneo. Antes de volcarnos con más detalle sobre África, que presenta las características más típicas de este fenómeno literalmente volcánico, se impone, en primer lugar, repasar algunas cifras para calibrar la amplitud de la crisis demográfica que el Este y el Oeste ven asomarse por el horizonte. Sin que ni uno ni otro dispongan de una metodología o un sistema capaz de controlarlo. Porque si la demografía se dispara en los países del Tercer Mundo, en Occidente se estabiliza o se encuentra en estado de recesión, principalmente en Europa del Oeste, pero también en las regiones llamadas de la Rusia blanca, en la URSS.

Un examen rápido de la situación mundial en 1987 nos muestra que China ha alcanzado los 1.042 millones de habitantes, y la India 900. África, por su parte, cuenta con 450 millones de habitantes, de los que 123

son magrebíes, en tanto que en 1950 había dos veces más europeos que africanos.

De aquí al año 2050, la población del Tercer Mundo se habrá triplicado y constituirá del 75 por 100 de la totalidad de la población mundial. Y el 75 por 100 de los niños nacerán en los países en vías de desarrollo o francamente subdesarrollados. Lo cual significa que África contará, por su parte, con más de 1.100 millones de habitantes, cifra que los europeos deberíamos tener presente.

Pero antes de ir más lejos en el examen de la eclosión infantil africana y de sus consecuencias conviene subrayar que en 1987 se han registrado tantos nacimientos en Turquía como en los doce países de la Comunidad. El célebre historiador Pierre Chaunu, que se interesa por la caída demográfica en Europa y nos lanza severas advertencias, insiste en recordar diversos datos fundamentales. Habida cuenta de la mortalidad infantil –nos dice–, la tasa de crecimiento cero (tasa mínima para la renovación generacional) equivale a alrededor de 2,1 hijos por mujer. Ahora bien, en la RFA, en Suecia y en Dinamarca esta cifra ha caído por debajo de 1,3, lo cual, si no se produce una rectificación significativa, conduce a esos Estados a una desaparición física progresiva a largo plazo. Ese índice no es, ni mucho menos, más brillante en Gran Bretaña o en Francia, en donde se sitúa en 1,7 y 1,8 respectivamente. Resulta, pues, que si Europa no toma medidas drásticas para intentar invertir la tendencia puede llegar a una especie de destrucción mutua asegurada, por falta de una tasa de natalidad suficiente. El 15 por 100 de los europeos tienen más de sesenta años. Como consecuencia local de ese envejecimiento de la población, el Gobierno de la República Federal de Alemania se ha visto obligado a prolongar la duración del servicio militar de los quince a los dieciocho meses. Es claro que esa especie de medicación desesperada no puede renovarse indefinidamente. No dudemos más de que, de continuar ese cataclismo demográfico, deberemos considerarlo, de la misma manera que los factores económicos difícilmente controlables, como un nuevo dato estratégico que no se podrá dejar de tener en cuenta y que se impondrá, como una avalancha, a los futuros gestores de nuestro continente, de una u otra tendencia, tanto en el Este como en el Oeste.

Con más de mil cien millones de habitantes, Africa se convertirá en una tierra de miseria y de revueltas, assolada por epidemias fulgurantes. Pero sin llegar tan lejos, países como el Zaire de Mobutu, la Costa de Marfil y el Senegal, por no citar más que aquellos cuya gestión puede considerarse como razonable, conocen dificultades considerables. En el Zaire, por ejemplo, el PNB no cubre ni el importe de los intereses de la deuda exterior. La explosión demográfica se añade, pues, a los grandes problemas económicos y financieros. Por otra parte, a ejemplo de Kenia, Uganda o el Zaire, la epidemia del SIDA alcanza ya a centenares de miles de personas, pues los individuos seropositivos en África negra se cuentan, hoy, por decenas de millones<sup>9</sup>.

No es exagerado decir, por lo demás, que en menos de cinco años el conjunto de los países africanos se encontrarán en situación de suspen-

sión de pagos frente a la comunidad internacional. El fenómeno demográfico ya no permitirá a una Administración precaria asegurar a las poblaciones un relativo equilibrio de vida, y no digamos nada de lo que pueda referirse a la instrucción o al trabajo. No nos engañemos: el África negra, en su totalidad, volverá a un estado tribal, generador de las peores violencias, con excepción del África del Sur; a no ser que las buenas conciencias de la democracia occidental, de acuerdo circunstancialmente con los terroristas y los manipuladores del KGB, no consigan hacerla estallar.

Ni el Este ni el Oeste podrán volver a dominar ese prodigioso caos africano que, en definitiva, sólo servirá durante un tiempo a los objetivos del Kremlin. Sin duda, a Moscú le bastará con que Occidente no pueda continuar sus regulares y provechosos intercambios con pueblos a los que ha devuelto, tal vez demasiado pronto, los poderes y la responsabilidad de su destino, cuando aún no disponían de los grupos dirigentes necesarios y suficientes para asumirlos. A no ser que esta cultura particular, inherente al estado tribal, y a la cual se refieren de nuevo algunos, celebrándola, no sea, a fin de cuentas, sino el ideal que acompaña mejor con sus propias poblaciones.

De una u otra forma, en todo caso, librado a la anarquía, el continente africano se fijará como una plaga a los flancos de un Occidente y un Oriente, a los que esos pueblos subdesarrollados encerrarán en un mismo sentimiento de hostilidad y de oprobio; a los primeros por no haberles sabido conducir por la vía de un liberalismo cultivado, y a los segundos por haberse contentado con venderles armas y suministrarles consejeros militares con el fin de que se maten entre ellos.

Probablemente los Estados magrebíes no conocerán una evolución tan dramática. Aunque todo puede ser posible, ya que su capacidad de resistencia va a ser puesta a prueba por la ola fundamentalista, que, venida del Irán, asalta ya a Egipto y, en menor grado, a Argelia y a Marruecos.

Por último, demos una vista rápida a la escalada del Islam en África negra, principalmente en Senegal. Es un dato reciente, pero en constante crecimiento, que podría modificar de manera significativa la evolución de algunos Estados del África Central, cuya recuperación por parte de “los locos de Dios” plantearía problemas no menos delicados.

## **El enfrentamiento Estados Unidos-América Latina**

En América Latina, y más exactamente en América Central, el acceso principal podría llegar a ser México, que plantea un problema esencial a los Estados Unidos. Ya no es el tiempo en el que, por medio de procónsules norteamericanos interpuestos, Washington reinaba de una u otra forma (por medio de presiones económicas o políticas) sobre el enorme bloque hispanoamericano. El apogeo del colonialismo impuesto por los Estados Unidos a dicha región se sitúa entre 1898 –fecha en la cual las tropas americanas intervinieron contra España en Cuba, a fin de “ayudar” a esta última a acceder a su independencia– y el final de los años cincuenta.

Desde entonces la situación para Washington no ha cesado de degradarse en el seno del antiguo imperio español. Desde 1959, fecha de la ascensión de Castro al poder en La Habana, el marxismo no ha cesado de ganar puntos en América Latina. El último gran acontecimiento ha sido la conquista del poder por los sandinistas. Señalemos dos hechos significativos, a propósito de esta confusión de datos geopolíticos y estratégicos de la región: primero, el neutralismo, por no decir la apatía, y, a veces, la ayuda indirecta a los revolucionarios por parte de la Administración americana, principalmente en Cuba y en Nicaragua. Segundo, la ayuda manifiesta acordada por la URSS, tanto a los castristas como a los sandinistas.

En el primer caso, los liberales norteamericanos se basaban en la mala conciencia de un Estado afecto de puritanismo, para hacer triunfar una extraña democracia. En el segundo, los soviéticos se esforzaron por crear un nuevo frente en uno de los terrenos privilegiados de los Estados Unidos y, por así decir, en su misma frontera. Pues el proyecto de los estrategas del Kremlin no podía ser más claro: ganar pequeñas partidas en América Central, con la colaboración activa de Cuba, a fin de abrirse, de forma lenta pero cierta, un camino seguro hacia México.

Un México con cerca de 100 millones de habitantes, con un presupuesto abrumado por una deuda de cerca de 200 millones de dólares, con una población inestable que de repente podría mostrarse sensible a la llamada de la revolución. México, que linda con los Estados Unidos en cerca de 3.000 kilómetros; una frontera enormemente permeable que es franqueada cada año por centenares de miles de clandestinos en dirección al "Eldorado" norteamericano. La amenaza se presenta aquí por partida doble y sin paliativos. Por una parte, la amenaza de una toma de poder marxista en México, con los riesgos de enfrentamientos directos que tal eventualidad implicaría; y por otra, la organización, en el interior mismo de los Estados Unidos, de un terrorismo masivo, siempre posible a causa de la presencia sobre el territorio norteamericano de unos 18 millones de ilegales de origen hispánico.

En resumen, una doble amenaza que los dirigentes de Washington no podrían pasar a la cuenta de pérdidas y ganancias en la medida en que cuestionaría la existencia misma de la República americana. Eso es lo que justifica la intervención de los "marines" en 1983, a lo largo de la operación aeronaval sobre la isla de Granada, en donde, bajo la dirección de equipos soviético-cubanos, estaban siendo construidas pistas capaces de acoger aviones estratégicos de gran capacidad. Sólo así se explica la ayuda proporcionada por la Casa Blanca a los "contras" antisandinistas, así como el alto interés que Washington presta a los acontecimientos de El Salvador.

Esto justifica también, en parte, el que la Administración norteamericana desee repatriar las tropas que mantiene permanentemente en Europa Central, con el fin de poder reaccionar sin retraso en caso de amenaza repentina contra el mismo santuario nacional. Todo ello queda comprendido en la revaluación de la estrategia planetaria americana, a la que se dedican, sin ninguna duda, los expertos del Pentágono. Todo ello se com-

pagina también con la gran negociación que se está preparando entre Washington y Moscú. Porque, efectivamente, sólo estamos ante las primicias de un súper-Yalta planetario que se está tramando entre las dos superpotencias. ¿Y si a cambio de la neutralización de Europa la URSS abandonase su estrategia ofensiva en América Central y el Caribe? ¿Y si a cambio de esa neutralización abandonase a su suerte a los sandinistas y a los guerrilleros marxistas, diseminados por doquier en América Latina, y apoyase algo menos al régimen castrista? Siquiera fuera de forma provisional, dicha pausa podría asegurar de nuevo unos treinta o cuarenta años de paz entre la fortaleza americana y el imperio soviético. Hasta llegar ese momento, numerosos acontecimientos forzarán posiblemente la redistribución de los naipes sobre el tablero mundial, permitiendo, bien la prolongación de la tregua entre los componentes de “la pareja maldita”, bien la decisión de enfrentarse militarmente entre sí, lo cual, de todas formas, repugna a uno y otro.

Una palabra más antes de abandonar este sector clave de la defensa americana. Según un lugar común en la terminología de la diplomacia occidental, es de buen tono pretender que, en 1962, a lo largo de la crisis de los misiles en Cuba, Kruschew cedió ante el ultimátum de Kennedy. Las cosas no son tan simples. Es cierto que los soviéticos reembarcaron las cuatro docenas de cohetes nucleares que estaban a punto de instalar en territorio cubano, pero las mismas fuentes siempre olvidan mencionar cuáles fueron las contrapartidas acordadas a cambio por la diplomacia americana, y que no eran ciertamente baladíes: primero, garantía de que los Estados Unidos no atacarían bajo ningún pretexto al régimen cubano. Segundo, retirada de los misiles nucleares americanos de alcance medio, desplegados en Turquía y en territorio italiano, capaces de alcanzar la URSS. Todo ello fue realizado antes del verano de 1963. Y en esas condiciones podemos preguntarnos si toda la aventura de los misiles soviéticos en trance de despliegue en Cuba, al final de 1962, no sería sino un hábil montaje destinado, precisamente, a conseguir las famosas contrapartidas americanas. Pues parece excesivo creer que el Estado Mayor de la Armada roja fuese tan estúpido como para imaginar que los aparatos de observación de que disponían los Estados Unidos no descubrirían, tarde o temprano, la construcción de las rampas de lanzamiento de misiles soviéticos en Cuba, que ni siquiera estaban siendo disimuladas.

## **El Próximo Oriente o el reparto de responsabilidades entre Washington y Moscú**

La situación en esta región del globo se caracteriza por el conflicto Irán-Irak, por el enfrentamiento árabe-israelí y, no lejos de ahí, la continuación de la “guerra sucia” en Afganistán y por la tensión en el Golfo a causa del aprovisionamiento de petróleo a Japón y a Occidente, especialmente a la Europa del Oeste. La ruptura del equilibrio estratégico en esa región se remonta a 1979, cuando los Estados Unidos abandonaron al Sha a su suer-

te en lugar de sostenerlo en un contexto que le era todavía favorable. Se puede apostar sin miedo a que, habida cuenta del caos que se instaló desde entonces en Irán, los soviéticos hubieran dudado, ciertamente, en invadir Afganistán si hubieran percibido la mínima voluntad de los americanos por mantenerse firmemente al lado de su aliado iraní. En efecto, la Armada iraní era un excelente ejército, cuya sola existencia hubiera dado motivo de reflexión a Moscú.

Por muy diabólico que sea Jomeini, la URSS ha tenido oportunidad, en numerosas ocasiones desde la salida del Sha, de demostrar que está en condiciones de acometer múltiples manipulaciones en territorio iraní, y que la suerte del Teherán pos-Jomeini se encuentra lejos de estar decidida. El Partido Tudel, comunista, aunque está prohibido, no ha desmantelado sus estructuras clandestinas que, aunque inactivas, funcionan. Por otra parte, el régimen de los *mullahs* está seriamente infiltrado de elementos comunistas. Aunque muchos de ellos han sido identificados y liquidados, el aparato religioso no ha quedado completamente limpio. La invasión de Irán por Irak, por otra parte, ha acarreado una reacción patriótica que, hasta cierto punto, agrupa a los iraníes en torno a sus nuevos amos. Pero al eternizarse, la guerra podría provocar rupturas y trastocar la situación en principio establecida. Mas, ¿a favor de quién?

Por otro lado, ese conflicto, que colma los deseos de Israel, está siendo seguido con impasibilidad marmórea tanto por el Oeste como por el Este. "Con tal de que dure...", piensan en el fondo de ellos mismos los dirigentes de ambos bandos, a pesar de sus manifestaciones oratorias en favor de la paz. Unos y otros, aparte de los beneficios financieros que obtienen de la venta de armas a los dos beligerantes, descansan sobre la idea de que la prolongación de la guerra debilita el virus fundamentalista musulmán que, sin ella, se habría extendido como un reguero de pólvora a numerosos países árabes. Nunca se subrayará lo suficiente de qué manera las dos superpotencias actúan de acuerdo –si no deliberadamente, al menos objetivamente– en el tratamiento de esta delicada crisis. Pero tomando las precauciones más extremas con el fin de evitar todo enfrentamiento entre ellos mismos.

Los observadores avisados adivinarán, sin duda, a través de tal actitud cuál será mañana su comportamiento para tratar de ajustarlo lo mejor posible a sus recíprocos intereses. Añadamos que la prolongación indefinida del conflicto favorece a Irán, cuyo peso demográfico aplasta al de Irak (41 millones de habitantes contra 14). Incluso una semivictoria de Teherán consolidaría al régimen de los ayatolás y la ola de fundamentalismo musulmán amenazaría con invadir, entonces, el conjunto del mundo árabe, con gran perjuicio para las dos superpotencias y para el mundo entero.

El enfrentamiento árabe-israelí –al que no hay manera de encontrar solución equilibrada, por lo muy definidas que se encuentran las posiciones de una y otra parte– permite, también, las más sutiles maniobras de los dos supergrandes; maniobras de las que, por supuesto, no están ausentes los famosos servicios especiales israelíes. Con independencia de las

horribles matanzas rutinarias entre beligerantes, del firme sostén que los Estados Unidos aportan a Israel y del no menos formal apoyo que la URSS otorga a los Estados Árabes (con Siria a la cabeza), desde el verano de 1986 han acaecido hechos nuevos que merecen ser destacados, por lo significativos que parecen ser para un porvenir tal vez más próximo de lo que hasta ahora hubiéramos imaginado.

Moscú, que desde la guerra de los seis días, en 1967, rompió sus relaciones diplomáticas con Israel, arroja progresivamente señales inequívocas en dirección a Jerusalén. Un primer encuentro –muerto al nacer porque los diplomáticos israelíes quisieron abordar de entrada la suerte de los judíos soviéticos– tuvo lugar en agosto de 1986 en Helsinki, y, en su transcurso, representantes de Jerusalén y Moscú se estrecharon la mano por primera vez después de veinte años. Un segundo encuentro ha tenido lugar en 1987, esta vez en territorio israelí. Y la delegación soviética estaba dirigida por Evgueni Antipov, jefe adjunto de la Dirección de Asuntos Consulares del Ministerio de Asuntos Extranjeros de la URSS.

En esta ocasión, la Unión Soviética marcha todavía con pies de plomo, pues no desea irritar a sus aliados árabes. Lentamente, pero con seguridad, hace avanzar, a pesar de todo, sus peones. El objetivo inicial era, verosímilmente, restablecer bajo ciertas condiciones las relaciones diplomáticas con Israel; el objetivo ulterior es mucho más ambicioso: obtener por medio de dicho subterfugio autorización para participar en una conferencia sobre el Próximo Oriente, de la que las Cancillerías hablan cada vez más. Ahí aparece de nuevo, de manera flagrante, la voluntad de encontrar soluciones a los problemas de concertación con los Estados Unidos, hasta ahora en suspenso.

La tensión provocada por los ataques iraquíes e iraníes contra los petroleros de cualquier nacionalidad que circulen por el Golfo ha llevado a americanos y soviéticos a hacer, cada vez más, acto de presencia en ese sector. Por lo tanto, la misma inspiración, pero, en cualquier caso, con mayor número de medios comprometidos por parte de los Estados Unidos. A esos efectos es muy divertido que Mr. Ronald Reagan haya podido tomar la voluntad soviética de conservar el orden en el Golfo como argumento para intentar imponer sus directrices. Una cosa es cierta, las dos superpotencias, tanto en este asunto como en los precedentes, se refugian de nuevo tras un acuerdo tácito.

## **El siglo XXI, siglo del Pacífico**

El siglo XXI será el del Pacífico: este *slogan*, lanzado por los americanos, se ha convertido ya en tan banal que uno vacila al expresarlo. Sin embargo, contiene, sin duda, una fuerte dosis de veracidad. Pero los Estados Unidos deberían, nos parece, contemplar esa vasta competición económica, política y estratégica con la más extremada prudencia. Pues, en efecto, llegar a esa situación será una operación mucho más costosa de lo que al principio pudiera suponerse.

Para mejor entender una evolución compleja y probablemente sujeta a numerosas fluctuaciones, al hablar del Pacífico conviene detenerse en Afganistán y en la India, dos Estados cuyos avatares presentes y futuros jugarán un papel no desdeñable sobre el porvenir del Próximo Oriente y del Asia del Sudeste. Invadido desde diciembre de 1979, Afganistán sigue siendo un hueso duro de roer para la URSS. Sin embargo, no sería conforme a la realidad comparar la guerra que enfrenta a la Armada roja y los resistentes afganos con la que llevaron los Estados Unidos en Vietnam entre 1969 y 1973. Efectivamente, Washington lanzó hasta 600.000 hombres al corazón de aquella guerra, a casi 14.000 kilómetros de distancia de sus bases. El esfuerzo emprendido por la Armada americana fue gigantesco. Ese no es el caso de la Armada roja que, por una parte, tiene frontera común con Afganistán, y, por otra, nunca ha tenido más de 50.000 hombres sobre el terreno.

En el Vietnam el principal esfuerzo de guerra, por parte comunista, fue aportado por Hanoi, ya que los resistentes del Sur ni eran los más poderosos ni estaban particularmente motivados. En Vietnam, el poder monolítico de Hanoi recibió a lo largo del conflicto un armamento masivo procedente de la URSS y de China. En Afganistán, una resistencia dividida recibe ayuda militar esporádica por parte de un Occidente veleidoso. En Vietnam, ningún autóctono soñó con abandonar el país antes de la victoria de la Armada nordvietnamita sobre la del Sur. En Afganistán, más del 50 por 100 de la población se ha exiliado ya. En Vietnam, la ideología, del lado americano, primó sobre la estrategia, pues en caso contrario los Estados Unidos hubieran triunfado, en lugar de sufrir la más lacerante derrota de su historia. En Afganistán, la ideología envuelve una violenta determinación estratégica, la de la URSS, por abrirse un camino hacia los mares cálidos.

No deberíamos tampoco olvidar que los soviéticos saben aprovechar el factor tiempo, en la medida en que la continuidad, el mantenimiento del poder y su propio peso, les aproximan a la noción de la eternidad política. Así fue cómo, después de la revolución bolchevique de 1917, el Gobierno de Moscú tardó cerca de veinte años en domar a ciertas repúblicas, como las repúblicas caucásicas y musulmanas, pero a fin de cuentas lo consiguió. En la hora actual, millares de jóvenes afganos se están formando en las escuelas soviéticas; cuando se produzca el relevo generacional volveremos a encontrarlos en los puestos de mando.

Y por último, ¿cómo no advertir, de paso, la relativa neutralidad que manifiesta el Irán fundamentalista frente al calvario que están sufriendo sus hermanos afganos? La vecina India tampoco ha condenado la intervención de la URSS en Afganistán. Y es que la India, pieza inamovible, serena e intocable, con cerca de 900 millones de habitantes, es el aliado natural de la URSS contra China, a la cual no ha cesado de enfrentarse, principalmente, a propósito de las rectificaciones de fronteras.

Esta evidencia, de la que nunca tomamos suficiente razón, podría, en determinadas circunstancias, adoptar un giro tan inesperado en la forma como lógico en el fondo. Se sabe que después de la China –o precediéndolo–

la incluso dentro de su espíritu— los dirigentes de Nueva Delhi alimentan un odio irreductible hacia Pakistán (por otra parte aliado de Pekín), el cual se lo devuelve en los mismos términos. ¿Cómo excluir la eventualidad de un conflicto que oponga un día a los soviéticos y los hindúes de una parte y a los paquistaníes de otra? Se sabe que desde hace años Moscú manipula la minoría Balutche paquistaní y que esta última abomina el sistema de Gobierno de Karachi. Cualquier incidente, fortuito o provocado, en el seno de esa minoría, ¿no podría, ocasionalmente, prender la mecha y dar lugar a la doble intervención de la URSS y de la India?

Los datos estratégicos del Próximo Oriente, de una parte, y del Sudeste asiático de otra, están radicalmente transformados. Un sudeste asiático en el que el faro de la revolución marxista por antonomasia, Vietnam, tiene tendencia a parpadear. Si un día los dirigentes de Hanoi dieron pruebas de saber hacer la guerra, hoy se muestran incapaces de conducir la paz, de reconstruir su país y de emprender la senda de una industrialización de la que pueden vanagloriarse muchos de sus vecinos (Singapur es el ejemplo más notable).

Es necesario que el gran hermano soviético llame regularmente al orden al partido vietnamita para que decida al fin optar por la modernidad y llevar una política económica rentable. Con los años, la carga vietnamita está resultando, en efecto, cada vez más pesada para la URSS. No es seguro que Moscú hubiera mantenido lazos tan estrechos con los sucesores de Ho Chi-Minh y les hubiera enrolado, en 1978, bajo las banderas del COMECON si no fuera por la posición estratégica ideal que ocupa Vietnam frente a China, cuyo flanco sur amenaza perpetuamente; por sus múltiples actividades terroristas y de guerrilla más allá de Camboya, en Laos, en Tailandia y en Birmania; y por las extraordinarias posibilidades que, a la flota de alta mar y a los aviones soviéticos de gran radio de acción, ofrecen —suprema ironía del destino— las antiguas bases americanas de Da Nang y Cam Rang.

¿Competición económica en el Pacífico..., y más allá, a partir de Asia? Tenemos ya un anticipo de ello con las altas cotas a las que nos tiene acostumbrados el Japón, por supuesto, pero también Singapur, Corea del Sur, Hong-Kong y Taiwan. Tomemos este último caso, pues nos permitirá ilustrar de manera espectacular el hilo de nuestro razonamiento. Taiwan, en la China nacionalista, cuyo PNB alcanzó en 1986 los 3.300 dólares por cabeza; Taiwan, cuya producción industrial ha conocido un crecimiento medio general anual del 15,5 por 100 durante los años 70 y del 15,8 por 100 durante los años 80; Taiwan, cuya tasa de crecimiento económico alcanza el 9 por 100 en 1986 y en la que el desempleo permanece por bajo del 3 por 100. Son cifras que hacen soñar a la China continental y a su principal inspirador y suministrador: el Japón.

¿Por qué un chino continental no puede hacerlo tan bien como su homólogo taiwanés? Sin duda, esto es lo que desde hace años bulle en la cabeza de los hombres de negocios y de ciertos dirigentes japoneses. Tanto los unos como los otros se han dedicado a convencer a la nueva jerarquía china de las inmensas posibilidades que se abrirían ante ellos si esta

última pusiese verdaderamente al trabajo a sus mil millones de habitantes. Es una prudente, paciente y larga aproximación a un objetivo que, con altibajos, se persigue incansablemente. La mayor parte del tiempo los empresarios japoneses han ganado por la mano a sus rivales occidentales en hacer adoptar a los chinos sus métodos, sus conocimientos y sus técnicas y sus tecnologías. Préstamos con tasas de interés que desafían a cualquier competencia han sido autorizados en Pekín hasta el año 2010.

Despreciando un contencioso secular, nipones y chinos se han puesto a trabajar juntos. Las misiones comerciales japonesas en China son ya incontables. Ingenieros nipones forman a obreros chinos en los métodos de trabajo más modernos. Los viejos del Partido Comunista de China, anclados en sus tradiciones, se muestran atónitos de esta convivencia. Ello no impide que las "hormiguitas" del Imperio del Sol Naciente continúen incansablemente su esfuerzo de persuasión.

Una alianza económico-industrial de hecho, chino-japonesa, enriquecería a toda Asia y provocaría desastres sin precedentes sobre la economía y la industria mundiales. La apuesta japonesa, por supuesto, no ha sido todavía ganada, pero está cristalizando lentamente bajo nuestros ojos. ¿Con qué objetivo final? Sin género de duda, para intentar tomar revancha de la humillación de 1945 por procedimientos distintos de la guerra, por lo menos en una primera etapa. Estos nuevos "kamikazes" ignoran aún quién se encontrará mañana al mando del futuro y prodigioso conjunto nipochino. ¿Los comunistas de Pekín o los capitalistas de Tokio? Es difícil de decir e imposible de prever. Es una apuesta dentro de la apuesta. Pero, sin duda, piensan que el premio vale la pena y no renunciarán fácilmente a su grandioso proyecto.

Sea comunista o capitalista, si el proyecto se realizase verdaderamente, arriesgaría con poner de hinojos, en primer lugar, a los Estados Unidos, que imaginan con demasiada facilidad que el siglo XXI del Pacífico será su siglo; pero después a la URSS, que tarde o temprano no podría sostener el esfuerzo de tal competición. En ese momento es cuando se perfilaría en el horizonte una alianza americano-soviética en buena y debida forma, conclusión del súper-Yalta que viene. Esta vez no serían los proletarios, sino los hombres blancos de todos los países los que se unirían, tal vez, para aceptar el desafío y afrontar aquel famoso peligro amarillo profetizado a principios de siglo por pensadores políticos que, entonces, fueron calificados de exaltados. Tal vez ése sería el penúltimo capítulo de esa increíble novela de aventuras de la "pareja maldita", Estados Unidos-URSS, nacida en el otoño de 1917. Pues si en algún momento del corazón del siglo XXI consiguiesen alcanzar superioridad sobre los nipochinos, no por ello habría desaparecido por completo el riesgo de una confrontación final entre los dos miembros de esa pareja infernal.

**NOTAS**

1. Cuando en 1935 Boris Souvarine pretendía publicar su obra maestra “Stalin” –que ya se ha convertido en un clásico y en el documento de referencia sobre la vida del dictador soviético– sus peregrinajes alrededor de los editores parisienses no tuvieron ningún éxito. Gallimart se mostraba más bien de acuerdo en publicarla, pero André Malraux se negó a tomar partido, y con cierto cinismo declaró textualmente: “Creo, Souvarine, que usted y sus amigos tienen razón, pero no estaré a su lado más que cuando sean ustedes los más fuertes.” La primera edición de “Stalin” fue finalmente publicada por Plon a fines de 1935.

2. Joseph Caillaux, político francés (1863-1944). Especialista en cuestiones financieras. Gracias a él, siendo presidente del Consejo, se logró, en 1911, un compromiso entre París y Berlín, en razón de un litigio entre Francia y Alemania a propósito de Marruecos, que amenazaba con pasar a mayores. Pero ese mismo triunfo le hizo ser relegado al ostracismo.

3. Pierre Arkadievitch Stolypine, presidente del Consejo y ministro del Interior de 1906 a 1911. Asesinado en 1911, en Kiev, por un anarquista. Lo mismo que Joseph Caillaux, Stolypine era hostil a una confrontación militar con Alemania y preconizaba una política de negociación y de compromiso con ella.

4. En mayo de 1940: neta superioridad franco-británica en aviación de caza, e igualdad con la Luftwaffe en aparatos de bombardeo. Por contra, sólo la Luftwaffe disponía de la artillería aérea que representaban los Stukas. Equilibrio en artillería de campaña y artillería pesada. Equilibrio en tanques (3.000 blindados franco-británicos, contra 2.700 Panzers). Gran superioridad franco-británica en efectivos de infantería instruidos. Aplastante superioridad naval franco-británica.

5. Ediciones Fayard.

6. Los especialistas americanos preveían dicha explosión para el final de los años 50 como muy pronto.

7. Según la celebre fortuna de Charles Maurras.

8. Ediciones Fayard.

9. Los especialistas estiman que el número de seropositivos en África Central suman cerca de 30 millones de personas.

# La necesaria continuidad en el liderazgo de los Estados Unidos

Helmut Schmidt

**A** mi juicio, el mundo se encamina hacia una recesión en 1988. Los tres máximos responsables –los Gobiernos de Washington, Bonn y Tokio– no comprenden la enorme importancia que su comportamiento reviste para la economía mundial ni cómo actuar en consecuencia. No he visto medidas efectivas adoptadas por el Congreso, por ejemplo, para reducir el presupuesto: tan sólo tímidos intentos. ¿Se convertirá la recesión en depresión? No lo creo: los ciudadanos de Norteamérica y de Europa saben al menos lo que los Gobiernos deben hacer. La clase política recuerda los años 1929 a 1931, lo que hace improbable una depresión. Pero yo no la excluyo, pues la estupidez de un Gobierno nunca debería subestimarse. Ni en América ni en Alemania se ha producido aún el debate sobre lo que debería hacerse.

Puesto que estoy interesado principalmente en el comportamiento internacional de los Estados Unidos, no he seguido los debates de la campaña presidencial, centrados en los problemas internos. Pero me sentiría profundamente interesado si los candidatos explorasen los sectores internacionales en los que Norteamérica debería ejercer su liderazgo. Desgraciadamente, los candidatos no parecen estar mejor preparados que Ronald Reagan en 1980 y Jimmy Carter en 1976; ambos, tuvieron que aprender sobre la marcha.

Por regla general, el sistema parlamentario y sus gabinetes producen primeros ministros mejor preparados. El papel del gabinete de los Estados Unidos es posar ante las cámaras. Un auténtico debate en el seno del gabinete ministerial produce un análisis más minucioso de los problemas. La televisión no ha mejorado las cosas, pues la gente tiende a elegir a los políticos guiándose por su apariencia en la pantalla. Por supuesto, el sistema presidencial ha funcionado bien durante más de doscientos años y ha permitido a los Estados Unidos mantener un Gobierno muy estable. Pero la otra cara de la moneda es la falta de experiencia y continuidad

---

**Helmut Schmidt**, ex canciller de la República Federal Alemana, es actualmente editor del semanario *Die Zeit*.

internacionales. Tampoco se ha producido continuidad en el seno de las administraciones de Carter y de Reagan, ni entre ambas.

En la era de Nixon-Ford-Kissinger contemplamos un mayor liderazgo. Vuestros amigos y aliados se mostraban por consiguiente más dispuestos a dejarse guiar. Ahora la voluntad es menor porque ningún Gobierno europeo sabe qué vendrá después. Compárese con la política del Gobierno británico cuando cambió a los laboristas por Margaret Thatcher; o con las políticas de Pompidou, Valéry Giscard y François Mitterrand, en Francia, o la política exterior de Helmut Kohl y la mía. En todas ellas hay una gran dosis de continuidad.

Una razón es la proximidad a Europa de la enorme y poderosa Unión Soviética. Los europeos necesitan una estrategia permanente porque saben que de lo contrario las conversaciones sobre disuasión sólo serán eso: conversaciones. Debemos mostrar claramente a los rusos qué defendemos.

Aclararé mis palabras: no opongo ninguna objeción a una reducción del 50 por 100 en los arsenales estratégicos de las superpotencias. Sin embargo, sería cauto sobre la reducción de las armas nucleares de corto alcance, por dos razones. Primero, acepto que gran parte de los occidentales consideran un hecho la superioridad convencional de la URSS. Si es así, una reducción radical de armas nucleares tácticas llevaría a Occidente a gastar más en refuerzos convencionales, lo que resulta superfluo. Pero mi segunda razón es más importante: quiero evitar graves desacuerdos entre Alemania occidental y sus aliados, sobre todo los franceses, convencidos de que la superioridad convencional de los rusos únicamente puede ser frenada con armas nucleares tácticas. Para convertir a Europa en una potencia estratégica mayor debemos tomar en consideración esa perspectiva. De ahí que las armas nucleares tácticas sólo debieran reducirse cuando logremos un equilibrio convencional negociado.

En realidad, el desmantelamiento de los arsenales de alcance medio, en virtud del nuevo tratado entre la URSS y Estados Unidos, conduce a una situación muy parecida a la que prevaleció desde mediados de los años cincuenta hasta mediados de los setenta, cuando no existían tales armas en Europa occidental. Hay quienes ven ahora un vacío en la "disuasión graduada". En realidad, yo nunca he creído eso. El primer arma nuclear pequeña —por ejemplo, una granada de artillería— que estallase en Alemania tendría características estratégicas para mi país. Para un general americano, éste sería un incidente menor, pero para Alemania la guerra habría terminado; los alemanes se limitarían a levantar sus manos. Después de todo, Japón capituló después de sólo dos bombas atómicas y antes de la llegada de un solo soldado americano. ¿Invitaría esto a los rusos a hacer capitular a los alemanes con una sola bomba nuclear? No, porque se arriesgan a que Moscú o Minsk sean bombardeados también.

Los rusos, en mi opinión, han sido más consecuentes con su estrategia. Al menos, desde Stalin los militares rusos no han pensado en términos de conquista por la fuerza. Pero los rusos tienen un complejo de seguridad —muy arraigado en su historia— y no comprenden que esto haga sentirse

inseguras a otras naciones. Su complejo les impulsa a exagerar su esfuerzo militar.

Sin embargo, al tratar de la reducción de armamentos, Gorbachov no partió de un planteamiento militar, sino económico. Comprende que un país que dedica el 12, 14 ó 17 por 100 del Producto Nacional Bruto a gastos militares no puede esperar una reforma económica efectiva en un plazo aceptable. Necesita reducir los costes militares ahora. Y no será capaz de superar el complejo soviético de seguridad a menos que pueda equipararse con su principal adversario. Ha de proclamar que “incluso hemos ganado una pequeña ventaja en ese tratado”, de la misma manera que Reagan debe decir a los americanos: “Conseguí la ventaja.” Esto carece de gran sentido en ambos lados. Mientras tanto, la personalidad de Gorbachov crece rápidamente: es evidente que se está convirtiendo en un formidable agente estratégico.

No parece probable que Occidente logre un liderazgo equivalente en los próximos años. La primera ministra Thatcher es una buena economista, o al menos posee buen instinto económico: es el único hombre entre los primeros ministros europeos. Pero desgraciadamente está más interesada en renovar la casa británica que la casa europea. Si Europa occidental ha de convertirse en un gran factor estratégico, Francia tendrá que tomar la iniciativa. Los alemanes no podrán hacer nada hasta bien entrado el próximo siglo por culpa de Hitler y de Auschwitz. En realidad, algo está cambiando en Francia. Pero, por ahora, si el liderazgo no procede de Washington no lo recibiremos de ninguna parte. Inmediatamente después de la segunda guerra mundial, los Estados Unidos, con su perspicacia y su peso económico, fueron capaces de erigir una economía mundial que funcionó bien; recientemente no han sabido hacerlo tan bien.

La economía alemana está hoy profundamente vinculada a la economía mundial, igual que ocurre con la japonesa. No puede decirse lo mismo de la economía americana, aunque su peso es todavía enorme. Las decisiones del Consejo de Reserva Federal o del Congreso, de la Casa Blanca o del secretario del Tesoro, repercuten en todas partes. Juntos, los Estados Unidos, Japón y Alemania aportan casi el cincuenta por ciento del producto bruto mundial. La forma en que actúan decide el destino económico del mundo, y esto no lo comprenden.

Ningún país puede mantener indefinidamente un superávit o un déficit. Pero los medios para conseguir el equilibrio son diferentes en cada caso. En los Estados Unidos hay muy poco ahorro privado, y se ha creado más demanda de lo que puede satisfacer la producción nacional, principalmente por la generación de déficit presupuestarios que a su vez conducen a un enorme déficit por cuenta corriente.

En Japón y Alemania, los consumidores y los inversores no han exigido tanto como sus mercados ofrecían, por lo que necesitan exportar. Ambos deberían crear mecanismos para facilitar una mayor inversión y un mayor consumo interno. Alemania necesita acelerar planes para reducir los impuestos. En Japón, la construcción de viviendas está muy por debajo de la capacidad financiera y de los niveles internacionales. Podría resultar también desaconsejable para

Podría resultar también desaconsejable para Japón, política y económicamente, otorgar parte de su producto nacional bruto en ayuda no reintegrable al desarrollo.

Comparado con Europa, Japón goza de una situación única. Puesto que somos una de las doce naciones en la Comunidad Europea, nadie puede fácilmente entablar una guerra comercial contra Alemania. Pero Japón no es miembro de ninguna comunidad, por lo que es fácil escogerlo como víctima, y así se ha hecho. Por consiguiente resulta más necesario a los japoneses que a los alemanes ganarse amigos en su zona. Los alemanes hemos encontrado amigos gracias a nuestros vecinos y a los Estados Unidos. Los japoneses sólo tienen un amigo, no ciertamente entusiasta, en los Estados Unidos.

Por supuesto, resultaría ideal para los tres países coordinar su política económica. Pero yo instaría a cada uno a actuar como le conviniera, sin considerar a los otros. En plena campaña política, los Estados Unidos pudieran verse comprometidos en 1988 en promesas imposibles. Lo que más me preocupa es la perspectiva de que el nuevo presidente haya hablado tanto sobre lo que se va a hacer y sobre las ventajas sociales que va a proporcionar que le resulte muy difícil, primero, comprender la falta de sentido de lo que ha prometido; segundo, adoptar las decisiones para cambiar el rumbo, y tercero, convencer a sus seguidores.

Mientras tanto, los problemas se acumularán. Para 1989, la deuda externa de los Estados Unidos excederá del medio billón de dólares. A un interés del 8 por 100, necesitarían transferir 40.000 millones de dólares al resto del mundo, además de liquidar su déficit comercial. Aquí surgen dos peligros: primero, quienes posean títulos de la deuda estadounidense podrán intentar venderlos para adquirir industrias, bienes raíces y acciones norteamericanas. Los americanos acusarán el impacto, con las consiguientes repercusiones políticas, más contra los japoneses que contra los alemanes. Sin embargo, si el trueque no se lleva a cabo y los Estados Unidos deciden pagar los intereses, sólo podrá hacerse aumentando la oferta monetaria, es decir emitiendo más dinero para pagar los intereses.

En consecuencia, espero una nueva inflación del dólar, así como una recesión mundial. Por eso, 1989 será un año dramático para el nuevo presidente, tanto si es republicano como si es demócrata.

# La Iniciativa de Defensa Estratégica o la fábula de un imposible sueño americano

Boris Surikov

**E**l principal obstáculo al desarme nuclear es el programa norteamericano Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE) o “guerra de las galaxias”, encauzado a militarizar el cosmos. Para la Administración estadounidense se trata de un medio universal para salvar de la guerra nuclear a la Humanidad. Nosotros pensamos todo lo contrario: la IDE constituye una amenaza desde el cosmos.

Un ICBM vuela hasta el objetivo en treinta-treinta y cinco minutos y los sistemas de aviso terrestre y cósmico fijan su lanzamiento. Ahora imaginemos una plataforma de combate ubicada en el espacio a 600-700 kilómetros de altura. Misiles cosmos-tierra, inesperadamente disparados de ella, batirán los objetivos cinco minutos después. Los partidarios de la IDE esperan que, con ayudas de esta arma, el enemigo se verá cogido por sorpresa y se logrará destruir sus medios de respuesta; al agresor nada le amenaza en este caso.

Yo participé en las conversaciones ABM como asesor de la Delegación soviética. Los norteamericanos comprendían perfectamente que incluso un sistema ABM limitado estimula la carrera de armamentos. Quiéranlo o no, cada una de las partes buscará medios para fortalecer su defensa y vencer la ajena. Para no crear estimuladores de armamentismo, en el Tratado ABM se introdujo el artículo 5, que prohíbe crear, probar y desplegar sistemas o componentes ABM de emplazamiento marítimo, aéreo, cósmico o móvil terrestre.

Hasta comienzos de los años ochenta, las dos partes interpretaban de igual manera el Tratado, tal como se firmó y ratificó en 1972. Luego, al presidente Reagan le convencieron de que, para la seguridad de los EEUU, sería mejor no observar el Tratado y crear un escalonado sistema

---

**Boris Surikov** es mayor general de la Aviación de la URSS, participante en las negociaciones soviético-norteamericanas SALT-1 y experto gubernamental para nuevos sistemas y clases del arma de exterminio masivo.

ABM con elementos de emplazamiento terrestre, aéreo y cósmico, llamado a destruir los cohetes del enemigo después del lanzamiento, en la trayectoria de guiado y en el sector final del vuelo; que técnicamente este proyecto era posible.

En 1983, en los EEUU se decidió realizar el programa IDE. Se han invertido enormes recursos en las investigaciones y en los trabajos experimentales. Se han gastado más de diez mil millones de dólares en la creación de modelos experimentales. Se vio amenazado el Tratado ABM, por lo que la Administración de EEUU anunció su interpretación "amplia" del mismo, según la cual se admiten las pruebas ilimitadas del sistema espacial ABM y sus elementos en la órbita.

Los EEUU proyectan satelitizar plataformas de combate en la órbita circunterrestre. En estos pesados aparatos volantes pueden ubicarse antimisiles ligeros o interceptores con cabezas térmicas de autoguiado. Como interceptores de ojivas de combate son poco eficaces. El sistema de información de la ojiva de autoguiado no puede distinguir un ICBM de un lingote metálico o de los restos de un viejo satélite artificial. Además, las cabezas térmicas micas de autoguiado no funcionan a menos de 100 kilómetros de altura. ¿Y quién puede garantizar que esta plataforma no llevará cohetes cosmos-tierra con cabezas nucleares o de neutrones para atacar centros de vital importancia en el territorio de la URSS?

Porque es muy difícil establecer qué cohetes lleva la plataforma. Para ello hay que satelitizar módulos espaciales de control con aparatos para localizar el arma nuclear, en estas plataformas, y acercarse mucho a ellas. O controlar en la tierra cada aparato norteamericano antes de ser lanzado al cosmos. La seguridad del país hace necesario partir de lo peor: que aparte de antimisiles ordinarios, las plataformas de combate ABM llevan armas nucleares de la clase cosmos-tierra. ¿Hay necesidad de demostrar cuánto disminuirá la confianza en las relaciones URSS-EEUU, y cuánto aumentará la sospecha, una vez satelitizada el arma nuclear?

Los antimisiles ligeros son poco eficaces, y esto los especialistas norteamericanos lo saben tan bien como nosotros. En abril pasado estuve en los EEUU y me entrevisté con generales y con científicos. Reconocen que, en cuanto a la defensa, el sistema es débil y estiman en un 10-11, máximo un 15-16 por 100, la eficacia del mismo en el cosmos. ¿Quién, en nuestro tiempo, se decidirá a despilfarrar ingentes medios para crear un agujereado escudo antimisil? Mas, si el sistema proyectado no vale para la defensa, sí vale para asestar el primer golpe. De lo contrario no se puede explicar para qué los EEUU, a todo precio, pretenden crear una barrera defensiva contra cohetes y cabezas de combate, barrera que a ciencia cierta no puede cumplir sus funciones.

Los misiles ligeros con cabezas térmicas emplazados en las plataformas ABM de combate, pueden utilizarse para abatir satélites artificiales de aviso sobre el ataque coheteril y de comunicación. Esto es tanto como, de un solo golpe, ensordecen y cegar al enemigo.

Supongamos que, de repente, todos los satélites dejan de funcionar. ¿Qué pensarían en el primer momento quienes responden de la defensa

del país? Mientras estas plataformas no se hayan satelitizado, es de suponer que ha fallado la tecnología y hay otro motivo; por ejemplo, el choque con alguna corriente de meteoritos. Otra cosa sería si en la órbita circun-terrestre se satelitizaran plataformas de combate con misiles en ellas. En este caso, hay que partir de la peor variante: nos han asestado un golpe cegador. Una cosa es cuando falla un satélite de aviso y sabemos que en el cosmos no hay armas. Con los medios terrestres de aviso nosotros siempre podemos localizar a larga distancia el vuelo de los ICBM del enemigo. Podemos analizar tranquilamente los fallos de los satélites, empero, cuando en el cosmos se emplaza el arma nuclear... Nosotros, asimismo, somos adversarios de la IDE porque aumenta el riesgo de conflicto no premeditado, debido al fallo de la técnica, lo que en nuestros días sucede con frecuencia.

En caso de llegar a un acuerdo que reduzca los armamentos estratégicos ofensivos en el 50 por 100, los EEUU estarían dispuestos a observar el Tratado ABM durante siete años; nosotros insistimos en diez años. ¿A qué se debe esto? Nosotros partimos de que en diez años los norteamericanos se convencerán de que la IDE carece de sentido. Realizarán investigaciones de laboratorio, comprobarán el sentido de sus programas clave y verán que tal arma es inútil. Además, pasados diez años, si llegáramos a efectuar reducciones a fondo de los armamentos estratégicos ofensivos, se crearía una situación militar estratégica cualitativamente distinta, y se vería con mayor nitidez que la satelitización del arma es absurda.

A la par con los estudios y elaboraciones del arma basada en nuevos principios físicos (de haces, láser) en el marco del ABM, el complejo militar-industrial de los EEUU trabaja en crear el arma nuclear de la tercera generación. En el polígono de Nevada se han efectuado, con estos fines, decenas de explosiones subterráneas en las que se comprueban nuevas ideas. Se pretende crear municiones de gran potencia, con salida de energía orientada. Por ejemplo, el láser roentgen con impulso nuclear. Imaginen se una munición del tamaño de un proyectil artillero de gran calibre, con sistema de guiado, carga nuclear de 100 kilotonnes y más (varios Hiroshimas) y con un "haz" de finas varillas metálicas. A resultas de la explosión de la carga nuclear el "haz" crea una radiación roentgen en forma de rayo de gigantesca potencia, que debe perforar el cohete o su cabeza de combate.

Los físicos consideran que esta arma, con 3.000 kilómetros de alcance, se puede crear. En cuanto al objetivo... Yo me encontré con el físico norteamericano Thomas Hohnson, especialista en energía nuclear, quien admitió que esta arma nunca alcanzaría un cohete en vuelo. A la explosión de la munición nuclear precede la explosión de la sustancia ordinaria, que altera la puntería. Además el láser roentgen desde el cosmos no puede abatir objetivos que vuelen a menos de 100 kilómetros de altura, porque lo impide la atmósfera. Así pues, basta crear misiles con un activo sector reducido de vuelo, no más alto de 100 kilómetros, para que el láser pierda su eficacia. Sin hablar de las pequeñas ojivas de combate que vuelan a gran velocidad. Con el mismo éxito podemos disparar con pistola

contra una bala volante. Pero repito: en las plataformas se pueden emplazar otras armas, en modo alguno defensivas, sino –digamos– misiles cosmo-tierra con cabezas de neutrones.

El objetivo primordial del Pentágono es neutralizar el golpe de respuesta, destruir las instalaciones militares más importantes, paralizar el mando, debilitar al máximo el golpe de represalia y, lo que reste, interceptarlo mediante el sistema de defensa antimisil de gran envergadura.

Todo lo expuesto no quiere decir que dentro de diez años aceptaríamos la interpretación “ampliada” del Tratado ABM, como desean los americanos; ello significaría, de hecho, conformarse con la IDE. La URSS nada tiene en contra de las investigaciones a nivel de laboratorio, o de la simulación de sistemas espaciales en la Tierra, ni contra el lanzamiento al cosmos de algunos dispositivos de información. No son armas. Lo principal es impedir que en el espacio extraterrestre se instalen medios de ataque. Aquí no se puede hacer concesión alguna, y menos apoyar estos planes inmorales y peligrosos para la Humanidad. La IDE amenaza con reducir a cero todo intento de disminuir el riesgo de catástrofe nuclear. En vez de avanzar hacia la confianza y la seguridad para todos, crecerán la inseguridad y la desconfianza, surgirá una situación preñada de decisiones imprudentes e, incluso, fatales.

En Occidente afirman que, desde hace muchos años, la URSS viene trabajando en su propio programa IDE y ha adelantado en algunos aspectos a EEUU, por ejemplo, en armas láser. No es así. La URSS no tiene un programa de defensa antimisil de gran envergadura. Durante las negociaciones sobre el Tratado SALT-1 ya conocíamos que en la defensa antibalística no sólo podrían utilizarse antimisiles tradicionales, sino también otras armas basadas en nuevos principios físicos. Las Delegaciones soviética y norteamericana acordaron entonces permitir tales trabajos a condición de que se desarrollasen únicamente en instalaciones terrestres estacionarias y en los límites de polígonos concordados de defensa antimisil. Además, dicho Tratado permite ir modernizando los medios existentes de defensa antimisil, pero también en límites establecidos. Por ello venimos sustituyendo paulatina mente antimisiles viejos por otros más modernos en la zona de defensa antimisil de la capital, autorizada por el Tratado. Y nada más.

La URSS está preparando una respuesta asimétrica a la IDE. He aquí algunas de las contramedidas probables que han de impedir que los EEUU asesten impunemente un golpe nuclear desde el espacio cósmico. La primera, la más simple, es incrementar el potencial estratégico ofensivo en proporción a la amenaza. Es posible, asimismo, crear misiles falsos (sin ojivas nucleares) que, lanzados masivamente en el golpe de respuesta, sobrecargarán –en cooperación con misiles balísticos intercontinentales– el primer escalón cósmico y otros escalones de defensa antimisil estadounidense. Se puede, además, concentrar nuestros misiles en zonas limitadas, lo cual requerirá triplicar, por lo menos, las plataformas de combate estadounidenses instaladas en el cosmos. Se pueden proteger fácilmente los misiles contra los rayos láser, cubriéndolos de un revestimiento reflec-

tante, comunicándoles movimiento giratorio, dotándolos de un sistema de enfriamiento, etcétera. Se pueden ir incrementando armas imposibles de ser interceptadas desde el cosmos, protegidas por la atmósfera (misiles crucero, por ejemplo). En cualquier caso la paridad estratégica se mantendrá intacta, aunque lamentablemente todo ello dará un nuevo impulso a la carrera armamentista, que podrá tornarse incontrolada.

Naturalmente es posible oponer algo a las plataformas de combate cósmicas. Se las puede neutralizar mediante pequeños antisatélites protegidos contra los rayos láser y dotados de cabezas de guiado independiente, o mediante baratas minas cósmicas colocadas en la órbita. En la trayectoria de vuelo de las plataformas de combate y de información se pueden crear densas nubes de obstáculos pesados o ligeros: bolsas metálicas, limaduras, arena, etcétera.

Los EEUU se disponen a invertir en la IDE de 1,5 a 2 billones de dólares. La cifra es astronómica. Nuestras medidas de respuesta costarán un 90 por 100 menos, aproximadamente.

# España-Estados Unidos: las bases

Nicholas Bray

**A**hora que Madrid y Washington han llegado a un acuerdo sobre la retirada de España de los setenta y dos F-16 que componen el Ala Táctica de Combate 401 de las Fuerzas Aéreas norteamericanas en Torrejón, se ha abierto el camino para reforzar significativamente las relaciones entre España y Estados Unidos. Estados Unidos desea mantener la amistad con España tanto dentro de la OTAN como en el contexto más amplio de las relaciones comerciales y culturales. El Gobierno español, a pesar de que su preocupación más inmediata son sus vecinos directos en Europa, ha optado por la participación en la comunidad occidental, en la que Estados Unidos es uno de los principales líderes.

Los dos países tienen mucho que ofrecerse mutuamente. España es la madre patria de la cultura hispana, que se extiende desde Tierra del Fuego, a través de Sudamérica y Centroamérica, hasta los Estados Unidos. La tradición de liberalismo político y comercial existente en Estados Unidos puede resultar altamente provechosa para España.

Pero más allá de este potencial, el acuerdo para la retirada de los F-16 tiene un significado más profundo. Al conseguir la retirada de los F-16, España ha ejercido un derecho democrático. Las cuestiones que se plantean son las siguientes: ¿Ha actuado acertadamente? Y después de hacerlo, ¿sacará el máximo provecho de su decisión?

Tal y como se presenta, este acuerdo puede significar un paso adelante en lo que respecta al reforzamiento de las instituciones políticas democráticas españolas y de su posición a nivel internacional. O puede suponer un paso hacia atrás, hacia un chauvinismo pasado de moda y, aún peor, hacia un nuevo aislacionismo.

Las encuestas de opinión llevadas a cabo en España antes de que se anunciara el acuerdo para la retirada de los F-16 señalan el peligro de caer en la segunda alternativa, a no ser que los políticos españoles emprendan una enérgica labor a favor de la primera alternativa. Según una encuesta realizada recientemente, los españoles consideran que Estados Unidos, en mayor medida que cualquier otro país, exceptuando a Marruecos, constituye una amenaza potencial para la seguridad de España, mien-

---

**Nicholas Bray** es corresponsal en España de "The Wall Street Journal".

tras que la Unión Soviética rara vez se menciona como posible amenaza. Un amplio sector de la opinión pública prefiere para España algún modelo de neutralismo más que su participación en la OTAN.

Para la opinión pública norteamericana el acuerdo es un indicio de que las reducciones de los gastos militares de Estados Unidos para la defensa de una Europa occidental recalcitrante no son imposibles. Con razón o sin ella, un número significativo de ciudadanos norteamericanos se opone a que se gasten en Europa sumas importantes procedentes del dinero de los contribuyentes norteamericanos en una época de recortes en el presupuesto nacional.

Para otros Gobiernos de Europa occidental el acuerdo pone de relieve los límites políticos del apoyo militar norteamericano a las democracias europeas. Frente a la negativa de un país anfitrión a que Estados Unidos mantenga sus instalaciones militares en el marco de una alianza democrática, a Estados Unidos no le queda más opción que retirarse. Obviamente, esto no es lo que ocurre en la Europa del Este, donde las tropas soviéticas desempeñan un papel totalmente diferente.

En lo que respecta al conjunto de la OTAN, parece probable que las consecuencias militares del acuerdo sean limitadas. Los F-16, cuya importancia radica en su capacidad para transportar bombas nucleares de propiedad norteamericana, están destinados, según los acuerdos de la OTAN, a la defensa de Italia, Grecia y Turquía. Italia ha dado a entender que estaría dispuesta a ofrecerles un nuevo hogar, probablemente en la base de Comiso, en Sicilia, que actualmente alberga misiles nucleares, cuyo desmantelamiento se determinó en el acuerdo entre Estados Unidos y la Unión Soviética para la reducción de Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio (INF). Suponiendo que se alcance un acuerdo sobre el traslado de los aviones, las necesidades defensivas de Estados Unidos y de los países europeos de la OTAN podrán seguir cubriéndose.

Sin embargo, para España; el acuerdo deja abiertas algunas cuestiones importantes. ¿Está España en la OTAN simplemente para conseguir el prestigio internacional y la respetabilidad que aporta el ser miembro de la Alianza? ¿O pertenece a la OTAN porque cree seriamente que la Alianza es fundamental para la protección y defensa de la democracia occidental?

Cuando España ingresó en la OTAN en 1982, parece que la razón era la primera. Los dirigentes políticos de la época creían que el ser miembro de la OTAN limitaría de algún modo la capacidad y el deseo de las Fuerzas Armadas españolas de interferir en la política nacional. Los aliados de España en la OTAN han mostrado comprensión hacia estos dos elementos. Sin embargo, lo que no están dispuestos a aceptar es que tales posturas se transformen en un concepto permanentemente restrictivo de la participación española.

La polémica en cuanto a los F-16 se ha convertido en un ejemplo de la complejidad de reconciliar el nacionalismo y el internacionalismo. El acuerdo sobre la retirada de los aviones no significa el fin de ese proceso. Si España participa en la OTAN, debe hacerlo porque quiere y porque cree en la utilidad de una alianza de ese tipo. El presidente del Gobierno, Feli-

pe González, suponiendo que acepta estas dos ideas, tiene una responsabilidad histórica a la hora de conseguir que la nación también las acepte.

Sin duda alguna, los orígenes del pacto militar entre España y Estados Unidos han hecho que su continuación, bajo sucesivas renovaciones, constituya una ofensa para la mayoría de los españoles. Al conceder al presidente Eisenhower en 1953 el derecho de construir una base aérea en las afueras de Madrid, desde la que podía amenazar a la Unión Soviética, el general Franco se ganó el respeto internacional a cambio de ceder una parte de la integridad territorial de España. Fue una ganga que por un lado reforzaba una dictadura militar a costa de las libertades civiles. Estados Unidos tenía sus propias razones estratégicas para cerrar el trato. Sin embargo, los españoles consideran que sus intereses fueron ignorados.

No obstante, el acuerdo fue renovado no sólo en vida de Franco, sino también dos veces después de su muerte, en 1976 y en 1982. En la primera ocasión, la idea de una reducción de las operaciones militares norteamericanas en España se introdujo con una cláusula que estipulaba la retirada de los misiles nucleares norteamericanos del territorio español. En la segunda ocasión, durante las negociaciones llevadas a cabo durante el Gobierno de Leopoldo Calvo-Sotelo y confirmadas con el Gobierno de Felipe González, el signatario por parte española era un Gobierno elegido democráticamente. El "pecado original" del pacto inspirado por Franco fue asumido de este modo por "librepensadores" políticos en una nueva era de la razón iluminada por la democracia. Por esa razón, resulta difícil aceptar ahora la doctrina del "pecado original" como justificación para repudiar a los F-16.

Por el contrario, parece que la decisión de expulsar a los F-16 fue una decisión exclusivamente política. Para el señor González, la participación de España en la OTAN ha constituido una parte necesaria de su integración en la comunidad democrática internacional tras la muerte del general Franco. Habiendo hecho campaña en un principio contra la OTAN, necesitaba una coartada, después de su elección como presidente del Gobierno, para apoyar su cambio de postura a favor de la permanencia en la OTAN. La encontró en las tres condiciones que estableció para el voto afirmativo en su referéndum de marzo de 1986.

Al conseguir una victoria muy justa, era aún más importante mantenerse duro en cuanto a estas condiciones. Desde el referéndum, las dos primeras condiciones han sido aceptadas por la OTAN sin demasiada dificultad. El rechazo de España a aceptar armas nucleares no presenta problemas inmediatos de orden práctico. Su negativa a poner sus fuerzas bajo el mando militar de la OTAN está suavizado por un compromiso de estrecha colaboración en tiempos de guerra. La participación de España en la OTAN es políticamente positiva para la Alianza, y la oferta de su territorio como base de apoyo para la retaguardia en caso de guerra es sumamente valiosa desde el punto de vista estratégico.

Pero la tercera condición del referéndum, la reducción progresiva de la presencia militar norteamericana en España, era tan vaga que se prestaba a muchas interpretaciones. El que Felipe González eligiera adoptar la

línea dura y pedir la retirada de un ala de combate de importancia significativa para otros miembros de la OTAN fue un signo de debilidad política frente a la izquierda española y, aparentemente, de una falta inicial de comprensión de las responsabilidades mutuas de defensa.

Durante las negociaciones con Washington para la renovación del Acuerdo de Amistad, Defensa y Cooperación de 1982, el Gobierno español empezó afirmando que la retirada de los F-16 de Torrejón era una condición no negociable que debía cumplirse antes de pasar a discutir la renovación de instalaciones en Rota y otras bases. Ante esta actitud, Estados Unidos no tenía más opción, en lo que respecta a la defensa de sus compromisos para ampliar el sistema defensivo de la OTAN, que insistir en que ése era un modo inaceptable de llevar las negociaciones.

El hecho de que en el acuerdo anunciado el pasado 15 de enero España aceptara en principio mantener el acceso de Estados Unidos a otras instalaciones, antes de abrir negociaciones detalladas sobre su utilización, pone de manifiesto que Estados Unidos consiguió finalmente apuntarse un tanto en casa. Los representantes norteamericanos que participaron en las negociaciones no se harían muchas ilusiones en cuanto a la posibilidad de conseguir que el Gobierno español acordara mantener el Ala Táctica de Combate 401, intacta en Torrejón bajo un nuevo acuerdo. Lo que les preocupaba, en palabras de Felipe González, era “no si se iban a ir, sino cómo se iban a ir”.

El nuevo acuerdo bilateral de defensa tendrá una duración de ocho años, y no de cinco, y no estará ligado a ningún tipo de ayuda financiera. Eso lo hace equiparable a acuerdos semejantes de Estados Unidos con otros aliados europeos como Gran Bretaña, Bélgica o Italia. Al aceptar estas condiciones, el señor González ha hecho que España se acerque más a una participación responsable dentro de la Alianza Atlántica. Lo que tiene que hacer ahora es ganarse el apoyo de la opinión pública a su postura.

Es más fácil decirlo :que hacerlo. Las encuestas de opinión muestran que la mayoría de los españoles persisten en su actitud de “pecado original” cuando se les pregunta sobre las instalaciones militares norteamericanas en España. Según un sondeo publicado el pasado mes de diciembre, el 48 por 100 de los españoles quiere la retirada de los 12.000 militares norteamericanos que hay en España. Nada menos que el 54 por 100 señaló que ni la reducción de tropas norteamericanas ni su retirada total tendrían un efecto negativo sobre la seguridad de España. En otra encuesta, el 17 por 100 de los entrevistados dijo que consideraba a Estados Unidos como una amenaza para la seguridad española. Únicamente Marruecos está considerado también como una amenaza, según el 20 por 100 de los encuestados.

Estos sondeos y otros similares reflejan, más que una opinión pública informada, la falta de información. Muchos españoles, incluso algunos que deberían estar bien informados, demuestran bastante ignorancia en lo que respecta al papel que las tropas y el equipo norteamericano juegan en cualquier otro país de Europa. En una alianza democrática, la presencia

de tropas extranjeras en el territorio de una nación puede ser motivo de reflexión sobre el compromiso de esa nación con su propia defensa. Pero no debería llevar a una actitud de fanfarronería chauvinística sin ninguna consideración por la solidaridad estratégica.

La antipatía que sienten muchos españoles hacia sus Fuerzas Armadas, como resultado de acontecimientos que ocurrieron en el pasado, es una de las razones que explica la falta de interés público en lo que se refiere a asuntos de defensa. En el pasado, el Ejército ha constituido un factor de represión y de inestabilidad interna. Asimismo, debido al aislamiento al que estuvo sometida España durante el régimen del general Franco, muchos consideran que la nación está todavía en una posición en la que no tiene enemigos terribles, pero tampoco amigos cercanos. Es difícil percibir una amenaza estratégica sin identificar a los propios enemigos; sin una amenaza, es difícil percibir la necesidad de un sistema defensivo y de relaciones de amistad.

Aun así, la historia muestra que la democracia en sí está continuamente amenazada. No se puede decir que exista una democracia total mientras no exista una política coherente de defensa nacional frente a ataques procedentes del exterior. Trece años después de la muerte del general Franco, y sin una política de este tipo, no se puede decir que España sea una democracia total. Y mientras no se complete el proceso de democratización, España no puede cumplir como es debido con su papel como miembro de una alianza democrática.

La cortedad de vista de los que abogan por la neutralidad dentro de España y la adulación neutralizadora desde el exterior pueden contribuir a retrasar el proceso de democratización. La Unión Soviética es maestra en ese tipo de adulación de doble filo. La falta de seriedad y la aparente falta de consideración por las cuestiones estratégicas internacionales de su principal opositor político, el ex presidente del Gobierno Adolfo Suárez, que el año pasado defendió la retirada total de las tropas norteamericanas, no han facilitado la postura de Felipe González a nivel nacional. Entre los partidos de la oposición, el único que ha ofrecido una respuesta coherente al nuevo acuerdo entre España y Estados Unidos ha sido Alianza Popular.

Como presidente del Gobierno, la tarea del señor González es activar el proceso de democratización. Ante la hipótesis de una guerra mundial es difícil imaginar que España pudiera permanecer al margen. Con la retirada de los F-16, el nuevo acuerdo de defensa entre España y Estados Unidos debería permitir finalmente exorcizar el "pecado original" del Tratado de 1953 del general Franco. El objetivo del señor González debería ser una política de defensa coherente para España en el marco de la OTAN. En la medida de lo posible, ésta, a su vez, debería incluir la conclusión satisfactoria de las negociaciones sobre la contribución militar de España a la Alianza Atlántica antes de la reunión de ministros de Asuntos Exteriores de la OTAN que se celebrará el próximo mes de junio en Madrid.

# Por quién doblan las campanas

Vladimir Maximov

**E**l nuevo secretario general soviético tiene cincuenta y seis años. A esa edad, Lenin, que al final de su vida parecía ya un viejo, estaba enterrado. Sin embargo, tanto en la URSS como en Occidente, todo el mundo ha decretado que Mijail Gorbachov es un hombre joven. Bien; al fin y al cabo todo es relativo...

Hay otra cosa incomprensible. Porque ¿en virtud de qué criterios tan poco serios ha sido promovido este nuevo líder al rango de “reformador dinámico de disciplina liberal”, capaz de cambiar radicalmente el sistema que rige en su país, y encaminarle hacia un desarrollo económico pacífico? ¿Porque no da golpes sobre la mesa con el zapato durante las negociaciones con sus interlocutores occidentales? Pero ni Lenin ni Stalin se distinguían tampoco en ese aspecto. ¿Porque se viste correctamente? Pero si con dinero (y hablo con conocimiento de causa) y algunos consejeros de experiencia, esa ciencia pierde todo su misterio. ¿Porque se expresa con corrección? Pero si incluso Kruschev, por no citar de nuevo a Stalin, tenía una oratoria más colorida y vivaz. ¿Por qué, entonces, toda esta bacanal en los medios de información? Aparentemente, el problema no está en que los soviéticos traten de lanzar de nuevo (por enésima vez) un señuelo a la opinión pública occidental, sino en que esta opinión pública desea ardientemente ser inducida a error para obtener ventajas políticas inmediatas y la comodidad espiritual consiguiente.

Esta bacanal ha alcanzado incluso a los ambientes de la emigración rusa. No hace mucho tiempo he leído las líneas siguientes en un semanario de los emigrados: “A lo largo del año pasado, después de haber consolidado sus fuerzas, el enérgico líder ha comenzado la aproximación con Occidente en el terreno militar: ha aceptado la propuesta de Reagan relativa a la liquidación de los cohetes de alcance medio y la inspección mutua del armamento en el interior de cada país (hecho inusitado para los soviéticos). Pero lo más asombroso es que el secretario general está dispuesto a reducir unilateralmente sus fuerzas armadas convencionales en Europa, eliminando así la amenaza soviética sobre los aliados de los Estados Unidos.”

---

**Vladimir Maximov**, escritor soviético, vive exiliado en París. Es fundador y redactor jefe de la revista trimestral “Continentes”, que aparece en lengua rusa desde 1974, y autor de varios libros publicados en francés.

“¿No es ése el testimonio de la seriedad de intenciones de Gorbachov? ¿Qué otros argumentos necesitarían, en última instancia, los escépticos para creer en Gorbachov? Es evidente que este reformador juega limpiamente. Empiezan a comprenderle en el Congreso americano y en la Casa Blanca. Pero los “conservadores” rusos se niegan a comprenderle, pues la apertura del sistema soviético les haría ridículos e inútiles.”

Yo soy, en efecto, uno de esos “conservadores” rusos cuyo futuro da lástima al autor del citado artículo. Mas, sí, no creo una sola palabra de Gorbachov, considero al *Glasnost* como una pompa de jabón propagandística, no espero nada bueno de la *perestroika* y no veo nada nuevo en las iniciativas de paz de los líderes políticos actuales. Todo ello no es más que una repetición del pasado, lo mismo que “la coexistencia pacífica” de Kruschev y que la “distensión” de Breznev. Y para que se den ustedes cuenta, honorables lectores, les propongo un pequeño repaso a la historia de la desinformación soviética.

**Años veinte:** La hierba no había tenido tiempo de cubrir la fosa común en que reposaban los marineros de Kronstadt (florón y orgullo de la revolución rusa, según la expresión de Grigori Zinoviev), fusilados por los bolcheviques, cuando Lenin inauguró la pretendida nueva política económica; en su virtud, decenas de viajantes ideológicos, de entre los más sonoros nombres de la cultura soviética, se expandieron por las ciudades de Occidente llevando un ramo de olivo entre los labios los bolsillos repletos de propaganda. En los salones intelectuales y en los auditorios *snobs* de Berlín, París, Londres y Nueva York contaban a un público entusiasmado historias soporíferas sobre la inusitada liberalización del régimen soviético, la libertad ilimitada de la cultura en su país, la expansión de la creatividad y el humanismo socialistas. Como consecuencia de ello, la autoridad política, económica y moral de la URSS crecía no ya de día en día, sino de hora en hora los reconocimientos diplomáticos se sucedían unos a otros, los capitalistas proponían créditos a más y mejor, celebridades mundialmente conocidas del mundo político e intelectual inundaban de peticiones de visado los Consulados soviéticos y, tras haber visitado “el país del porvenir”, llenaban de odas entusiastas las columnas de las más prestigiosas publicaciones de sus respectivos países.

Entretanto, los bolcheviques aniquilaban fríamente Transcaucasia y el Asia Central, anegaban en sangre la revuelta de campesinos de Tambov, exterminaban por hambre a la población de las regiones de Kuban y del Volga, fomentaban disturbios en Bulgaria y en Alemania e implantaban redes de espionaje y desinformación en Europa y en las dos Américas. Pero en nombre del éxito de la “Gran Experiencia”, la elite progresista de Occidente estaba dispuesta a cerrar ojos y oídos ante toda información negativa relativa al país de sus ilusiones sociales. Para lo cual se sentía confortada por sus ídolos infalibles: Herbert Wells, Bernard Shaw, Romain Rolland y tantas otras no menos célebres sirenas del progresismo mundial. Todos murieron de muerte natural, honrados y respetados por sus contemporáneos, con la orgullosa conciencia del deber cumplido hacia una Humanidad desasistida.

Algo peor fue la suerte que correspondió a los actores soviéticos de esta pieza de propaganda. Muy pronto, una vez cumplido su papel, todos – Essenine, Maiakovsky, Meyerhold, Pilniak, Tretiakov, Voronski y otros, muchos otros– fueron inducidos al suicidio o terminaron sus días en las ergástulas de esa misma institución que había financiado sus estancias en el extranjero.

Peor aún fue la suerte de los emigrados políticos que creyeron en la transmutación de la dictadura bolchevique en no se sabe qué forma de autocracia nacional, y que habiéndose asegurado precipitadamente un capital político –sólido a su parecer– por introducir la propaganda soviética en sus propias filas, se precipitaron hacia la madre patria para compartir el poder con los dirigentes del Kremlin. Todos desaparecieron, sin dejar rastro, en los abismos insondables del *gulag* o de la *lubianka*. Sólo algunos consiguieron sobrevivir a costa de un servilismo hábil al estilo del conde Alexei Tolstoi: a pesar de su nihilismo los bolcheviques mostraron ser, además, de un esnobismo sorprendente.

**Años treinta:** Apenas había concluido la sangrienta colectivización de los campesinos y el hambre artificial en Ucrania, que produjo millones y millones de víctimas inocentes de todo crimen, cuando una oleada de procesos y purgas políticas se desencadenó sobre el país. En el terreno cultural la censura era ya total, pero los nuevos apologistas del “paraíso soviético” se apresuraron a lanzarse hacia el “Occidente podrido”, portadores de sensacionales informaciones sobre la democracia triunfante en la URSS, la “vida dichosa de los trabajadores” y las ventajas del realismo socialista.

También esta vez los auditorios occidentales quedaron petrificados de entusiasmo y admiración, entontecidos ante el aspecto elegante y satisfecho de los “representantes políticos de la cultura” del país de los soviets. También esta vez los mejores de entre los mejores pilares de la cultura progresista del mundo capitalista –Thomas Mann, Bertold Brecht, Leon Feuchtwanger, así como un enjambre de otros, un rango inferiores– se apresuraron a acudir en su apoyo. Y también esta vez el desenlace fue el mismo: para unos la muerte en el gulag o una bala en la nuca (citemos entre ellos aunque sólo sea a Mijail Koltsov, Isaac Babel y Vladimir Kirchon); para otros (los que he evocado más arriba) la gloria, una cuenta de por vida en un Banco sólido y los honores posmortem.

**Años cuarenta:** Durante la euforia de la victoria sobre el fascismo la fraternización cultural culminó en una especie de epidemia. Los pensadores franceses cayeron en un éxtasis de devoción al régimen. Las puertas de todos los salones, de todos los gabinetes, de las casas más respetables se abrían, como por arte de una varita mágica, ante la nueva generación de desinformadores de la cultura soviética, tales como Constantin Simónov, Ilya Ehreburg y Alexandre Fadeiev. Las fábulas propagandísticas de los recientes “compañeros de armas” eran recibidas, en última instancia, como la única verdad, y aquellos audaces que se aventurasen a expresar alguna duda recibían el anatema general. Ni siquiera nuestra emigración quedó al abrigo de aquella extraordinaria epidemia. Vimos a las

más nobles familias rusas contaminadas por el patriotismo soviético: los Volkonski, los Krivocheine, los Tatichtchev, etcétera. Berdiaiev llegó hasta a plantar una bandera roja en lo alto de su casa.

Los más nostálgicos de los abetos rusos y de la gloria de los estandartes imperiales hacían cola para obtener un pasaporte soviético. El mismo Molotov vino en compañía del embajador soviético en Francia, Bogomolov, a bendecir a los ingenuos que iniciaban su viaje patriótico. Inmediatamente de su llegada a Moscú, en la estación de Bielorrusia, fueron arrestados; después se vio que nadie había oído hablar de la mayoría de ellos.

Al mismo tiempo, millones de prisioneros de guerra henchían los innumerables campos de concentración que se extendían desde la Vorkuta hasta la bahía de Nagaiev; los Tribunales militares ajustaban cuentas sin piedad a los vencedores de ayer –entre ellos, como después se vio, Alejandro Solzhenitsin– y una nueva epidemia de hambre diezmaba, por centenares de miles, a los campesinos de Ucrania y de Moldavia. Además, pronto se desencadenaron los *progroms* de la intelectualidad judía, que perdió entonces a sus mejores representantes: Mikhoels, Markish, Kvitko y muchos otros.

Entretanto, nuestros desinformadores culturales, del tipo de Fadeiev y Ehrenburg, cuando sus amigos occidentales se interesaban por la suerte de sus congéneres judíos, les contestaban sin pestañear que precisamente en la víspera de su salida de allí les habían visto. Y los colegas occidentales de esos canallas no solamente daban fe a tales fabulaciones, sino que además las reproducían en las páginas de la Prensa occidental y ante los auditorios universitarios.

Es cierto que esta vez, tanto los unos como los otros, murieron de muerte natural, quién en su lecho, quién en una clínica de la *nomenklatura* (salvo el caso de Fadeiev, que en un arranque de remordimiento se disparó una bala en el corazón).

Años cincuenta: Con la llegada al poder de Krushev y su informe sobre el “culto a la personalidad”, a lo largo del vigésimo congreso del partido, la expansión cultural soviética en Occidente tomó las dimensiones de una catástrofe natural. Tenores de ópera y poetas, directores de cine *y jazzmen*, bailarines y profesores de ambas orillas se fusionaban en el éxtasis de la unidad humana, preconizando el advenimiento del Siglo de Oro de la cultura y la prosperidad universales.

Dos “críticos del régimen”, tal como fueron pronto bautizados en Occidente, se destacaron inmediata y netamente sobre este fondo rosa: Evtuchenko y Voznessenski. Perseguidos en su propia patria por las críticas del partido y las calumnias de los estalinistas, lucharon valerosamente en países capitalistas contra la explotación y el desempleo, contra la mafia italiana y la guerra del Vietnam, contra el revanchismo alemán occidental y la escalada del armamento capitalista. De forma extraña, ninguno de sus colegas ni adoradores occidentales llegó a preguntarles por qué otros críticos literarios del régimen, como Tarsis, Siniviavski o Daniel, no habían sido enviados al extranjero, sino a campos de concentración y a hospita-

les psiquiátricos; cómo explicaban la clausura de las últimas iglesias, ya escasas sin necesidad de ello, y qué se les había perdido a los consejeros militares soviéticos en Cuba, en Medio Oriente o en África.

Luego vino el famoso deshielo kruscheviano, que duró apenas diez años y concluyó con una campaña encarnizada contra Pasternak, con un *progrom* ideológico en Moscú, con la ocupación de Checoslovaquia, con la deportación de Solzhenitsin, con el exilio de Sajarov y con campos de concentración y prisiones psiquiátricas para muchos de los defensores de los derechos del hombre y otras personalidades de la cultura.

Sin embargo, Evtuchenko y Voznessenski, esos dos símbolos de la dependencia de cierto público occidental, continuaban surcando el mundo, presentando la política de cada nuevo secretario general bajo los aspectos más atrayentes y denunciando, de paso, los vicios y la “política agresiva” de Occidente. Pero tampoco esta vez ninguno de sus amigos les preguntó qué hacían los ocupantes soviéticos en Afganistán, ni por qué razón el conjunto de los miembros de los Grupos Soviéticos para Vigilancia y Aplicación de los Acuerdos del Helsinki estaban encarcelados o en el exilio, ni lo que incitaba a las autoridades soviéticas a continuar sus exclusivas pacifistas, ni, por último, si la URSS experimentaba un interés real por la disminución de la tensión internacional y si era cierto que no se fijaba más que objetivos pacíficos.

¡Si al menos esos desinformadores profesionales no hubieran sido recibidos en Occidente más que por marxistas puros y duros o por simples ingenuos...! Pero ¿qué es lo que obliga, por ejemplo, a un gran director como Antonioni a formar parte del mismo Jurado y a sostener la demagogia de Evtuchenko en el Festival de Venecia? ¿Por qué Marcelo Mastroianni, un maravilloso actor que yo admiro profundamente, encuentra un lenguaje común con un patente conformista como Nikita Mikhalkov y no manifiesta ningún interés por la obra de un genio como Paradjanov? ¿Qué consideraciones inspiran al Papa Juan Pablo II cuando recibe al coro Piatnitski, con el inevitable Evtuchenko a la cabeza, y le da su bendición a guisa de despedida? ¿Tendría el antiguo cura obrero de Cracovia nostalgia de las canciones rusas que oyó por última vez en 1945, cuando eran entonadas por los “libertadores soviéticos” en trance de anegar en sangre la resistencia polaca? Se me puede argüir que se trataba de intereses de alta política. A riesgo de verme acusado una vez más de presunción, tengo, sin embargo, la audacia de afirmar que conozco la política al menos tan bien como el consejero íntimo del Papa, el cardenal Casaroli. Y estoy dispuesto a demostrar a ese pensador político, con hechos concretos, que las sutilezas políticas que practican desde hace años no han tenido como resultado más que la intensificación de la persecución de la Iglesia católica en todas las partes del mundo controladas por sus interlocutores totalitarios.

Como es natural, nuestros visitantes soviéticos tampoco se olvidan de la emigración. Siempre se ponen en práctica los mismos procedimientos, experimentados durante decenios: explotación de la nostalgia, del patriotismo, del amor a la cultura rusa, siembra de informaciones dignas de cré-

dito sobre los cambios radicales sobrevenidos en el vértice, anuncios de una democratización total de la sociedad soviética, llamadas a apoyar a un partido renovado en la lucha que libra contra los stalinistas obtusos que oponen, sedicentemente, una resistencia feroz al renacimiento liberal del país. ¡El alma emigrada es tan débil...! Tiene necesidad de creer incessantemente que dentro de poco, al cabo de sólo unos días, volverá a nacer el amor en el corazón de los hombres de su tierra y la bendición de los cielos santificará su antigua patria. Entonces, perdonado y colmado de caricias por su querida patria, caerá de rodillas y besará con unción esa tierra de prosperidad. Y he aquí que esta vez, desde París y desde Londres, desde Sydney y desde Washington, desde Munich y desde Ámsterdam, los rumores alcanzan los últimos confines de la emigración, a cual más digno de confianza: “Yuri Liubinov se va...”, “Solzhenitsin Axionov ya están en camino hacia Moscú...” En tal caso, si incluso los mayores agentes de la reacción se han puesto en marcha, es Dios mismo quien lo quiere así para la hermandad de los emigrados ordinarios.

Es cierto que Liubinov se ha ido, pero en dirección contraria: se ha instalado en Israel. Solzhenitsin y Axionov no se han movido de su casa; por lo demás, la hermandad emigrada se atormenta más por curiosidad que por deseo real, pero la inquietud ya ha sido sembrada en sus espíritus y en el agua turbia de esa emoción los especialistas adecuados de la Lubyanka pueden lanzar el anzuelo con más facilidad.

Desde luego, los tiempos cambian, pero sólo en el sentido de que hoy ya no se suprime a los que salen. Por eso estoy seguro de que los actuales desinformadores de la cultura, al fin de su ruta, descansarán felizmente, llorados por el poder y por sus prójimos, después de haber legado sus dudosas funciones a la siguiente generación de camastrones ideológicos. Pero ¡ay!, eso no es un consuelo para nosotros.

Por desgracia, los escépticos tienen razón: la única lección que enseña la Historia es que no enseña nada.

Si fuésemos capaces de recordar las lecciones de la Historia guardaríamos memoria de que las mismas alabanzas que hoy se dirigen a Gorbachov han sido ya dirigidas a Breznev, a Kruschev e incluso a Stalin. Sí, a ese querido Stalin, al que con sólo mencionarle de forma positiva se compromete la vida. Pero al principio de los años cincuenta se decía en Francia: “Si no eres stalinista, no eres intelectual.” Boris Souvarine, fundador del Partido Comunista francés, que después rompió con el partido, escribió un libro revelador sobre Stalin. Inmediatamente después de la aparición de ese libro, me contó que todas las puertas en EEUU se cerraron para él y tuvo que trabajar como barrendero. Y eso ocurría en el país más libre del mundo. Por lo demás, treinta años más tarde, los críticos americanos han bautizado ese libro como “El descubrimiento del siglo”.

Por mi parte, yo hubiera preferido retirarme ridículo e inútil antes que ser testigo una vez más de la tragedia de mi país. Desgraciadamente, me parece que las reformas anunciadas por Gorbachov en el vigésimo séptimo congreso del PCUS, así como las medidas políticas y económicas del actual Gobierno, concluirán, una vez más, con un fracaso que costará caro a la población.

Para confirmarlo basta con reproducir los objetivos principales de los gorbachevistas.

1. Las reformas van a ir parejas con un reforzamiento de la centralización (principio inmutable del sistema soviético que los comentaristas occidentales no se dignan anotar). Se trata, pues, de un evidente plagio de “la experiencia de Kosygin” que fracasó por completo.

2. Introducción de elementos de economía de mercado. Observemos que tales elementos estaban ya presentes en tiempos de Stalin, sobre todo en las sedicentes Repúblicas soviéticas, pero ese fenómeno no ahorró en absoluto al país ni el hambre permanente ni la insuficiencia industrial.

3. Aumento de la autonomía de los koljoses y los sovjoses. Esa tesis ha sido copiada de Kruschev, que terminó, por desgracia, por proceder a compras de productos agrícolas en el extranjero, sin precedentes.

4. Lucha contra la burocracia. Lenin la había comenzado, pero tuvo que capitular porque en la URSS sólo los burócratas pueden llevar a efecto tal lucha y lo hacen de acuerdo con sus propios intereses.

5. En la política exterior se recurre al habitual montaje de la demagogia soviética. Se habla de las intrigas del imperialismo americano en todo el mundo, de su injerencia en los asuntos de Afganistán y de Nicaragua, se hacen llamadas para saneamiento del clima político, sobre todo para el abandono por parte de Occidente del proyecto de la “guerra de las galaxias” y para el desarme general. (Dado que la URSS practica arrestos y expulsiones de sus propios pacifistas no oficiales, sólo se trata aparentemente del desarme de Occidente.) La única novedad es la condenación del terrorismo internacional. Pero la reacción del Gobierno soviético ante las matanzas de Roma y de Viena es muestra clara de cuál es el terrorismo al que hace alusión el señor Gorbachov. Pues el Gobierno soviético, sin haber dicho una sola palabra a propósito de tales matanzas, calificó la respuesta americana (que no incluía ningún acto de violencia) como una forma de terrorismo de Estado.

No hace falta tener un sentido político especial para comprender que el programa gorbacheviano, preciso y declarado, preconiza el renacimiento de un stalinismo en todas las esferas de la política soviética –interior e internacional–: centralismo estricto (del que, precisamente, los stalinianos predecesores de Gorbachov habían intentado desembarazarse, aunque con timidez e inconsecuencia), disciplina de hierro en la sociedad y política de fuerza frente al Oeste.

Pero esto no es sorprendente. El nuevo secretario general (que juega a ser un Stalin sin bigote) –a diferencia de sus predecesores, que hasta el final de sus días no pudieron jamás desprenderse del recuerdo del tiempo en que la vida de cada uno, con independencia de su lealtad, estaba cada día y cada hora pendiente de un hilo– pertenece a una generación no contaminada por aquel temor. Para él y sus compañeros, Stalin ya no es la personificación del miedo, sino un mito y un modelo de sociedad deseable. Mas para muchos occidentales el stalinismo se reduce a la tragedia del gulag, lo cual está lejos de ser cierto. El gulag no es más que uno de los componentes –y no el más específico– de la

época estaliniana. El gulag es la consecuencia, no la razón, del estalinismo. Pero incluso a estos efectos, desde sus primeros pasos, Gorbachov trata de recuperar el tiempo perdido. Las represiones contra los que “piensan de distinta manera” persisten. Las penas han aumentado para los pensadores religiosos, los no marxistas, los pacifistas independientes... Nuevas condenas son impuestas a todos los que han purgado penas anteriores, y en los campos de concentración se apresuran a castigar a los prisioneros políticos con penas complementarias.

¿Quién puede garantizar, por otra parte, que el *djin* de la represión, libertado de su botella, se mantendrá en los límites deseados y no escapará a todo control? No nos olvidemos que Gorbachov no es solamente el discípulo del “pragmático” Andropov, sino que también fue comparsa, dirigiendo el Komsomol, de stalinistas tan impenitentes como Chelepin y Semitchiastnii, que tenían ya en aquella época, en sus cajones, listas de proscritos referentes a toda la *intelligentsia* liberal soviética, incluso de los conformistas actuales del género de Evtuchenko o Voznessenski.

No discuto el derecho a quedarse maravillado frente al nuevo secretario general soviético como si fuera una diva. Desde Lenin, todos los líderes soviéticos, por turno, han producido el mismo efecto. Pero no se debe olvidar lo que, ese embelesamiento ha costado a la Humanidad en estos setenta años de existencia del totalitarismo soviético.

El stalinismo sin bigote puede demostrar ser mucho más peligroso y despiadado para su pueblo y para el mundo entero que el de su célebre predecesor, inmortalizado en pintura por Pablo Picasso.

Para mí la esperanza reside en otro sitio: en el fracaso total de este stalinismo renovado, pues para que este renacimiento triunfe no basta sólo con la crueldad, de la que los gorbachevianos tienen sobrada, sino que también hace falta inteligencia y voluntad; hace falta conocer la psicología de las masas y saber pensar a una escala global; hacen falta, pues, cualidades de las que (¡a Dios gracias!) esos minitiranos están privados desde su nacimiento. No se pueden considerar como criterios serios de “dinamismo político” la ridícula campaña antialcohólica, que ya no es más que una caricatura de sí misma; las consignas estereotipadas llamando a la disciplina, los paseos mezclado con el pueblo (procedimiento copiado de Kruschev), las invocaciones a Dios (copiadas también, pero esta vez de Breznev. ¡Acordaos de Viena!) y la agresión cada vez más dura contra Afganistán.

Mi esperanza es también, y sobre todo, la mayoría silenciosa de mi país, que hoy empieza a hacerse entender. Sólo el pueblo puede obligar al sistema totalitario a devolverle sus derechos y restaurar su dignidad perdidos desde hace setenta años.

# El porvenir de la lengua española

José María de Areilza

**L**a lengua castellana, como las demás grandes lenguas de cultura actuales, es una entidad viva y fluyente. Quiere decirse que nace, se fortalece, se expansiona, se impone y logra niveles de universalidad. Y también, por supuesto, puede decaer y extinguirse. El latín y el griego son conocidos ejemplos de trayectorias vitales de las grandes lenguas de la historia que acaban, como los imperios, convirtiéndose finalmente en piezas de museo, mientras sus descendientes directos, las lenguas de hoy del Occidente europeo, florecen en plena vitalidad.

Esa enseñanza nos debe servir para no olvidar, en primer lugar, la necesaria protección y defensa de la lengua española. Y el señalamiento de los principales riesgos y peligros que acechan al porvenir de nuestro lenguaje, en la hora presente del mundo. Porque no somos los hispanohablantes de la Península los propietarios en exclusiva de nuestro lenguaje, sino los copropietarios de la misma. No somos “los amos de la lengua” como dijo antaño “Clarín”, sino los servidores comunes de un mismo caudal de palabras.

Nuestra lengua ¿se halla en crisis? ¿Está amenazada? ¿Se encuentra ante un proceso decadente, de progresiva degradación interna? ¿Qué peligros corre el lenguaje, que hemos aprendido de niños, que utilizamos cotidianamente y al que recurrimos cada vez que el uso de la pluma o de la palabra nos exige adentrarnos en ese misterioso y riquísimo tesoro del vocabulario de una lengua? La lengua –se ha dicho con reiteración– no es simplemente almacén de vocablos, sino también repertorio de ideas, catálogo de abstracciones, fuente de conceptos y sedimento de tradiciones acumuladas por el correr de los siglos y por la contribución a ellas de los grandes escritores y oradores que la utilizaron en nuestro pasado literario y en nuestro tiempo presente. La lengua tiene, dentro de sí, un metabolismo propio y en él nos abrevamos, casi sin darnos cuenta, a todas horas, cada día.

---

**José María de Areilza**, conde de Motrico, ha sido presidente de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa y ministro de Asuntos Exteriores en el primer Gobierno de la Monarquía. Una parte de las ideas recogidas en este artículo fueron ya expuestas en su discurso de ingreso en la Real Academia Española el pasado mes de diciembre.

Una serie de cuestiones se presenta en primer lugar a nuestra reflexión. El castellano atraviesa, en el momento presente, por unas circunstancias que pueden resumirse así: los jóvenes de las nuevas generaciones utilizan en gran parte, en su intercambio verbal, una jerga propia, casi cabalística. Muchos de los profesionales especialistas se refugian a su vez en un lenguaje críptico, solamente apto para su entendimiento por expertos o sabios; los tecnócratas buscan, en ocasiones, una oscuridad voluntaria para encubrir sus teorías; en nuestra vida pública, observamos muchos síntomas de lenguaje chabacano, acaso como tributo a la demagogia; la clase política ha reducido su lengua empobrecida a unos límites mínimos. Una encuesta reciente hablaba de que nuestros hombres públicos manejan, en total, dos mil palabras, siempre las mismas, en sus discursos electorales y parlamentarios.

Es cierto que el vocabulario del castellano usual tiende a empobrecerse. Estamos asistiendo a la aparición de un “castellano básico”, compuesto por unos pocos miles de vocablos, entre los que se incluyen centenares de locuciones novedosas que proceden de un “mass-media” que tiene altibajos y vertiginosas modificaciones. La lengua se usa con fatiga, con abandono, sin pronunciar del todo las palabras, con muchas interjecciones y onomatopeyas incluidas y relegando, en lo posible, los verbos y los nombres. Este fenómeno no es solamente visible en el castellano. En el francés, en el italiano y en el alemán se conocen actualmente síntomas parecidos. Y hasta la propia lengua inglesa, hablada en Gran Bretaña, ha sido modificada y degradada, en su uso, por el pueblo de los Estados Unidos con su espíritu de arrolladora integración lingüística, nada convencional. Los puristas de la Universidad de Oxford consideran que el inglés lleva camino de convertirse en una lengua distinta –en los usos verbales y escritos del mundo cultural y de los medios de comunicación– del lenguaje que se habla y se escribe en Norteamérica.

En el terreno de los medios de comunicación, de los “mass-media”, como ahora se les llama, se oyen cotidianas críticas sobre el relajamiento que, en el uso de nuestra lengua, se produce de modo reiterativo en los ámbitos audiovisuales. Sin negar que haya casos notorios de empleo inadecuado de la lengua, pienso que el hecho de aparecer en directo un locutor, ante el micrófono o la pantalla, requiere el empleo de un lenguaje distinto del habitual. Es la lengua de esos medios una forma de expresión insólita que exige a la vez espontaneidad, relajamiento y capacidad de improvisación. Lo audiovisual reduce necesariamente la amplitud del lenguaje y hay que respetar la libertad creativa de los *micro y tele* profesionales, muchos de ellos magníficos, que tenemos en España. Sin olvidar tampoco el hecho inevitable de que por ese moderno escenario desfila, cotidianamente, un nutrido grupo de ciudadanos de ambos sexos que, sintiéndose acomplejados, tartamudean o exponen mal sus puntos de vista, con notorio empobrecimiento y confusión de sus palabras y locuciones.

En todo caso, estamos en una era de dimensión universal de la telecomunicación con sistemas en concurrencia y a través de una densa red de cables y satélites. La era televisiva es a la vez un medio de expresión y

una tecnología revolucionarios. La lengua castellana no puede quedar ausente de esa etapa próxima del devenir mundial en que su enorme difusión lingüística, a la que luego aludiré, nos coloca en situación privilegiada para participar en ese capítulo próximo de la historia de las intercomunicaciones humanas.

Un renglón importante en esta reflexión sobre nuestra lengua es cuanto se relaciona con la era informática. El ordenador ha entrado en la vida cotidiana de los pueblos desarrollados con ímpetu considerable. Hay quienes suponen que, dentro de unas décadas, será capaz, por sí solo, de suplantarse, casi por entero, la lectura y la escritura en la vida del hombre con el poderío y alcance de su mensaje que se hallará, entonces, dispuesto a responder a nuestras interrogaciones incluso en términos fonéticos. El material de pensamiento acumulado por estas máquinas y sus bancos de datos de dimensión gigantesca ¿predominarán hasta el punto de hacernos abandonar la meditación y la creatividad propias de la condición humana? No lo creo en absoluto. Sí pienso, en cambio, que el resultado final de las respuestas del ordenador a las preguntas formalizadas por el usuario tiene, por fuerza, que adoptar un estilo de redacción que podíamos llamar de “castellano comprimido” que deriva de la propia naturaleza del invento. Ya que exige no sólo concisión, sino también brevedad, para que el tiempo real no se extienda más allá de las fronteras mínimas. Y en ese atropellado mensaje final de la respuesta mecánica del ordenador, hay incluido un paquete de siglas, de abreviaturas, de señales y de códigos en los que aparece asomando sin cesar el idioma inglés, es decir, la lengua dominante del “estilo informático”. Pero no creo que sea preciso, en este delicado terreno del futuro, declararse purista del castellano, recordando que el intercambio entre las lenguas de alcance internacional ha sido una regla histórica que sigue vigente a lo largo de los siglos.

Los pueblos europeos nos hemos prestado, en efecto, cientos o miles de vocablos a través del pasado intercomunicativo de nuestras lenguas respectivas. Es preciso recordar, en este punto, que la parte más íntima del trabajo del ordenador reside en el programa, y más concretamente en el denominado “lenguaje del programa”, del que existen, en el mundo comercial e industrial de los ordenadores, media docena de modelos inventados por los constructores y que son, en teoría, “neutrales”, en materia de lenguaje, aunque se hallen concebidos todos ellos en lengua inglesa. Dentro de esta densa madeja de problemas lingüísticos que expongo y que comporta la ofensiva informática, acaso sea el capítulo de los “bancos de datos” el más trascendental. Este carísimo y decisivo engranaje del sistema informático no deberá ser olvidado a la hora de preservar la presencia de nuestra lengua en el mundo de los ordenadores. El estudio y el establecimiento gradual de los bancos de datos comunes de los países de la lengua castellana ha de ser uno de los objetivos primordiales de nuestros empeños lingüísticos del futuro.

Señalemos un aspecto no menos trascendental en este proceso vertiginoso de la era informática. Me refiero a las *máquinas de traducción automática* que ya han sido inventadas, aunque su puesta en marcha y

entrada masiva en el mercado no ha llegado a culminar todavía en realidades tangibles. Esos ordenadores pueden, teóricamente, llegar a traducir hasta trescientas mil palabras por hora. El verdadero problema subyace en la dificultad de que la traducción sea correcta y coherente, no sólo en cuanto a los vocablos en sí, sino a la sintaxis, los modismos, los matices y la construcción de las frases. Esta es una de las cuestiones más debatidas en el terreno lingüístico, ya que un conjunto de malas y pobres traducciones en cadenas de televisión, a escala mundial, por ejemplo, pueden dañar gravemente la transparencia y el contenido esencial de una lengua que esté mal traducida en ambos idiomas.

Queda otro problema en este horizonte: el del uso creciente de las máquinas parlantes, es decir, del *robot* que utiliza directa o indirectamente un lenguaje. Existirá en el futuro un código vocal de la lengua y un reconocimiento fonético del usuario que permitirá su identificación. Se piensa ya en establecer un *diccionario de términos fonéticos* para la cibernética de los años próximos, en el que la pronunciación correcta y minuciosa será el elemento definidor por excelencia de dicho instrumento.

En síntesis, las lenguas tendrán que someterse a las nuevas exigencias y limitaciones de la comunicación, si quieren subsistir como vehículos de comunicación masiva e internacional. La informática, como toda tecnología nueva, impone e impondrá cada vez más sus exigencias imperativas. A ese desafío habrá de hacer frente la lengua castellana con su capacidad de adaptación y con su flexibilidad, adecuada a los usos que exigen los instrumentos progresivos e inevitables de la nueva edad.

Nos enfrentamos asimismo con el problema que representa la llegada de un caudaloso torrente de nuevos vocablos que el dinamismo de la sociedad industrial de nuestro tiempo lanza, cada día, a la circulación internacional. La lengua castellana posee hoy, en su conjunto, entre setenta y cien mil vocablos. Pero los inventos acuñados en palabras, que se han producido en los treinta últimos años en el mundo desarrollado, son del orden del medio millón al millón, de vocablos nuevos. Estamos, pues, ante una avalancha de *neologismos* que llama a las puertas del idioma castellano para que se le haga, apremiantemente, un sitio en el uso o en el diccionario. El neologismo científico, es decir, la terminología de la ciencia pura y aplicada, genera cotidianamente no sólo palabras que designan fenómenos o situaciones, inventos y abstracciones mentales, sino también procesos físicos, matemáticos y mecánicos que requieren calificaciones verbales novedosas. Una lengua viva no puede cerrar los ojos a ese pulular vigoroso y cambiante del desarrollo de la sociedad moderna. Examinemos el proyecto de una iniciativa industrial contemporánea: por ejemplo, un nuevo modelo de avión. O un proyecto avanzado de central energética nuclear. No menos de diez mil términos descriptivos llenarán las páginas de ese proyecto que no tiene, hoy día, versión oficialmente aceptada en el castellano de nuestros diccionarios.

Las lenguas de cultura de Europa se encuentran frente a esta situación explosiva. Cada una reacciona a su manera. El lenguaje angloamericano es seguramente el que funciona con mayor dinamismo y rapidez

frente a ese desafío continuo, inventando sin cesar miles de palabras con sus raíces propias anglosajonas o con las grecolatinas de su sedimento remoto y clásico. En otras lenguas como el francés, los Gobiernos han tomado el camino de crear *Comisiones nacionales de terminología* en las que entran expertos de las ramas de la ciencia pura y aplicada, y que tienen como objetivo el de recoger y clasificar el ingente volumen de material, al que antes he aludido, que invade literalmente los gabinetes de investigación y los laboratorios y equipos de programación. Mientras tanto, se proyecta crear en Francia un banco de datos científico-técnicos, y a partir de ahí dar entrada gradualmente a los neologismos precisos para que el idioma francés no quede aislado de la nomenclatura de la revolución industrial de estos últimos años. La República Federal de Alemania, a su vez, ha dado cabida oficial en los últimos años en su lenguaje a decenas de miles de esos vocablos que en buena parte proceden de inventos propios.

Es evidente la necesidad de salir al encuentro de esa situación lingüística que aumenta de día en día en dimensión y originalidad. La meritoria labor de nuestra Real Academia de Ciencias Exactas y Naturales en la materia ha de ser exaltada y apoyada como núcleo central de esa política lingüística de admisión de los neologismos necesarios en el repertorio de nuestra lengua.

Y como punto final de esta vertiente cabría aludir a lo que se llama ya, de forma genérica, la *industria de la lengua* considerada como conjunto económico-social de primer orden. Es decir, que el castellano lleva en su interior, como lengua de cultura euroamericana, un contenido de índole material que es capaz de generar riqueza y movilizar gigantescos recursos financieros. El ejemplo que nos ofrecen hoy día los Estados Unidos, el Japón, el Canadá y la Alemania federal nos invita a la consideración de este punto. Desde la enseñanza, en el ámbito mundial, de la lengua y sus derivaciones editoriales, hasta el ilimitado mundo audiovisual, pasando por la enseñanza a través del ordenador, hay un inmenso mercado potencial que nos espera. El problema terminológico, el de los diccionarios habituales y el de los diccionarios específicos es otro ámbito comercial en el que los países antes mencionados invierten fuertes sumas de dinero con vistas a una demanda cada día más extendida y más exigente. La industria de la lengua castellana está ahí, como un reto prometedor dirigido a los empresarios y a los expertos de esos sectores implicados, ya, en el desafío histórico que nos espera.

## La lengua española en el mundo

Y con ello entramos en el terreno prospectivo, en el campo discutible pero importante de las estadísticas que recogen las grandes cifras de las lenguas más habladas del mundo. Concretamente, de lo que hoy representan, en volumen demográfico, los idiomas que se hallan a la cabeza de la demolingüística internacional.

El repertorio general de las lenguas habladas en el mundo asciende a unos tres mil núcleos lingüísticos diferentes. De ellos solamente una mitad, mil quinientos, tienen los caracteres de una lengua con identidad propia. En las Naciones Unidas se registran hasta setenta lenguas oficiales en sus Estados miembros. Las llamadas “geolenguas”, por la importancia de su extensión geográfica y humana, son nueve o diez. El chino, el árabe, el inglés, el español, el hindú, el ruso, el francés, el portugués, el alemán y el italiano. De estas geolenguas hay seis que pertenecen a la Europa occidental.

Las cifras respectivas –que hay que dar como aproximadas, pues varían en términos sustanciales cada año– son las siguientes: el chino mandarín lo hablan 500 millones de habitantes; el hindú, 350 millones; el inglés, 320 millones; el español, 270 millones en Iberoamérica y 38 millones en la Península: 308 en total; el árabe, 160 millones; el ruso, 150 millones; el francés, 145 millones; el portugués, 130 millones; el alemán, 120 millones; el italiano, 100 millones. Son cifras referidas al año 1986.

La prospectiva de las estadísticas demográficas nos permiten examinar algunas cifras llamativas referidas al periodo 2010 a 2020; es decir, de aquí a treinta años. Según esos estudios de la UNESCO y de las Naciones Unidas, el número de hispanófonos o hispanohablantes será del orden de los 550 a 700 millones en esas fechas; es decir, casi una séptima parte de la humanidad. Ese dato, aunque es prospectivo y por consiguiente se halla sujeto a un porcentaje de error, es a mi entender de alta significación para el porvenir de nuestra cultura. Que la lengua castellana tenga una difusión tan considerable en un próximo plazo nos hace meditar sobre las consecuencias de tal fenómeno. De las llamadas “lenguas de cultura de Europa”, es la nuestra la que desbordará con mucho en importancia numérica en esos años a las demás. Y entre ellas, incluso a la prepotente y avasalladora lengua inglesa que hoy domina en número los medios informáticos del mundo entero.

¿Debemos simplemente regocijarnos de esa futura situación? ¿O nos corresponde salir al encuentro de esa próxima circunstancia? ¿Qué haría –me he preguntado alguna vez– en hipótesis parecida, referida a la difusión de su lengua, cualquiera de los demás pueblos europeos? ¿No empezaría desde ahora a prepararse ante esa pleamar numérica de su propia lengua con aguda conciencia de la responsabilidad cultural y humana que habría de corresponder a su país?

Miremos ahora con interés y dedicación ese acontecimiento no lejano, que a mi juicio representa uno de los nuevos elementos sobre el que puede apoyarse una presencia cultural en el panorama internacional. Hay que analizar, con realismo y sin caer en los tópicos de la facilidad, esa situación de nuestra lengua en el mundo americano, del que procederán, en su mayor parte, esas notables cifras de crecimiento. La inmensa pirámide demográfica de los hispanohablantes americanos del siglo próximo tendrá una base a la que podríamos llamar “universo de juventudes”. Los menores de veinticuatro años representan un 58 por 100 del total demográfico. En términos de economía activa, la demanda de nuevos puestos de trabajo de

la América hispano-portuguesa será una cifra superior a la de todos los países industrializados del mundo. Es una situación sin precedentes. A ello se añade la revolución urbana, que plantea problemas de aglomeración humana, inverosímiles en orden a la convivencia y cercanos al caos en las próximas megalópolis. Cabe señalar que, según los estudios de la CEPAL, los porcentajes de la pobreza absoluta llegarán al 60 por 100 de la población de esas inmensas ciudades iberoamericanas del siglo XXI.

Esta circunstancia, que anuncia una verdadera crisis social en el mundo de los hispanófonos, nos lleva a preguntarnos: ¿Cómo y de qué forma se expresará nuestro idioma en ese ámbito apasionado y cuajado de tensiones? En los estudios de Angel Rosenblat se recogen, por ejemplo, expresiones del habla popular de una república sudamericana para nombrar al desorden. Eran treinta los vocablos en 1950. Jacques Alain Miller descubre cuarenta más en un reciente trabajo sobre el mismo tema. Parece un síntoma significativo.

Otro aspecto, no menos delicado, es el síndrome de considerar al castellano como “lengua dominante”, complejo histórico acentuado en los últimos años y del que existen núcleos de opinión importantes en Iberoamérica que lo asumen en formas activas y combativas a la vez. En el libro de Jorge Luís Borges *El lenguaje de Buenos Aires* se suscita esta importante y delicada cuestión. Borges, hablando del idioma argentino, escribe: “No hemos variado el sentido intrínseco de las palabras, pero sí su connotación. Esa divergencia... es grande en lo que mira a las emociones. Nuestra discusión será hispana, pero nuestro verso, nuestro humorismo, ya son de aquí.” Y añade al final del ensayo: “Nosotros quisiéramos un español dócil y venturoso que se llevara bien con la apasionada condición de nuestros ponientes y con la infinitud de dulzura de nuestros veranos y nuestras lluvias. Y con nuestra pública fe.”

Cuidemos, pues, de no despertar tensiones hostiles que dormitan acaso en el fondo del alma de los hispanohablantes del otro lado del Atlántico. Juan Bautista Alberdi, el gran escritor argentino que dio a conocer a Larra al público de su país, escribió sobre esa forma de hablar lo siguiente: “El pueblo habla un lenguaje suyo y no copiado: modificado por el sello de su genio... Hablamos con más gusto el castellano informe de Buenos Aires que no el más culto castellano de Madrid.” Y don Miguel de Unamuno insistía: “Una de las fecundas tareas que a los escritores de lengua castellana se nos abre es la de forjar un idioma digno de los varios y dilatados países en que se ha de hablar.”

Es preciso preguntarse cómo hemos de comportarnos en nuestra misión de velar por el tesoro lingüístico, defendiendo el esplendor de la comunicación verbal y escrita. Y prestando, al mismo tiempo, atento y respetuoso oído al inmenso vocerío de los vocablos castellanos antiguos o modernos que con este o con aquel acento manejarán los pueblos del otro lado del Atlántico. Una política intensa de mayor acercamiento, de intercambio constante, de mutuo conocimiento será indispensable para poder disfrutar juntos de ese acervo de palabras que tanto peso específico han de tener en la política mundial de la cultura.

Sería oportuno examinar, siguiendo el criterio de Margaret Mead sobre las estructuras de las lenguas y los principios que subyacen en ellas, qué es lo que subyace hoy en el español de América y qué es lo que se halla en crisis y en tensión. El castellano de América debe ser analizado con el matiz cultural propio que lleva consigo.

La lengua, ya lo dijimos antes, es no sólo instrumento de comunicación humana, sino también intercambio de abstracciones mentales. Los conceptos que entraña la estructura de la palabra son en ocasiones distintos cuando se altera el contenido del significado en dos pueblos diferentes que hablan la misma lengua. Bernard Shaw dijo aquello de que Norteamérica y la Gran Bretaña se hallaban separadas por un lenguaje común. Sin llegar al humor del gran irlandés, cabría estudiar hasta qué punto en modismos, acentos, locuciones y vocablos existe ya hoy un diferencial notable entre el castellano de la Península y el de los veintiún países americanos que se expresan en la lengua originaria de Cervantes y de Bolívar.

¡Son tantas las iniciativas que necesitaremos con urgencia! Es una tarea comparable a la de botar al agua los navíos de las flotas de una nueva aventura pacífica y armoniosa que realice España, enarbolando la insignia de un lenguaje común elaborado por todos los que lo hablan. Alguien me dirá, acaso, que esa perspectiva es exagerada o que se trata de un sueño utópico. Pero esas estadísticas de futuro no están manipuladas para complacer a este o al otro país. Son informaciones asépticas y tecnificadas. Al Estado Vaticano ha llegado la noticia de ese crecimiento insólito del habla castellana en los próximos decenios, que es un crecimiento paralelo del catolicismo en el mundo. Ello lleva a pronosticar que en próximos cónclaves o Concilios la jerarquía eclesiástica mayoritaria presente hablará el español y el portugués. Por ello, el Papa viajero, lúcido y despierto que disfrutamos, no pierde ocasión de visitar reiteradamente esos pueblos –incluido el nuestro– que hablan la lengua de sor Juana Inés de la Cruz, de Teresa de Jesús y de fray Luis de León y que serán, ya entonces, una

# La cultura española en Estados Unidos

Ricardo Gullón

**D**urante casi treinta años vengo enseñando en Universidades norteamericanas: trece en la de Texas, diez en la de Chicago y cuatro en la de California. Además, fui profesor visitante en las de Columbia, Nueva York, Middlebury, Iowa, Stanford y Colorado. Facilito estos datos como indicación de que no carezco de experiencia respecto al funcionamiento de estos centros de enseñanza y de información en cuanto a las fuerzas operantes en sus actividades. Debo añadir que al redactar el presente artículo me atenderé a lo que aprendí por mí mismo más que a datos oficiales y a opiniones ajenas.

Los Departamentos Universitarios de español han sido y siguen siendo los principales focos de nuestra cultura en América del Norte. Como todos los de lenguas varían en organización y funcionamiento más de lo que suele creerse. El Departamento de Inglés es, por obvias razones, el gran dominador de las Humanidades: el más prestigioso y el que atrae mayor cantidad de estudiantes. Por él han de pasar cuantos ingresan en los *Colleges*.

A su lado, en convivencia más o menos confortable, los Departamentos de Lenguas se agrupan según afinidades naturales: lenguas germánicas, lenguas romances, lenguas eslavas, lenguas clásicas, lenguas orientales, etcétera. Tal fue la fórmula preferida hasta que la cifra de alumnos, cuando no enfrentamientos del cuerpo docente, aconsejó la división en unidades más reducidas: español y portugués; francés e italiano; alemán y lenguas escandinavas...

Numéricamente el español es la lengua preferida por mayor número de jóvenes universitarios; desde otras perspectivas, dista de ocupar el primer puesto en el rango valorativo. Con todo, quizá éste es un caso en el que la abundancia ha de ser tenida muy en cuenta por mucho que se pretende subordinarla a otros factores. Preguntémonos cuáles son las razones que aconsejan estudiar idiomas, y concretamente el español, al ciudadano norteamericano.

---

**Ricardo Gullón**, profesor de Literatura Española e Hispanoamericana en la Universidad de California, ha enseñado en las Universidades de Columbia, Chicago y Texas y ejerce la crítica literaria. Tiene veinticinco libros publicados.

En primer término el interés personal por una lengua que en ciertos sectores es todavía considerada como propiedad de la tribu a la que se pertenece por nacimiento y por herencia. Consideraciones de orden diferente entran en juego cuando se trata de personas interesadas en negociar con un mundo, como el nuestro, de potencialidad humana cercana a los trescientos millones, y por motivos análogos optan por el español como segunda lengua quienes se sienten atraídos por las relaciones internacionales. Una minoría –creciente, creo yo– se inclina al mundo hispánico por interés en la riqueza y en la diversidad de su arte, por la seducción de música y costumbres y, en menor grado, por las peculiaridades de la invención literaria: antropólogos, sociólogos, artistas y profesores se insertan en este sector.

El número cada vez mayor de hispano-parlantes en Estados Unidos es dato que habla por sí mismo. Esta “inmensa minoría” no tardará en representar entre el 12 y el 15 por 100 de la población del país y no considero descaminada la idea de que en algunas zonas lleguen a constituirse en mayoría. Tal es el caso de California del Sur: entra dentro de lo posible, por no decir de lo probable, que si el índice de crecimiento se mantiene al ritmo actual, el ya hoy más poblado de los Estados de la Unión haya de dividirse en dos: uno de mayoría hispana y otro –el Norte– con predominio de los orientales: chinos, japoneses, vietnamitas... Los nutridos focos de población puertorriqueña, mexicana, cubana y de otras procedencias, situados en los grandes centros deberán ser observados con suma atención, sin dejarse seducir por la impresión de que tanta abundancia contribuirá necesariamente al mantenimiento y hasta al enriquecimiento de nuestra cultura. Aún entendiendo ese “nuestra” como incluyente de lo español y de lo hispanoamericano dudo que su energía culturizante resulte tan vigorosa como desearíamos.

Más allá de la comunidad de origen, el mutuo auxilio no llega muy lejos, si es que llega a alguna parte. La intercomunicación de los afines –afines pero diversos y competitivos entre sí– no se caracteriza por el derroche de cordialidad. La extensión del idioma paga un tributo de alteración y deformación cuyas consecuencias son el empobrecimiento de la lengua, su escasa utilidad fuera de los ámbitos de la comunicación más rudimentaria, y la inevitable contaminación del inglés.

En la presente coyuntura histórica, la difusión del idioma acontece en forma dispersa y poco coherente concordando con el modo de asentamiento de los inmigrantes últimos y de su ajuste al marco de comunidades supuestamente “hermanas”. La supuesta hermandad pertenece más bien al ámbito del buen deseo y de la retórica que al orden de las realidades concretas. Si la situación actual se proyectara hacia el futuro sin variación notable, cabría imaginar una revitalización del idioma en los llegados anteayer por el contacto con los llegados mañana, pero hipótesis así suelen ser especulaciones sin mayor fundamento. Quiero, sin embargo, admitir que la lengua se mantendrá en el nivel de hoy, y esto me parece poco.

Los inmigrantes se adscriben casi en su totalidad a los sectores económicamente menos favorecidos y en consecuencia a los menos educa-

dos y menos sofisticados en el manejo de su propio idioma. Las excepciones que se produjeron en el último medio siglo están a la vista: los enseñantes de lengua, filología y literatura procedentes del exilio español, desde el final de la guerra civil ocuparon importantes posiciones en Universidades y *colleges*; no tardaron en llegar argentinos antiperonistas, venezolanos y colombianos y más tardíamente uruguayos y chilenos. La minoría cubana, integrada mayoritariamente por gente de clase media y en general universitaria o cercana a lo universitario, se ha concentrado masivamente en Miami.

Si las continuas oleadas de exiliados mejoraron la enseñanza del español y de las literaturas hispánicas, no parece tan claro que hasta el momento su influencia se haya dejado sentir en la cultura del americano medio. Ciertamente el *boom* de la novela hispanoamericana hizo populares, o casi, a un reducido grupo de escritores, difundiendo sus obras entre un público normalmente insensible a lo que llega desde el sur del Río Grande. El fenómeno todavía persiste y su duración ha superado a la que lograron las novelas de Blasco Ibáñez en los años veinte y la poesía y el teatro de García Lorca en los años cuarenta y cincuenta. Estos y otros signos permiten concebir una implantación seria de lo hispánico en Estados Unidos.

¿Cómo puede cooperar a esa implantación el Estado español? El vasto potencial humano a que acabo de referirme está ahí. La reserva, predominantemente ineducada de la masa que siente en su corazón raíces de la misma sustancia que las nuestras, sólo espera la mano de una educación vigorosa para incorporarse a la corriente general de la sociedad americana con su propio estilo de vivir y de trabajar. Es imprescindible empezar por dotar a los hispanos de instrumentos que les permitan intervenir en la vida social en igualdad de condiciones que los procedentes de otras comunidades lingüísticas. Habrá que sacudirles, que incitarles con variedad de estímulos para que salgan del complejo de inferioridad que todavía padecen.

No han faltado tentativas de corregir la desigualdad cultural y la desigualdad económica de los grupos hispánicos. Desde hace más de treinta años el Gobierno americano se ha esforzado en remediar las injusticias de la historia, buscando los medios más seguros de insertar a los marginales en las actividades de la nación. La tradición americana, la gran tradición del país más asimilador que existe, tiende a borrar las diferencias entre sus ciudadanos, a proporcionarles igualdad de oportunidades y, naturalmente, esta actitud sigue vigente ahora mismo. Si la señal del éxito es la riqueza, cada día pueden leerse en los diarios americanos ejemplos de que tal vietnamita o tal japonés ha entrado a formar parte de los grupos económicos más sólidos. Superado en buena medida el racismo, la unificación de la ciudadanía se consigue por la unificación lingüística. Todos deben aprender y dominar el inglés, más ese imperativo de ningún modo implica destrucción de las tradiciones y las formas peculiares de expresión de los usuarios de otros idiomas.

Llegó a pensarse que la enseñanza bilingüe podía ser la panacea para resolver las dificultades iniciales en la educación de las minorías. Partiendo del hecho de que una nación de inmigrantes tuvo y tiene como elemento aglutinador la lengua, se quiso facilitar el acceso a la cultura permitiendo a los niños en sus primeros años de escolaridad que hablaran y trabajaran en la suya de origen. Esto en un primer estadio: diversidad de religiones, de razas, de ideologías... y paulatina instauración de la lengua común, esforzándose en que su adquisición no tuviera carácter traumático para el receptor.

Desde su independencia Estados Unidos, sin negar las pluralidades de sus integrantes, trató de que una conciencia nacional fuese brotando en ellos. En las grandes ciudades, Chicago por ejemplo, irlandeses, polacos, yugoslavos, puertorriqueños, mexicanos, etcétera, constituyen, junto a los negros, el entramado de una población que pese a su diversidad sabe que pertenece a un cuerpo social, relativamente armónico. En punto a religiones hay judíos, mahometanos, católicos, hindúes, protestantes de diversas denominaciones... La separación de Iglesia y Estado se anticipa a limar asperezas antes de que lleguen a producirse.

Contra el mantenimiento de la lengua de los inmigrantes y en favor de la integración lingüística, coopera el deseo de los inmigrantes mismos y desde luego el de sus hijos de convertirse en americanos tan rápidamente como sea posible. No quieren ser discriminados por razón de un lenguaje que les marca como extranjeros o cuando menos como diferentes. Deficiencias léxicas y errores de pronunciación señalan al extraño y para evitar ser identificado como tales se esfuerzan en hablar el idioma común y en hablarlo bien. Correlato de lo indicado es el hecho de que en ciertas capas de la población se acojan con reserva y alguna vez con hostilidad las manifestaciones de extranjería. Especialmente en el Sur podía ocurrir que se mirase con recelo y hasta con sospecha a quienes en lugares públicos hablaban un lenguaje que la concurrencia no entendía. Tal actitud he dejado de observarla hace años.

He vivido en Texas días en que los estudiantes de origen mexicano, *mexican-american*, según se les llamaba, aceptaban el inglés como modo natural de expresarse en las escuelas y más aún en las Universidades, aunque en privado, entre ellos o con su familias, hablasen español. La adaptación al inglés se producía espontáneamente, como un fenómeno de rodaje cultural al que nadie objetaba. Casi de repente, coincidiendo con la adopción del sustantivo "chicano" para autodesignarse, se dio de alta en quienes se identificaban como "otros" una voluntad de diferencia encaminada al reconocimiento de una situación histórica en que ellos, o sus padres o sus abuelos fueron reputados inferiores. Ese hecho ya no se producía, creo yo, pero bastaba creer en su persistencia para sentirse inclinado a actitudes beligerantes.

El pragmatismo americano no tardó en reconocer lo que de justo podía darse en esas actitudes, y no pocas instituciones de enseñanza crearon centros de Estudio Chicanos, de más que dudosa utilidad para la cultu-

ralización de sus componentes. Que ciertas tendencias políticas radicales aprovecharan y explotaran esta situación era previsible, y así ocurrió.

Las consecuencias para la Cultura con mayúscula fueron más bien negativas; fue surgiendo un lenguaje mixto de español, inglés y petulancia con el que se tejió una literatura de escaso valor y desde luego nula en lo que se refiere a la cultura hispánica, y no ya a la española, que evidentemente desdeñan los escritores del nuevo cuño, sino a la mexicana, con quien tan directamente conectan o debieran conectar. Y me doy cuenta de que al poner adjetivos nacionales o regionales a la palabra Cultura disminuyó su significado y desvirtuó su sentido.

El aumento masivo de la inmigración, tolerada o clandestina, tampoco ha contribuido a robustecer la cultura de nuestra lengua. Expuse algunas razones en párrafo muy reciente y no insistiré en el tema. Sí precisaré que al hablar de hispanos estoy hablando de grupos muy desemejantes entre la mano de obra que un día y otro día atraviesa la frontera y los exiliados chilenos llegados hace poco a las Universidades no hay más punto de comparación que el idioma, y aún... Mezclar cantidades tan heterogéneas al examinar el problema complica la tarea y hace improbables sus logros. No se mueven en la misma dirección, ni con análogos propósitos las distintas comunidades hispánicas, y así, al dirigirse a ellas será necesario tener tan en cuenta las diferencias como las coincidencias. En Chicago tuve pruebas de que las relaciones entre puertorriqueños y chicanos no eran demasiado cordiales.

La unión de los distintos y la solidez de la base idiomática son presupuesto *sine qua non* para el ascenso gradual de la totalidad. Sin saber bien lo que se sabe –conforme pedía el presidente Azaña– no es fácil ser tenido en cuenta y valorado en la sociedad moderna. Quien mejora el conocimiento del lenguaje tribal gana prestigio entre los suyos y reconocimiento entre los ajenos, colocándose en posición de optar a puestos de alto nivel: magistraturas superiores, Embajadas, dirección de grandes empresas, presidencia de Universidades, asientos en el Senado o en la Cámara de Representantes... Cuando un hispano triunfa, asciende con él la minoría de donde procede. ¿Acaso es indiferente para los hispánicos que un senador por New México se llame Chávez, un congresista por Texas se apellide González o que el puertorriqueño Teodoro Moscoso fuese embajador en Venezuela?

Leo de vez en cuando referencias periodísticas a la cuestión y me sorprende (hasta el punto que puede sorprender el ejercicio de la desinformación, hoy tan en boga) el desconocimiento del *fair play* americano y de sus consecuencias en relación con nuestro tema. Atribuir sus aristas y dificultades a desinterés del Gobierno y atreverse a sugerir, según osó algún análisis improvisado o malintencionado, que el español está siendo perseguido por las autoridades federales o estatales, es pura demagogia. Lejos de ello, los hispanos, como los negros y las mujeres, están recibiendo en las últimas décadas un trato preferencial en cuanto a empleos oficiales, y de otro tipo, beneficiándose de una tolerancia mayor en los niveles de aptitud exigibles para desempeñarlos. El trato de favor, recomen-

dable para compensar hoy las injusticias de ayer, ya comentadas, presenta como desfavorable contrapartida la eventual convicción de que los rigores padecidos dan derecho a beneficios que realmente no se merecen. Las leyes de competitividad rectoras de la sociedad americana tienen su razón de ser y más conviene no darlas por caducadas. En las Universidades no es infrecuente encontrar subgraduados anglos que hablan y escriben el español con propiedad y corrección mientras su vecino hispano se debate en la insuficiencia. Recientes disposiciones de los Tribunales han declarado que para ocupar un puesto o ascender cuando llega el momento, no es necesario escoger el mejor candidato. La doctrina es argüible, pero sus fundamentos son comprensibles.

No debo soslayar la perturbadora influencia del antiamericanismo "profesional" en cuestiones tan delicadas como la presente. De acuerdo con catecismos de fácil filiación y siguiendo impulsos nada enigmáticos, el debilitamiento de Estados Unidos constituye una obsesión que presiona en todos los ámbitos. Amparándose en el derecho a la disidencia y ejercitando el de la crítica (tan apreciado, y con razón, por la democracia americana) ha surgido una singular inclinación a corroer la unidad lingüística, reclamando una pluralidad que contribuiría a socavar los cimientos de la nación. Al presidente Reagan se le atribuyó la intención de coartar la enseñanza y difusión del español. El fundamento de estas alegaciones es muy dudoso.

Un elemental sistema de medias verdades y deformación de los hechos enturbia *lo* que está claro: el conocimiento de nuestra lengua alcanza cada año más lejos que el anterior, y, aunque con paso lento, aumenta el interés por lo que dentro y fuera de Estados Unidos están haciendo los pueblos hispánicos en las bellas artes, especialmente en la pintura. Si en el dominio científico no podemos competir seriamente, en otras zonas –pensamiento, creación artística– nada nos impide situarnos en la punta de la lanza. Algo así advirtió Américo Castro.

Una actitud activa y beligerante probablemente serviría mejor a nuestros intereses que la conformidad resignada ante acontecimientos tan lamentables como *el* sucedido en Chicago por los años en que yo vivía allí. *Dos* extraordinarias obras españolas, *El Retablo*, de Ayala, y *La Asunción*, del Greco, que presidían, a derecha y a izquierda de *la* escalera central, las dos salas de *la* entrada al piso principal del Instituto de Arte, fueron desplazadas y trasladadas a lugares interiores, distinguidos, sí, pero no con la distinción que hasta entonces se les atribuyeron. Por decisión de algún jerarca modernizante los lugares de honor pasaron a albergar obras de los impresionistas franceses. Es una anécdota, lo sé, pero muy significativa. Y –en escala menor– ¿qué decir de *los* cuadros de Zuloaga, que poco a poco van descendiendo hasta perderse en galerías y sótanos que nadie visita? Estos hechos indican que lo español tradicional está en baja. No sucede lo mismo con los arquetipos de la modernidad el *Guernica* de Picasso se exhibió durante lustros en un lugar selecto del Museo de Arte Moderno de Nueva York. Y las pinturas de Joan Miró son tratadas en el Museo de Filadelfia con todos *los* honores.

Vuelvo a tomar el hilo del interés o desinterés “político” respecto a la enseñanza de idiomas extranjeros para retomar un cabo suelto: los cambios de actitud del Gobierno federal no fueron ni arbitrarios ni caprichosos, sino –en primer término– respuesta a un hecho que sacudió rudamente la inercia y la pasividad general. La puesta en órbita del *sputnik* soviético advirtió a las cabezas pensantes que los rusos habían alcanzado un punto de desarrollo tecnológico superior al de los norteamericanos. El bache debería ser colmado tan rápidamente como fuera posible; el progreso científico de Europa exigía un esfuerzo intenso y continuado. Nadie objetó, y los medios necesarios para ponerse al día aparecieron sin dificultad.

Los científicos (yo he oído a los profesores de Física defender en un claustro de la Universidad de Texas la obligatoriedad de lenguas extranjeras) necesitaban apoyo para sus investigaciones, y el primer paso para llevarlas a cabo era tener pronto acceso a los estudios publicados en otros idiomas, sin esperar una traducción que pudiera tardar años.

Estas consideraciones y otras análogas inclinaron a la Administración de Eisenhower a promulgar la National Defense Act (NDA), estimuladora y favorecedora del estudio de las lenguas. Si las disposiciones de la Ley tendían prioritariamente a favorecer la investigación científica, no tardaron sus efectos en hacerse sentir en disciplinas de otro orden: Antropología, Economía, Historia y Humanidades. De fijo fueron las Américas del Centro y del Sur más las zonas del Caribe las que atrajeron más intensa y extensa atención de los cultivadores de las ciencias recién enumeradas: antropólogos, sociólogos y economistas se empeñaron en el conocimiento directo de las comunidades hispánicas –y de rebote, de las prehispanicas–. Ignoro las cifras exactas, pero basándome en el conocimiento de muchos beneficiados por los programas de la NDA me atrevo a decir que la lengua española fue la más favorecida por sus disposiciones.

Los centros de estudio latino-americanos multiplicaron su ámbito de influencia y dispusieron de amplios recursos para enviar al extranjero (Hispanoamérica en primer término) a profesionales cualificados para estudiar su historia y sus costumbres, y a estudiantes del mismo tipo, desde el supuesto de que el conocimiento de primera mano permitiría establecer relaciones más comprensivas y seguras con los países del subdesarrollo. Poco más tarde, en la etapa Kennedy, el Cuerpo de Paz, formado por voluntarios, se esforzó en ayudar de múltiples formas a los habitantes de las regiones más necesitadas. Un elevado porcentaje de jóvenes idealistas, procedentes en gran parte de los Departamentos de Español, se incorporó a las filas del Cuerpo y trabajó con entusiasmo porque se cumplieran los propósitos fundacionales.

Por razones políticas los centros latino americanos consiguieron medios superiores a los de los departamentos universitarios. En más de un caso, esos centros se impregnaron de ideología marxista, constituyendo instrumentos de crítica sistemática contra la política y los políticos que los crearon.

Junto a los avances es obligado recordar los retrocesos. Durante largo tiempo se publicó en Nueva York un diario, *La Prensa*, cuyo propietario y director, José Camprubí Aymar, hijo de español y puertorriqueño, cuñado de Juan Ramón Jiménez, se interesaba en la literatura y quiso hacer de su periódico algo más que una hoja “parroquial” para uso de una clientela de parva exigencia. Mientras duró la publicación dispusieron los neoyorquinos hispánicos de un papel que, sin descuidar la información de los asuntos que particularmente les afectaban, apuntaba más allá de lo inmediato, acercándoles la palpitación de un mundo y la presencia de unas gentes que no les eran ajenos. Que asimilaran lo vario y multiforme de ese mundo, su complejidad y su riqueza, fue el gran designio de Camprubí. Nada parecido existe actualmente y su ausencia la subraya con trazo vigoroso la vulgaridad de las emisiones radiales y televisivas.

Movilizar el hispanismo y a los hispanistas para que sus ideas y sus trabajos impregnen gradualmente el tejido social sería buena idea. Si además se escucha su voz en recintos donde lo que suele oírse es la del apresuramiento periodístico, el panorama ganaría en luminosidad y podría sopesarse mejor la utilidad de los esfuerzos que conviene llevar a cabo en el momento presente. En Años no muy lejanos se utilizó con prodigalidad el eslogan *Spain is different*, provechoso seguramente para la promoción del turismo. No estoy en condiciones de valorar los beneficios alcanzados por virtud de su magia en esa parcela de la industria nacional, y supongo que hasta pudo ser beneficioso si los viajeros de temporada entraron en contacto con lo nuestro y advirtieron que bajo las diferencias corrían las aguas soterradas de la afinidad.

Si pusiéramos el acento sobre las coincidencias acaso saldríamos ganando. Mantener la imagen pintoresca no sé si conviene o no. Sin negar a los viajeros el “tablao” flamenco, la fiesta taurina y los demás productos típicos del país no estaría mal aprovechar su presencia para depararles una visión más completa y más rica de lo español. Habría que preguntarse cuáles son los medios indicados para impedir que lo pintoresco diluya los perfiles de la cultura: que la gracia del fandango no impida entrar en la belleza de *El gran teatro del mundo*. ¿Ballet español? Desde luego, pero buscando en la gracia de la particularidad la sustancia de lo universal. *El príncipe constante*, de Calderón, electrizó a los americanos cuando el polaco Grotowski, encendiendo las luces de lo eterno en lo actual, elevó la representación del drama setecentista al nivel del ritual. No se objeta a la “transfiguración”, pues de la forma depende, y no de otra cosa, la revitalización de la sustancia.

Miro en torno y la mediocridad me entristece sobre todo cuando, según suele, viene acompañada de la ignorancia. Sigo mirando: aquí están dos o tres directores, media docena de actores y actrices genuinamente valiosos, y a ellos recurriría para que lo de ayer y de hoy se trasladara al mundo norteamericano no para demostrar nada, sino para mostrar y para servir dos fines: que los nuestros sepan más y mejor de sí mismos y que los ajenos reconozcan que la creación española es tan merecedora de atención y respeto como cualquier otra. Que los excelentes debieran ser

los encargados de tan claro empeño, ni se discute. Si en ello se mezclan amiguismo y política el fracaso es seguro.

Inventariar el talento disponible dentro de Estados Unidos, apto para cooperar al buen logro de estos fines, y movilizarlo luego a su servicio llevará tiempo, pero valdrá la pena: Desde el caso excepcional de Amelia Agostini, que en el Barnard College (Columbia University, Nueva York), secundada por un selecto conjunto de actores en el que figuraba algún superviviente de La Barraca, montó en los años cuarenta y cincuenta representaciones ejemplares de obras españolas, el número de profesores y estudiantes con vocación dramática no ha sido escaso y ahora mismo sería posible recurrir a ellos para formar un grupo teatral que recorriese el país como en el pasado lo hiciera por ciudades y pueblos de España el dirigido por Federico García Lorca.

Nadie discute la meritoria labor realizada en Estados Unidos por la Alianza Francesa, mas caminar sobre sus huellas no produciría en nuestro caso idénticos resultados. La Alianza opera principalmente sobre angloamericanos y no sobre grupos como los nuestros, dispersos y de educación más limitada. Por eso la idea de una Barraca "del otro costado" (expresión de Juan Ramón Jiménez) me parece defendible.

Serviría, entre otras cosas, para difuminar las fronteras inter-grupos. No nos engañemos: esas fronteras tienden a consolidarse, no a desaparecer. La indiscutible conveniencia de organizar políticamente a los hispanos conduce en la práctica a consolidar la separación. Actúan ya los chicanos en Texas, los puertorriqueños en Nueva York, los cubanos en Florida... como entidades inconexas y no como parte de un conjunto. Así es la realidad y no conforme la deseáramos. Si hay un medio de hacerles sentirse cercanos, ese medio es la comunidad cultural. Que lleguen a considerar suyo un patrimonio cuyos valores trascienden la nacionalidad y la cronología: Velázquez y Tamayo, Unamuno y Sarmiento, Ortega y Alfonso Reyes, Falla y Ginastera, el mariachi y el bolero, la cerámica de Talavera y la de Oaxaca... Y que "suyo" es un mundo por donde corren el Duero y el Plata, se alzan el Chimborazo y el Teide, se despliegan las playas de Viña del Mar y las marismas del Guadalquivir. Cuando un hispano pisa las calle de Santa Fe, las cumbres de Nevada o las misiones de San Antonio sabe que antes que él otros de su sangre respiraron aires que le refrescan.

No es fácil la tarea, pero vale la pena intentarlo. Si en la Escuela Superior se les enseña a leer a Shakespeare, en la Universidad descubre a Cervantes. Quienes con todo derecho pretenden llegar a las primeras filas de la sociedad, lejos de renunciar a sus orígenes y de ocultar sus signos de identidad, deberán airearlos para vivir la vida auténtica preconizada por Ortega. No cabe afirmarse en la negación.

En las últimas décadas aumentó sensiblemente el número de traducciones españolas en Estados Unidos. Poetas como Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Jorge Guillén y Rafael Alberti aparecieron en ediciones de diverso pergenio, incluso en libros de bolsillo. La Bollingen Foundation editó a Unamuno junto a Paul Valéry y a Karl Jung. Los novelistas de posguerra, de Cela en adelante, fueron apareciendo, aunque no

con continuidad; la serie en curso de Columbia University Press ayudará a remediar la dispersión y la infrecuencia, y señal no desdeñable para los conocedores "del mercado" es que uno de los traductores más reputados, Gregory Rabassa, cambió de Gabriel García Márquez a Juan Benet. La fortuna crítica de novelistas como Cela se ha reducido esencialmente a los estudios preparados por los hispanistas. Pensando en las razones del relativo desconocimiento del gran público respecto a ellos no encuentro mejor explicación que la de su acendrado iberismo. Juan Goytisolo, enganchado en el *boom* hispanoamericano y beneficiario de su propaganda, alcanzó mejor fortuna. Ahora les llega el turno a los novelistas más jóvenes y habrá que esperar unos años para comprobar si la crítica especializada incorpora a su repertorio las novedades y las variaciones aportadas por ellos; es decir, si estudia y cita a Luis Goytisolo y a Luis Mateo Díez como a Michel Butor y a Natalie Sarraute.

El pensamiento español casi se reduce en Norteamérica a dos nombres: Unamuno y Ortega. Los dos fueron traducidos, bien traducidos y no mal estudiados. Ya se entenderá que dado el clima intelectual del país ni el uno ni el otro obtuvieron la respuesta crítica amplia e intensa de quienes a nivel intelectual parejo tenían sobre ellos la ventaja de escribir en francés (Sartre y los estructuralistas) o en alemán (Heiddeger). Unamuno y Ortega han sido estudiados en libros, ensayos y artículos nada desdeñables, pero vacilaría en afirmar que su pensamiento ha pesado de manera apreciable en la reflexión de los intelectuales estadounidenses. El peso de los textos unamunianos pudo ser reducido por sus peculiaridades mentales y estilísticas, pero es chocante que su heterodoxia, y más aún su heterodoxia de la heterodoxia, no encontrara mayor resonancia en un país donde la originalidad del pensamiento religioso suele ser bien acogida.

Hace años circuló aquí y allá una anécdota que no por apócrifa deja de ser reveladora. Se decía que Blasco Ibáñez, hallándose en París, había dicho a su amigo: "Don Miguel, vámonos a Estados Unidos; usted funda una religión y yo la administro." Aparte la intención denigratoria contra el novelista valenciano que la anécdota ofrece, el maligno inventor de la frase acertó al destacar el carácter de fundador de religiones subyacentes en la personalidad de Unamuno, que pudo proporcionar en América un núcleo de lectores distinto del que en realidad le siguió.

Teniendo en cuenta la actitud de los estudiantes y los colegas con quienes trabajo noto que la presencia de Unamuno en el horizonte intelectual americano tiene hoy menos peso que la de, Ortega. Indicio de la disminución del número de lectores es la dificultad de encontrar ediciones de bolsillo de los libros de don Miguel (*El sentimiento trágico de la vida*, *La agonía del cristianismo*, *Niebla*) que hasta hace quince o veinte años se hallaban en las librerías universitarias; volúmenes de Ortega todavía se ven en ellas y los editores continúan interesándose en publicar obras nuevas y nuevas colecciones de sus ensayos.

Mencionaré un caso en el que intervine personalmente: el director de la Chicago University Press, la editorial de su clase más importante del país, se interesaba en reunir en volumen los trabajos de Ortega sobre teo-

ría literaria y me llamó para consultarme sobre la posibilidad de ordenar un libro de este tipo. El proyecto me pareció excelente y redacté en seguida una relación de los textos que podrían incluirse en el volumen, indicando los nombres de dos o tres especialistas, buenos conocedores de la obra de don José, para que llevaran a cabo el proyecto. No llegó a realizarse, y la causa no fue la falta de interés del editor, sino la existencia de contratos con una editorial neoyorquina suscritos por los herederos de Ortega. No he dejado de creer que una teoría de la literatura orteguiana sería muy apreciada por la crítica norteamericana que, ante tan sagaz cuerpo de doctrinas, se vería obligada a no mirar, por un momento, en las direcciones consabidas, dejándose iluminar por las claridades del maestro español.

Todavía es tiempo para poner en manos del público americano el libro que se frustró en el cercano ayer. Podría incluirse en el excelente programa de traducción de textos españoles actualmente en curso. Por iniciativa del entonces director general del Libro, Jaime Salinas, el Ministerio de Cultura decidió hace pocos años subvencionar la traducción al inglés (y a otros idiomas) de obras de nuestro siglo XIX, facilitando la difusión de clásicos modernos como Leopoldo Alas y Benito Pérez Galdós. La recepción crítica de *La Regenta* y *Fortunata y Jacinta* fue extremadamente favorable, alcanzando a revistas y periódicos distantes del ámbito restringido del hispanismo. Sería deseable que el proyecto continuara. Lectores, críticos y teóricos de la novela moderna comienzan a percatarse de que Galdós no es inferior a Balzac y de que Alas vale tanto como Flaubert.

Quiero recordar por la exquisita calidad de los textos ofrecidos al público y por la belleza de la edición una empresa que nació, creció y murió muy cerca de mí. Dirigida por Alexander Parker, la University Texas Press publicó una serie de volúmenes bajo el título general de Edinburgh Bilingual Library en la que se incluyó a *Lucas de bohemia*, de Ramón del Valle-Inclán, junto a obras de Paul Valéry y Fernando Pessoa, entre otros. No circularon tan preciosos libros como hubiera sido necesario y desconozco si el, esperpento valleincliniano logró acercarse a la crítica americana más respetada.

No quiero cerrar esta exposición sin decir dos palabras sobre un problema candente: ¿qué puede esperarse de los canales de televisión que operan en castellano dentro o cerca de Estados Unidos? Sólo mediante arduo esfuerzo imaginativo cabe relacionarlos con la cultura. Noticiarios y partidos de fútbol transmitidos desde México tienen auditorio numeroso en California y Texas. Función útil, no cabe duda; dudoso, en cambio, es que las películas y novelas televisivas incrementen el buen gusto de sus receptores. Esta salvedad quiero hacer: si la valoración cultural es negativa, positivo resulta el hecho de que tales productos mantengan viva la atención hacia ese "otro" lenguaje que resulta ser el suyo.

¿Sonaría utópica la propuesta de concertar con las grandes estaciones de televisión de Estados Unidos una programación cultural en español o referida a lo español semejante a las emitidas por la televisión pública? Los problemas saltan a la vista –aun prescindiendo de los económicos,

que no es poco prescindir-. ¿Cómo y dónde se prepararían esos proyectos y quién garantizaría su continuidad? Por vía experimental cabría empezar emitiendo documentales y cortometrajes adecuados para avivar o despertar el interés del auditorio. Mucho de lo aquí producido sería aprovechable; además, las Fundaciones inclinadas al mecenazgo y el propio Ministerio de Cultura podrían subvencionar la producción de películas breves, propias para ir mostrando al público norteamericano cosas que pudieran interesarle. Documentales con las bellezas de Toledo, Sevilla y Santiago de Compostela; la vida de Goya ilustrada con sus cuadros, y cosas así, de fijo se verían con agrado y en más de cuatro excitarían el deseo de conocer España.

El hombre cultivado condena la televisión como instrumento corruptor de la cultura. Rara vez se equivoca. No hay razón para que la admirable técnica del medio y su capacidad de culturización no funcione al servicio de lo más valioso y noble del pensamiento y de la invención. Si inicialmente la audiencia inclinada a lo selecto fuera reducida, la inteligencia, el tiempo y el esfuerzo la harían crecer. La llamada "televisión pública", mencionada más arriba, selecta y objetiva en la información y muy cuidada en los programas creativos, confirma la posibilidad de que una tentativa semejante dirigida a lo hispano y al modo de vivir y de crear, daría buenos resultados.

No propongo lo imposible ni me complazco en hilvanar sueños. Constatado dificultades y la aspereza del sendero me parece evidente, pero también incitante. Advierto la implantación de lo nuestro en los territorios universitarios y me consuela la pasión con que pequeños grupos o individuos aislados pugnan por defender y ampliar un ámbito cultural en que se dan alta las presencias más estimulantes de lo español.

# El lugar de España en el mundo

Amando de Miguel

**N**o me refiero al lugar geográfico. Aunque aquí también habría que advertir que ese “lugar” es impreciso en la mente de los sujetos que sobre él se encuentran, en este caso los españoles. En efecto, si preguntáramos a una muestra de españoles medianamente cultos las distancias relativas que trazan los principales puntos del mapamundi, veríamos con asombro algunas curiosas distorsiones. Puede que para ese español medio las posiciones de Venezuela o Argentina le resultaran más distantes de España que la de Israel (que está objetivamente mucho más cerca). Por lo mismo, un neoyorquino no cae fácilmente en la cuenta de que Groenlandia está más cerca de la Big Apple que San Francisco. Moscú se encuentra a menos distancia de Barcelona que Washington. Un avión que saliera de Tenerife llegaría antes a Brasil que a Finlandia. No son ésas las equivalencias que figuran en el “mapa mental” de mucha gente. Pero no es ése el “lugar” que aquí interesa mostrar, sino la posición ordinal que ocupa un país en una escala de desarrollo.

Cuando se habla de desarrollo o de términos análogos, se piensa casi siempre en la situación de un solo país, el que es objeto de la apropiada medición. No se piensa por lo general que estamos observando un blanco móvil. Todos los países se someten a un grado mayor o menor de desarrollo. La posición que en un momento determinado ocupa el país en cuestión tiene que tener en cuenta los movimientos que afectan a los otros países. Esa consideración comparativa supone, antes que otra cosa, un buen ejercicio de humildad y de realismo. Si partimos del puesto que ocupa un país en cualquier escala de desarrollo, nuestra observación logrará ser más precisa.

Veamos ya el puesto que corresponde a España en la ordenación de los países próximos en magnitud, dotación de recursos, cultura, capacidad económica. Se oye con frecuencia en España la frase de “somos la décima potencia industrial” del mundo o de Occidente. ¿Qué hay de cierto en esta afirmación de orgullo nacionalista? Veamos de operativizar las definiciones y las medidas.

---

**Amando de Miguel** es catedrático de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido profesor visitante en las Universidades de Yale, Florida y El Colegio de México. Es autor de medio centenar de libros. Sus últimos títulos son *España oculta* (en prensa) y *España cíclica*.

Partamos, primero, de los países que se rigen por el sistema capitalista o de mercado, aunque ninguna de las dos denominaciones sea demasiado acertada. Manejemos más bien la noción de sentido común. Excluyamos los territorios que no llegan a contener los tres millones de habitantes o los que no superan la marca de los mil dólares de PNB por habitante en 1984. De ese modo la comparación con España resultará más legítima o menos odiosa. Eliminemos, asimismo, los casos de algunos países en los que la información estadística resulta más incompleta. Con esas condiciones podemos acceder a la información de 34 países. La mitad de ellos se pueden considerar como “centrales” y la otra mitad como “periféricos”. El corte convencional se sitúa entre Italia e Israel, en torno a los 6.100 dólares de PNB *per cápita*. España se encuentra en el quinto lugar de los países periféricos –entre Irlanda y Grecia, para situar los próximos europeos– y por tanto en el lugar vigésimo segundo de la lista de los 34 países. La lista es la que sigue Dará 1984 o año más cercano:

Países centrales		\$ PNB per cápita	Países periféricos		\$ PNB per cápita
1.	Estados Unidos.....	15.356	18.	Israel.....	6.027
2.	Suiza.....	14.142	19.	Hong-Kong.....	5.965
3.	Canadá.....	13.390	20.	Puerto Rico.....	5.710
4.	Noruega.....	13.214	21.	Irlanda.....	5.012
5.	Suecia.....	11.374	22.	ESPAÑA.....	4.156
6.	Australia.....	11.708	23.	Irán.....	3.784
7.	Dinamarca.....	10.687	24.	Grecia.....	3.382
8.	Finlandia.....	10.377	25.	Venezuela.....	2.946
9.	Alemania (R.F.).....	10.025	26.	Africa del Sur.....	2.307
10.	Japón.....	9.644	27.	México.....	2.284
11.	Francia.....	8.909	28.	Argentina.....	2.154
12.	Austria.....	8.535	29.	Corea (R.).....	2.052
13.	Holanda.....	8.533	30.	Portugal.....	1.884
14.	Bélgica.....	7.907	31.	Chile.....	1.663
15.	Reino Unido.....	7.650	32.	Brasil.....	1.579
16.	Nueva Zelanda.....	7.228	33.	Colombia.....	1.305
17.	Italia.....	6.114	34.	Turquía.....	1.029

Esa es la posición más realista por lo que respecta a la medida más sintética de desarrollo o de capacidad económica. Sólo que no es el único indicador y además, como decimos, es móvil, como son todos los otros. Para empezar, las “cápita” son un denominador variable. Es decir, el número de habitantes es mayor o menor y crece más o menos.

La división de los dos bloques de países, centrales y periféricos, no resulta caprichosa en su representación geográfica. Las capitales de los 17 países centrales se encuentran casi todos en lo que se llama “zona templada” del planeta: entre los 40° y 60° de latitud Norte para Europa y entre los 30.° y 45.° para el resto no europeo. Más importante que esa determinación geográfica es la histórica. Los países centrales son soberanos desde hace un siglo por lo menos y muchos de ellos han sido (y no pocos todavía son) metrópolis de otros territorios ocupados. Casi todos los países periféricos han sido durante mucho tiempo dependientes políticamente de otros (con la notable excepción de España y Portugal). Todavía un rasgo

Indicadores de desarrollo	Puesto que ocupa España en la lista de 34 países capitalistas y desarrollados. Años circa		
	1965	1975	1983
Medio anual, PNB per cápita.....	5 (a)	5 (b) 26 (c)	15
Habitantes (valores absolutos).....	9	10	12
PNB (valores absolutos).....	9	9	11
Médicos por mil habitantes.....	....	9	2
Aprovechamiento de recursos *.....	11	10	11
Habitantes por Km <sup>2</sup> .....	17	16	16
Teléfonos por mil habitantes.....	19	21	20
Patentes registradas por habitante.....	....	20	19
Mortalidad infantil.....	22	9	10
% empleo fuera de agricultura.....	....	22	21
PNB per cápita.....	23	19	22
Automóviles por mil habitantes.....	24	20	18
Camas de hospital por habitante.....	....	24	23
Consumo de energía por habitante.....	25	21	23
Escolarización universitaria.....	26	17	14
Consumo de papel-Prensa por habitante.....	27	22	25

(a) 1960-70  
(b) 1970-75  
(c) 1975-80

\* =  $\frac{\text{PNB} \times \text{Densidad}}{K}$

político importante: la mayoría de los países centrales cuentan con un largo período estable y democrático. La mayoría de los países periféricos presentan intermitencias de regímenes autoritarios, violencia o terrorismo. La pregunta es: ¿Qué países, de los hoy periféricos, van a lograr establecerse en el bloque económico y político de los centrales? Para contestar a esta grave cuestión hay que trascender un poco la excesiva simplificación de las cifras macroeconómicas.

Aceptemos como mejor aproximación una lista de 16 indicadores de desarrollo. Los enunciados figuran en la tabla adjunta. En ella se proporciona una cifra ordinal para cada una de las tres fechas: 1965, 1975 y 1983 (o años más cercanos). De esta manera se dibuja mejor el lugar que corresponde a España en las diferentes escalas ordinales de 34 intervalos.

Si seguimos con la convención de que el puesto 17 termina con el bloque de los países centrales, de España puede predicarse una cierta centralidad, aunque, por otros indicadores, lo que se refuerza todavía más es el periferismo. En concreto, si nos atenemos a ciertos valores absolutos – el número de habitantes, el monto del PNB o el “grado de aprovechamiento de recursos”– España ocupa, según los indicadores, los puestos 9.º al 12.º. Es decir, la intuición mostrenca de que “somos la décima potencia del mundo capitalista” resulta confirmada si se tiene en cuenta el valor absoluto de los índices más elementales, la población y el producto.

Si consideramos la más legítima comparación de los valores relativos (por habitante), la posición de España varía mucho más, desde el segundo lugar (densidad de médicos en 1981, sólo después de Italia) hasta el 27 (consumo de papel-prensa por habitante en 1965). La oscilación es tal que

precisa un análisis más sosegado. Ni siquiera por aproximación se puede asegurar que España ocupa un determinado lugar en la lista de países más significativos del mundo capitalista. Ocupa distintos lugares según las fechas y los indicadores de que se trate.

Recordemos que en valores absolutos el PNB asigna el lugar 11.º a España y en valores *per cápita* el lugar 22.º. Todo lo que sea adelantarse a esas posiciones significa que en el indicador correspondiente el puesto de España sube. Si asciende por delante del lugar 18.º en valores relativos podemos concluir que en esa medición España se introduce en el capítulo de los países centrales. Hay algunos ejemplos esperanzadores. Por ejemplo, la tasa de incremento medio anual del PNB por habitante: un sobresaliente quinto lugar en el período 1960-75 para retroceder al lugar 26.º en el lustro crítico de 1975-80 y mantenerse desde entonces en el lugar 15.º. Quiere esto decir que los años del desarrollo por antonomasia –y aun del desarrollismo– permitieron a la economía española catapultar en la dirección de los países centrales. Sólo que el golpe de la posterior crisis económica ha sido más fuerte en España que en la generalidad de los países considerados.

Hay dos aspectos del desarrollo en los que se nota un mayor avance en España: el desarrollo de la mortalidad infantil y la escolarización universitaria. En el primer caso hemos pasado del puesto 22.º en 1965 al 10.º en 1983. En la escolarización universitaria (grupo de edad de veinte a veinticuatro años) el paso ha sido del lugar 26.º, al 14.º. En el primer caso quizá se refleje la extraordinaria dotación de médicos (noveno lugar en 1975 y segundo en 1981), aunque hay que temer que a partir de cierta marca este indicador se sature y empiece a revelar más bien una cierta plétora de galenos, incluso un paro alarmante en esa profesión. La prueba está en que si bien España destaca por una excelente dotación de médicos, la posición es francamente modesta en las camas de hospital (puesto 23.º en 1981). Muchos médicos sin la correspondiente cama hospitalaria significa que se hallan parados o subempleados. Esta sospecha se confirma precisamente al comprobar ese otro “éxito”, que consiste en el prodigioso avance de la población escolarizada en la edad más típicamente universitaria (20 a 24 años). El cambio es tan notable en este aspecto que por fuerza tiene que traducir un mero crecimiento de la matrícula escolar más que una mejora de la calidad de la enseñanza.

En el resto de los indicadores nos encontramos, por lo general, en torno a los lugares 19.º a 23.º, que es la oscilación de los valores de PNB *per cápita*. Cabe registrar un cierto avance en el dato de la densidad de automóviles (del lugar 24.º en 1965 al 18.º en 1963), si bien hay que interpretarlo a la luz de un magro desarrollo de los transportes públicos en comparación con la situación de los países transpirenaicos.

Conviene detenerse en el dato que revela el mayor atraso relativo: el consumo de papel-prensa indica un modestísimo lugar, 25.º en 1983. Se comprenderá ahora la presunción de escasa calidad de la enseñanza. En España habrá muchos estudiantes universitarios, pero en conjunto se lee

poco. No es el momento de desvelar las causas y circunstancias de tamaño rezago.

Dos palabras sobre las oscilaciones más interesantes que registra cada indicador, con el fin de determinar qué países sobresalen más o menos en cada uno de ellos. El comentario se refiere a la fecha más cercana y en relación siempre con la posición que indican en la medida-tipo que es el PNB per cápita hacia 1983.

En el *incremento anual del PNB per cápita* interesa la evolución de los primeros años 80. Nos indica la capacidad que tienen los distintos países para “salir de la crisis”. Se confirma la distinción centro-periferia. Los países centrales no son sólo porque disponen de más recursos o más producto, sino porque salen antes del túnel de la crisis. Casi todos ellos presentan ya tasas positivas o que no bajan más allá del uno por ciento. En cambio, esa marca negativa se agrava en algunos países periféricos, precisamente los del bloque hispánico. Quiere esto decir que la distinción centro-periferia es cada vez más perjudicial para la región iberoamericana, y eso que aquí sólo se incluyen los países mejor dotados.

*La densidad de médicos* no es un buen indicador a partir de un cierto nivel, el que corresponde a la media de los países centrales (unos 515 habitantes por médico en 1981, media no ponderada). Las incongruencias son muchas. No es sólo que España se nos muestre aquí como el país más “avanzado” después de Italia. Resulta que la dotación de médicos en Suiza es menor que la que corresponde a Grecia, Argentina o Portugal. Este ejemplo nos avisa de las cautelas que hay que tener para examinar el grado de desarrollo de los distintos países. Lo más seguro es confiar en una amplia batería de indicadores.

De mayor validez es el dato de *habitantes por cama de hospital*. Aquí la situación parece perjudicar a países tan distintos como Estados Unidos, Puerto Rico, Hong-Kong, México o Irán, en los que falta un sistema generalizado de Seguridad Social. En cambio, favorece al grueso de los países de Europa septentrional (escandinavos, Holanda, Reino Unido, Irlanda) y también Portugal, en los que sí se ha producido una cierta socialización de la Medicina.

*La densidad de teléfonos* mantiene una alta correlación con los demás indicadores de desarrollo. Las excepciones se explican. Esa densidad parece relativamente baja en países que mantienen una población muy rala (Noruega, Australia, Venezuela, Chile) y se eleva, siempre relativamente, en países como Dinamarca u Holanda, demográficamente más densos. Con todo, hay que insistir en que las diferencias no son cuantiosas y se explican por los otros elementos del desarrollo, un concepto multifacial.

*La densidad de patentes* discrimina bien los dos bloques de países centrales y periféricos, si bien hay que anotar una importante excepción: la bajísima marca de los Estados Unidos, acaso por razones de definición legal o de política económica (dejación de las actividades manufactureras para pasar a ser una economía de servicios). Destaca en este indicador la posición aventajada de Suiza y Suecia, dos países de gran tradición manufacturera e innovadora.

La *mortalidad infantil* presenta también una fuerte discrepancia entre los dos bloques de países, si bien en el de los centrales se ha llegado a una cierta saturación por razones, digamos, biológicas. Queda indicado que en este caso la posición española entraría en el campo de los países centrales, muy alejada en esto de casi todos los demás periféricos no europeos.

La *proporción de empleo fuera de la agricultura* ha llegado también a una relativa saturación en los países centrales (supera el valor 90 por 100 en casi todos los casos). La posición de España es la esperada, aunque mantendría una tasa de cambio bastante más acelerada que la del resto de los países si consideráramos un lapso algo más amplio.

La *densidad de automóviles* marca bien el grado de desarrollo. No obstante, los casos que se desajustan de la línea de tendencia revelan la otra dimensión complementaria de la dotación de transporte público. Así, medido por este indicador, sobresalen, por abultadas, las marcas de países como Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda, España o Portugal, con una relativa infradotación de ferrocarriles: En cambio, los países nórdicos de Europa, Japón, Hong-Kong y República de Corea mantienen tasas relativamente bajas, quizá porque se corresponden con buenos servicios de trenes o autobuses.

El *consumo de energía por habitante* correlaciona bien con los demás indicadores de desarrollo. Destaca por lo elevado en Estados Unidos, Canadá, Holanda y Venezuela, todos ellos con energía barata. Con todo, las diferencias no son grandes y son las esperadas.

La *tasa de escolarización universitaria* califica bien a los países ordenados por su producto *per cápita*. Hay, sin embargo, algunas diferencias culturales de interés. Destaca, por lo elevada, en Estados Unidos, Canadá, Holanda, Israel, España, Argentina y República de Corea. Se mantiene en marcas más "selectivas" en países de alta excelencia científica, como Suiza o Reino Unido. La bajísima representación de Irán (común a otros varios indicadores no monetarios) se explica por lo artificioso que resulta el dato del PNB en ese país (como, en general, el de todos los demás grandes exportadores de petróleo).

El *consumo de papel prensa* tiene que ver con la gran oscilación de precios de ese producto, debida a la enorme concentración de los países exportadores. En ese caso, la posición española se aleja considerablemente de la media de los países centrales. Es inferior, incluso, a la de África del Sur, Venezuela, Grecia o Argentina, con menos PNB *per cápita* que el que corresponde a España.

Acaso las comparaciones con los otros 33 países resulten un tanto abrumadoras y hasta disparatadas, vista la heterogeneidad del conjunto y la fragilidad de cada uno de los indicadores por separado. Nos podemos detener por un momento en precisar el lugar que corresponde a España en los tres indicadores que manifiestan un avance más significativo para los españoles y que presentan una elevada validez: mortalidad infantil, escolarización universitaria y consumo de automóviles. La comparación se destaca mejor con los países de una mayor proximidad geográfica, eco-

nómica o cultural. Se establecen así tres conjuntos de países más homogeneizados: 1), los países del borde europeo (Israel, Irlanda, Grecia, Portugal y Turquía); 2), los países hispánicos (Puerto Rico, Venezuela, México, Argentina, Chile y Colombia); 3), los países de la Europa latina (Francia y Portugal). La posición de España en cada uno de los tres subgrupos resulta más inteligible. Se puede determinar mejor el puesto que ocupa en el concierto de los países vecinos o cercanos culturalmente.

El dato de la mortalidad infantil puede no ser siempre muy fiable al no registrarse bien o a tiempo los fallecidos en los primeros días de vida. Pero no hay razones para suponer que la fiabilidad vaya a ser más alarmante en España que en los otros países geográfica o culturalmente cercanos. Por lo tanto, hay que concluir que el avance que experimenta la población española en este aspecto es sumamente alentador. En 1965 la tasa de mortalidad infantil de España era más elevada que la de Italia, Grecia, Israel e Irlanda. En 1984 es inferior a la de esos cuatro países y se aproxima a la de Francia. La distancia es cada vez mayor respecto a los valores que caracterizan a los países hispánicos, en esto abrumadoramente zagueros. Adelantemos que ésta es la razón por la que la fecundidad no logra descender en esos países hispánicos del modo como ha procedido en España y en otros países europeos. He aquí uno de los estrangulamientos culturales que obstaculizan el desarrollo de la región iberoamericana.

El avance español resulta igualmente espectacular si nos fijamos en la escolarización universitaria. En 1965 la situación española era más pobre que la de Italia, Israel, Irlanda, Grecia, Argentina y Venezuela, y comparable a la de Chile o Portugal. En los primeros años 80 supera los niveles de todos esos países, aunque todos ellos avanzan. Hay que repetir la cautela de que estas cifras revelan cambios de cantidad más que de calidad.

La densidad de automóviles ejemplifica también el mismo alto dinamismo para España (comparable en esto al de Italia). De nuevo asistimos a una relativa paralización de países antes delanteros como Venezuela o Argentina.

En las anteriores comparaciones –siempre comparaciones– se establece bien la noción del “blanco móvil” del que se hablaba al principio. Un país se mueve, pero ese movimiento debe apreciarse en relación con el de los demás países. Se puede determinar así que el adelantamiento de España es más apreciable que el de los demás países de sus respectivos entornos económico, cultural y geográfico. Por lo mismo, cabe apuntar la lista de países tendencialmente zagueros: Israel, Turquía, México, Argentina y Chile, y en parte Irlanda, Venezuela y Colombia. No es casualidad que esa lista de países se corresponda con los que registran altas dosis de violencia o de persistencia de la querencia autoritaria. El éxito de la transición democrática en países como España o Portugal tiene mucho que ver con su relativo éxito en las tasas de cambio económico y social que aquí se exponen. Si la conclusión parece insuficiente por la parvedad de los datos, quede como hipótesis. Con más aparato estadístico se podría validar mejor.

# La política exterior de la Comunidad autónoma de Cataluña

Santiago Petschen

**L**a política exterior de la Comunidad autónoma de Cataluña es complementaria de la política interior: “convertir a Cataluña en una de las regiones más dinámicas de Europa”<sup>1</sup>. Se trata de una política nueva, creada poco a poco, y que en estos últimos años ha ido adquiriendo una gran vitalidad. En tiempos pasados pudo existir en Cataluña una política interior, aunque la región histórica hubiese sido cuarteada en provincias o estuviese sometida al mismo régimen dictatorial que el resto de España. Pero política exterior no existía. La única política exterior era la del Estado. Ahora, sin embargo, han cambiado las cosas. En España, Cataluña goza de la condición de región o nacionalidad autónoma, y en Europa la consideración hacia las regiones en el proceso de construcción de la unión europea es cada vez mayor. El fundamento, pues, de la política exterior catalana es la condición de región o nacionalidad, marco objetivo que permite un tipo de iniciativas y de actividades propias.

El camino de la unión europea sólo podrá recorrerse a medida que se supere favorablemente el nacionalismo de los Estados soberanos que tanta resistencia sigue ofreciendo a la unidad. Superación de la resistencia del Estado-nación que ha sido prevista hasta ahora de tres formas:

– La eliminación del nacionalismo o por lo menos de sus actividades más radicales. Fue Henri Brugmans el que insistió en dicha necesidad. Dado que el nacionalismo apareció en un momento histórico determinado, podrá también desaparecer en otro<sup>2</sup>. En esa línea se situaron los federalistas, tan numerosos después de la Segunda Guerra mundial, quienes tuvieron que saborear varios fracasos. Pero es ésta una esperanza que no parece próxima.

---

**Santiago Petschen** es profesor de Relaciones Internacionales en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense.

– La consecución progresiva de solidaridades de hecho. Es la forma funcional de concebir la integración propuesta por Schuman cuando lanzó la idea de la CECA en mayo de 1950. Las solidaridades se obtienen a medida que van siendo aceptadas, con el aspecto de renuncia que llevan consigo, por los Estados. Pero como en las transferencias no todos los Estados alcanzan el mismo nivel, se originan diversas construcciones de Europa a la carta. Es el caso de la Europa de los convenios, impulsada por el Consejo de Europa, de manera especial el de los Derechos del Hombre, en la que cada Estado se sitúa a su gusto. Es también el caso de la OTAN. En cambio, en la CEE los estímulos a la integración son más homogéneos, aunque toquen techo cuando se incide en el tema de la soberanía. El funcionalismo ha contado y cuenta con numerosos adeptos.

– Dar más cancha a la Europa de las regiones, en la que los nacionalismos pueden adquirir unos moldes más adecuados para complementarse con la tendencia a la universalidad. Esta idea, del mismo estilo empírico que la anterior, fue apasionadamente defendida por Denis de Rougemont: “Este paso de la nación a las regiones será el fenómeno mayor de la Europa del fin del siglo XX. La política de unión europea, desde ahora, debe consistir en borrar nuestras *divisiones* para dar libre juego a nuestras *diversidades*”<sup>3</sup>.

En esta tercera vía de adecuación del nacionalismo ha hallado el actual presidente de la Generalidad catalana el marco general de actuación en política exterior. Un marco que cada vez se manifiesta con más claridad en los textos de Europa. Así, por ejemplo, el proyecto de Tratado de la Unión Europea, aprobado por el Parlamento Europeo el 14 de febrero de 1984, formulaba de la siguiente forma el *principio de subsidiariedad*. “Deseando confiar a nuestras instituciones comunes, de acuerdo con el principio de subsidiariedad, únicamente aquellas competencias necesarias para desempeñar correctamente aquellas funciones que podrían realizarse de forma más satisfactoria que si la hiciera un Estado miembro por sí solo”<sup>4</sup>.

Principio de subsidiariedad que aparece también en el Acta Única (art. 130 R. n. 4). Ciertamente que la referencia explícita que se hace al formularlo es al Estado. Pero no puede negarse que, en cuanto principio general, se extiende también, por propia naturaleza, a entidades menores como son *las regiones*.

Otro principio, el de *la complementariedad universalismo-particularismo*, fue aceptado por el Parlamento Europeo tomado de la declaración final de la Conferencia de Regiones (13 de abril de 1984), de la siguiente forma: “La autonomía de las regiones de la Comunidad Europea y la creación de una Europa políticamente más unida constituyen dos aspectos complementarios y convergentes de una misma evolución política”<sup>5</sup>.

Se pretende actualmente constituir una Europa jerarquizada parecida a aquella del Medievo que conjugaba los poderes imperial y papal, los reinos y los feudos. Una Europa en la que se ensamblen adecuadamente la Unión, los Estados y las regiones (lander, Comunidades autónomas...). El

presidente de la Generalidad de Cataluña lo explicitó una vez en Madrid de una manera muy personal y gráfica: “Yo he dicho siempre que, personalmente, tenía tres capitales: Barcelona, Madrid, Aquisgrán. Siempre lo he dicho así, entendiendo que aquella capital de la primera formulación de una Europa unida después del Imperio Romano, la Europa carolingia, era todo un símbolo. En todo caso, lo repito: mis tres capitales eran y son Barcelona, Madrid y Aquisgrán-Bruselas. Hoy es más propio decir Aquisgrán-Bruselas”<sup>6</sup>.

Adentrémonos algo más en la Europa de las regiones. ¿Cuáles son los criterios en los que se basa la tendencia de la Europa actual a la regionalización? A nuestro parecer son varios:

– El primer criterio es *antropológico*. El hombre de hoy, llevado a la estandarización por la tecnificación de la vida moderna, tiene necesidad de reaccionar contra ella fabricándose un mundo de referencias manejable y concreto. Jean Fourastié formula así el fenómeno: “De nos jours, le désir profond est de conserver un petit reste de cette originalité et de cette personnalité locales sans lesquelles le monde deviendra un ennui fondamental s’étendant de Paris à San Francisco et de San à Calcutta. La diversité et le contraste étant toujours nécessaires aux hommes sur la planète pour se définir et s’approfondir”<sup>7</sup>.

Robert Lafont, que con respecto a la regionalización tiene ideas muy distintas a las de Rougemont, coincide con dicha afirmación: “Voici que la culture se fait planétaire et qu’en même temps est ressenti la vertige d’une planétarisation débridée. L’homme a besoin de retrouver ses racines pour accepter l’élargissement de son destin. L’homme moderne doit être a la fois enraciné et cosmopolite”<sup>8</sup>.

Que Cataluña sea un ámbito adecuado a las exigencias de la personalización del hombre parece evidente. Por una parte, no es una patria de grandes dimensiones que sea difícil de abarcar. Para ello no hay más que leer los periódicos o ver la televisión catalana. La misma ciudad de Barcelona, con ser bastante grande, conserva un aire de familiaridad que es rápidamente percibido incluso por el visitante extraño. Se trata también de una abarcabilidad que supera el ámbito local, de dimensiones más reducidas, que origina el ambiente y la mentalidad que solemos conocer con el nombre de “ambiente y mentalidad de campanario”.

– El segundo criterio es el criterio *tradicional* que recoge todo el peso de la Historia. En este campo debe incluirse el elemento étnico, cuyo factor más importante es la lengua, que da a los propios valores unos caracteres de singularidad muy específicos. Huelga hablar aquí de la importancia del elemento étnico y tradicional de Cataluña. No es que haya conservado un factor de tradición como reliquia del pasado, al igual que aquel al que hacen referencia los Estatutos de varias regiones italianas. El Estatuto de Basilicata –por citar sólo un ejemplo– dice: “Favorece la conservación del valor del original patrimonio lingüístico, de cultura y de costumbres del que son poseedoras las comunidades locales”<sup>9</sup>.

El caso de Cataluña es distinto porque se trata de una región en donde el patrimonio lingüístico está vivo y es vínculo cotidiano de identificación entre los ciudadanos.

– El tercer criterio es *político*. Frente al exclusivismo del Estado-nación proveniente de varios siglos atrás, la región exige hoy una mayor participación. Es la tercera forma de superación del nacionalismo ideada por los promotores de la unidad de Europa a la que en un principio hice referencia. No se sustenta en principios dogmáticos, sino flexibles, ni pretende la independencia, sino la autonomía. No edifica infranqueables fronteras en su territorio, sino que intenta la fluidez y el intercambio de unas zonas con otras. La construcción política regional de Europa no trata de multiplicar el número de Estados convirtiendo a las regiones en entidades soberanas, sino que pretende ir destruyendo lo que de demoníaco ha tenido el Estado en sus ya varios siglos de existencia.

– Un cuarto criterio es el *económico*. Las grandes desigualdades económicas han hecho ver cuán importantes factores de desintegración existen en Europa. Para afrontarlos se creó el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER) de la Comunidad Económica Europea, dirigido a las regiones subdesarrolladas o en vías de desarrollo, que son las que llaman a la solidaridad.

Pero también la economía de las regiones desarrolladas lleva a una regionalización desde la que se pueda planificar e impulsar el crecimiento. A Cataluña hay que situarla no entre las primeras (de las que queda excluida por los niveles de las estadísticas), sino entre las segundas.

– Un último criterio, que podemos denominar de carácter *geográfico*. Para algunos autores, como Pierre George<sup>10</sup>, es el más importante. La región “se define por relación al centro que le da sus directrices”. Aparece así como un área de influencia de un centro de impulsión necesariamente urbano. De esta forma, no puede hablarse de tamaño o de límites, porque el espacio regional viene a formarse por un equilibrio de fuerzas entre juegos de iniciativa provenientes de centros distintos. De ahí que en la Comunidad Económica Europea se hayan aceptado una serie de divisiones de carácter superpuesto que en determinadas ocasiones operan como círculos concéntricos. Conocidas son las referencias que Denis de Rougemont hace a la ciudad de Lille. El criterio estatal convierte al dinámico centro del norte de Francia en la estación final de un recorrido por ferrocarril desde París. El criterio regional en un centro urbano cuya irradiación sobrepasa las fronteras. Amplios estudios se han hecho sobre la ciudad de Basilea, que, situada en una zona fronteriza entre Suiza y Alemania y cerca de Francia, ejerce en su entorno geográfico una irradiación importante. ¿Quién no piensa en una región de influjo urbano en la relación existente entre Barcelona y el resto de Cataluña?

Si lanzamos una mirada al mapa de Europa Occidental nos encontraremos con una pluralidad regional muy variada o, al menos, con elementos muy variados para formarla: las divisiones tradicionales de carácter político o meramente administrativo, las etnias, las exigencias de la economía, la irradiación de la gran ciudad, etcétera. Los cinco criterios que

hemos expuesto se combinan de manera diversa. A veces la etnia no coincide con la división político-administrativa. Otras veces la economía resulta difícil de encuadrar en la región histórica. Con frecuencia, el *hinterland* de la gran ciudad no respeta los trazados fronterizos. O no existe gran ciudad, sino diversas ciudades menores de tamaño parecido. La mayoría de las veces, las regiones son de la misma etnia que la del Estado-nación en el que están insertas. Tal es el caso de muchas regiones alemanas, inglesas, francesas, etcétera. Es cierto que para ser región no hace falta formar una etnia o nacionalidad distinta de las del entorno, pero no cabe duda que con el sentido de identidad y el de pertenencia que se dan en la nación, la vocación de región se vive más intensamente y lleva consigo mayores aspiraciones políticas. Cuando el presidente de la Generalidad de Cataluña, Jordi Pujol, visitó la región francesa de Rhône-Alpes, los periodistas catalanes que cubrieron la visita destacaron el bajo nivel de concienciación regional que allí encontraron en comparación con el existente en Cataluña.

¿Cuál es, al respecto, la situación de la región catalana? En el caso catalán nos encontramos, sorprendentemente, con una coincidencia de los cinco criterios: la historia, la nacionalidad, las exigencias de la economía, la división política, la influencia de la gran ciudad. En este sentido, difícilmente se podrá hallar una "región" tan "región" como Cataluña, dado que se ve muy beneficiada por la coincidencia de los elementos citados. Viene a ser, en el proceso de regionalización europeo actual, "una región piloto". De ello son conscientes sus actuales dirigentes, que se han lanzado activamente a construir un modelo real en el que la dimensión de la política exterior esté particularmente potenciada.

Estas características despliegan necesariamente las posibilidades que la Comunidad autónoma, como tal, tiene en materia de política exterior. En las relaciones exteriores de España pueden estar presentes tanto los órganos centrales del Estado como las Comunidades autónomas. Las relaciones internacionales no deben considerarse como una materia más de las atribuidas por el artículo 149 de la Constitución española a la competencia exclusiva del Estado, sino que son más bien un *ámbito de acción* por el que pueden extenderse ampliamente las competencias que el artículo 148 de la Constitución asigna a las Comunidades autónomas. Varias veces se ha escrito ya sobre esta cuestión y los comentaristas han dado una interpretación muy beneficiosa para las citadas Comunidades. El catedrático de Derecho Internacional Público Antonio Remiro Brotóns afirma, sin embargo, que una "Comunidad autónoma está facultada para llevar a cabo, más allá de las fronteras del Estado, cualquier actividad sobre materias que son de su competencia siempre y cuando no pretenda deducir de ello un estatuto jurídico internacional"<sup>11</sup>. Y R. M. Riquelme dice que la afirmación constitucional de que las relaciones internacionales están reservadas al Estado es una formulación "tan concisa y seca como arcaica y, en definitiva, nada convincente"<sup>12</sup>. Tales interpretaciones pienso que son las que hicieron modificar la actitud del Ministerio de Asuntos Exteriores, que en un principio quiso restringir la

actividad de algunos líderes de las Comunidades autónomas – especialmente las de Jordi Pujol– en el exterior.

Por otra parte, aunque la Constitución española no hace referencia a la participación de las Comunidades autónomas en la formación de los tratados internacionales, los Estatutos de autonomía sí que prevén diversos cauces de participación, como son el derecho de solicitar del Gobierno la apertura de negociación de tratados que recaigan sobre determinadas materias y el derecho de recibir información acerca de la celebración de los que afectan a áreas de su competencia o intereses específicos. En el Estatuto de Cataluña se le reconocen a la Comunidad autónoma tanto el derecho de instancia como el de información.

Bajo un aspecto algo distinto no puede tampoco olvidarse que el presidente actual de la Generalidad de Cataluña es el líder de un partido parlamentario que, aunque muy minoritario, puede cooperar a la formación de la actitud política exterior del Estado.

Existe también otro tipo de política exterior institucionalizado, como es el que el partido político del presidente actual puede realizar en el seno de las organizaciones internacionales. Dicho partido cuenta con varios escaños en el Parlamento Europeo y sus miembros han dejado notar su presencia en diversas cuestiones como las referentes a las minorías étnicas y nacionales. Importante es también el Consejo de Europa con los numerosos organismos a él vinculados. Un papel destacado en la Europa del futuro parece que está llamado a representar el Consejo de Regiones de Europa (CRE), en el que el presidente de la Generalidad de Cataluña ocupa una vicepresidencia desde la que desarrolla una intensa actividad. Propuestas hechas por él, como la de crear una Cámara Alta de base regional en el Parlamento Europeo o la de no integrar al citado Consejo en la Conferencia Permanente de Poderes Locales y Regionales, indican la voluntad de buscar para las regiones, en general, y para Cataluña, en particular, un puesto cada vez más destacado en Europa. Si nos preguntamos por la causa profunda de ello no podremos dejar de pensar seriamente que la historia política de Cataluña es, bajo varios aspectos, la historia de una vocación estatal frustrada. No es extraño, por lo tanto, que en el momento actual sus dirigentes y representantes, independientemente de quienes sean, necesiten potenciar todo aquello que les recuerde y sugiera el objeto de tal vocación.

## **El estilo de Jordi Pujol**

Dado que el presidente actual, Jordi Pujol, fue quien inició la política exterior de la Comunidad Autónoma de Cataluña y quien ha creado una amplia red de relaciones exteriores, creemos que no se puede prescindir de su persona a la hora de exponer las actividades de la política internacional catalana. En dicha actividad cabe destacar las siguientes características:

No hay probablemente en la actualidad en España ningún político que en sus manifestaciones y discursos haga tan constantes referencias a los hechos del pasado. Ello ha sido particularmente verdad en diversas conferencias tenidas en el exterior. “Cataluña –dijo en el Salón de Honor del Ayuntamiento de Aquisgrán, el 11 de marzo de 1985– es el único pueblo de España que nace ligado a Europa.”<sup>13</sup> A continuación insistió: “Nosotros, país de marca carolingia puesto en el corazón mismo del Mediterráneo occidental y, por tanto, profundamente romanizado, hemos sido siempre fieles a esta doble vocación europea.” Se trata de una historia expuesta en función del presente o, mejor dicho, en función del futuro. Su visión, idealista y sublimada, pretende proyectar su quehacer y el quehacer de sus súbditos hacia unas ambiciosas metas de superación colectiva. “Venir a Aquisgrán no es salir al extranjero, es volver a los orígenes.” En el caso que exponemos, sentido histórico y sentido familiar están ligados y el carisma del líder adquiere una cierta dimensión casera, paternal si se quiere.

El arte de saber utilizar lo concreto va ligado en este caso a la característica anterior, y destaca de manera especial en los temas económicos. El laborioso quehacer que en un tiempo fue creador de riqueza propia ha sido últimamente la causa de que numerosas empresas extranjeras acudieran a Cataluña, “una de las regiones de Europa que en este momento absorben una mayor inversión extranjera” (Discurso en el Gran Hotel de Estocolmo, 5 de noviembre de 1987)<sup>14</sup>. El mito del Llobregat trabajador, que a los cincuenta metros de su nacimiento ya se pone a activar unas hilaturas, es un símbolo conocido y querido de antiguo que Pujol vuelve a utilizar. La utilización de lo concreto tiene en el presidente un sentido pedagógico aleccionador. Mientras actúa explica por qué actúa y enseña a la gente cómo debe actuar. Las citas en las que opta por lo más práctico son muy frecuentes. “La industria de las vacaciones, la industria de los jubilados y, en general, la industria de los servicios es mucho más dinámica y tiene un futuro mucho más prometedor que la construcción naval, la siderurgia, las minas de carbón y numerosos sectores de la industria metalúrgica”<sup>15</sup>.

En la forma de llegar el presidente al público destacamos estas tres características:

- Utilización de un estilo de oratoria claro y directo, poco literario, en el que se repiten insistentemente, con un objetivo didáctico, los mismos conceptos fundamentales. Ello supone un distanciamiento de la retórica típica del estilo castellano y español, en general, muy común en los discursos del anterior régimen.

- Exposición de carácter esquemático, con una elaboración previa muy cuidada que no deja nada a la improvisación. Se hace imprescindible constatar qué grado de influencia en el electorado ha tenido el estilo de la comunicación de la actividad realizada en el exterior.

- Acompañamiento de los signos externos que suelen rodear a los grandes hombres de empresa. Y siempre la compañía de las cámaras de televisión catalana.

## Las ideas del actual presidente

Para conocer los objetivos de la política exterior de Cataluña resulta necesario examinar las ideas del presidente actual, que está en el poder desde las primeras elecciones celebradas tras la promulgación del Estatuto. En las ideas de Pujol destaca sobre todo el principio general de la construcción de una Europa unida en la que las regiones tengan una importancia básica y entre las que Cataluña represente un papel destacado.

La principal idea-fuerza de Pujol en su política exterior es que hay que unir a Europa. Con su característica pedagógica típica, Pujol antepone a todo su vocación de europeísta convencido. “Mis influencias culturales, además de la cultura catalana y de la española en general –dijo en el Club Siglo XXI, de Madrid–, han sido básicamente alemana y francesa. Por lo tanto, por formación, yo me he sentido, ya de niño, por decirlo así, ciudadano europeo”<sup>16</sup>. Por una parte, no es que el presidente catalán sea europeísta para lograr para Cataluña una salida como “nación sin Estado”. El europeísmo en el que cree es un valor en sí. Pero por otra, su insistencia en que Cataluña es esencialmente Europa indica que para él los dos aspectos son complementarios, como el anverso y el reverso de una misma moneda.

Esa coincidencia de lo europeo y de lo catalán no está solamente en el punto de partida, sino que se acrecienta a medida que se profundiza en ambas realidades culturales, en las que aparecen rasgos parecidos: el personalismo, el sentido de la libertad, el pluralismo, la descentralización. España –para la que Cataluña sirve de puente en su unión con Europa– forma parte del conjunto como una importante parcela de esa Europa unida. Pero, para integrarse, debe corregir, en parte, su tendencia histórica. En varias ocasiones se ha lamentado Pujol del “aislamiento secular de España de Europa que tanto nos ha perjudicado”<sup>17</sup>. Y con respecto a lo que tiempo atrás pudo parecer a algunos una alternativa de Europa para España, la de Iberoamérica, Pujol se ha mostrado siempre decididamente contrario.

Que la unión europea a realizar sea una unión de Estados, en manera alguna lo pone en duda el presidente de la Generalidad de Cataluña. En 1985 dijo en el Institut Royal des Relations Internationales de Bruselas: “No participo de la idea del rechazo del Estado”<sup>18</sup>. Y un año después, en la inauguración de la Feria de Perpiñán, insistió: “Las fronteras continuarán existiendo de una forma o de otra. Los Estados no desaparecerán del todo”<sup>19</sup>. Acepta, pues, Pujol el hecho de la Europa de los Estados como una realidad, pero como una realidad muy imperfecta y criticable. Lo que ocurre es que Pujol es bastante cuidadoso a la hora de formular sus críticas al Estado. Cuando la formula en abstracto, en el campo de lo económico, el Estado tiene el peligro de intervenir negativamente. “El gobierno catalán –dijo en la reunión del European Management Forum de 1986 optando claramente por la creatividad privada– está totalmente a favor de la ini-

ciativa privada y la estimula”<sup>20</sup>. Y en el campo de lo cultural, con frecuencia se lamenta de la tendencia del Estado a centralizar y a uniformar.

Por lo que se refiere al caso de España, Jordi Pujol jamás deja entrever ningún rasgo que pudiera poner en duda su condición de español, su lealtad a la Constitución y su fidelidad ala Monarquía como institución y al Rey Juan Carlos. Si aspectos concretos de la realidad estatal española han recibido por su parte fuertes críticas, especialmente en lo que se refiere a la aplicación práctica del Estado de la Autonomías –y ello lo hizo de manera especial en su visita a Eslovenia–, también es verdad que, en diversas ocasiones, lo ha solido presentar como modelo, principalmente en cuanto a lo que puede dar de sí si se llegan a interpretar tanto la Constitución como los Estatutos con la máxima coherencia y amplitud<sup>21</sup>.

Destaca en primer lugar el concepto de región como zona de intereses y problemas comunes que coincide con las definiciones dadas por la Comunidad Económica Europea (Dirección de Política Regional), por el Consejo de Europa y por el Consejo de Regiones de Europa (Estatutos, art. 2). Se entiende por “regiones”, “las entidades situadas inmediatamente debajo del nivel del Estado central, dotadas de representatividad política...”. Pujol profundiza en el concepto, justificando los motivos por lo que la región es necesariamente un ente autónomo:

- como reconocimiento de una identidad colectiva,
- como profundización democrática de acercamiento de los órganos de decisión política a las bases populares, y
- como voluntad de liberar al máximo las energías individuales y colectivas.

Hay que acudir a las regiones si se quiere encontrar propia conciencia, iniciativa económica y social, creatividad y nuevas ideas. Se trata de un punto de partida opuesto al del intervencionismo del Estado. “En las capitales del Estado... y en numerosas regiones –se lamentaba una vez– los habitantes todavía están acostumbrados a esperar leer el periódico de la capital o el “Boletín Oficial” para saber lo que deben hacer o lo que pueden hacer”<sup>22</sup>. En otra ocasión, hablando en Estocolmo, dijo refiriéndose al desequilibrio Norte-Sur europeo: “Evitarlo no es algo que deba intentarse por la simple vía del subsidio o las ayudas extraordinarias, frecuentemente ineficaces, sino basándose sobre todo en la propia capacidad de la zona mediterránea”<sup>23</sup>.

Para el presidente existen tres clases de regiones:

- las que han producido una cultura que después ha sido la de todo un Estado o la de todo un Continente,
- las que tienen una cultura propia o incluso una lengua propia pero sin la proyección de las anteriores, y
- las que tienen como cultura propia la dominante del Estado pero con aportaciones específicas<sup>24</sup>.

El deseo de Pujol es el de incluir, de una u otra forma, en el concepto de región a todas las partes del territorio europeo, sin que ninguna quede excluida, y preparar así el terreno para que Cataluña pueda hablar de tú a tú a todas ellas y, si es posible, mostrarse ante la mayoría de ellas, princi-

palmente las españolas, con signos preeminentes. Sobre todo, con uno de los signos de preeminencia más genuina: "una nación en el interior de España"<sup>25</sup>. En el conjunto español, Cataluña es para Pujol la región más avanzada hacia Europa: porque Cataluña es Europa y no tiene una visión distinta de Europa que la misma Europa, siendo el resto de España el que difiere de ella.

He aquí cómo el hecho diferencial catalán se hace también extensivo a las relaciones exteriores, siendo la vinculación a Europa una de las características más sobresalientes del mismo. "Cataluña es carolingia. Y la Europa de los Seis es carolingia. España, en su conjunto, es heredera de la monarquía visigótica, que ya era en su tiempo aislacionista con respecto a Europa"<sup>26</sup>. Hecho diferencial europeísta que siguió repitiéndose a través de los siglos: el año mil, las relaciones con los cátaros, la expansión mediterránea, la reacción económica de finales del siglo XVII teniendo como guía el modelo holandés, el romanticismo, el europeísmo catalán de nuestros días. En el resto de España, en cambio, "en pleno siglo XX, un intelectual español muy admirado lanzó aquella consigna "que inventen ellos", que incomprensiblemente fue bien recibida por las derechas y por las izquierdas"<sup>27</sup>.

También ha destacado Pujol que antes del 1 de enero de 1986 hubo –con respecto a la vinculación de España a Europa– recelos en la derecha y vacilaciones en la izquierda, mientras que en Cataluña la actitud europeísta se manifestaba con particular intensidad. Da tanta importancia Pujol a la región que en algunos casos, como el de Cataluña y España, puede el sentido histórico de la primera aleccionar el camino a seguir de la segunda. De las tres clases de regiones, Cataluña es una de aquellas que tiene cultura propia y que, dada la deseable estructura piramidal de Europa, debe proyectarse en todo el Continente. Por ello quiere Pujol *potenciar la proyección europea de la lengua catalana* y reforzar la económica. No en vano, tratándose de la primera región turística de Europa, de la décima industrial, de una de las que cuenta con una completa red de autopistas y recibiendo –con tendencia a crecer– el 30 por 100 de las inversiones extranjeras que acuden a España, es capaz de unir a su vocación histórica su aptitud científica, técnica y cultural.

Otro de los temas en los que Pujol insiste con frecuencia es que la cultura catalana no es una cultura cerrada, sino abierta al mundo. Con el particularismo de la lengua propia cohabita perfectamente el universalismo de las grandes personalidades del arte contemporáneo, a las que Pujol se refiere constantemente: Gaudí, Sert, Casals, *Miró*, Tapies, Dalí, etcétera.

Desde un punto de vista escuetamente intelectual podría tacharsele un tanto a Pujol de simplificador y de optimista. Pero no debe olvidarse que el presidente de la Generalidad es ante todo un líder político y que su intención es triunfar en el terreno de las realizaciones prácticas, no en el de los análisis intelectuales. Si en la política regional de la Comunidad Europea la idea de la *solidaridad* es la que se abre paso, en Pujol no es ésa la faceta relevante, sino la de la *hegemonía*. No hay que olvidar que

el parámetro de la visión de conjunto de la Comunidad Europea y el de Pujol como líder de un partido que necesita ganar elecciones son evidentemente diversos. En el terreno de lo económico, el lanzamiento internacional de la Comunidad Autónoma de Cataluña es muy distinto al intento político que su presidente, como líder de un partido político concreto, realizó en España con el Partido Reformista, que terminó en un estruendoso fracaso.

Otra idea de la política exterior de Pujol es la vocación catalana de influir, tras las fronteras del Principado, tanto en el interior de España como en el exterior. ¿No será ello una reacción contra el control y la restricción de tanto tiempo? Nada como ello, si así fuese, mostraría la magnitud destructiva de la injusticia cometida. Dadas las características de este artículo, nos vamos a referir solamente al exterior de España. Porque el País Valenciano, las Baleares y el Aragón catalano-parlante, no cabe duda que atraen la atención de Pujol con especial énfasis, aunque lo que se encuentre en los discursos del presidente en este punto sean la discreción y la cautela. El tema: entraría de lleno a la hora de hablar de : su pensamiento sobre el establecimiento en España de un sistema federal en el que, para el presidente catalán, el modelo yugoslavo primaria sobre el modelo suizo. Pero *no* es ésta cuestión de este momento.

Donde el expansionismo transfronterizo de Cataluña pretende realizarse sin suspicacia alguna es más allá de los Pirineos. Más intenso en lo que respecta, como es lógico, a la Cataluña Norte, que, durante siglos, fue parte de la *única* Cataluña existente. “*Cuando me han propuesto repatriar sus despojos (Los de Pompeu Fabra) a Cataluña, siempre me he negado –dijo Pujol en la apertura de la Feria de Perpiñán el 12 de abril de 1985... Porque, de hecho, Fabra descansa en tierra que también es catalana. Recordad igualmente a Pau Casals y a: tantos otros*”<sup>28</sup>. Pero el objetivo de la influencia exterior *no* se queda en las tierras de habla catalana, sino que es más ambicioso “*La creación de un polo económico cada vez más importante –insistió en el discurso antes citado–, en este gran espacio que es el nuestro... este espacio situado en el arco noroccidental del Mediterráneo y que pertenece al mismo tiempo a la Europa del Sur, y a la cuenca mediterránea*”<sup>29</sup>. Pujol lo busca con afán. Que llegue un día a ser realidad el eje económico Barcelona-Toulouse, de efectos muy decisivos para crear una gran región económica en la que la capital de Cataluña fuera, con mucho, la ciudad más importante.

Esta gran región mediterránea noroccidental no tiene en el presidente Pujol unos límites definitivamente fijados. En el discurso que pronunció en Estocolmo el 5 de noviembre de 1987 incluyó también en ella a Aragón, a la Comunidad Valenciana y a las regiones del norte de Italia hasta la Lombardía, región en la que destaca la potencia demográfica y económica de Milán, su capital. Esa imprecisión *no es*, evidentemente, algo defectuoso, sino una concepción práctica de la idea de región muchas veces definida como “área de influencia” o como “equilibrio de fuerzas entre juegos de iniciativas provenientes de centros distintos”. Antes hicimos referencia a ello.

## Instrumentos de la política exterior catalana

En una Europa concebida como la que hemos descrito, la Comunidad autónoma catalana cuenta con amplias bazas para construir toda una política exterior que, *de facto*, tal como se está elaborando y llevando a la práctica, resulta bastante autónoma respecto al conjunto de la política exterior española.

La mayoría de los instrumentos que la citada Comunidad autónoma utiliza para su política internacional son los contactos personales de su presidente. La acción institucional se limita, de momento, al Consejo de Regiones de Europa. Examinemos tres características.

– *El lanzamiento de corrientes de opinión.* Con el trasfondo de la visión histórica de una Cataluña abocada a Europa y con una concepción de Estado federal de base étnica como el yugoslavo, Pujol suele destacar la importancia que debe darse a las regiones en la construcción de la unión europea en la que Cataluña forme parte de una eurorregión económica mediterránea altamente desarrollada. Cataluña puede evolucionar de una forma muy parecida a como lo ha hecho el land Baden-Württemberg debido a las características similares que tiene con esa región alemana: falta de materias primas, industria transformadora, abundancia de pequeñas y medianas empresas, alto nivel de formación humana, siendo en la actualidad un buen campo para las inversiones extranjeras.

– *Tender relaciones económicas de carácter internacional.* Este tipo de relaciones son constantemente cultivadas por Pujol con importantes contactos: el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, el European Management Forum, el Foro Europeo de las Biotecnologías, el Comité de Acción por Europa, la Confederation National du Patronat Français, el Club Economique et Financier de Paris, la Association Française de Banque, y otras varias uniones patronales, financieras, industriales, notable cantidad de multinacionales, y un largo etcétera. También hay que destacar los seminarios sobre “*Cataluña: Negocios e inversiones*” tenidos en Bruselas, Paris, Tel Aviv, Tokio, Lausanne, Frankfurt, Milán, y que se seguirán celebrando en otras capitales del mundo contando con la experiencia que ya se tiene de las ya llevadas a efecto. Junto a todos esos contactos generales hay que destacar los específicos con regiones cercanas, como los habidos para conseguir la llegada a Barcelona del tren TGV, la participación en la Feria de Perpignan, la creación de la Cámara Cataluña-Languedoc, los acuerdos cartográficos con Midi-Pirénées, los sanitarios con Toulouse, los de formación profesional con Baden-Wurtemberg. No hay ningún otro presidente de región autonómica española que haya tendido con el exterior tan numerosas relaciones económicas.

– *Buscar el apoyo exterior a la realidad lingüística y cultural catalana.* He aquí uno de los objetivos más importantes de las relaciones exteriores de carácter cultural. Para lograrlo, ha realizado la Generalidad de Cataluña tres tipos de actividades:

Presiones ante el Consejo de Europa en favor de la valoración y de la utilización internacional de la lengua catalana.

Examen de situaciones en que se encuentran otras regiones europeas, entre los que cabe destacar el realizado en la visita del presidente a Eslovenia, en donde la utilización legal del esloveno alcanza cotas más altas que la del catalán en Cataluña.

Apertura de muestras y exposiciones para dar a conocer la relevancia internacional de la cultura catalana. Este objetivo principal es impulsado en varios campos en donde el reconocimiento de la lengua puede tener aplicación: la enseñanza, las publicaciones, los diversos medios de comunicación social.

Otras dos nacionalidades históricas que podrían haber tenido un tipo parecido de relaciones son el País Vasco y Galicia. Pero la primera ha contado con el peso considerable de las dificultades interiores. Galicia ha iniciado recientemente una política exterior muy acorde con las realidades que le caracterizan, que son: la existencia de numerosos emigrantes en el extranjero, la vecindad de la región de Portugal Norte y la exigencia de que el FEDER preste a Galicia, como región en vías de desarrollo, mayores ayudas.

Llegados a este punto, la pregunta que corresponde hacernos es: ¿Qué parte tiene toda esa actividad en las tomas de decisión de carácter internacional? La Generalidad de Cataluña puede promover relaciones exteriores fomentando múltiples acciones dentro de las competencias previstas en el artículo 148 de la Constitución, que no cambian de naturaleza por ejercerse en el ámbito exterior. Lo que no puede la Generalidad es contraer compromisos para el Estado, atribución exclusiva de los órganos centrales del mismo. Pero de lo que no cabe duda es de que la acción de Pujol no se conforma con promover actividades, sino que se dirige también a influir en las decisiones que deben ser tomadas formalmente por el Estado, para lo que procura:

Crear opinión pública a distintos niveles: Prensa, pueblo, técnicos, funcionarios... sin olvidar también el objetivo de política interior que lleva consigo.

Crear realidades de hecho, como por ejemplo: la construcción del túnel del Cadí y la prolongación de la autopista desde Barcelona hasta Manresa para que Francia considere lo ventajoso que pueda resultarle la apertura del túnel de Pouymorens, con lo que se inicia la creación del eje Barcelona-Toulouse y se abre un paso pirenaico antes de que pudiera hacerse por Aragón, con olvido de los intereses internacionales catalanes. Mientras desde Aragón y en parte también desde Madrid se pondera la mayor facilidad técnica y económica de abrir un túnel por Benasque, desde Cataluña se realiza un trabajo con el fin de inclinar la decisión de los Gobiernos español y francés a su favor.

Presionar a las autoridades del Estado español, que son las que realmente tienen competencia para contraer compromisos a escala internacional.

Sin duda que toda esa suma de acciones tiene una parte muy considerable en la resultante final de la toma de decisión. Dentro de la complejidad que la preparación de la misma supone, se encuentra también, junto a las realidades de hecho y el peso de la opinión pública, el prestigio de una

persona que ha sabido realizar un amplio tejido de relaciones exteriores. Desde el viaje del presidente a Roma hasta sus salidas casi mensuales de los años 1986 y 1987 se ha producido un cambio muy considerable.

La ausencia de cuantificación en los datos aportados y de una metodología que los valorara, nos impide sacar conclusiones exactas. No era ello lo que pretendíamos en este artículo. Pero lo que parece estar fuera de duda es que, en las resultantes, la acción de Pujol ha tenido determinada eficacia. Merece hacerse, pues, un estudio más profundo de ello.

Lo que resulta digno de destacar es que, en la primera oportunidad en que la historia contemporánea ofrece a Cataluña una limitada parcela de acción internacional, el aprovechamiento parece ser positivo. Se trata de una política que en manera alguna hubiera hecho, en la década de los ochenta, un partido político de ámbito estatal. Su vinculación permanente a un centro de decisión más global le daría tal vez más instrumentos, pero le impediría tener esas ideas y ese estilo que la Comunidad Autónoma de Cataluña fomenta. Ni estaría en vanguardia en la política europea regional, que se prevé cada vez más fecunda. Solamente desde esas coordenadas tan concretas (determinada historia, partido no estatal, no cambio del presidente) puede hallarse esa originalidad política en la acción exterior del Estado, que por su envergadura, y por no proceder de los órganos centrales del mismo, se hará cada vez más digna de la atención de los estudiosos.

A esto hay que añadir que una actividad parecida, surgida de todas las regiones de Europa, iría haciendo realidad el sueño de los europeístas regionalistas: "Imaginémonos –escribía Rougemont–, un mapa de las regiones de Europa que describiera... la orientación de los flujos de bienes y de servicios tanto culturales como económicos y técnicos...; haría aparecer a los ojos de los hombres políticos y de los ciudadanos alertados una Europa de realidades, insospechada, y, por ello mismo, la posibilidad de ver la inminencia de una federación europea sólidamente fundada en la vida creadora y cotidiana de los europeos"<sup>30</sup>.

## NOTAS

1. Avui, 7 enero 1987. Visita del presidente de la Generalidad a Lyon.
2. BRUGMANS, Henri. "La idea de Europa, 1920-1970". M. 1972. pp. 35-38.
3. ROUGEMONT, D. de "Pour une Métropole régionale, Aix-Marseille-Etang de Berre". Neuchâtel, 1963. pp. 22 y ss.
4. Proyecto de Tratado de la Unión Europea. Preámbulo.
5. Resolución sobre las lenguas y culturas de las minorías regionales y étnicas. Parlamento Europeo. 30 octubre 1987.
6. PUJOL, J. "Catalunya i Europa". B. 1986, p. 74.
7. FOURASTIE, J. "L'Organisation départementale et communale á l'épreuve du XXème siècle". París, octubre 1966.
8. LAFONT, R. "La revolución regionalista". B. 1971. p. 211.
9. Estatuto de la Región de Basilicata. Art. 5.
10. GEORGE, P. "L'aspect géographique de la division régionale". La región. 1964. Lyon, p. 67.

11. REMIRO, A. "La acción exterior del Estado". M. 1984. p. 235.
12. RIQUELME, R. M. "Las Comunidades Autónomas y los tratados internacionales". En Sistema 66. Mayo 1985. p. 79.
13. PUJOL, J. "Afirmació catalana d'eupeisme". B. 1985. p. 12.
14. PUJOL, J. "La importància política i econòmica de la Mediterrània Nord-Occidental". B. 1988.p.34.
15. PUJOL, J. "Catalunya i Europa". o. c. p. 42.
16. PUJOL, J. o. c. p. 73.
17. Avui, 29 enero 1986. Conferencia de Jordi Pujol en la Universidad de la Sorbona. París.
18. PUJOL, J. "L'aportació i el paper de les regions en la construcció europea". B. 1985, p. 35.
19. PUJOL, J. "Catalunya i Europa". o. c. p. 40.
20. PUJOL, J. o. c. p. 49.
21. PUJOL, J. "L'aportació i el paper...". o. c. p. 37.
22. *El Periódico*, 26 de noviembre de 1985. Conferencia en el Consejo de Regiones de Europa.
23. PUJOL, J. "La impartància política i econòmica de la Mediterrània... o. c. p. 36.
24. PUJOL, J. "L'aportació i el paper...". o. c. p. 37.
25. PUJOL, J. o. c. p. 33.
26. PUJOL, J. "Catalunya i Europa". o. c. p. 59.
27. PUJOL, J. o. c. p. 59.
28. PUJOL, J. o. c. p. 40.
29. PUJOL, J. o. c. p. 41.
30. ROUGEMONT, D de "Naissance de l'Europe des régions". Genève 1968. p. 5.

# Las democracias en la lucha contra el terrorismo

William R. Farrell

**L**a apertura y libertad características de las sociedades democráticas permiten que la participación de los ciudadanos sea importante a la hora de decidir cómo van a ser gobernados. Los medios de comunicación (televisión, radio y Prensa) garantizan el intercambio de información dentro de una sociedad y aumentan la capacidad de un pueblo para emitir opiniones válidas. En las democracias industriales, los avances tecnológicos han llevado a que la gente dé por hechas las maravillas posibles gracias a las grandes redes eléctricas, de transporte e informáticas. Pero la apertura y la complejidad tecnológica también implican una vulnerabilidad que podría hacer peligrar seriamente los fundamentos sobre los que se basan las sociedades democráticas. El terrorismo supone una amenaza porque intenta sacar provecho de esta apertura. Para conseguir sus objetivos, los terroristas intentan manipular la libertad y localizar blancos a su alcance. Bien se trate de una superpotencia como Estados Unidos, amenazada principalmente desde el exterior, o de una nación como España, cuya amenaza proviene fundamentalmente del interior, los peligros que supone el terrorismo son reales y despiertan gran preocupación.

El terrorismo tiene un alto poder hipnotizador. La mera mención de este término evoca imágenes de pistoleros enmascarados, explosiones de bombas, secuestros de aviones y Embajadas en ruinas. A lo largo de los años setenta y ochenta, se perpetraron miles de actos terroristas en todo el mundo. La gente estaba pendiente de la televisión y la radio en espera de noticias procedentes de la Ciudad Olímpica de Munich, el aeropuerto Lod de Tel Aviv, las Embajadas de Bogotá, Teherán y Beirut, y los aeropuertos de Roma y Viena.

Hacer frente al terrorismo es una necesidad. Los Gobiernos han dedicado muchas horas de trabajo a la búsqueda de una solución para este terrible problema. Pero como el término terrorismo se ha utilizado de forma tan general, existe una gran preocupación de que los políticos hayan

---

**William R. Farrell**, oficial de la Marina norteamericana en situación de reserva, es autor de varios trabajos sobre el conflicto del golfo Pérsico y los movimientos terroristas de la última década.

perdido de vista su verdadero significado. Es probable que los Gobiernos quieran ser muy específicos a la hora de desarrollar planes para responder a una amenaza, y por consiguiente necesitan una definición lo más precisa posible del término terrorismo. Una definición demasiado precisa podría terminar limitando a los políticos y reduciendo su flexibilidad en situaciones que cambian constantemente.

Además, para responder al terrorismo es necesario que los ciudadanos, el Gobierno, o ambos, vean una amenaza lo suficientemente seria como para requerir algún tipo de acción. A pesar del drama reflejado por los medios de comunicación, debe demostrarse esta necesidad. Los ciudadanos norteamericanos que viven en Estados Unidos no sienten directamente el peligro, ya que los objetivos del terrorismo antiamericano suelen ser norteamericanos que viven en otros países. Cuando el terrorismo se produce dentro de las fronteras de un país, como es el caso de España, Italia y Perú, la presión para que se tomen acciones es significativa. Esto exige que, además de definir el problema, exista una consiguiente motivación para que el Gobierno actúe.

El dilema último es quizás el más difícil. Una vez que se ha identificado la amenaza y que se ha decidido que es necesaria una intervención, surgen las siguientes cuestiones: ¿Qué debe hacer exactamente un Gobierno democrático? ¿Qué medidas hay que tomar? ¿Hay que atacar a los que cometieron la acción o a los que se encuentran detrás de ella? ¿En qué consiste la responsabilidad de estos últimos? ¿Es lo mismo financiar y adiestrar que planear y dirigir? Desde el punto de vista interno, ¿hasta qué punto se deben anular o modificar los derechos y libertades de los ciudadanos en nombre de la seguridad? ¿Qué poderes se deben otorgar a la Policía o el Ejército para combatir una amenaza real? Si el terrorismo es una forma de guerra, ¿juegan algún papel las autoridades regionales y locales?

Una vez planteados estos puntos, intentaremos proporcionar información adicional para ayudar a las democracias a enfrentarse al dilema que supone definir el terrorismo, juzgar la naturaleza de la amenaza y sopesar los diferentes aspectos de una respuesta creíble.

## **Cuando se habla de terrorismo**

Cuando hablamos de terrorismo no siempre tenemos claro a qué nos referimos. El hombre de la calle tiene una noción de lo que significa, y al igual que sucede con la pornografía, se reconoce cuando se ve. Se trata de un fenómeno mucho más fácil de describir que de definir. En cierto sentido, sería más útil limitarnos a eso en vez de intentar calificarlo mediante una construcción gramatical arbitraria que satisfaga a los sociólogos, psicólogos, abogados, etcétera. Se ha llegado a esta conclusión tras una justificación y esfuerzo considerables<sup>1</sup>.

El terrorismo puede tener múltiples objetivos. Las acciones terroristas individuales, en primer lugar, pueden buscar concesiones específicas,

como el pago de un rescate o la liberación de prisioneros. En segundo lugar, el terrorismo puede tener por objeto conseguir publicidad. Un tercer objetivo podría ser provocar un desorden generalizado que desmoralice a la sociedad y rompa el orden social. Otro objetivo podría ser la provocación deliberada de la represión, con la esperanza de que el Gobierno se autodestruya. También podría utilizarse para garantizar la obediencia y la cooperación. En último lugar, el terrorismo tiene a menudo por objeto el castigo. Es normal que los terroristas afirmen que la víctima de su ataque es de algún modo culpable.

Brian Jenkins, de la RAND Corporation de Estados Unidos, destacado experto en terrorismo, ilustró muy claramente este último punto aduciendo como ejemplo la matanza del aeropuerto de Lod en 1972. En aquella ocasión, miembros del Ejército Rojo japonés, actuando en nombre de una facción palestina radical, intentaron asesinar al mayor número posible de israelíes. Jenkins defiende que el terrorismo conlleva una mayor carga de culpa y castigo que otras formas de guerra o de política y una concepción más limitada de lo que son víctimas inocentes. Cuando los japoneses entraron en el aeropuerto, sacaron sus armas y dispararon contra la multitud, justo cuando un avión norteamericano acababa de desembarcar a sus pasajeros. Los terroristas dijeron que las víctimas del incidente de Lod, la mayoría de las cuales eran peregrinos cristianos de Puerto Rico, eran culpables porque habían llegado a Israel con visados israelíes y por consiguiente habían reconocido tácitamente al Estado que era enemigo declarado habían pueblo palestino, y al haber ido a Israel, habían entrado de hecho en una zona de guerra. La organización dijo que los que habían sido alcanzados... simplemente por encontrarse allí... no eran menos culpables, o no habrían sido alcanzados.

Otros aspectos dificultan la comprensión absoluta del terrorismo. El propio término es emotivo y tiene una connotación peyorativa. Parece que nadie está dispuesto a llamarse a sí mismo terrorista. Se autodenominan revolucionarios, liberadores, luchadores por la libertad. Incluso si llegáramos a una definición aceptable, el aplicar este término a un grupo determinado daría lugar a desmentidos y rectificaciones. No es casualidad que tanto el presidente Reagan como Gadafi se llamaran el uno al otro terroristas, al mismo tiempo que negaban que dicho término pudiera aplicarse a su caso. Otros grupos como el Ejército Republicano Irlandés (IRA), Euskadi ta Askatasuna (ETA), las Brigadas Rojas (en Italia), etcétera, se han presentado a sí mismos como luchadores por la libertad que intentan enmendar las injusticias, evitando de esta forma la connotación negativa del término terrorista.

No se puede decir que un acto sea terrorista sólo por sus manifestaciones físicas. Ha existido una tendencia a considerar los bombardeos, secuestros de aviones y de personas y la toma de rehenes como actos terroristas sólo porque "eso es lo que hacen los terroristas..." Pero este argumento ignora que los ladrones de Bancos y extorsionistas, entre otros, también cometen este tipo de acciones. Las manifestaciones tangibles no son el único indicador de lo que constituye o no un acto terrorista. A menudo radica más en el "por qué" y no en el acto en sí. Dicho todo esto, lo mejor sería describir las características del terrorismo sin pretender defi-

nirlo. El objetivo es conseguir una comprensión del fenómeno a la vez que se concede a los políticos la flexibilidad necesaria para elaborar una respuesta que no esté limitada por una definición rígida. Asimismo, no hay que olvidar que tanto el jefe de Estado en la capital de una nación como el jefe de la Policía pueden verse en la necesidad de responder ante un mismo incidente. Las preocupaciones tácticas y estratégicas, así como las diplomáticas, puede ser muy diferentes. Antes de actuar es imprescindible valorar todos los intereses. Un incidente relacionado con ETA en España, cerca de la frontera francesa, puede convertirse en un suceso internacional que va más lejos de las preocupaciones inmediatas de los agentes de la ley y de los funcionarios de Policía. Sin esta valoración es posible que las buenas intenciones de las autoridades agraven la situación en vez de resolverla.

El terrorismo debe considerarse como una actividad **intencionada**. Se trata de una elección política consciente de un grupo de personas contra otro. Aunque los medios de comunicación puedan definir el terrorismo como “insensato” o “sin sentido”, este no es el caso. Puede ser “una acción al azar” o “una sorpresa”, pero siempre intencionada.

La actividad terrorista tiene como objetivo crear un **clima de terror intenso y absoluto**. El terror no es accidental, sino que es la base misma del terrorismo. Si examináramos delitos de violación o robo, el objetivo no es la utilización de la violencia como instrumento de terror. El objetivo básico de estos actos es sacar un provecho económico o demostrar la fuerza, mientras que el terror es incidental. En el caso del terrorismo, el terror es el principal propósito del acto. **El miedo lo impregna todo y es constante**, exactamente igual que el que experimentan los pasajeros que vuelan en avión, los residentes en Belfast (Irlanda) o los diplomáticos turcos e israelíes destinados en el extranjero, por no mencionar al personal de las empresas privadas que operan fuera de su país. El miedo de muchos ciudadanos norteamericanos a viajar al extranjero durante el verano de 1986 es un ejemplo más de esta alarma. Por muy desproporcionado que fuera este miedo, no por ello dejaba de ser real. En ocasiones las percepciones se convierten en realidad. Los norteamericanos habían presenciado por televisión los atentados terroristas de diciembre de 1985, fecha de los dos ataques simultáneos que se perpetraron en los aeropuertos de Roma y de Viena. También se llevaron a cabo otros actos terroristas y el ataque aéreo sobre Libia. Los norteamericanos se contentaban con quedarse en su casa o con viajar a otros países. Europa no era precisamente el lugar idóneo.

Esta actividad intencionada, cuyo objeto es provocar el terror, pretende resolver algún tipo de **lucha política** y que el terrorista se haga con los poderes del Estado o de la autoridad. Estas actividades no son descritas (por los terroristas) como robos o asesinatos, sino como ejecuciones o apropiaciones de fondos para el movimiento. Utilizan términos legitimadores, como haría un Gobierno. El creer en la justificación del fin a menudo permite utilizar los medios más brutales, y en muy raras ocasiones deja lugar para las víctimas inocentes. Los grupos te-

roristas nacionalistas o de raíces culturales tienden a centrarse en blancos más concretos. Tanto el IRA como ETA han expresado en algunas ocasiones su pesar cuando sus bombas han alcanzado víctimas que no entraban en sus planes.

Como señala Laqueur, los intentos de establecer una única definición para el terrorismo serían “vagos o muy engañosos. No hay nada que pueda considerarse terrorismo puro y sin adulterar, específico y constante, como un elemento químico, sino que existen muchos terrorismos”<sup>2</sup>.

Aunque pueda parecer que el terrorismo es una actividad nueva, existe desde hace siglos. Puede ser puesto en práctica por grupos y Gobiernos (a nivel nacional e internacional). El que parezca un fenómeno “moderno” se debe más a los instrumentos empleados que al acto en sí. La atención que recibe en los medios de comunicación también hace que seamos más conscientes del terrorismo de esta época moderna, pero el fenómeno ha estado con nosotros durante generaciones.

### **Por qué debemos responder**

El terrorismo es una afrenta a la sociedad y una amenaza para los fundamentos sobre los que ésta se basa. A menudo los objetivos de los atentados terroristas son las instituciones y las personas que ostentan el poder dentro de una sociedad. La fuerza de una sociedad y de su Gobierno depende en parte de la capacidad de los instrumentos del poder para brindar seguridad a sus ciudadanos. En los Estados democráticos existe una necesidad de apoyo público, o como mínimo de aceptación de las actividades emprendidas por un Gobierno para garantizar el bienestar público. Basándonos simplemente en cifras, podríamos sentirnos tentados a afirmar que el terrorismo no representa una amenaza importante para Estados Unidos. Desde finales de los sesenta se han contabilizado no menos de quinientos americanos muertos como consecuencia de atentados terroristas. Si no se cuenta la pérdida de 241 **marines** y otros oficiales en Beirut en octubre de 1983, la cifra se reduce casi a la mitad<sup>3</sup>. Cada fin de semana largo, en tan sólo unos pocos días mueren en las autopistas más norteamericanas de los que han muerto como resultado de actividades terroristas en los casi veinte años que se llevan elaborando estadísticas relativas a terrorismo. Las estadísticas del FBI muestran que en los últimos años el terrorismo en suelo norteamericano ha sido mínimo<sup>4</sup>. Comparado con naciones europeas como España e Italia, Estados Unidos ha tenido bastante suerte en cuanto al terrorismo interno.

Sin embargo, es importante señalar que es necesario centrarse en la naturaleza del objetivo más que en las cifras. La que está amenazada es la soberanía de la nación, su derecho a mantener Embajadas en el extranjero, el derecho de los representantes de su Gobierno a llevar a cabo en un clima de seguridad los deberes que les han sido asignados y el derecho de las democracias libres a defender la seguridad de los ciudadanos. Los terroristas buscan un objetivo muy concreto. Se centran en blancos que

representan aquello que el Gobierno o las instituciones democráticas supuestamente defienden. Embajadores, educadores, personal militar, hombres de negocios y representantes de los medios de comunicación han sido objetivos del terrorismo a lo largo de los años.

No es una coincidencia que las sociedades occidentales hayan soportado la carga de los atentados terroristas. Son las naciones más abiertas, y por ello los terroristas cuentan con cierta libertad de movimiento y con la garantía de la atención de los medios de comunicación a cualquier acontecimiento significativo.

Para crear y mantener el clima de terror descrito anteriormente, la naturaleza y las consecuencias del acto terrorista deben ser ampliamente difundidas. Además, las democracias industrializadas de Occidente han conseguido importantes avances tecnológicos que, a la vez que suponían una mejora para la sociedad, también las hacían mucho más vulnerables. Por ejemplo, los bancos de datos centralizados son un objetivo predilecto de los grupos terroristas. La pérdida de datos por parte de una gran entidad bancaria o de una empresa multinacional podría tener consecuencias mucho más graves que la pérdida material. Al final de la década de los setenta se produjo un apagón en Nueva York que puso de manifiesto la debilidad de nuestra sociedad. El daño desproporcionadamente alto causado por el saqueo incontrolado y los incendios provocados, la escasez de recursos y la pérdida de confianza pública constituyen una prueba palpable de ello. Aquel día, un rayo inutilizó completamente la red de la compañía Edison, inmovilizando a cerca de diez millones de personas. El Metro y los ascensores se pararon. Los aeropuertos y las redes de televisión se vieron obligados a cerrar. Miles de saqueadores salieron a la calle, se efectuaron 3.300 detenciones y cerca de cien policías resultaron heridos. Se calcula que el coste de los daños se aproximó a los ciento cincuenta millones de dólares. Si el apagón hubiera durado cuatro o cinco días, es fácil imaginar que Nueva York habría quedado prácticamente paralizada por los numerosos incidentes de saqueo, incendios provocados y pánico. Es necesario analizar cuál podría ser el alcance de la respuesta coordinada de autoridades federales, estatales y locales frente a un acto terrorista de esta naturaleza. La emoción del momento puede conducir a acciones bienintencionadas, pero también a declaraciones contradictorias por parte de representantes en los diferentes niveles del Gobierno. La presión de los medios de comunicación para conseguir información y entrevistas sería enorme.

Los representantes del Gobierno deben tener en cuenta las ramificaciones del terrorismo, ya que actualmente la escena internacional, por su naturaleza, se presta a la violencia. En un mundo que se enfrenta con la posibilidad real de un conflicto nuclear con sus consecuencias devastadoras son deseables formas de guerra menores, "más seguras". Estas formas indirectas de conflicto por parte de potencias diferentes adoptan una apariencia atractiva y representan una alternativa menos drástica. Lo que al final de la década de los cincuenta y principios de los sesenta constituía una amenaza creíble de represalia masi-

va para cualquier agresión, por muy leve que fuera, ha perdido credibilidad en general. Estados Unidos ha demostrado ser muy tolerante con la violencia dirigida contra sus intereses. Hasta mediados de la década de los ochenta los terroristas tenían literalmente la garantía de que no se tomarían represalias contra actividades como el secuestro de personas, asesinatos en la calle de representantes del Gobierno, toma de Embajadas norteamericanas y matanza de sus ocupantes. Sin embargo, la paciencia del pueblo norteamericano se está empezando a agotar, como se puso de manifiesto con el ataque a Libia. La aparente disminución del terrorismo de signo libio contra intereses norteamericanos desde abril de 1986 contradice a los muchos que predijeron que aumentarían los ataques en represalia contra Estados Unidos. El intento de intercambio de armas por rehenes entre Estados Unidos e Irán, descubierto en 1986, y que ha ido desvelándose a lo largo de la mayor parte de 1987, demostró que una nación poderosa no siempre recurrirá a la fuerza para negociar con terroristas.

Un motivo adicional de preocupación en lo que respecta al terrorismo es que en la actualidad existen en el mundo muchos pueblos que sufren privaciones. Algunos, como la OLP, han intentado enfrentarse a sus problemas con medios pacíficos y violentos. Grupos y causas similares se han cansado de esperar a que sus necesidades fueran satisfechas y han intentado actuar por su cuenta. Pueblos como éstos, y los que están dispuestos a prestar ayuda a su causa (o a explotarla) recurrirán al terrorismo si consideran que así pueden satisfacer sus necesidades.

### **Cómo debería responder una nación**

Una vez que se ha establecido la necesidad legítima de enfrentarse de algún modo al desafío terrorista, ¿qué debe hacer una nación democrática? ¿Debe una nación ir hasta el origen si hay un Gobierno detrás? ¿Se deben atacar los campos de adiestramiento de terroristas? ¿Se debe perseguir a los terroristas mediante operaciones encubiertas y atacarles, independientemente del lugar donde se encuentren? Preguntas como éstas revisten un interés enorme para los políticos y podrían servir para determinar los métodos de respuesta (diplomática, económica o militar) que deben emplearse.

¿Cuánta preparación es necesaria a nivel regional y municipal? ¿Hasta qué punto se puede contar con las fuerzas federales para responder de forma inmediata? ¿Cuáles son los posibles objetivos y cuál es la probabilidad de que sean alcanzados? ¿Deben la ciudad y la región destinar fondos para hacer frente a una eventual amenaza? ¿Se ha apoderado el terror de las mentes de las autoridades locales y por lo tanto existe “la necesidad de hacer algo”?

Existe un consenso generalizado sobre el derecho de una nación a defenderse cuando se ve amenazada por un agresor. Asimismo se podía decir que una nación tiene la obligación moral de hacerlo y de no permitir

que sus ciudadanos sufran innecesariamente. El político es consciente de que las alternativas que se le ofrecen no serán siempre claras y fáciles de distinguir. Puede que lo que sea legal no sea siempre moral y viceversa. Además, lo que se considera a la vez moral y legal puede que no sea políticamente viable. Es necesario hacer una valoración de los tres factores para decidir qué política se debe seguir. Sin embargo, no se debe dar ninguna respuesta que no esté basada en una fuerte justificación moral. En una democracia, la opinión pública no considerará legítimas las actividades inmorales que están a la misma altura que las de los terroristas. El exigir una defensa justificable para la protección de valores democráticos, empleando al mismo tiempo tácticas similares a las de los terroristas, erosiona la confianza pública. Aunque puede haber una descarga emocional inmediata, independientemente de la respuesta, un análisis minucioso a largo plazo sólo tolerará acciones que carezcan de base moral.

Aunque a nivel nacional pueda advertirse una fuerte tendencia a emplear la fuerza como primera y única respuesta frente a un incidente terrorista, deberá procurarse no actuar de forma precipitada. Debería tenerse en cuenta y emplearse inicialmente una acción diplomática, individual o concertada con países aliados, contra un grupo terrorista y quienes lo apoyen, que podría supuestamente tener éxito. Las sanciones políticas y económicas constituyen alternativas que deben ser consideradas antes de emplear la fuerza militar. En caso de que éstas sean insuficientes o no sean viables, podría emplearse una opción más fuerte. El propósito de emplear la fuerza como último recurso contribuye a garantizar que el apoyo popular persiste cuando la euforia inicial desaparece.

Para complicar aún más el proceso de decisión surgen preocupaciones referentes al éxito, la adecuación de la respuesta y la elección del objetivo. Las acciones emprendidas más como reflejo que como resultado de un cálculo minucioso pueden tener consecuencias a largo plazo que ejercerán un efecto negativo en la nación y en sus habitantes. Cualquier acción del Gobierno podría ocasionar una escalada en los atentados terroristas. Puede que otros grupos actúen por simpatía hacia los terroristas "heridos" y ataquen intereses nacionales o de los aliados. Por lo tanto, cuando los políticos piensan en términos de éxito en la lucha antiterrorista, los procesos de decisión deben tener una perspectiva a largo plazo y los políticos han de estar dispuestos a soportar posibles consecuencias y ramificaciones a corto plazo.

Esfuerzos recientes por parte de España han llevado a que, en enero de 1988, los partidos políticos, a excepción del más ligado a ETA, llegaran a un acuerdo que reconoce los peligros que las actividades del grupo terrorista suponen para la sociedad. Los partidos se comprometieron a utilizar medios legales y políticos para contribuir a la resolución de las dificultades con las que se enfrenta la nación como consecuencia del terrorismo. Aunque puede que algunas personas afirmen que este intento no es suficientemente agresivo, no cabe duda de que, al menos, demuestra que dentro de una democracia es necesario emplear inicialmente todas las medidas que excluyan la fuerza. El apoyo popular hacia el Gobierno es

una de las armas más potentes contra el terrorismo nacional. Las tácticas violentas, incluyendo la utilización de grupos de venganza tolerados por el Gobierno, pueden tener un atractivo inicial ya que “cumplen con el cometido”. Sin embargo, a largo plazo, estas tácticas erosionan los fundamentos de una sociedad democrática y pueden lograr lo que los terroristas no pudieron conseguir.

Tras haber sufrido una serie de atentados terroristas durante varios años, cabe la posibilidad de que una nación responda ante una acción concreta y de que su respuesta exprese los sentimientos y la fuerza acumulados durante años en los que se hizo muy poco o nada. En este caso puede que la respuesta no sea proporcionada al acto perpetrado. Una gran nación como Estados Unidos debe demostrar el control que se exige a una superpotencia. Aunque puede que algunos aplaudan las acciones violentas llevadas a cabo por una pequeña nación en guerra como es Israel, la posición de Estados Unidos en el escenario internacional impide una solución de este tipo. Además, Estados Unidos tiene que establecer una clara diferencia entre el terrorista y aquellos entre los que éste busca refugio. Se deben tomar todo tipo de precauciones para no herir a los inocentes o, en el peor de los casos, intentar que el número de víctimas sea el mínimo. En algún momento es posible que el presidente o el secretario de Estado tengan que dirigirse a una opinión pública inquieta o a un Congreso escéptico para justificar una respuesta a un acto terrorista. No todos estarán de acuerdo con los argumentos presentados en términos de éxito, justificación o alcance. Cualquier razonamiento que se base en consideraciones morales plausibles, complementadas con un plan de acción creíble, será como mínimo tolerado, cuando no aplaudido. El ataque contra Libia en abril de 1986 es un buen ejemplo de un plan de acción que fue pensado, calculado y tuvo éxito. Antes de emprender una acción militar, el Gobierno de Estados Unidos intentó soluciones económicas y diplomáticas. Los ciudadanos y las empresas norteamericanas en Libia fueron advertidos del peligro que suponía permanecer en ese país. Los aliados de Estados Unidos fueron consultados en numerosas ocasiones sobre las posibles acciones contra Libia. El Gobierno de Estados Unidos pidió consejo a los aliados, aunque luego resultara que la mayoría de las naciones se manifestaron contra el recurso a las acciones militares y expresaron abiertamente su inquietud por el bombardeo. Cuando Estados Unidos se decidió a actuar, apoyado por Gran Bretaña, el ataque en sí tuvo un alcance muy limitado y se centró únicamente sobre objetivos militares. Dentro de Estados Unidos, la acción fue ampliamente aceptada y el apoyo popular hacia el presidente Ronald Reagan aumentó considerablemente.

Por el contrario, el intento de intercambio de armas por rehenes con Irán, que salió a la luz a finales de 1986 y que se fue desvelando a lo largo de la mayor parte de 1987, no fue aceptado ni apoyado por la opinión pública. El pueblo norteamericano consideró que la combinación de actividad encubierta y transferencia de armas a una nación enemiga iba contra los intereses de una democracia. En un intento por liberar a los rehenes norteamericanos (un objetivo digno), los métodos utilizados hicieron que

el pueblo repudiara la acción, con lo que el Gobierno sufrió un serio revés político.

Un primer paso en la elaboración de una política de respuesta consiste en tener una visión clara de lo que es (y lo que no es) el terrorismo. Tras ello, una nación democrática y los Estados que la componen pueden determinar el alcance de la amenaza. Los rasgos específicos de cualquier acción deben construirse sobre eso, partiendo de los elementos legales, políticos y morales, que los políticos deben tener en cuenta. Cuando los dirigentes políticos se presentan ante el pueblo y justifican acciones contra el terrorismo, todos valorarán con diferente grado de complejidad estos tres pilares. Aunque no hay un consenso total sobre cada aspecto de la acción, es necesario que se acepte que las pruebas eran verosímiles y que la respuesta tenía fundamentos morales. Estos últimos deberían ser capaces de soportar los rigores de un debate. De no ser así, los terroristas habrán alcanzado la victoria que buscaban.

## NOTAS

1. El destacado experto Walter Laquer, en un artículo publicado en el número de otoño de 1986 de *Foreign Affairs*, "Reflections on Terrorism", observaba que había 109 definiciones de terrorismo en las obras publicadas entre 1936 y 1981. "No existe, por consiguiente, consenso sobre una definición, y no hay razón para suponer que lo habrá en un futuro próximo."

2. *Ibid.*, pág. 89.

3. El incidente ocurrido en el cuartel general de los *marines* norteamericanos en Beirut en octubre de 1983 no equivale forzosamente a un acto terrorista. Está más en la línea de un ataque sorpresa hostil en una zona de guerra para el que las víctimas no estaban suficientemente preparadas. Un análisis minucioso de la investigación llevada a cabo por el Gobierno (el "Informe de la Comisión Long"), publicada en diciembre de 1983, proporciona gran cantidad de información que apoya este punto de vista. En el momento en que se llevó a cabo el ataque había dos ejércitos de ocupación, cuatro destacamentos de fuerzas multinacionales, siete contingentes de apoyo a la fuerza de paz de las Naciones Unidas y unas dos docenas de milicias fuera de la legalidad que operaban en un área geográfica limitada. Más de cien mil personas habían muerto en los ocho años anteriores a consecuencia de la violencia. El Gobierno que recibía apoyo de Estados Unidos era considerado por muchos como una facción más entre las muchas que perseguían el poder. Se consideró que el apoyo de Estados Unidos al Gobierno suponía la entrada de hecho en una guerra de facciones de parte de uno de los muchos contendientes. El bombardeo realizado por la Marina de Guerra norteamericana en Suqal-Gharb en apoyo de las fuerzas armadas libanesas confirmó esto para muchos de los que estaban involucrados en las batallas. Lo que en Estados Unidos se denominó un acto terrorista puede haber sido más bien una acción por sorpresa de una facción en guerra que consiguió penetrar con éxito la defensa de un enemigo. Sin embargo, es más fácil asimilar el incidente si los líderes describen las bajas como víctimas del terrorismo. De algún modo, la grave responsabilidad por la falta de defensa se hace más tolerable. El "Informe de la Comisión Long" tiene un gran valor para el militar si al leerlo se va más allá de las explicaciones sobre terrorismo y se centra en otros aspectos, como un deficiente servicio secreto, confusión en las cadenas de mando, falta de claridad de la misión, comunicaciones, percepciones y problemas de organización.

4. Los datos proporcionados por el Federal Bureau of Investigation (FBI) indican que los atentados terroristas dentro de Estados Unidos han disminuido desde 1982, pasando de

51 atentados registrados ese año a 31 en 1983, 13 en 1984 y, finalmente, siete en 1985. (Fuente: "Informe público del grupo de trabajo del vicepresidente sobre la lucha antiterrorista", febrero de 1986.) Cifras recientemente publicadas por el Departamento de Estado indican que en 1986 y 1987 el número disminuyó aún más.